

IDAD
CIÓN



VIAJE
VARIAS PARTES
DE EUROPA.



D919

L3

V.1

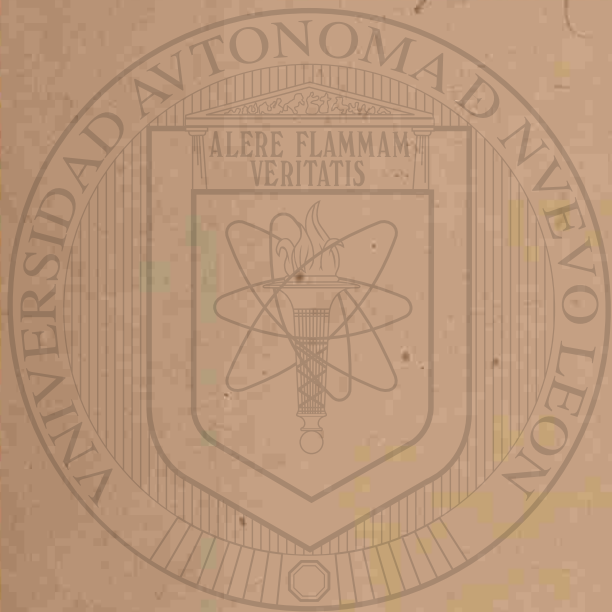
C.1

916(4)

6



1080042524



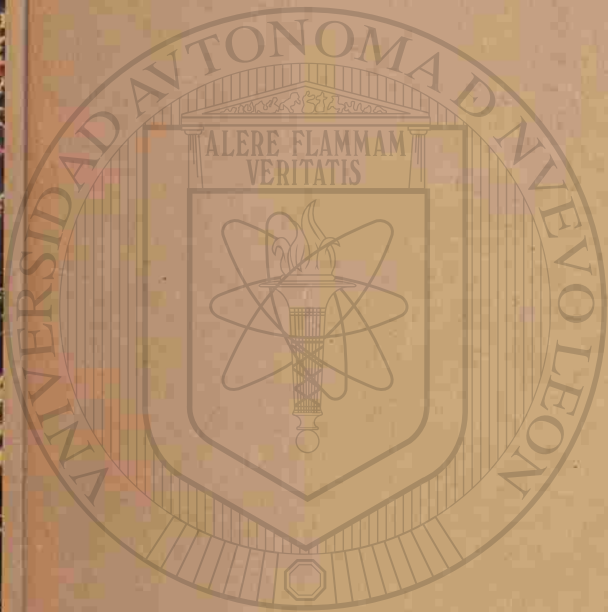
E#7-C#703

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIAJE
A VARIAS PARTES DE EUROPA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIAJE
A VARIAS PARTES DE EUROPA,

POR
Enriqueta y Ernestina Larráinzar.

CON UN APÉNDICE

Sobre Italia, Suiza y los bordes del Rin

POR SU HERMANA

Elena L. de Galvez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO I.

MEXICO.—1883.



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

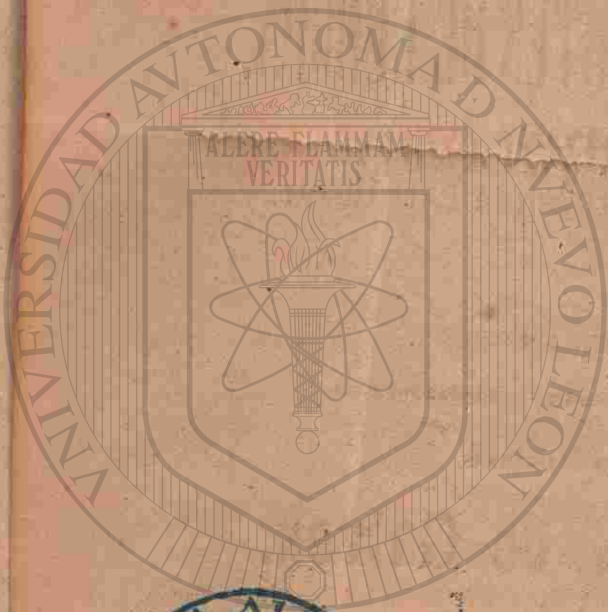
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
NUEVO LEÓN
54629

15450

D 919

L 3

V. L



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

0.161

PROLOGO

SIEMPRE al dar á luz una obra, se experimentan impresiones difíciles de expresar, pero fáciles de comprender.

Al presentar al público la relación del viaje que hicimos á Europa bajo los mejores auspicios, abrigamos la esperanza de que merecerá la aprobación de los que por él pasen la vista, y que serán galantes é indulgentes.

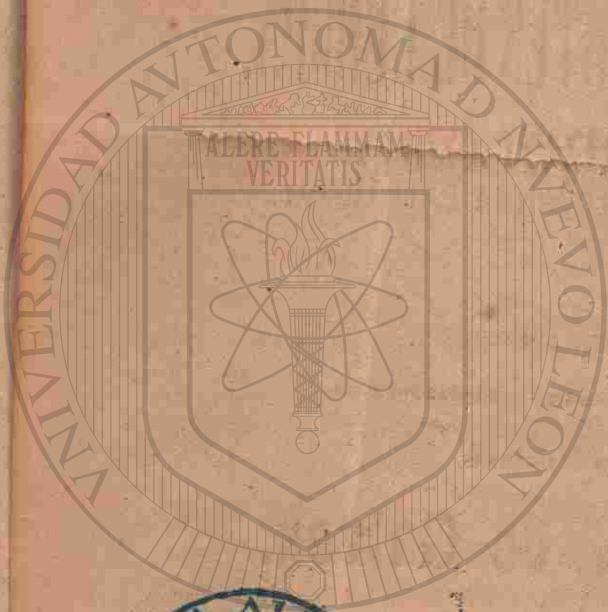
Hace algunos años que instigadas y animadas por nuestro querido padre, concebimos la idea de escribir nuestras impresiones de viaje para conservar siempre vivo el recuerdo de ellas; tomada esta resolución, comenzamos desde que salimos de México á formar apuntes.

Niñas entonces, no podíamos realizar nuestro intento, y los años trascurrieron sin que lo llevá-

D 919

L 3

V. L



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

0.161

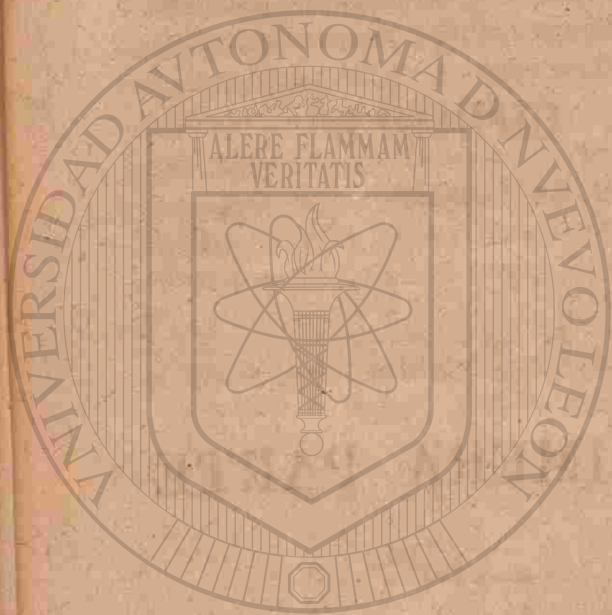
PROLOGO

SIEMPRE al dar á luz una obra, se experimentan impresiones difíciles de expresar, pero fáciles de comprender.

Al presentar al público la relación del viaje que hicimos á Europa bajo los mejores auspicios, abrigamos la esperanza de que merecerá la aprobación de los que por él pasen la vista, y que serán galantes é indulgentes.

Hace algunos años que instigadas y animadas por nuestro querido padre, concebimos la idea de escribir nuestras impresiones de viaje para conservar siempre vivo el recuerdo de ellas; tomada esta resolución, comenzamos desde que salimos de México á formar apuntes.

Niñas entonces, no podíamos realizar nuestro intento, y los años trascurrieron sin que lo llevá-



CAPITULO I.

Partida de México. Aspecto del camino. Paso por Río frío. Su hermoso bosque, y vista que presenta en todo el tránsito: insidentes del viaje y temor con que ántes se hacia el paso por esos lugares. Una jóven viajera. Nuestro llegada á Puebla.

Con el corazon traspasado de dolor y los ojos arrasados en lágrimas salimos de México: eran las cuatro de la mañana del día 2 de Febrero de 1866, nuestro pensamiento estaba fijo en nuestra familia, á quien desprendiéndonos de sus brazos, acabamos de dar al postrer adios.

La diligencia atravesó con notable rapidez las calles de la Capital en aquellas horas desiertas y silenciosas, y pronto nos encontramos ante la garita de San Lázaro por donde salimos.

Las tinieblas de la noche envolian aún en su denso manto la tierra; la pálida luz de las estrellas arrojaba sobre nosotros su melancólico esplendor; nuestra mirada se esforzaba con la avidez del viajero, queriendo descubrir á través de

aquel denso velo el panorama que la oscuridad de la noche ocultaba á nuestra vista.

¡Inútiles deseos! la oscuridad nos circundaba por doquier, y solo palpabamos las tinieblas. . . .

La naturaleza entera parecia dormida; al fin salió de su letargo al nacimiento de la aurora, que con sus risueños colores y su mágico esplendor desvaneció las tinieblas, prestando al campo esos tintes seductores del crepúsculo matinal.

Los objetos comenzaron al principio á aparecer en confusas sombras, despues á destacarse con toda claridad ante nosotros.

La diligencia continuaba con rapidez su marcha, y nuestra vista se fijaba con anhelo y curiosidad en el camino que seguía: no presentaba á la verdad grande incentivo.

No se veían en él esos campos cuidadosamente cultivados; ni se notaba esa naturaleza exuberante de vida, que tanto deleita y halaga la vista; por el contrario, era árido, despeblado y sin atractivo.

Nuestra mirada se extendía en el espacio, y encontrábamos por límite una cadena de montañas, y desiertos y espaciosos campos: ¡aquella soledad, aquel silencio, agradó por un instante á nuestro corazon abatido! Pero pronto la monotonía de cuanto se presentaba á la vista co-

menzó á fastidiarnos; y como á esto se agregaba un polvo horrible y sofocante, que no dejó de atormentarnos; bien pronto se apoderó el cansancio y fastidio de nosotras, hasta que afortunadamente el sueño, ese dulce amigo de la humanidad, que mil veces nos libra de las penas, angustias y tormentos, vino á cerrar nuestros cansados párpados y á proporcionarnos algunos instantes de reposo.

Este era á cada instante interrumpido por los continuos saltos de la diligencia; más luego tornábamos á nuestro letargo.

Largas fueron las horas que permanecimos así; el calor, el cansancio, el polvo, todo contribuía á tenernos en ese estado, hasta que al fin despedimos al sueño con energía, y nos pusimos de nuevo á contemplar el camino.

Eran entónces las diez de la mañana, no ofrecía el campo cosa alguna notable; se veía en todo la misma monotonía, solamente se interrumpía ésta cada cuatro horas, deteniéndose la diligencia para mudar caballos; algunas veces aprovechábamos esta detencion para bajar algunos momentos, y dar ligeros paseos; contemplábamos entónces curiosas cuanto nos rodeaba, pero teníamos pronto que volver á entrar á la estrecha cárcel, para proseguir nuestro viaje.

Serían como las doce y media cuando algo nuevo interrumpió esta situación enojosa; unos cuantos tiros hirieron nuestro oído; la escolta creyendo que había algún peligro, se acercó á pedir órdenes para adelantarse á reconocer el terreno, y la diligencia hizo alto.

Nos encontrábamos cerca de Rio-frio, tan célebre y afamado por los frecuentes asaltos que allí se verificaban.

Madriguera en otros tiempos de ladrones; Rio-frio es un lugar delicioso por la espesura de sus bosques: en él se ven muchos arbustos tan unidos, que en algunos lugares los rayos solares encuentran una barrera impenetrable; se respira un ambiente agradable; se admira una agua deliciosa; y la frescura de este lugar hace recobrar al viajero las fuerzas perdidas por la agitación, el polvo y el calor del camino. En él se ven regadas de trecho en trecho algunas cruces de tosco madero, tristes vestijios de las desgraciadas víctimas, que allí han sido inmoladas, y á las cuales la piedad cristiana ha dedicado esa memoria. Jamás se penetra en Rio-frio sin el recuerdo de esas tristes y horribles escenas, y sin que le acompañe un secreto pavor, especialmente á medida que se interna uno en el bosque, llenándose el corazón de temor.

Los ojos se fijan entónces con horror en algu-

nos socabones abiertos á los lados del camino que á creer lo que se refiere eran ántes las guaridas de los bandidos y ladrones, que poblaban este misterioso bosque.

Con los lúgubres relatos, que tanto abundan cuando tiene que transitarse por esos lugares, cada arbusto nos parece que esconde tras sí un asesino, y la imaginación exaltada nos presenta los cuadros más desoladores de la devastación y el espanto. ¡Pobre Rio-frio! ¿Porqué en tú seno se han brigado tantos malhechores? Porqué tú funesta celebridad ha corrido hasta los confines de la Europa, como el baldon de nuestra patria, siendo tú el horror de los que por allí pasan? Desgraciado lugar, destinado por su belleza á causar gratas impresiones, y desdichado, porque la espesura de sus árboles, que es lo que constituye su hermosura, también alimenta y es-cuda el crimen!.....

Afortunadamente no es ya esta parte del camino lo que ántes era. y el viajero puede transitar por él sin el temor y agitación que ántes se experimentaba; pero nosotras participábamos de un pavor secreto, y nos asaltaban pensamientos lúgubres y sombríos.

En tal disposición de espíritu nos encontrábamos, cuando los tiros se hicieron oír; como está-

bamos todavía algo distantes de la población, y por decirlo así en el seno del bosque, no dudamos que se repetiría entónces lo que tan frecuentemente ántes sucedía; es decir, que aparecieran los ladrones y asaltarán la diligencia.

Es preciso, sin embargo, confesar que nuestro temor no era tan grande; estábamos en una edad en la que no se sabe medir el peligro, y en la que la imaginación se complace en todo lo que causa alboroto y agitación.

Además, desde nuestra salida de México, nos venía acompañando una escolta bien armada, compuesta de 25 hombres; era pues difícil que nos sucediera algun fracaso.

Estábamos tranquilas asomando la cabeza por las portezuelas de la diligencia, cuando un episodio nos vino á servir de verdadera diversion.

Detras de la diligencia que nos conducía, venían otras dos; los pasajeros que ellas traían, al oír los primeros tiros, sin duda creyeron que tenían ya á los bandidos á diez varas de distancia, porque se oyeron gritos destemplados, y fervientes plegarias; las voces eran de mujeres indudablemente, porque no se notaba entre ellas el sonido de la de ningun hombre; pero era tan exagerada la alarma que tenían, que no pudo ménos que divertirnos en extremo; el miedo causa risa

siempre, y nuestras compañeras de viaje se sentían tan poseídas de él, que sus clamores y su confusión crecían á cada momento.

Esto, como hemos dicho, nos proporcionó un rato de hilaridad, que aumento nuestro buen humor, al ver el desenlace de aquel lance.

Las diligencias permanecieron paradas como diez minutos, y el jefe de la escolta, que se habia adelantado para ver lo que habia, volvió al fin.

Los tiros no cesaban, y la agitación de nuestras compañeras de viaje crecía notablemente.

Comenzábamos á alarmarnos ya por la tardanza, cuando el jefe de la escolta se acercó á la diligencia y dijo, que eran cazadores los que estaban tirando á poca distancia de nosotras.

Esta noticia difundió la calma en los corazones; á los gritos de espanto sucedieron las voces de alegría, y las diligencias continuaron de nuevo su camino, celebrando nosotras aquel incidente que habia roto la monotonía del viaje.

Después de más de media hora de camino, la diligencia se detuvo en la población de Río-frio: descendimos de ella, y nos internamos en el restaurant, donde debíamos descansar algunos instantes.

Era la una, y después de sacudir el polvo de que estábamos cubiertas, nos sentamos á la mesa:

el viaje siempre abre el apetito, y á pesar de que la comida no era buena, nosotras no comimos mal.

La natural curiosidad en estos casos, nos hizo dirigir una mirada investigadora sobre nuestros compañeros de viaje: de pronto se detuvo en una mujer: era jóven y bella, aunque en su rostro se dejaban ver las huellas de una vejez prematura; vestía un traje negro, y en sus brazos tenia una pequeña niña como de dos años de edad, y bella como un ángel: en el semblante de aquella mujer habia un sello de tristeza.

Separada del resto de los viajeros, y sentada en un ángulo de la pieza, contemplaba con ternura á la preciosa niña que jugaba en sus brazos, miéntras una sonrisa llena de amargura entreabría sus labios: impulsadas por un natural interés nos dirigimos hácia ella, ocupamos un asiento á su lado, y entre la desconocida y nosotras se entabló el diálogo siguiente:

—Viene vd. sola?

—Sí.

—A dónde se dirige vd?

—A los Estados-Unidos.

—Viene vd. de México?

—Sí.

—Porqué no trae vd. alguna compañía?

—Porque no tengo en el mundo más pariente que esta tierna niña, nos dijo; pero vengo recomendada á un caballero; y al hablar así, como si algun pensamiento triste cruzase por su mente, se llevó la mano á la frente, y dos lágrimas brillaron en sus ojos.

Aquel dolor, aquel misterio, aumentó nuestro interés; íbamos á dirigirle aún algunas preguntas, cuando la voz del cochero, que daba la señal de partida, interrumpió nuestra conversacion estrechamos la mano de la desconocida, é imprimiendo un beso en la frente de la niña, nos unimos á nuestra familia, y subimos de nuevo á la diligencia vivamente preocupadas con nuestra misteriosa compañera, y deseando mucho conocer su interesante historia.

La diligencia emprendió su marcha; el calor era insorpotable, y el polvo volvió de nuevo á ahogarnos en sus espesos torbellinos.

El camino continuó con esa uniformidad fastidiosa, que produce el cansancio.

Trascurrieron seis horas, sin que nada nuevo prestara incentivo á nuestro viaje, á las ocho de la noche, nos detuvimos ante la estacion de Puebla; respiramos de contento, pues habiamos terminado la jornada.

La escolta se separó de nosotras; la diligencia continuó abanzando.

Alguna fiesta se celebraba allí sin duda; pues varias fábricas que habíamos visto á nuestro paso, se hallaban adornadas de luces, y en la ciudad habia multitud de gente, que hacia resonar el aire con sus gritos de alegría, y los muchachos corrian tras los toritos de fuego, llenos de contento.

De pronto desapareció aquella animacion, porque dejando los barrios, penetramos en el interior de Puebla, y á las nueve de la noche nos detuvimos ante la casa de diligencias; pronto nos internamos en ella gozosas, buscando el reposo y el descanso. tan dulce despues de las fatigas del día.

CAPITULO II.

La ciudad de Puebla, su situacion geográfica, su fundacion y estension, sus productos é industria, sus calles, plazas, templos y edificios públicos y privados, sus establecimientos, paseos, fábricas y mercados. Impresion que causa su vista.

La ciudad de Puebla, capital del Estado y obispado de ese nombre, está situada en un hermoso valle sobre la gran mesa de la cordillera, á la altura de 2,577 varas sobre el nivel del mar, en los 19° 2' 4' 5' de latitud boreal; y 2° 2' 16' de longitud oriental del meridiano de México.

Fué fundada en 23 de Setiembre de 1531, y con rapidez se convirtió en una hermosa ciudad, ocupando hoy el segundo lugar, entre las grandes capitales de la República por sus hermosos edificios, su poblacion, y trato fino y delicado de sus habitantes.

Estando rodeada por los rios de Atoyac, San Francisco, y Alzeca, tienen las aguas una cor-

riente fácil, que proporciona la ventaja de que poco tiempo despues de una lluvia fuerte y de alguna duracion pueda trancitarse por sus calles libremente; éstas corren en direccion N. E. y S. E., son anchas, con empedrado y banquetas, y no pocas completamente enlozadas; las cuales presentan una hermosa vista, y mucha comodidad.

En 1796 se dividió la ciudad en cuarteles y manzanas; ahora hay de las segundas 205, que comprenden 2,996 casas, sin contar las que componen los suburbios.

Tiene además 26 plazas y plazuelas, algunas muy pequeñas, pero otras de buen tamaño, principalmente la plaza mayor, que es muy extensa, y de bellísima apariencia.

Adornan y surten la ciudad, 44 fuentes, abastecidas por un límpido y hermoso manantial, que se halla á una legua de distancia en direccion al Norte.

Entre sus mejores edificios llaman sobre todo la atencion, la Catedral que se consagró el 18 de Abril de 1649, templo hermoso y espacioso, con 117 y $\frac{1}{8}$ varas de longitud, sobre 60 y $\frac{3}{4}$ de latitud, está situada en la plaza mayor. Su arquitectura es bella y elegante, su hermosa fachada tiene mucha semejanza con la de la Catedral de Mé-

xico, y está adornada con lujo y esmero; en cuanto á su interior, no pudimos juzgarla, porque era de noche, y se hallaba el templo cerrado.

El palacio Episcopal y el del Gobierno llaman tambien la atencion por su construccion y arquitectura. En el segundo se encuentra la contaduría y los archivos. La ciudad contiene además tres hospitales: el de San Juan de Dios, el de San Pedro y el de San Roque; todos están atendidos con mucho cuidado y limpieza.

Existe tambien un Hospicio de pobres, que se abrió el 17 de Marzo de 1832, en el cual se trabajaba el lino, y se fabricaban varios géneros y tejidos de buena calidad.

El Parian se encuentra léjos del centro de la ciudad.

El Teatro es de bella construccion y de figura agradable y conveniente; se estrenó el 25 de Mayo de 1860.

La casa de niños expósitos y la macion de San Juan Nepomuceno, fundada para eclesiásticos pobres, son de una agradable arquitectura.

Tiene un museo, que se abrió el 16 de Setiembre de 1828, y contiene hasta 1226 objetos de antigüedades, historia natural, etc., la escuela de dibujo se haya muy adelantada, y se encuentra asistida por buenos profesores.

Existen además cuatro colegios para hombres: el de San Luis, el Nacional que tuvo privilegio en 1578; el Seminario Conciliar; el de San Pablo; y varios para niñas muy bien asistidos.

Cuatro cárceles, la principal para hombres y mujeres; el presidio para los primeros, y la reclusión para las segundas, llamada las recojidas. Adornan la ciudad dos paseos principales, la alameda y el paseo nuevo, espaciosos y de bello aspecto.

En la parte eclesiástica se halla dividida en parroquias, que son: el Sagrario, San José, el Santo Angel, la Cruz y San Marcos: setenta y un templos y capillas.

Antes de la reforma habia nueve conventos de religiosos, once de religiosas, y el Oratorio de San Felipe Neri, con una casa para ejercicios espirituales. En la parte militar cinco cuarteles, dos para caballería, y tres para infantería.

La población pasa de cien mil habitantes.

El clima de Puebla es sano, su cielo puro, y sus habitantes industriosos, piadosos, afables, corteses, ilustrados, hospitalarios y generosos.

El mercado está abastecido no solo de lo necesario, sino de lo que puede incitar el apetito y el buen gusto. Puebla es una de las ciudades más industriales y comerciales.

En punto á manufacturas poseé fábricas de hilados, vidrios, jabon, tecali, y loza de la mejor calidad; y como se ha despertado entre sus habitantes un génio emprendedor, es de creerse llegará á ser en no mucho tiempo la primera ciudad manufacturera de la República.

En sus alrededores existen baños muy saludables, sulfúricos y minerales.

Sus fortificaciones son muy notables y presentan una defensa en que el valor y el heroismo pueden distinguirse mucho. ¹

La impresion que nos causó esta ciudad fué muy agradable, solo pudimos contemplarla al claro de la luna; pero sus hermosos portales, sus bellos edificios, la regularidad de sus casas, su espaciosa plaza, fijaron nuestra atencion: recorrimos apesar del cansancio las principales calles de la ciudad, y á las ance regresamos al Hotel, en donde al breve rato, reclinadas en nuestro lecho, vino un sueño dulce y tranquilo á proporcionarnos el reposo.

¹ Datos tomados de atlas de la República Mexicana que hace esta descripción.

Desde el mar se divisa á gran distancia como una estrella.

Pocos puntos habrá en el mundo en que se presente un volcan tan magestuoso y elegante.

Es el faro misterioso que nos revela la proximidad de la tierra, de la patria querida, en el golfo de México, y el que conserva en su corazon el verdadero amor de ella, no puede contemplar con indiferencia este faro bellissimo, cuya presencia sola causa un secreto orgullo y placer.

La Providencia ha puesto en este suelo prodigios dignos de llamar la atencion del Universo.

CAPITULO V.

Viaje de Orizava á Paso del Macho. Aspecto del camino. Llegada á Córdova. Situacion de la ciudad; su aspecto, sus calles y plazas; edificios, establecimientos públicos de instruccion y beneficencia; su poblacion. Comida que nos sirvieron en el Restaurant. Entrevista y conversacion con Marta. Salida de Córdova. Jornada agradable y variada. Nuestro arribo á Paso del Macho. Impresion que nos causó la posada. Se dá una idea del lugar. Noticia que allí recibimos y efecto que nos produjo. Ocurrencias de viaje. Partida de Paso del Macho.

Nos levantamos á las cinco de la mañana, y se nos sirvió pronto un buen desayuno. Sin embargo la diligencia no salió de Orizava sino hasta despues de las nueve.

Como el dia era claro y bello, pudimos gozar desde nuestra salida de lo que en el camino se presentaba á nuestra vista.

La luz destacaba ya todos los objetos, y veíamos con encanto la fertilidad que en aquel lugar se advertia; casitas enfloradas, en cuyo centro se

notaba mucho movimiento y alborozo; fincas que se presentaban frecuentemente, de grande extension, que hemos ya mencionado, se hallan en el tránsito, y en algunas solia detenerse pocos minutos la diligencia, mientras tomaban algo los cocheros; entónces las pobres y sencillas gentes se acercaban y rodeaban la diligencia, y nos contemplaban con cierta admiracion, porque en los pueblos todo lo causa, todo llama la atencion, y de todo les gusta gozar.

Pronto sin embargo tenian que cortar su entretenimiento, porque la diligencia volvia á ponerse en movimiento.

Algunas cosas, miserables habitaciones de los hijos del país, de los pobres indios, se encontraban muy amenudo esparcidas en el camino; están formadas con hojas secas, y se veían dentro de ellas las indias, haciendo sus tortillas, y el resto de la familia comiendo.

Tambien se presentaban á nuestra vista pequeños riachuelos, en cuyas márgenes se veían algunas legumbres y árboles frutales; todo esto nos agradaba extraordinariamente, y nos infundia el deseo vehemente de gozar de la vida campestre, tan llena de encantos y excenta de las mil amarguras que se tienen que sufrir en las grandes poblaciones.

A las diez de la mañana llegamos y nos detuvimos en Córdoba.

Algunas personas de distincion salieron á recibirnos, y nos invitaron á que bajásemos á almorzar, porque hasta las cuatro ó cinco llegaríamos á Paso del Macho, y no encontraríamos ántes ningun lugar donde poderlo hacer; aunque nos habiamos desayunado tarde, y no teniamos apetito, preciso era hacerlo, y entramos en el restaurant de la posada, acompañadas siempre del jefe político, que se mostraba muy fino y obsequioso.

Córdoba, cabecera del distrito de su nombre, está situado á los $18^{\circ} 49' 50''$ de latitud N. y á los $2^{\circ} 9' 2''$ de longitud oriental del meridiano de México: esta es la longitud de Huitango á la orilla del rio de San Antonio.

La longitud de esta ciudad, que corre de N. E. cuarto E.—N. O. cuarto E. es de 2,552 varas, su latitud es desigual á causa de dos barrancas que la cortan al S. y al N.

Tiene cuatro calles principales; la figura de la poblacion es la de un paralelogramo con una amplia y vistosa plaza en el centro, rodeada de salidos edificios con espaciosos portales.

Las calles son anchas, tiradas á cordel y bien empedradas.

Las casas son generalmente cómodas y bien ventiladas, algunas de altos, y muy bien construidas.

La Iglesia parroquial es extensa y regularmente compartida; tiene paramentos y vasos sagrados de mucho valor.

Hay un hospital consagrado á San Roque, otro de mujeres, y un lazareto para recibir á los apesados del vómito negro que bajan de Veracruz y de la costa.

Posée un bonito colegio para niñas educandas, dotado con fondo propios, y cuatro capillas en los barrios, dedicados á San Juan, San Miguel, San José, y San Sebastian.

Las casas municipales tienen al frente una galería arqueada de cien varas de largo, al edificio está agregada la cárcel pública.

Hay varias escuelas para niños de ambos sexos, y un colegio para hombres, en el que se estudia latinidad y filosofía.

La poblacion de la ciudad, es de 6,500 almas, y de 3,500 la de su municipio; total 10,000.

En sus alrededores se hallan multitud de fincas valiosas, siendo las mejores la de Monte Blanco, Tojpan, San Francisco, San Miguelito, Tapia La Pañuela, Socalipepec, Sodiapita y Buena-vista.

El suelo es muy fértil, y ricas sus producciones.

El carácter de sus habitantes alegre y jovial, dispuestos siempre á divertirse, sus costumbres sencillas, son afables, cariñosos y hospitalarios.

El almuerzo que se nos sirvió fué tan bueno, que apesar de no tener ningun apetito, por la hora, jamás lo olvidaremos, comimos perfectamente; la comida estaba sazónada de un modo particular, y tan bien condimentado, que aunque nos hallábamos dispuestas á probar tan solo los platos, no sucedió así, y comimos muy bien.

Mientras el resto de la familia conversaba con el jefe político y los que allí se hallaban presentes, aprovechamos la ocasion, para ir en compañía de nuestra hermana á saludar á Marta, quien al vernos nos dirigió una dulce sonrisa, pronto nos dimos un estrecho abrazo, y nos sentamos en un lugar apartado de la concurrencia; tomamos á Julia en los brazos, y sentándose nuestra buena tia al lado de ella, le rogó continuara la relacion de su interesante historia.

Es vd. muy bondadosa en interesarse por mí, replicó Marta, y puestó que mis desgracias no le son indiferentes, voy á continuar mi triste relato.

Al hablar así, exaló su pecho un prolongado

suspiro, y despues de una breve pausa continuó. Tendria yo 16 años, esa edad tan llena de ilusiones, en la cual la felicidad nos sonrie, haciéndonos ver un porvenir lisonjero, y un camino sembrado de flores.

Acababa de descorrerse para mí la misteriosa cortina que oculta nuestra infancia, y al penetrar en la juventud, esa edad de atractivos llena, en la que el mundo trata de seducirnos, desplegando ante nosotros todo el oropel de su placeres y encantos, todo el falso brillo de su seducción y atractivos, yo me sentí fascinada; ya no halagaban á mi alma los sencillos goces que tenía en el hogar doméstico. El amor, las caricias de mis padres, no bastaban ya á satisfacer las aspiraciones de mi alma; aquella festiva alegría, que siempre tenía cuando niña, huyó de mí y un tinte de tristeza, de melancolía se difundió en mi carácter.

Mis buenos padres, que notaron este cambio y me amaban con delirio, se afijieron sobre manera, y una tarde, en que mas triste que de costumbre, me habia encerrado en mi recamara, para entregarme á mis reflexiones libremente, ví penetrar á mi buena madre, que dirigiéndose á mí con los ojos humedecidos por el llanto, imprimió un beso en mi frente, y sentándose á mi lado, con el acento mas dulce me dijo:

—Marta, tú no eres ya la misma de otro tiempo; un secreto penar, algun oculto sufrimiento amarga tu vida.....tu carácter ha cambiado hija mia, tu padre y yo lo hemos notado, y no puedes figurarte lo que nos ha hecho sufrir ese cambio.

Hoy vengo querida mia para que rompas ese silencio que tanto nos daña, y me digas la causa de tu repentina tristeza y de tu melancolía.

Mi buena madre guardó silencio al pronunciar estas palabras, y su mirada fija en mí parecia espiar ansiosa mi respuesta: yo que no esperaba la imprevista exigencia de mi madre, y que no me atrevía á revelarle los ocultos pensamientos que inquietaban mi alma, bajé la vista ruborizada, y no articulé una sola palabra.

Mi madre entonces tomó una de mis manos, y dando á su voz la entonacion mas dulce y cariñosa me dijo:

—Tu silencio Marta ha confirmado mis sospechas; habla hija mia. ¿Quién podría servirte mejor de amiga, que tu propia madre? ¿qué... no me crees digna de tu confianza?

Y al pronunciar estas palabras era tan triste su acento, que profundamente conmovida me arroje en sus brazos anegada en lágrimas esclaman-

—Sí ¡madre mía! tú lo sabrás todo, nada, nada quiero ocultarte.

—¡Bendita seas! murmuró, y estrechándome contra su pecho, ambas lloramos un breve rato.

Ella estaba conmovida, yo no podía contener los violentos sollozos de mi corazón. Largo rato permanecimos en el silencio de la palabra, pero no de los gemidos y las lágrimas; al fin mi buena madre lo interrumpió de nuevo, rogándome la hiciera partícipe de todos mis sentimientos.

En ese instante, en que debía haber trasladado al corazón materno todos los tormentos del mío, me pareció que hablando, que revelando mi secreto, coartaba mi libertad convirtiéndome en mi propio verdugo, y pretendí callar; pero mi tierna madre, comprendiendo perfectamente mi situación, continuó.

—Marta nunca debes arrepentirte de ser tú misma la que traslades á mi corazón tus sufrimientos. Una madre que ama como yo, solo puede desear la felicidad de sus hijos, nunca puede ser egoísta, ni querer nada fuera de tu dicha, de consiguiente depositando tu en mí todo lo que te atormenta, tendrás solo un guía que te conduzca bajo la experiencia de los años, en el camino penoso de la vida!... Habla pues, hija

mía, que en este corazón solo encontrarás motivos de consuelo y de dulzura.

Era imposible escuchar por más tiempo las plegarias llenas de interés, que me dirigia mi pobre madre, sin tratar de complacerla, comprendí que en realidad nada podía hacer mejor que confiarle mis pesares, y me resolví por fin á ello, ahogando la voz secreta que me instaba para callar, tomé pues entre las mías una mano de mi buena madre, me postré á sus piés recargándome en sus rodillas, y en actitud de un reo que confiesa su delito, confesé yo lo que encerraba mi alma, diciéndole.

—Madre mía, como tú bien sabes, nada turbaba mi felicidad hace seis meses, y considerábame como el ser más feliz de la tierra; pero ¿recuerdas aquel baile que hubo en casa del señor H. y al que me llevaste por la vez primera?

—Sí hija mía me respondió.

—¿Recuerdas también aquel joven bien parecido, que bailó conmigo repetidas veces?

—También lo recuerdo me dijo, porque al ver la tenacidad con que te miraba, comprendí que esa noche por la primera vez, resonarian en tus oídos las palabras amorosas de un hombre.

No te engañaste madre mía, repuse; Arturo me hizo esa misma noche una declaración, que

conmovió mi corazón inocente, y como me exijia con un acento tan conmovido una respuesta, como su mano temblaba al estrechar la mía, como ví brillar en sus ojos una lágrima ¡ay! ¿por qué negarlo madre mía? le ofrecí desde ese momento amarle, como en efecto sucedió. Después de esa noche no se pasaba un solo día sin que yo viesse á Arturo, siempre á una hora dada pasaba por mi casa, deteniáse algunos instantes frente á mí, me enviaba un saludo lleno de fuego y una ardiente mirada, y luego partía para volver al siguiente día.

¡Cuan largas eran para mí las horas! ¡Como hubiera anhelado que ellas pasasen con la rapidéz del relámpago! pero esto no era posible. ¿Cómo trastornar el orden de la naturaleza?

Poco tiempo después, un día que tú no te encontrabas en casa, entró una criada con gran misterio, y presentándome un papel, que yo por lo pronto rechasé, me dijo: es del Señorito Arturo, y me encarga diga á vd. que mañana mismo espera la contestacion, que si vd. no se la manda, todos sus ruegos serán inútiles, porque se dará la muerte.

Esta amenaza horrible, madre mía, me hizo temblar, y produjo en mí una sensacion tan fuerte de affixion, que no pude ménos que decir á la

criada: corre, dile que no solo mañana, que dentro de una hora tendrá en sus manos mi respuesta. Y en efecto, rasgué el sobre de su carta, y la leí con una conmocion extraordinaria, no me conformé con leerla una vez, la leí tres ó cuatro veces, y al cerrarla de nuevo exclamé.

¡Oh qué pasion tan poco comun es la de Arturo! no puedo dudarle, él me hará completamente feliz.

Luego me dirigí á mi escritorio, tomé una pluma, estendí un pliego de papel, y quedé abismada en la mas profunda meditacion. No encontraba como contestar á Arturo, en mi mente bullian mil diversas ideas, pero ninguna me satisfacía.

Hasta entonces solo habia tomado la pluma para copiar mis ejercicios; nunca habia tenido necesidad de dirigir á nadie una carta, y comprendí en ese momento que en vano habia aprehendido á escribir, por que no sabia hacerlo.

Entre tanto el tiempo corria, la hora se pasaba, y en mi preocupacion, oia el tiro suicida, con que Arturo, al no recibir mi carta, cortaba el hilo de su vida.

¡Dios mío! ¿qué haré? me decía yo á mí misma y en esta vacilacion el tiempo trascurría, y mi tormento aumentaba; al fin corrió la pluma, pero tan solo para trazar una palabra, que se ha-

llaba escrita en el fondo de mi alma, esta palabra decia: «Arturo yo te amo ¡tuyo es mi corazón! ¡tuya mi vida!»

Solo eso puse, y llorosa, y presurosa cerré la carta y la entregué á la criada.

Mi pobre madre suspiró tristemente, y viendo que yo callaba; continúa Marta, me dijo con la voz embargada por el llanto.

Aquí la jóven calló, y viendo á nuestra querida tia. ¡Ah señora exclamó cuanto me hace sufrir el recuerdo de mi buena madre! las lágrimas ahogaron su voz, nuestra tia le dirigió algunas palabras de consuelo y como el tiempo habia pasado nos fué preciso separarnos de Marta vivamente interesadas en su triste historia. Nos despedimos del jefe político, y algunos momentos despues nos hallábamós caminando ya en la diligencia.

Al atravesar la ciudad para salir, vimos de lejos algunas buenas casas y edificios públicos, y como el lugar por donde nos dirijiámos y teniámos que transitar, presentaba entónces grande inseguridad, el jefe político hizo cambiar la escolta, dándonos cazadores de Africa y Belgas. Papá lesdió las más expresivas gracias, y pronto Córdoba desapareció de nuestra vista.

El camino continuó muy pintoresco y variado;

á cada instante un nuevo cuadro y una hermosa perspectiva se extendian ante nosotras, grupos aislados de pequeñas casas y pequeños pueblecitos se hallaban á nuestro paso, y todo esto hacia que la jornada no fuese monótona, sino que nos distrajese con su variedad.

Caminamos algunas horas, siempre con nuevas y bellas perspectivas, y serian las cinco de la tarde, cuando llegamos á Dios gracias con entera felicidad á Paso del Macho.

Se separó entónces la escolta, y penetramos en la posada que era horrorosa.

Componiáse de un jacalon sucio de madera, rodeado de pequeñas piezas que no prestaban comodidad alguna, precedido de un corredor, donde nos colocamos para respirar el aire, y ver la estacion del ferrocarril de Veracruz que estaba enfrente.

El calor era desesperante; teniamos una sed ardiente; pero como allí ya daba el vómito, nos habian prohibido que cometiésemos imprudencias; sin embargo, cuando se apetece algo, nada es mas agradable que satisfacer el deseo: así pues, manifestamos este á nuestra buena tia, y ella que como nosotras se sentía agobiada por la fuerza del calor, accedió á nuestra súplica, y llamando á un criado le encargó que tragese unas na-

ranjas que comimos encerradas en nuestro cuarto, ocultas de todos, y sintiendo renacer en nosotros la vida, á medida que la fresca fruta iba apagando la sed que poco antes secaba nuestros labios.

Cuando nos hubimos refrescado, nos tomamos del brazo, y saliendo de la posada, comenzamos á recorrer aquel paraje, que á cada instante mas nos horrorizaba.

Paso del Macho es una pequeña poblacion de aspecto triste y desagradable. Sus calles son rectas, angostas y pequeñas, hay una ancha que es la principal; pero ninguna está empedrada.

Sus casas son bajas, y la mayor parte de madera; hay una pequeña plaza con asientos al rededor, y una fuente en medio; pero todo tiene un aspecto sombrío, que contrista el espíritu y oprime el corazon.

Su poblacion es reducida, y el carácter de sus habitantes apático y abandonado. Está circundado de campos fértiles, donde se apacientan algunos rebaños, guiados por sus pastores.

Despues de recorrer la plaza y algunas calles de la poblacion, regresamos á la posada con el espíritu abatido y el humor melancólico.

Eran las seis de la tarde; el sol se habia ocultado ya en el ocaso, y una dulce brisa refrescaba

la atmósfera, calmando así algun tanto, el bochorno producido por el calor, en que poco antes nos abrazábamos. Sentadas sobre unos tercios en el corredor de la posada gozábamos del fresco de la tarde, y fijábamos nuestra vista en una ancha faja azul que se unia al firmamento, cual unia espesa nube, y que no era otra cosa mas que las azuladas aguas de nuestro hermoso golfo.

La llegada del tren de Veracruz nos sacó de nuestra contemplacion: por un instante se animó aquel lugar desierto; los pasajeros iban y venian, las gentes corrian en todas direcciones, bajaban los equipajes, se cruzaban los cargadores, y en fin en aquel momento, todo en aquel lugar era vida, movimiento, animacion. ¡Estrañas metamórfofis, á que están sujetas siempre las estaciones! Una hora despues, todo era en aquel sitio otra vez silencio y soledad.

Con motivo del arribo del tren, nuevos pasajeros llegaron á la posada, agotándose por completo las localidades. Supimos que entre estos estaba el capitán del buque en que debiamos embarcarnos, que iba para México, y alarmados todos temian algun retardo en la salida del vapor: fueron papá y otros señores á avistarse con él, para arreglarlo todo de una manera satisfactoria. Tuvo lugar entre ellos una larga discusion, y al

fin convinieron en que partiríamos el día designado bajo la dirección del segundo Capitán. Arreglado ya este negocio, íbamos á retirarnos á nuestros cuartos, cuando unos fuertes y repetidos golpes dados en una de las ventanas vinieron á ocupar nuestra atención, haciéndonos por un instante suspender nuestro intento.

Como los golpes continuaban, nos comenzamos á inquietar, y nuestro susto aumentó al escuchar el ruido de armas, y la voz aguardientosa de un hombre: reunidas en la sala esperábamos el desenlace de aquello, mientras dos señores se dirigieron á la ventana de donde partían las voces para cerciorarse de lo que era, y abriendo preguntaron con voz imponente, ¿que era lo que se ofrecía?

Un soldado, que no era otro el que tocaba, tartamudeó algunas palabras, y fué á caer á pocos pasos de distancia.

Al saber lo que era, se calmó nuestra inquietud, y cayéndonos en gracia la ocurrencia de aquel ébrio, comensamos á reirnos del susto que nos había dado.

Hay días en que está uno para chascos en la vida, y en que ayudándonos el humor, todo nos divierte, este había sido uno de ellos para nosotras, comentamos aun algunos instantes mas lo

que había pasado, y en seguida nos retiramos á nuestros cuartos, anciosas de recojernos, pues era la una de la mañana.

Al irnos á acostar, notamos que había sumo desaseo en la ropa de las camas, y con una delicadeza que es difícil conservar cuando se viaja, llamamos á un criado, mandándole que las mudara así lo hizo en efecto; pero cual fué nuestra sorpresa al ver que, á medida que cambiaban las camas, doblaban la ropa que habían quitado, y la guardaban en un ropero; nuestra admiración subió de punto, cuando al volver á nuestras camas, notamos que la ropa que tenían estaba tan sucia como la que habían quitado.

Esto nos disgustó; pero tambien no pudimos ménos de reirnos de la extraña economía del dueño de la posada; era ya tarde, reclamar en aquella hora era casi imposible é inútil, así es que, aunque con repugnancia, tuvimos que resignarnos á dormir en aquellas camas, apagamos la luz, y pronto un sueño reparador cerró nuestros párpados.

Dormíamos profundamente, cuando otros golpes repetidos en la puerta nos arrancaron de las dulzuras del sueño.

¿Qué se ofrece? preguntamos con mal humorado acento.

Una voz que reconocimos por la de nuestra aya contestó á nuestra pregunta: Son las seis nos dijo, levántense porque á las ocho debemos partir.

Bien, replicamos nosotras con el alma angustiada, incorporándonos en el lecho; teníamos tanto sueño; nos parecía haber dormido tan poco, que apenas podíamos creer fuesen ya las seis de la mañana; por otra parte, ni un rayo de luz penetraba por las rendijas de la ventana, y preciso nos fué encender una vela, para podernos vestir, estábamos concluyendo, cuando en la pieza contigua que ocupaban nuestra tía y hermana se entabló el siguiente diálogo entre ellas y nuestra aya.

—Creo que te haz equivocado, decía nuestra tía, en mi relox son las tres de la mañana.

—Imposible murmuró nuestra aya, ese relox está atrasadísimo.

—No lo creas, quizás el tuyo es el que se encuentra adelantado.

No hablaron más: pero pronto sus carcajadas nos hicieron sospechar que un nuevo chasco habia pasado, ansiosas de cerciorarnos salimos de nuestra pieza, y nos dirigimos á la suya.

El relox de nuestra aya se habia parado desde las seis de la tarde anterior, ella no lo habia

notado, y alarmada al despertar, viendo lo avanzado de la hora, y encargada como estaba de despertarnos, habia hecho levantar á todos, no siendo en realidad mas que las tres de la mañana.

¡Ay! con razon teníamos tanto sueño! exclamamos; pero pronto un mal de risa nos dominó, y fué tal el ruido que metimos, que en breve todos los pasajeros habian despertado, y algunos que por falta de pieza se habian acostado en el salon, nos veian, levantaban la cabeza, suspiraban, y se volvian á acostar. Esto nos causaba tal risa, que no podíamos contenerla.

Por supuesto ya no pensamos en volvernos á acostar sino que estuvimos celebrando el nuevo chasco.

A las cinco de la mañana todos los pasajeros estaban en pié, renegando de los imprudentes que les habian hecho pasar una verdadera noche toledana.

Nosotras salimos entónces de nuestros cuartos, y léjos de darnos á conocer como autoras de lo ocurrido, comenzamos á quejarnos tambien de la mala noche, y á preguntar quien habia sido el autor de aquel escándalo.

Nadie lo sabia, y como todos se lamentaban, no podíamos contener la risa, haciendo esfuerzos para que no lo advirtieran.

A las seis nos sirvieron el desayuno con pan que acababa de salir del horno, y que nos gustó en extremo, en seguida lo preparamos todo, nos arreglamos, y esperamos impacientes el tren de las ocho que debía conducirnos á Veracruz.

Al fin llegó la hora designada y abandonamos á Paso del Macho, donde tantos percances habíamos tenido.

Comenzó el tren á moverse con suma rapidéz, y en un momento todo lo perdimos de vista.

CAPITULO VI.

Jornada de Paso del Macho á Veracruz. La Soledad. Cuadros y paisajes hermosos que presenta el camino. Impresiones que produce caminar en ferro-carril. Condicion de la clase indígena. La vista del mar. Llegada á Veracruz.

Apénas habíamos caminado media hora, cuando nuestros ojos cargados de sueño se cerraron, consecuencia natural de la desvelada. Nos dormimos profundamente, y permanecemos largas horas perdiendo las hermosas perspectivas del camino, cuando despertamos, nos dijeron que acabábamos de pasar por un puente fabricado sobre un enorme precipicio, en cuyo fondo se veían árboles y algunas casas. Sentimos vivamente no haberlo visto, y nos disgustamos de que no nos hubieran despertado; pero ya no habia remedio, y pronto tuvimos que resignarnos.

Dirijimos la vista hácia el camino, que era

A las seis nos sirvieron el desayuno con pan que acababa de salir del horno, y que nos gustó en extremo, en seguida lo preparamos todo, nos arreglamos, y esperamos impacientes el tren de las ocho que debía conducirnos á Veracruz.

Al fin llegó la hora designada y abandonamos á Paso del Macho, donde tantos percances habíamos tenido.

Comenzó el tren á moverse con suma rapidéz, y en un momento todo lo perdimos de vista.

CAPITULO VI.

Jornada de Paso del Macho á Veracruz. La Soledad. Cuadros y paisajes hermosos que presenta el camino. Impresiones que produce caminar en ferro-carril. Condicion de la clase indígena. La vista del mar. Llegada á Veracruz.

Apénas habíamos caminado media hora, cuando nuestros ojos cargados de sueño se cerraron, consecuencia natural de la desvelada. Nos dormimos profundamente, y permanecemos largas horas perdiendo las hermosas perspectivas del camino, cuando despertamos, nos dijeron que acabábamos de pasar por un puente fabricado sobre un enorme precipicio, en cuyo fondo se veían árboles y algunas casas. Sentimos vivamente no haberlo visto, y nos disgustamos de que no nos hubieran despertado; pero ya no habia remedio, y pronto tuvimos que resignarnos.

Dirijimos la vista hácia el camino, que era

ameno y presentaba grande incentivo. Con frecuencia nos parábamos cerca de pequeñas poblaciones, en algunas se detenía el tren breves instantes, y en otras solo las veíamos de paso.

Al fin nos detuvimos como diez minutos en la Soledad, pequeña población situada al E. de Veracruz, cantón de Orizaba, y distante dos y media leguas de la cabecera.

Su temperatura es fría. La industria de sus habitantes es hacer carbon, cortar leña y fabricar el barro.

Situada en el Estado de Veracruz, dista diez leguas al O. de su capital, y su población asciende á 500 habitantes.

Si hacemos mencion de esta población, es por que nos llamó mucho la atención, ver que en los árboles que adornan su entrada, se hallaban colgadas algunas jaulitas con preciosos pájaros, cuyos dulces trinos recreaban el oído al entonar con suave melodía sus dulces gorgoriteos; entre otros nos llamó la atención un ruiseñor de preciosa figura.

En el curso del camino se presentaron á nuestra vista cuadros preciosísimos, paisajes encantadores, que nos deleitábamos en contemplar.

Tan cierto es que la naturaleza, á medida que mas se examina, ofrece nuevos objetos de admi-

ración y de encanto! Y ¿quién al contemplarla, podrá dudar que fué una mano divina la que la formó? ¡Oh! las bellezas de la creación, nos revelan en sí mismas la grandeza del Creador! . . .

En las diversas rutas, el tren ya atravesaba por entre dos montecillos escarpados, encerrándonos entre sus flancos, ya por largos y vistosos llanos cubiertos de verde césped, que en algunos sitios servia de pasto á los animales; hora teníamos hácia el Oriente un espeso bosque, y al Occidente se nos presentaba alguna pequeña población, compuesta de 20 ó 30 casitas sencillas y miserables.

Estas poblaciones se repetían como á cada dos leguas, y las estaciones, donde nos deteníamos frecuentemente algunos minutos, eran cómodas y bien abastecidas.

Apenas veían el tren y se paraba, presentabanse ante las portezuelas muchos y muchas vendedoras con frutas, dulces, aguas frescas etc. etc.

A cada legua se presentaba el guardacamino mientras pasaban los trenes, con una banderita en la mano, para indicar que estaba alerta y no habia obstáculo en el trayecto.

Nos divertían tambien mucho los hilos telegráficos hasta el número de 10, y ya los veíamos bajarse ó subirse, alejarse ó acercarse con una

velocidad inmensa, siguiendo las ondulaciones y curso del camino mas ó menos recto.

Los árboles de algunas calzadas por donde pasábamos, parece que los veíamos correr con la rapidez de un relámpago, y era que el tren pasaba en toda su carrera, y la vista se engaña creyendo que son ellos los que corren: con frecuencia nos vimos sugetas á estas visiones de óptica.

Las chosas de los indios, con estos en las puertas formando variados grupos, nos entretenian igualmente.

¡Pobres gentes! de corazon sencillo muchos de ellos, de buenas costumbres, nobles y generosos sentimientos, se ven obligados por su triste condicion á llevar una vida oscura é ignorada, siendo considerados como la hez de la sociedad. Y ¿acaso esos seres desdichados habrán olvidado lo que en otro tiempo fueron? ¿No recordarán la gloria de que se hallaban cubiertos sus antecesores? y ¿no padecerán con estos recuerdos?.....

¿No verán con un secreto horror á los que vinieron á arrancarlos de sus hogares y del seno de sus familias para sepultarlos en la nada?

¡Ah! sí, no lo dudemos; en esos corazones existe y existirá siempre el gérmen del mas fuerte resentimiento. Nosotras mismas, al recorrer las

páginas de la historia de la conquista, nos hemos llenado de horror, al considerar las bárbaras y crueles acciones de que estos infelices fueron víctimas.

Recordemos sinó los tiempos de su esplendor y grandeza, los actos heroicos de valor y magnanimidad de que dieron prueba sus soberanos; su riqueza, su industria, su política, etc. etc.

Esto nos prueba bien claramente, cuán fácil hubiera sido aprovechar todos estos elementos en su favor, procurando á todo trance su mejora, y ahogando cualquiera otro sentimiento, que tendiese á su aniquilamiento, á su degradacion y envilecimiento.

Los conquistadores no concluyeron la obra comenzada, de manera que se vieran libres de grandes cargos y reproches; su ambicion y sed de oro los cegaba; millares de víctimas sucumbieron y fueron sacrificadas; y sus monarcas bajaron del trono, para sufrir el martirio, la esclavitud y la muerte.

Perdónese esta digresion, no debemos nosotras entrar en pormenores sobre la historia de la conquista, y nos olvidábamos que escribamos un viaje, queriendo penetrar en los tiempos antiguos. Sin embargo añadiremos que, si hubiese un poco de mas interes y cuidado en mejorar la

condicion de los indios, y en cuidar de su educacion y civilizacion, serian buenos ciudadanos, se desterrarían de ellos las preocupaciones que aun conservan, seguirían con rectitud nuestra santa, única, verdadera, é inmaculada religion, y el resentimiento se convertiría en gratitud hácia los que creen autores de todas sus desgracias. ¡Ojalá se fijase un poco la atencion en esta pobre raza, hoy tan despreciada!

Poco tiempo despues, extendiendo nuestra vista por el espacio, descubrimos á lo léjos la hermosísima y nunca bien ponderada perspectiva del mar, de esa creacion maravillosa de la mano del Omnipotente, en la que claramente se descubre su poder é inmensa grandeza.

¡Oh que entusiasmo se apoderó de nuestros corazones al percibir á lo lejos el golfo de México!

Era la vez primera que veíamos el mar, y es imposible que este no impresione al que considera y aprecia en su justo valor, la grande obra de la creacion.

Anhelábamos por ver de cerca ese elemento poderoso, esa masa inmensa é imponente de agua, y pronto fueron nuestros deseos satisfechos; pues pocos minutos despues entramos en el hermoso

puerto de Veracruz, dirijiéndonos al Hotel situado en la plaza, llamado el Hotel de Europa.

Fuimos allí por las repetidas instancias de un compañero de viaje, antiguo amigo de papá; pronto nos destinaron los cuartos que debiamos ocupar y estuvimos instaladas. ¡Cuán grato es el descanso despues de tantas fatigas! ¹

¹ La distancia de Veracruz á México, se salva hoy con los trenes del hermoso y espléndido ferrocarril que se ha construido.

CAPITULO VII.

Algunas noticias sobre el Estado de Veraeruz. Su situacion geográfica. Su extencion y limites. Puntos prominentes de la Sierra Madre, y vistas que desde ellos se descubren. Temperatura y época del año mas favorable para visitarlo. Minerales que en él se encuentran y su elaboracion. Producciones diversas. Division territorial y número de sus habitantes. Paseo por la ciudad, vista del golfo, y reflexiones que produjo en nosotras. Continúa Marta contándonos su historia. Nuestro embarque, é impresiones que sentimos al efectuarlo.

El Estado de Veracruz comprende una faja estrecha de terreno, que se extiende de N. O. á S. E., situada entre los $17^{\circ} 43'$ y $22^{\circ} 15'$ de latitud septentrional; y los $0^{\circ} 15'$ y $4^{\circ} 25'$ de latitud occidental del meridiano de México.

Sus limites son: por el Norte el estado de Tamaulipas, por el O. el de Puebla y una parte de los Estados de México y San Luis Potosí, por el Sur Oaxaca, y por el E. el golfo de México, que baña sus costas en una extension, de cerca de 160 leguas.

Su superficie contiene una area de 3,501 leguas cuadradas; el terreno con escepcion, de los lugares próximos á la costa, es muy montañoso, particularmente el distrito de Orizaba, ocupado por la Sierra Madre.

Esta cordillera es muy notable por las dos montañas que forman sus principales alturas, y le dan un aspecto imponente y magestuoso.

La primera que es el Volcan llamado *Citlaltépetl*; se halla situado al N. E. de la ciudad. Su figura es cónica, y su cima que constantemente está cubierta por la nieve, aparece como una estrella brillante; su elevacion sobre el nivel del mar, segun la opinion del ilustre Baron de Humboldt, es de 5,295 metros, y se distingue desde el mar como ya dijimos antes, sirviendo de guía á los navegantes, en esas hermosas costas.

La segunda montaña digna de mencionarse es el cofre de Perote llamada por los antiguos mexicanos *Nauchampapetl* que significa "Montaña cuadrada," es muy notable por la roca que corona su cima y que tiene exactamente la figura de un cofre, por cuya razon los españoles le dieron este nombre.

Desde su cima, que se eleva á 4,088 metros sobre el nivel del mar, la vista se recrea con la hermosa perspectiva de las llanuras de Puebla,

y los espesos bosques de plantas gigantescas, que cubren la pendiente oriental de la cordillera: igualmente se descubre desde allí el hermoso puerto de Veracruz, el Castillo de San Juan de Ulua, y una gran parte de las costas del seno mexicano.

Aunque el clima del Estado es en general muy cálido, hay algunos puntos en que la temperatura es variada, y en cuyos fértiles terrenos pueden cultivarse las producciones de los climas templados, cálidos y fríos.

Las costas son ardientes y causan varias enfermedades, siendo la más frecuente la fiebre amarilla.

Durante el invierno los fuertes vientos nortes refrescan de una manera notable la temperatura, siendo de consiguiente la época mejor del año, para visitarlo.

Este Estado es bastante mineral; en él se encuentran más de 27 minas de oro y plomo, cobre y plomoso, cobre y fierro solo.

La falta de capitales para su elaboración es causa de que las mas se hallen abandonadas; para el beneficio de los metales hay dos haciendas y tres fundiciones, y una fábrica de cobre dulce, donde se elaboran toda clase de artefactos para

provéer de ellos á muchos puntos de la República.

Abundan en el Estado de Veracruz las maderas preciosas de construcción: el caoba, el rosa, el laurel, la palma real y muchos árboles y plantas de muchas especies, tales como piñon, limones reales, quinicules, ciruelas, chirimollas, etc.: magníficos bejucos blancos y colorados, plantas medicinales, como la zarzaparrilla, la purga de Jalapa, y varias mas; tambien se dan árboles y plantas aromáticas y de tinte, como el liquidambar, laurel, bálsamo estoraque, y otras de gran fama en Europa.

Hay igualmente una multitud de semillas y granos; algunos artículos especiales como el café, cacao, algodón, caña de azúcar, vainilla, y el tabaco, del cual se hacen grandes plantaciones.

En fin, las legumbres se producen con abundancia, así como la hortaliza, y una gran cantidad de finas y esquisitas flores.

El reino animal ofrece un variado surtido de ganado robusto, y aves domésticas; en sus bosques, se ven Lobos, Ardillas, Conejos y un cuadrúpedo especial llamado *Sonistaque* cuya piel es negra y suave, formando un verdadero contraste con su cabeza que es blanca.

Igualmente se encuentran muchas águilas y una gran cantidad de pájaros.

En los rios, que se hallan en la inmediacion de la ciudad y puerto de Veraeruz, se pescan más de 27 clases de peces, todas comibles, variadas y magnificas en su calidad.

En las costas se ven el Pez espada, el Tiburon, la Tintorera, el Lagarto y otros muchos peces. El Carey es muy abundante en el litoral.

Su territorio se haya dividido en 7 distritos, y 16 partidos, 4 ciudades, 11 villas, 186 pueblos y 127 haciendas.

Su poblacion asciende á más de 338,859 habitantes.

Veracruz, ciudad capital del Estado y del distrito del mismo nombre; se halla situada á los 19° 11' de latitud N. y 2° 50' de longitud Este de México; es el puerto más importante de la República por su gran comercio.

La ciudad está circumbalada de una gran muralla de cal y canto con 3,174 varas de circunferencia, teniendo 9 fortines. Se halla establecido para la seguridad y comodidad del vecindario el importante ramo del alumbrado del gas.

Una de las ventajas que actualmente disfrutaban sus habitantes es la introduccion del agua

del rio Tonalá cuya mejora se debió al eficaz celo del ministerio de fomento.

La mayor parte de las casas son espaciosas y bien ventiladas. Sus calles son rectas, y forman 66 manzanas, algunas de las del centro son irregulares, á causa de hallarse cortadas por algunos callejones.

Sus edificios públicos son: el palacio del gobierno, la aduana marítima, la tesorería departamental, los arsenales de marina, la comandacia general, la escuela práctica de artillería, el teatro y la plaza de toros.

Todos estos edificios son muy hermosos, y se ostenta en ellos el estilo y elegante arquitectura con que están construidos; se encuentran bien asistidos, y reina en ellos el buen orden y la comodidad.

Los principales templos de Veracruz son: la parroquia, Sto. Domingo, Sn. Francisco, Ntra. Sra. de la Merced y de Loreto, Sn. Agustin y la Divina Pastora; todos son espaciosos y de construccion elegante, se ostenta en ellos hermosura y riqueza. Su piso es de blanco mármol, y sus adornos de lujoso gusto; posee tres hospitales: que son: el militar, el de Loreto y el de San Sebastian los cuales se hallan bien asistidos.

Colegios tiene muchos, y el plan de educacion de éstos es bastante bueno.

Veracruz cuenta con varios paseos, entre los cuales se nota una preciosa alameda, cuyas bellas avenidas de frondosos árboles ofrecen un dulce refrigerio por su frescura, en este país de fuego donde el calor nos abraza y nos agobia.

La mayor extension del puerto, que se cuenta desde el baluarte de la Concepcion hasta el de San Fernando, es de 1,410 varas, y su mayor anchura, desde el baluarte de Sta. Gertrudis hasta la Carnicería, de 720 varas.

Su poblacion asciende á más de 10,000 habitantes; el carácter de éstos es intrépido, muy activos y dedicados al comercio, afables y se refleja en ellos la alegría.

En este puerto la animacion es grande; las líneas de vapores que se hayan establecidas son numerosas, el número de los buques de vela, que anclan en su golfo, extraordinario.

Concurren á él extranjeros de todas partes, y las exportaciones que se hacen tanto interiores como exteriores, son grandes; su comercio se encuentra por lo tanto bien abastecido, y sus habitantes disfrutan de esta gran ventaja.

Cada año tiene Veracruz una ganancia de extranjeros, lo que hace que su poblacion le-

jos de desminuir aumente, y su progreso sea rápido y provechoso.

Una de las cosas notables que tiene este puerto es el célebre castillo de San Juan de Ulua; el primer fuerte de la ciudad.

Su arquitectura es sólida y grandiosa, sus murallas de gran espesor sus ángulos, salientes hábilmente calculados, y su posicion magnífica. Esta invencible fortaleza es el centinela abanzado de México, que se levanta imponente y orgulloso entre las aguas del Oceano.

Sobre sus torreones se enarbola nuestra tricolor bandera, que estará allí para defender á Veracruz, que es la llave de nuestra República; el tesoro de México.

En el seno de esta fortaleza se encierra un depósito grande y completo de buenas armas, y su guarnicion es siempre numerosa y bien disciplinada.

Serian como las 11 de la mañana cuando llegamos á Veracruz; en la estacion nos esperaba nuestro querido tio, pronto estuvimos en sus brazos; nuestro placer fué inmenso en este instante, y en breve reunidos todos nos hallábamos en el Hotel.

Era este espacioso y elegante; se hallaba bien amueblado; los balcones de nuestras piezas, que)

eran las mismas que habíamos ocupado al regresar de Europa) daban sobre la plaza principal, que es bonita y animada.

Tiene el Hotel dos hermosos salones y dos mesas de billar, nosotras nos divertíamos viendo jugar á varios señores.

Aquella misma mañana salimos á dar una vuelta; Veracruz nos agradó.

Sus casas tienen cierta regularidad, y su aspecto es muy alegre y aseado: pronto sin embargo regresamos al Hotel, porque era el calor insupportable; nos ocupamos entonces en escribir á nuestra querida familia, cuyo recuerdo no se habia apartado un instante de nosotras, en esta ocupacion tan grata pasamos el resto del día, y despues de comer y gozar en el balcon de la dulce brisa de la caída de la tarde, conversamos algunas horas, y nos recojimos temprano, para reponer la desvelada de la noche anterior.

Al siguiente día nos levantamos á las ocho de la mañana, nos desayunamos bien, y luego salimos á conocer la ciudad.

Nuestros primeros pasos se dirigieron al templo mas inmediato para oír misa; pues no la habíamos oído el 2 de Febrero, y ya que podíamos, muy justo era que repusiéramos esa falta.

(El templo era grande, en todo parecido á los

de la Capital, nos gustó bastante, y vimos en él, jóvenes muy bonitas, seguidas algunas de pequeños lacayos negros, al estilo de la Habana.

Luego comenzamos á recorrer la ciudad, ó bien sea el puerto, derrepente nos encontramos en la playa, teniendo enfrente de nosotras el hermoso golfo.

Ese mar tan grandioso, que ha producido tantos raptos de admiracion.

¡Oh!... cómo pintarlo, y hacer de él el elogio que merece.

Esto no nos es posible, lo hemos dicho ya. Nuestra mirada no podia fijarse en otra cosa, más que en el espectáculo grandioso que nos presentaba el golfo. Estábamos extasiadas al contemplarlo.

Esa masa inmensa de agua salada, que cubre la mayor parte de la superficie de la tierra, cuyo horizonte se confunde y pierde entre las nubes, fué el objeto de nuestra mas viva impresion, y admiracion; no nos cansábamos de contemplar ese prodigio de la creacion; nuestra mente entonces se elevaba á las alturas celestes, y penetrando hasta el solio del Eterno, contemplábamos entusiasmadas ese hombre Dios divinamente humanado, y nos hacia entrar en profundas meditaciones la magestad infinita del Ser increado,

formando cuanto existe tan solo por nosotros ¡pobres, frágiles criaturas!... ¡y nuestra gratitud es tan mezquina!

¡Oh, cuanto impresionaban estas reflexiones nuestro corazón!

Antes de pasar adelante, hagamos del mar un breve estudio científico. Sus aguas ocupan por lo común las partes más bajas de la tierra, se encuentran continuamente al nivel, y tienden siempre al equilibrio y al reposo. Sin embargo, las vemos algunas veces agitarse por una fuerza poderosa, que oponiéndose a su tranquilidad y reposo, sujeta á un movimiento periódico y arreglado estas aguas, sube y baja alternativamente sus olas como montañas, y cuando no están agitadas, tienen un dulce y cadencioso balanceo, penetrando este movimiento hasta su más grande profundidad; nosotros sabemos que este movimiento es de todos los tiempos, y que durará tanto cuanto dure el Sol y la Luna, que son las causas y leyes físicas á que está sujeta. Penetrando después nuestro pensamiento hasta el fondo del mar, lo vemos lleno de desigualdades como la tierra; pues en él se encuentran alturas, valles, profundidades, rocas y terrenos de toda especie.

Considerábamos por tanto, que las islas no

son sino la cima de altas y bastas montañas, cuyas raíces se hallan cubiertas por el cuerpo líquido. Veíamos corrientes rápidas que parecían sustraerse del movimiento general, y seguir la misma dirección; otras parecían retroceder; pero no pasaban sin embargo el límite que el dedo de Dios les ha señalado, como si fuera para ellas tan invariable, como el dique que contiene los esfuerzos de los ríos en la tierra.

Allí contemplábamos esas comarcas tempestuosas, en las cuales los vientos embravecidos precipitan el huracán, con el cual el mar y el cielo igualmente agitados, se chocan y confunden.

Por una parte se perciben movimientos interiores, herbosos y agitación extraordinaria causada por los volcanes, cuyo cráter sumergido, vomita el fuego en el seno mismo de las aguas, y subiendo sobre la superficie, arroja hasta las nubes un espeso vapor mezclado de agua, azufre y betum.

Por otra parte, recorriamos con nuestra imaginación abismos horribles, á donde nadie osa acercarse; y que parecen atraer los buques, para sumergirlos en sus profundidades.

Más allá, nos figurábamos bastas llanuras siempre calmadas y tranquilas; pero igualmente peligrosas, en donde el viento no ejerce su poder, y

todo el arte del marino, es inútil, porque es preciso permanecer y morir.

En fin, siguiendo este curso de ideas hasta tocar las extremidades del globo, contemplábamos esas masas enormes de hielo, que desprendiéndose de los polos, vienen como montañas flotantes viajando hasta perderse en el fondo del abismo.

Hé aquí los principales objetos que nos ofrece este vasto imperio del mar; millares de habitantes de diferentes especies lo pueblan; unos cubiertos de ligeras escamas atraviesan con rapidez los diferentes países; otros cargados de pesadas conchas, se arrastran trabajosamente, y siguen con lentitud su camino sobre la arena; otros á quien la naturaleza ha dado cierta especie de alas, se sirven de ellas para elevarse por los aires; y otros en fin, á los cuales todo movimiento ha sido negado, crecen y viven pegados á las rocas, encontrando en este elemento su nutrición.

El fondo del mar produce abundantes plantas y vegetaciones todavía mas singulares, la arena, el lodo, y algunas veces tierra firme, conchas y rocas le sirven de base.

Por todas partes tiene semejanza inmensa con la tierra en que habitamos.

Las perlas, el coral, y otras plantas preciosas, se encuentran allí en abundancia.

Estas ligeras indicaciones darán á conocer cuan justa era nuestra admiración al contemplar por primera vez el mar, y explicarán mucho de lo que tendremos que decir, al ocuparnos de las diferentes navegaciones que hemos hecho, presentándolo, bajo sus puntos de vista mas sorprendentes.

Absortas en estas ideas nos hallabamos de pié contemplando el golfo donde se veian algunas embarcaciones; cuando á nuestro tio le entraron vivos deseos de embarcarse con su esposa en un bote, para visitar algun vapor; nosotras que teniamos tambien grandes deseos de embarcarnos, apoyamos entusiasmadas la idea; pero el Sol era ardiente en aquella hora, y como en la tarde debiamos trasladarnos al vapor, quedó todo aplazado para esa hora en la que nuestros queridos tios nos acompañarian hasta dejarnos á bordo. No sin tristeza abandonamos la playa, eran ya las doce del dia, y regresamos al hotel donde nos sirvieron un buen almuerzo.

Veracruz mientras mas la recorriamos mas nos agradaba, nótese sumo aseo en la poblacion: el traje de las mujeres es ligero y vaporoso, hay

muchos negros y negras, que llamaban nuestra atención.

Quando terminó el almuerzo nos trasladamos acompañadas de nuestra buena tia á la pieza que ocupaba Marta: esta al vernos salió á recibirnos, y tomando la mano de nuestra tia le dijo con triste acento, conduciéndola á un sofá, y sentándose á su lado:

¿Conque es cierto que vd. ya nos abandona?

Si, amiga mia, aqui tendremos que separarnos, la permanencia de mi esposo en la Habana fué mas corta de lo que pensabamos, y ahora yo voy á regresar con él á México.

Triste es para mí, repuso Marta separarme de una persona á quien yo queria, cuya fina amistad me proporcionaba un consuelo; pero . . . ¿que hemos de hacer? en los viajes se sufren con frecuencia estos duros golpes: enternecida nuestra buena tia, al ver que en los ojos de Marta brillaban dos lágrimas, imprimió un beso en su frente y con cariñoso acento repuso.

Querida Marta, triste es para mí igualmente separarme de vd. por quien mi corazon tanto se interesa, pero yo no la olvidaré, mis sobrinas, á quienes supongo tendra vd. la bondad de concluir su triste historia, me han prometido escribirmela, porque yo no podría quedarme sin cono-

cer sus sufrimientos; ellos me interesan demasiado, y así le suplico que, en cualquier lugar en que vd. se halle, no olvide nunca que en México encontrará vd. siempre en mí una hermana; una verdadera amiga.

Gracias, gracias, respondió Marta conmovida, es vd. muy buena, y jamás podré olvidarla.

Nuestra tia pagó con una dulce sonrisa las palabras de Marta, y deseando dar otro giro á la conversacion le dijo:

Ahora amiga mia ¿no querria vd. contarnos por última vez su interesante historia? aprovechemos los momentos que nos restan de estar unidas, y continúe vd. su triste relato.

Marta sonrió, y fijando sus hermosos ojos en ella añadió con dulce acento. Puesto que vd. lo quiere, voy á complacerla, hubo una breve pausa y en seguida continuó su relacion en estos términos.

Quando descubrí á mi buena madre el amor que se ocultaba en mi pecho, me estrechó contra su corazon, y con un acento que jamás podré olvidar me dijo al travez de sus lágrimas: ¡Gracias hija mia! has quitado de mi corazon un peso inmenso revelándome tu secreto, hoy tengo la esperanza de aliviar tus sufrimientos, y de ver pronto renacer en tí la calma y la alegría;

no temas Marta, no te arrepentirás nunca de haber tenido confianza en tu madre; es mucho lo que te amamos, hija mía, y por verte feliz sacrificaríamos nuestra propia vida.

Así hablando mi tierna madre, imprimió un beso en mi frente y salió de mi habitación, dejándome abismada bajo el peso de tanta bondad y de tanta ternura!.....

Desde aquel día comenzó para mí una vida de felicidad y de goce; Arturo iba todas las noches á mi casa, y el amor que ambos nos profesábamos, crecía de día en día, y nos rodeaba con la atmósfera de la felicidad.

Mis buenos padres fomentaban nuestros amores, y hacían de su parte cuanto podían para aumentar nuestra dicha.

Así pasaron 11 meses sin que nada empañara el sol de nuestra ventura; mi tierna madre que amaba á Arturo como á un hijo, y que guiaba mis pasos en estas relaciones, nos dijo un día en que sola con ella paseábamos en el jardín de una de nuestras casas de campo. Vosotros hijos míos hace largo tiempo que os amais, y vuestros corazones, unidos por el dulce lazo de este sentimiento, forman uno solo; pronto enlazados con la dulce cadena del himeneo, vereis realizados vuestros más gratos ensueños; la felicidad, la dicha os

rodean, y sin embargo al travez de esa ventura, mi corazón presiente una desgracia. Al hablar así, mi pobre madre lloraba como una niña, é inclinando su frente sobre el pecho, parecía agobiada bajo el peso del dolor. ¡Ay! ella leía el porvenir de su hija!..... su corazón no la engañaba!.... pobre madre mía! que no hubiese yo seguido tus consejos!.....

Marta se vió obligada á callar, porque el llanto ahogaba su voz; todas nos hallábamos conmovidas, las lágrimas brillaban en nuestras ojos; hubo un profundo silencio en aquella pieza; al fin Marta continuó su relación diciendo: al ver el imprevisto dolor de mi madre, Arturo procuró serenarla; corrí yo á su lado, y borré con mis besos las lágrimas que bañaban sus mejillas, ella se tranquilizó en la apariencia, y procurando sonreír nos dijo: No me creais, hago mal en turbar vuestra dicha, ¡tendreis tanto tiempo para llorar!..... mas perdonadme, hijos míos, mis temores, puesto que solo son fruto del delirio con que os amo!.....

Las palabras de mi madre se gravaron profundamente en mi corazón: ella sin notar la impresión que me hacían, se volvió hacia á Arturo, y fijando en él sus ojos velados por el llanto: Tú

la amas ¿es verdad? exclamó, tú no la engañarás, tu la harás feliz.

¿Podeis dudarle madre mia? interrumpió Arturo fijando en mí una mirada de fuego; ella entonces pareció tranquilizarse, y hablando consigo misma dijo: Sí, soy una niña en afligirme por males imaginarios.

Después tomó mi mano, y uniéndola con la de Arturo, gozad hijos míos, nos dijo, ya lo veis, estoy tranquila, y al hablar así sonrió; pero al través de esa sonrisa leíase la amargura de su alma.

Trascurrieron tres meses á partir desde ese día, sin que una sola nube empañase el horizonte de nuestros amores, yo era en extremo feliz, mi matrimonio estaba fijado para el mes de Mayo y nos hallábamos á mediados de Abril; tan solo algunas semanas me separaban del instante por el cual tanto había suspirado mi alma.

Una tarde, en que más feliz que nunca soñaba en mi próxima dicha, ví entrar en mi estancia á mi madre; no venia sola, mi padre la seguía, en el rostro de este se notaba cierta severidad para mí desconocida; en el de mi madre se leía la espresion del sufrimiento, y en sus ojos estaban marcadas las huellas de un copioso llanto.

La aparición de mi padre en aquella hora me

sobresaltó, algo extraño pasó en mi corazón; sali á su encuentro; pero al ver su rostro adusto retrocedí espantada, y me arrojé llorando en los brazos de mi madre.

Esta me estrechó ardientemente contra su corazón. El mas profundo silencio reinó en mi habitacion!

“Mi padre fué el primero en romperlo, “Marta, me dijo con ternura, seca el llanto. ¿Por qué affijir y angustiar así tu corazón? ¿Sabes cuanto te amamos!.....No se te esconde que tu felicidad nos es más cara que la nuestra.—Que no habria sacrificio que por tí no hiciéramos. Pocas hijas pueden estar satisfechas cual tú, del inmenso cariño de tus padres ¿No es cierto, hija mia? y al hablar así tomó entre las tuyas una de mis manos, viéndome con ternura. Las palabras de mi padre helaban mi corazón de espanto. Algo de terrible tenia para mí aquel preludio; aturdida y confusa al ver que mi padre esperaba una respuesta, balbucearon mis labios estas palabras:

¡Sí, padre mio! á pocas cual á mí ha concedido Dios tan buenos padres!.....

Bien, murmuró mi padre, entonces debo hacerte una pregunta. ¿Estás dispuesta hija mia á hacer por nosotros un ligero sacrificio?

¿Nos amas Marta? exclamó mi madre bañada en lágrimas.

¿Que si os amo decís? repliqué enternecida arrojándome á los piés de mis buenos padres.

¡Oh! vuestra duda me mata. ¡Sí, padre mío! estoy dispuesta á todo, decidme por piedad, ¿que quereis de mi? Vuestras palabras arrojan en mi alma una ansiedad, una angustia más dura que la muerte!...

Cálmate Marta, me dijo mi madre levantándose y dándome un beso en la frente. ¡Tén valor hija mía! Lo que vamos á pedirte te vá á ser muy doloroso.....pero es preciso, tu bien solo nos guía, en ello estriba tu felicidad....

¿Mi felicidad? murmuré con apagado acento, y como comprendí que iba á tratarse de Arturo, un temblor convulsivo agitó mi cuerpo, mientras un frío sudor bañó mi palida frente.

Mi pobre madre guardó silencio; mas mi padre repuso.

Marta, tú bien sabes que léjos de oponernos á tu matrimonio, anhelábamos por la llegada de ese día, tú conoces que amábamos á Arturo como á un hijo....pues bien, hija mía, razones que no puedo decirte, nos obligan á romper ese matrimonio, á mandarte que renuncies á Arturo para

siempre, que arranques su afecto de tu corazón que borres hasta su recuerdo!...

Mi padre calló, parecia agobiado por el esfuerzo que habia hecho; yo estaba moribunda, las palabras de mi padre habian destruido en un momento toda mi felicidad. Habia visto al escucharlas desaparecer una por una las ilusiones todas de mi alma.....

Un vértigo cruzaba por mi frente, un dolor agudo destrozaba mi corazón, fuera de mí, sin saber ni lo que hacia, levanté la cabeza, y viéndome á mis padres les dije:

¡Renunciar á Arturo! ¿por qué? ¡Olvidarle! ¡jamás! estas palabras fueron fruto de mi exaltación. Luego, volviéndome á mi madre cubierta de lágrimas, y con un acento tan débil, cual el póstrer suspiro del agonizante, murmuré. Me habiais permitido amarle madre mía!... ¿por qué hoy con él quereis arrancarme la vida?...

No pude hablar más, una espesa nube nubló mi vista, y caí sin fuerzas en los brazos de mi madre, mientras en mis oídos resonaron estas palabras. ¡Olvidale hija mía! él es indigno de tí!

Ellas resonaron en mi corazón como un eco de muerte, y perdí el conocimiento!

Marta se detuvo, el esfuerzo que habia hecho para relatarnos esta escena de su vida, habia ago-

tado sus fuerzas y fijando en nosotras sus ojos, nos dijo: No puedo más por hoy, permitidme concluir! Conmovidas ante el dolor de aquella jóven, procuramos calmarla, y despues de lograrlo, salimos de su pieza para prepararnos á partir.

Serían las cuatro de la tarde, cuando salimos de nuevo á pasear, entramos á un templo, donde oímos un sermón ó plática, que el sacerdote predicó desde el altar mayor; esto nos llamó la atención, pues era la primera vez que lo veíamos.

En los paseos encontramos varias veracruzanas, seguidas de negritas y con abanicos en la mano, pues en los lugares como este, tan cálidos, no se desprenden nunca de él.

Despues de un largo paseo, volvimos al hotel y nos preparamos para comer, porque á las seis de la tarde debíamos pasar á bordo, puesto que el vapor partía á las 5 de la mañana siguiente.

A las 5 de la tarde se nos sirvió la comida, y poco rato despues nos estábamos disponiendo ya para la embarcacion. Describir las grandes y variadas impresiones que cada una de estas cosas, (completamente nuevas para nosotras) nos causaba, no es posible; en todas ellas gozábamos de una manera inmensa, como despues no hemos vuelto á gozar!... pronto estuvimos ya listas y

nos dirijimos á la plaza en compañía de nuestros buenos tíos, que nos iban á dejar hasta el buque.

Marta tambien se embarcaba esa tarde, y solo dos ó tres pasajeros mas se quedaron en el puerto, para hacerlo al otro dia temprano.

Multitud de botes se presentaron, ofreciéndonos sus dueños trasportarnos á la embarcacion, papá tomó uno de los mas grandes que habia, llamado: "José Espronceda." Con algun trabajo logramos penetrar en él, y poco despues se mecia deslizándose suavemente sobre las aguas.

Aunque la marea no era nada fuerte, el movimiento de la barquilla no dejaba de serlo, y nosotras sentimos un secreto temor, al vernos en tan frágil y pequeña embarcacion en el mar. ¡Ay! unas débiles tablas nos separaban del abismo! Este pensamiento hirió entónces nuestra mente y temblamos!...

Nuestros labios se entreabrieron y comenzaron á invocar al que es Todopoderoso y lleno de misericordia.

Poco despues nos encontrábamos ya en el costado del buque en que debíamos entrar.

Las tinieblas de la noche comenzaban á extenderse ya sobre la tierra, y la subida al vapor no era de lo mas fácil: descolgaron de él una mala escalera formada de cuerdas, trajeron unas luces,

y algunos marineros se presentaron para recibirnos, bajando con una facilidad admirable por donde nosotras teníamos que subir, y tomándonos de las manos, poco á poco fuimos penetrando todos en la embarcacion, y bajamos en seguida á ver nuestros camarotes.

Desde que entramos al vapor, sentimos alguna desazon en el estómago, y comprendimos al instante, que aquellos síntomas no eran otros que la desagradable enfermedad del mareo, tan comun y al mismo tiempo tan benéfica; sin embargo, á pesar del estado en que nos hallábamos, la curiosidad tan violentamente excitada en nosotras por conocer un buque, no pudo ménos que hacérsenos recorrer todo en compañía de nuestros tíos, que tambien quisieron verlo.

¡Oh! como nos llamó la atención esta casa flotante, que procuraremos examinar con cuidado; como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII.

Se dá una idea de los buques de vapor, en que por lo comun se hace la navegacion. Separacion de las personas que nos acompañaban á bordo, y sensaciones que experimentámos en esos momentos. El viento norte en el golfo, y retardo que sufrimos en nuestra partida. Marta continúa el relato de su historia. Renovacion de las sensaciones que experimentámos al volver á ver entre nosotras personas queridas y decirles el último adios, y las que se experimentan al alejarse de la patria.

No nos proponemos hacer una descripcion de las varias clases de buques en que se hace la navegacion, algunos de los cuales están preparados con todo género de comodidades, con bastantes garantías de seguridad; sino que nos limitaremos ahora á hablar del vapor, que debia trasladarnos á uno de los puntos de nuestro viaje, para que los que no han tenido ocasion de ver estas embarcaciones, las conozcan al menos por teoria.

Un buque de vapor es un pequeño edificio flotante, construido con fierro y con madera. Su forma exterior es la de un rectángulo con pe-

y algunos marineros se presentaron para recibirnos, bajando con una facilidad admirable por donde nosotras teníamos que subir, y tomándonos de las manos, poco á poco fuimos penetrando todos en la embarcacion, y bajamos en seguida á ver nuestros camarotes.

Desde que entramos al vapor, sentimos alguna desazon en el estómago, y comprendimos al instante, que aquellos síntomas no eran otros que la desagradable enfermedad del mareo, tan comun y al mismo tiempo tan benéfica; sin embargo, á pesar del estado en que nos hallábamos, la curiosidad tan violentamente excitada en nosotras por conocer un buque, no pudo ménos que hacérnosle recorrer todo en compañía de nuestros tíos, que tambien quisieron verlo.

¡Oh! como nos llamó la atencion esta casa flotante, que procuraremos examinar con cuidado; como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII.

Se dá una idea de los buques de vapor, en que por lo comun se hace la navegacion. Separacion de las personas que nos acompañaban á bordo, y sensaciones que experimentamos en esos momentos. El viento norte en el golfo, y retardo que sufrimos en nuestra partida. Marta continúa el relato de su historia. Renovacion de las sensaciones que experimentamos al volver á ver entre nosotras personas queridas y decirles el último adios, y las que se experimentan al alejarse de la patria.

No nos proponemos hacer una descripcion de las varias clases de buques en que se hace la navegacion, algunos de los cuales están preparados con todo género de comodidades, con bastantes garantías de seguridad; sino que nos limitaremos ahora á hablar del vapor, que debia trasladarnos á uno de los puntos de nuestro viaje, para que los que no han tenido ocasion de ver estas embarcaciones, las conozcan al menos por teoria.

Un buque de vapor es un pequeño edificio flotante, construido con fierro y con madera. Su forma exterior es la de un rectángulo con pe-

queñas ventanas en ambas partes, y un cómodo barandal que se encuentra sobre cubierta. Sus velas, que son anchos y largos lienzos de género grueso y maciso, estendidos por medio de cuerdas y de palos, se hallan algunas veces permanentemente desplegadas, é hinchadas por el viento segun la más ó ménos fuerza de éste, y otras replegadas en los mástiles,

De la máquina lo único que se puede ver en el exterior es un alto tubo cilindrico, que tendrá como tres varas de circunferencia, por donde se despidе el humo, que al salir forma un ruido sordo, dejando en el espacio una larga nube. Vense tambien dos grandes ruedas laterales, que siguen constantemente el movimiento del vapor rectilíneo circular, batiendo de este modo las aguas, que formando una blanca y espesa espuma, presentan un nido en el oceano, recreando extraordinariamente la vista esa hermosa estela sobre las aguas.

En el interior vense los departamentos de primera y segunda clase, la bodega, y las oficinas de sobre cubierta que son las siguientes:

En el centro están situados los cuartos más amplios y cómodos que tiene el vapor, y por lo común sirven de habitación al capitán, empleados

principales, y las oficinas como la botica y secretaría; un salon para fumar, la dispensa y la cocina.

En la proa véense una especie de jaulas que contienen diferentes animales destinados al sustento, quesos, legumbres, y otros comestibles.

Los animales grandes, como vacas, caballos, etc., yacen atados á los palos.

Los granos, fruta, harina y otras cosas conservadas, se encuentran perfectamente colocadas en la dispensa.

En la popa está el timon y algunos acientos para los pasajeros, y en todo lo largo del buque los palos que están sosteniendo las velas para las maniobras, los botes y salvavidas, y las cuerdas graciosamente arregladas.

Se advierte en las oficinas orden y regularidad, todo se encuentra arreglado con mucho esmero y propiedad.

Se baja al interior por una escalera regularmente espiral.

En el centro, para los de primera clase, se hallan salones de señoras para la conversacion. A rededor están los camarotes cuyas puertas comunican con unos pequeños corredores; están numerados desde el 1 hasta el 50 ó más, segun la extencion del buque.

Son los camarotes unos pequeños cuartitos que

tendrán sobre tres baras en cuadro. En uno de los muros se encuentran embutidas las camas que son bien angostas, en las cuales no cabe una más que acostada; sentarse no es posible, el alto no lo permite.

En frente de estos cajones hay un pequeño sofá y cerca de él un tocador; todo esto fijo, y sin poder moverse de un lugar á otro, únicos muebles que adornan un camarote.

Sobre el sofá se halla una claraboya con su vidrio, que tendrá como media vara de circunferencia que dá al mar, por donde se recibe el aire y la luz.

De este piso se baja por otra pequeña escalera con su cómodo barandal al piso inferior, ó sea de la segunda clase, que está en el mismo orden que el primero, con la diferencia que en vez de ser todo tan confortable, tiene sus incomodidades, y en lugar de salones de recreo, se suelen encontrar allí los comedores con sus largas mesas fijas en el suelo lo mismo que los acientos, y sobre ellas, en graciosos aparadores que nacen del techo, se encuentran colocada con mucha gracia toda la bañilla de cristal, copas, vasos, botellas, etc., de un modo muy sólido.

La mejor de estas mesas y la más bien asisti-

da está destinada á las personas de primera clase, en ella tiene su asiento el capitán.

La otra pertenece á la segunda clase, y la preside regularmente el segundo capitán, ó uno de los empleados de más categoría.

En este mismo piso se encuentran los baños que son muy aseados.

En muchos buques la primera clase está en la popa, y la segunda en la proa, pues no todos tienen este segundo piso.

El tercer piso lo constituye la bodega, y se baja á él por una pésima escalera, propia solo de marineros acostumbrados á bajar por ella.

Allí se encuentran los equipajes de los viajeros, las mercancías, y lo demás que forma el cargamento del buque, que es preciso no sea poco, para que éste no corra peligro.

La bodega ocupa, como es natural, el centro del vapor, y en los lados se hallan los camarotes, donde duermela gente del servicio y los marineros. ¡Pobresgentes! si no fuera porque solo para dormir van allí, no se comprende como podrian tener vida en un lugar tan húmedo y oscuro, pues queda sumergido en el seno de las aguas.

Cuando hubimos penetrado por todas partes recorriendo por completo el vapor, volvimos á subir sobre cubierta, porque nuestros tíos debían

partir en la última lancha que á tierra se dirijía, pro que ya la noche se hallaba muy entrada.

Con verdadero sentimiento los acompañamos; porque se aproximaba para nosotros el momento terrible de la separacion.

Eran las dos únicas personas que nos quedaban allí, en ellas veíamos representada á la familia total.....

Fué preciso decirles adios, y nos arrojamos en sus brazos, permaneciendo largo rato estrechamente ligados sin articular nuestros lábios una sola palabra; pero hablaban demasiado los sollozos y las lágrimas. ¡Al fin fué preciso separarnos!.....

Los arrancaron de nuestro lado, y permanecimos solas!.....

En aquel momento se renovó para nosotras la despedida angustiosa, que pocos dias ántes tuvimos en México, y un agudo dolor destrozaba en ese instante nuestros corazones; ¡de nuestros ojos se desprendian á raudales las lágrimas, é iban á sepultarse entre las aguas del Oceano!

Reclinadas sobre cubierta, permanecimos absortas en la contemplacion del dolor que nos agoviaba; al fin levantamos la cabeza que abatida se inclinaba sobre el pecho; nuestros ojos se fijaron en el bote que nos arrancaba los dos últimos sé-

res de la familia; y entónces agitamos nuestros pañuelos por el aire, pronto los de ellos respondieron á los nuestros, y aquella muda pero elocuente despedida aumentó nuestro dolor!

¡Era aquel el postrer adios!.....

Pocos momentos despues, el bote y sus pasajeros habian desaparecido de nuestra vista..... entónces se exaló de nuestro pecho un profundo suspiro, é inclinando de nuevo la cabeza prorumpimos en amargo llanto!.....

Así trascurrieron casi dos horas, Marta, que se hallaba á nuestro lado, en vano nos prodigaba inútiles consuelos. ¡Hay momentos en que nada alivia el dolor!

¡Las heridas que causa la ausencia, solo el tiempo tiene poder para calmarlas!

Al fin enjugamos nuestro llanto. Un viento frio nos obligó á bajar; oímos decir que picaba Norte, y nuestro sentimiento fué inmenso, porque eso nos impediria partir al dia siguiente, y tendríamos que permanecer un dia más anclados, cosa que realmente nos molestaba.

Dieron las diez de la noche, nos separamos de Marta, y no sin repugnancia entramos á nuestros camarotes.

El mal olor que en ellos habia, lo incómodo del lecho, el continuo movimiento, y el estado

en que se hallaba nuestro espíritu, nos hizo no pasar una buena noche; pero al fin el sueño cerró nuestros párpados cansados ya, y este dulce bálsamo tan benéfico para el que sufre, vino á proporcionarnos instantes de reposo, y á dar tregua á nuestro agudo dolor.

Al día siguiente nos levantamos á las siete, nos desayunamos de mala gana, y subimos un rato sobre cubierta.

Un espectáculo imponente se presentó ante nosotras; el Norte era deshecho; las encrespadas olas fuertemente agitadas por el viento, venían á estrellarse contra el buque.

La neblina nos envolvía por completo; el viento que silvaba, y el ruido que producía la corriente al estrellarse contra la playa, herían nuestros oídos como un eco de muerte.

El movimiento del buque era insoportable, y el cielo cubierto de densas y espesas nubes, nos hacían presentir que no partiríamos aquel día, y que tendríamos que soportar á bordo aquel viento, que parecía conjurarse contra nosotros.

El aspecto de aquel día aumentó nuestro abatimiento.

Las horas trascurrieron, y el Norte lejos de cesar, por momentos aumentaba.

El práctico y otros señores que se habían que-

dado en tierra, no pudieron trasladarse á bordo, y tuvimos que resignarnos á pasar el día anclados en el golfo, y sufriendo todo el malestar á que se halla uno sugeto en el mar en un día de borrasca.

Serían las diez de la mañana cuando nos reunimos con Marta, que como buena amiga había ido á buscarnos; nos trasladamos al salón de las señoras, y sentándonos á su lado, le suplicamos nos continuase la relación de su interesante historia; ella como siempre, accedió á nuestro deseo, y continuó de esta manera su relato.

Comprendo que vdes. tendrán deseos de saber, cuales eran las causas que obligaban á mis buenos padres á romper mi matrimonio con Arturo, y á exigir de mí que lo olvidase; es muy natural esta curiosidad, y me anticipo á satisfacerla.

Arturo no era mexicano, una provincia de España lo había visto nacer: al verificarse los arreglos de mi matrimonio, mi buen padre había escrito á varias personas, pidiendo informes del hombre á quien debía yo unir mi existencia; estos llegaron el día en que acontecieron los sucesos que voy narrando, y ¡cuál sería la sorpresa de mis padres al ver, que Arturo, que no había tenido la precaución de cambiar de nombre, era un criminal, y un perverso de esos que la socie-

dad rechaza de su seno, y que por sus muchos crímenes habia sido puesto fuera de la ley, y condenado á cadena perpetua en un presidio, de donde se habia fugado dos años hacia!

¡Era pues un presidario de Ceuta á quien yo amaba con todo el corazon! ¡á quien ellos iban á hacer dueño de mi destino!

Indignado mi padre con esta idea, se trasladó á casa de Arturo, donde tuvo lugar una escena terrible: mi buen padre le enseñó las cartas, rompió con él todos sus compromisos, y tratándole como á un miserable, salió de su habitacion, prohibiéndole volviese á poner un pié en nuestra casa.

En vano Arturo le negó todo, y trató de justificarse á los ojos de mi padre; éste nada quiso oír, y salió haciéndole terribles amenazas si se dirigia á mí ocultamente; en seguida se trasladó á mi pieza en compañía de mi buena madre.

Lo que allí pasó lo saben vdes. ya, y ahora que he aclarado los hechos, voy á continuar el relato de mi historia.

Cuando volví en mí, me hallaba en mi lecho rodeada de facultativos; á mi lado estaba mi tierna madre, que con la expresion de la angustia fijaba en mí sus ojos cubiertos de lágrimas; mi primera palabra fué para ella.

¡Madre mia! ¿no es un sueño lo que por mí ha pasado?

Decidme, ¿es cierto que debo renunciar á Arturo para siempre, y será tambien cierto que vosotros, que decís que tanto me amais, sois los que os oponéis á mi enlace, destruyendo de un solo golpe toda mi felicidad y dándome la muerte?

Habia tal amargura en mis palabras, que mi pobre madre solo pudo responderme con sollozos y con lágrimas.

Sin compasion yo, al ver su llanto y su dolor continué.

¡Ay! ¡querida madre! perdonad las expresiones de sentida queja que os dirijo, pero no puedo evitarlo... me es imposible vivir sin Arturo, y vosotros que sabéis todo lo que le amo, ¿sois los que os oponéis á que se complete mi felicidad, siendo su esposa?

Decidme, ¡por piedad! ¿qué mal os ha hecho, para que no querrais que yo sea suya, y que él sea vuestro hijo?

Al pronunciar estas palabras, noté que mi pobre madre se estremecía ligeramente, entónces yo con nuevas fuerzas la interrogué.

¿Qué, ¿os ha hecho algun mal madre mia? ¡Oh! ¡desde ahora os ruego que lo escuseis! Segura estoy de que no ha sido su intento ofenderos en

nada: ¡perdonadlo madre querida! continué pos-trándome á sus piés, y abrazando con fuego sus rodillas, ¡perdonadlo si es que me teneis algun cariño!

Sus culpas cargan todas sobre mi, y quiero ver si sois capaces de rechasarme al verme cubierta con ellas!

Noté que mis palabras causaban á mi madre una sensacion de disgusto, y luego desplegando sus labios, por fin me dijo estas palabras, levantándome cariñosamente.

Hija mia, sin duda tu no mides toda la fuerza de tus expresiones, cuando eres capaz de pronunciarlas con tanta sangre fria. ¡Oh! si tu las hubieses meditado ¡no habrian salido de tus labios!.... ¡Tú cándida y pura!.....¡joya de un valor poco comun! querer mancharte con el ropaje de Arturo!.....

¿Qué es lo que has dicho Marta? ¡Hija mia que tus labios no vuelvan á pronunciar jamás semejantes expresiones!

El valor mas precioso de una muger es su virtud, los nobles sentimientos de su alma, y si no queremos entregarlos hoy en manos de Arturo, tendremos razones que nos sobran para ello; nunca creas Marta, que por un mezquino interes personal fuésemos capaces de sacrificarte, tu fe-

licidad, hija de mi corazon, es lo único que nos ocupa ¡y si tu matrimonio con Arturo pudiera constituirla, aunque causara al mismo tiempo nuestra desgracia, no lo dudes ni un solo segundo nos sacrificaríamos por tí!

Las palabras de mi madre tocaron las fibras mas delicadas de mi corazon, y me sumerjieron en la mas profunda meditacion.

Yo no podia dudar de las palabras de mi buena madre, ¡me amaba demasiado, para que mi ingratitud me llevara hasta ese punto! pero al créerla, clavaba yo misma con mi propia mano una daga envenenada en mi corazon.

Segun ella, debia yo por siempre renunciar á Arturo, y verlo como indigno de mi; tenia que conciderarlo como un hombre infame, criminal, y esto no me era posible, ¡lo amaba mucho! ¡habia mucha ternura en mi alma, para poder aborrecerlo! por tanto, el combate que se habia empuñado en mi interior era terrible y espantoso.

Cuando ví entrar en mi pieza á mi padre, que fué á sentarse cerca de mi cama al lado de mi madre, temblé.

—¿Cómo te sientes hija mia? me preguntó con un tono lleno de cariño.

—Estoy mejor padre mio, le respondí tímidamente.

—Al quererte librar de un grave mal, exclamó, te hemos causado otro; pero este es preferible.

Las indicaciones de mi padre eran sentencias para mí, de manera que después de una corta pausa lo interrogué de este modo.

—¿Estais definitivamente resueltos á que yo no efectúe mi enlace con Arturo?

—Si hija mia, me contestó, no puedes unirme con él.

—Pero padre mio! no veís que esto me causará la muerte, porque lo amo con todo mi corazón!

No importa Marta; son tales las causas que se oponen á tu enlace con Arturo, que preferiria yo (mide bien la extensión de mis palabras) preferiria yo verte en la tumba, que no esposa suya.

Un lamento agudo se escapó muy á mi pesar en este instante de mi pecho, porque las palabras de mi padre destruian mi última esperanza!

Mi padre continuó diciéndome, cálmate Marta; tú te dejas llevar demasiado de la fuerza y delicadeza de tus sentimientos, y es preciso que contemples las cosas bajo otro punto de vista, escúchame hija mia: eres jóven y bella! poseés en tu corazón un tesoro mayor que tu fortuna que no es poca, verás cuan presto se presentarán nuevos adoradores, que llenos de fuego solicita-

rán tu mano; entre ellos habrá alguno digno de tí, y entónces verás si tus padres son capaces de oponerse á tu dicha, al cumplimiento de tus deseos,

¡Ay padre mio! repuse conmovida, me conoce vd. muy poco!... nó, si Arturo no es mi esposo, yo no seré jamás de ningun otro, porque en mi alma no caben dos objetos, y ella está toda llena por él!

Mi padre exhaló un profundo suspiro al escucharme, pero tomando un aire de calma que distaba mucho de tener, continuó: Hija mia, precisamente de esto tratamos, y trabajaremos con empeño en que se aparte de tu alma la imagen de ese hombre, indigno de morar en ese santuario purísimo.

¡Esto no es posible! murmuré con acento débil y una voz desfallecida; pero tomando despues aliento, y con tono resuelto les dije.

Quiero; sí, os ruego padres míos muy queridos, que me habeis con entera franqueza, manifestándome ¿porqué se me prohíbe amar á Arturo? ¿porqué se ha deshecho mi matrimonio con él? tengo derecho de saberlo.

Al escuchar mis padres estas palabras, noté que mi pobre madre hizo una seña enérgica á m

padre, para que no revelase nada, mientras él se cubría el rostro con ambas manos.

Sin embargo, á pesar de eso no me contuve, y dirijiéndome á él con un fuego y arrebató febril le dije.

—Padre mio, quiero saberlo todo, sin que se me oculte nada; ¿lo comprendeis? nada, ¿porque no me prohibisteis desde el principio amar á Arturo? ¿porqué cuando pidió mi mano se la disteis, y hoy que tocaba ya casi el momento de mi completa dicha, hoy que él solo vive en mi alma, y que ya se hallaba todo arreglado para nuestro matrimonio, en un instante quereis destruir mi ventura?

Nó; vosotros teneis obligacion de decírmelo todo para vuestra propia justificacion, y para que pueda yo sentir la fuerza de vuestras razones, y encontrar en ellas al menos algun alivio.

Al hablar así, diriji á mi padre una mirada tan tierna y tan llena de amargura, que hizo rodar de sus ojos dos gruesas lágrimas.

En un tono conmovido me replicó: ¡Hija querida! ¿has visto cuan cristalinas se ostentan las aguas en las fuentes, y como nos recreamos contemplando su encantadora limpieza? pues bien, si en esas aguas purísimas arrojásemos alguna sustancia sucia, algun objeto asqueroso. ¿Que su-

cederia? ¿No es cierto que, al momento perderia su limpieza, y hasta se sentiria exhalar de ellas un olor mal sano y nauseabundo, que nos obligaria á retirarnos?

—¿No es verdad todo esto?

—Sí, respondí tímidamente.

Pues bien, replicó mi padre entonces, ¿que pretendes? tú, ¡hija mia! eres esa fuente purísima, cuyas aguas limpias causan nuestra más profunda admiracion; y si en ellas arrojamos por medio de palabras las sucias y viles acciones de Arturo, si te descubrimos su vida escandalosa, ¿Como es posible que no se destruya en un momento tu tranquilidad? ¡infeliz! . . . se corromperian y mancharian las aguas de tu alma; tus palabras serian ya no la expresion de la inocencia, sino que tendrian que encerrar un fondo de doblés, que no podria dejar de envilecerte.

En vez de un bien, te causaríamos un mal verdadero, si te revelásemos todo lo que hemos sabido de Arturo; no hija mia, tu debes ignorarlo, y confiar en tus padres.

Las palabras de mi padre penetraban en mi alma como un dardo de fuego. Ellas prestaban un vastísimo campo á la meditacion, hubiera querido, aunque perdiese el candor, saber todo lo que tenia relacion con Arturo, pero me era imposible

interrogar más á mis padres, cuando para contestar mis observaciones habia anticipádose mi padre diciendo:

—Hija mia, la conducta de padres tan amantes, nunca ha tenido que justificarse ante hijos, que comprendiendo todo lo que entraña ese amor tierno y puro, son incapaces de concebir contra ellos ningun pensamiento indigno, abrigar ni una sola sombra de duda, ni mucho ménos formular un juicio errado ó poco fundado; puede ser, que la exageracion de tu amor por Arturo te haya turbado por un momento la mente, y héchote desconfiar de la conducta noble de tus padres, pero.... no importa, nosotros estamos convencidos de que tan solo por tu bien obramos, y ya ves que esto no nos puede traer ningun remordimiento. Creémos además, que una hija como tú, tan buena y cariñosa con sus padres, no puede culparlos, desconocer sus nobles sentimientos y desconfiar de ellos. ¿Es verdad Marta?

—Vozlo habeis dicho, padre mio, contesté anegándome en llanto.

—Pues bien; estando convencida como lo estás de que solo por tu bien obramos, tén confianza, y verás cuan presto serás completamente feliz.

Me decias además, que para tu propia tranqui-

lidad ó consuelo querias saber las faltas de Arturo. En esto, en parte tambien, no obrabas como es conveniente, hija mia, porque tú misma te avergonzarias de haber puesto tu amor en un hombre como ese; y esto en vez de consuelo, te sonrojaria, y produciria en tí desengaños amargos. Sin embargo, si creés que en algo pueda consolarte mi revelacion, te diré en globo que Arturo es un hombre lleno de crímenes, cuya conducta escandalosa, objeto de censura, ha sido el blanco de los tiros de la gente honrada. Arturo ha turbado y destruido la paz doméstica de multitud de familias virtuosas, á las cuales ha dejado sumergidas en un oceano de angustias, Arturo.....

—No, padre mio, no continueis, murmuré pálida y temblorosa, no quiero oir más.....

—Me alegra, hija, mia en extremo ese justo horror, fruto de la bondad de tu alma. Tienes razon en no querer oir cosas que tanto te dañan. Ahora te dejamos sola entregada á estos puntos de meditacion.

Arturo es indigno de mí, porque su vida es una cadena de maldades.

—Si hubieras sido su esposa, habrias sido pronto extremadamente desgraciada, y los hijos

de este hombre hubieran tenido que avergonzarse de su padre.

—Después de pensar seriamente en todo esto, verás como la paz penetrará en el interior de tu alma, calmará tu angustia y tu dolor, y cesarán pronto tus penas; esto es lo que deseamos, porque tu dicha nos es más cara que la vida.

Diciendo estas expresiones, se levantó mi padre después de imprimir en mi frente un tierno beso, y se dirigió á la puerta; entonces se acercó mi pobre madre, me estrechó fuertemente contra su corazón; sus labios se acercaron á los míos y bebí en ellos el amor y la dicha; luego siguió á mi padre, diciéndome ántes de salir: ¡valor Marta, pronto estaré contigo!.....

Poco rato después me encontré enteramente sola, y sumergida en la más profunda meditación. Se entabló entonces en mi corazón una lucha terrible, de la cual aun no podía preveer el resultado. No podía pensar en Arturo sino como en el sueño de mi cariño, y al considerar un criminal en el hombre que tanto amaba, mi corazón se sentía oprimido bajo el peso del dolor.....!

Aquí se encontraba Marta de su relación, cuando vinieron á llamarnos para comer; juntas nos dirigimos al comedor, y después nos separa-

mos, entregándonos el resto del día á nuestras propias meditaciones.

El Norte continuaba con fuerza, y la noche nos sorprendió sin que hubiese calmado. Nuestra angustia aumentó: temíamos que nos impidiese partir al día siguiente, y la permanencia á bordo, sin fruto alguno, nos desesperaba.

A las diez nos recogimos en nuestros camarotes, y pronto el sueño nos sumergió en un dulce reposo.

A la mañana siguiente, nuestros primeros pasos se dirigieron sobre cubierta, nuestro corazón palpité de contento, brillaba á nuestra vista la luz de un hermoso día, el cielo estaba sereno, la mar yacía tranquila, una dulce brisa jugueteaba con las olas, el Norte había concluido, y un día de completa calma había sucedido al de tormenta.

Gozando nos hallábamos de la belleza de la mañana, cuando descubrimos á los lejos un bote que se desprendía de la playa, sin saber por qué, una secreta emoción se apoderó de nosotras, nuestro corazón palpité de contento, y nuestra mirada fija en el bote, se agitaba con la ansiedad del que algo espera.

La pequeña embarcación avanzaba hacia no-

sotras con lentitud, y los remos apenas se sumergían en las azules aguas.

Repentinamente un rayo de esperanza cruzó por nuestra mente; el bote conducía tan solo dos pasajeros, un caballero y una dama.

Si serán ellos, exclamamos, y á la idea de volver á ver á nuestros queridos tios, á quienes habíamos creído ya muy léjos de nosotras, saltamos de contento, bendiciendo el Norte que nos habia proporcionado aquel instante de consuelo.

¡Incautas é inocentes, no comprendíamos que al volverlos á perder, se renovaría nuestro dolor! Dejándonos llevar de nuestra alegría, agitamos los pañuelos por el aire, pronto los de ellos respondieron á nuestro saludo, y algunos momentos despues los estrechábamos de nuevo en nuestros brazos.

¡Cuántas sensaciones de placer experimentamos entónces; pero estos venturosos instantes huyeron rápidos como la luz de un relámpago, como huyen siempre los momentos de felicidad!.....

Corto fué el tiempo que nuestros tios permanecieron á nuestro lado. Repentinamente él nos dijo que iban á visitar otro buque que allí estaba anclado, y que en seguida vendrían; y ella nos estrechó contra su pecho, y á pesar de las protes-

tas que nos hacian, todos comprendimos que aquel era el último adios!

El llanto anudó nuestra garganta, nuestros labios se abrieron para exhalar un gemido; un vértigo cruzó nuestra frente, y euando salimos de nuestro estupor, ellos habian ya partido.....

¡Hay impresiones que la pluma en vano trata de describir!

¡Hay cosas que solo se sienten, pero que jamás se explican!

Abismadas y sumergidas nos hallábamos en nuestras propias impresiones, cuando la detonacion de un cañon hirió nuestro oido.

Un involuntario temblor estremeció nuestros miembros. Aquella detonacion habia destruido nuestra esperanza. Aquel cañonazo resonó en nuestros oidos como un eco de desolacion y de muerte.

El momento terrible habia llegado, la hora de partir habia sonado ya en el reloj de la Providencia, y levantando el ancla nuestro buque comenzó á alejarse con rapidez entre las aguas del Oceano.....

Un hondo gemido, un ¡ay! agudo se escapó de nuestro pecho, torrentes de lágrimas brotaron de nuestros ojos. Lágrimas dirigidas á nuestra familia; lágrimas tambien dirigidas á nuestra patria

querida, que tan justamente posee siempre las simpatías del corazón.

Luego dirigimos con avidez nuestras miradas hacia al mas próximo de los buques que estaban allí anclados. Nuestros tios se hallaban sobre cubierta, nos veían partir.

Nuestras miradas se encontraron; los latidos de su corazón respondían á los nuestros; sus lágrimas corrían también.

Mútuamente nos contemplamos algunos instantes; los blancos pañuelos flotando por el aire repetían ¡adios! ¡adios! mientras tanto, esta palabra destrozaba nuestro corazón.

El buque sin compasión continuaba su marcha, alejándonos cada vez mas de todo lo que nos era querido; nuestros ojos, fijos en la cubierta del otro buque, repetían con sus lágrimas: ¡adios! ¡adios!

Dios contemplaba en el silencio del Océano aquella muda pero elocuente despedida, ¡tan poética, tan dolorosa!

Pronto el buque y los seres queridos que en él se encerraban, aparecieron solo como un punto blanco en el horizonte. Algunos instantes después, este punto se desvaneció también.

Nosotras permanecemos como estatuas; fija la vista en la playa de la patria, fijo también en ella el corazón, y en la querida familia que dejába-

mos en México, y de la que á cada instante mas y mas nos alejábamos.....

Así pasaron las horas, pronto la playa desapareció también, y cuando perdimos de vista las últimas costas de nuestra patria, entonces nuestro corazón exhaló un gemido; las fuerzas nos faltaron, y nos dejamos caer desfallecidas en los asientos del buque.

Pasó en ese instante ante nosotras, como en un sueño ó panorama, el recuerdo, la imagen de los primeros años de nuestra infancia, las caricias de nuestra familia; de esa familia de la que entonces nos separábamos quizá para siempre; de esa familia que formaba la mitad de nuestra vida!.....

Abandonábamos nuestro país natal, el suelo en que se había mecido nuestra cuna, nuestra patria querida; nos alejábamos de ella, y de esas afecciones que se forman en la infancia, para lanzarnos en un mundo desconocido, en el que solo encontraríamos egoísmo, indiferencia, y un vacío que nada puede llenar.

Agobiadas por estas lúgubres reflexiones, nuestro corazón nos repetía: ¡todo lo has abandonado, teme que sea para siempre!... y á este pensamiento llorábamos; pero hay veces que las lágrimas no alivian la intensidad del dolor!

¡Nuestra familia!..... nuestra patria!..... todo

habia desaparecido, estábamos en alta mar; cada momento, mas y mas nos alejábamos, y solo existian ya para nosotras, en la vida de los recuerdos, de la que jamás se podrian borrar.

CAPITULO IX.

Navegacion de Veracruz á la Habana. El mareo, desazon y malestar que causa. La vida en el mar; entretenimientos con que procurábamos romper su monotonía, y buscar alguna distraccion. Saludables efectos de los viajes de mar. Grupos que formaban los pasajeros en sus diversos entretenimientos. Marta continúa contándonos su interesante historia. Poca práctica y conocimiento del que dirigia el vapor en que hacíamos el viaje, y rumor á que esto dió lugar; agitacion y sensaciones que todo esto produjo en nosotras. Aparicion favorable de otro buque, que nos sacó de la posicion embarazosa en que nos encontrábamos. Vista de la tierra; sensaciones que se experimentan al acercarse á ella. Detencion sufrida, é incidentes que ocurrieron. Nuestro desembarque.

Siete dias duró nuestra primera navegacion; nuestro constante anhelo era llegar lo mas pronto posible á la Habana; continuamente veíamos la singladura, y contábamos las millas que habíamos pasado, y las que aun nos faltaban que caminar. Nuestro pensamiento, siempre fijo en México y en nuestra querida familia, nos hacia verlo todo con tristeza y abatimiento. Sin embargo, preciso es confesar que los viajes siempre distraen, y en nosotras esta distraccion era doble, porque todo tenia el atractivo de la novedad; pues aun-

habia desaparecido, estábamos en alta mar; cada momento, mas y mas nos alejábamos, y solo existian ya para nosotras, en la vida de los recuerdos, de la que jamás se podrian borrar.

CAPITULO IX.

Navegacion de Veracruz á la Habana. El mareo, desazon y malestar que causa. La vida en el mar; entretenimientos con que procurábamos romper su monotonía, y buscar alguna distraccion. Saludables efectos de los viajes de mar. Grupos que formaban los pasajeros en sus diversos entretenimientos. Marta continúa contándonos su interesante historia. Poca práctica y conocimiento del que dirigia el vapor en que hacíamos el viaje, y rumor á que esto dió lugar; agitacion y sensaciones que todo esto produjo en nosotras. Aparicion favorable de otro buque, que nos sacó de la posicion embarazosa en que nos encontrábamos. Vista de la tierra; sensaciones que se experimentan al acercarse á ella. Detencion sufrida, é incidentes que ocurrieron. Nuestro desembarque.

Siete dias duró nuestra primera navegacion; nuestro constante anhelo era llegar lo mas pronto posible á la Habana; continuamente veíamos la singladura, y contábamos las millas que habíamos pasado, y las que aun nos faltaban que caminar. Nuestro pensamiento, siempre fijo en México y en nuestra querida familia, nos hacia verlo todo con tristeza y abatimiento. Sin embargo, preciso es confesar que los viajes siempre distraen, y en nosotras esta distraccion era doble, porque todo tenia el atractivo de la novedad; pues aun-

que ya habíamos viajado mucho ántes, lo hicimos cuando estábamos en la cuna, y en esta edad nada se comprende.

Sugetas á la ley general, pronto resentimos los efectos del mareo, y un malestar bien molesto se apoderó de nosotras.

Nuestra inapetencia era excesiva, y como el olor de la comida nos dañaba, jamás asistíamos al comedor, sino que hacíamos que nos sirvieran el alimento que mas podíamos pasar en nuestros propios camarotes, ahorrándonos así muchas molestias.

A bordo se forman en un día amistades tan íntimas, como no es posible que se hagan en tierra en un año; así es que pronto nos relacionamos con los demas pasajeros, que nos tomaron un verdadero cariño.

Nos levantábamos regularmente temprano, y subíamos sobre cubierta á gozar del fresco de la mañana, y de la bella perspectiva que presentaba el mar.

Este el primer día de nuestra navegacion estaba tranquilo; cielo y agua era lo único que teníamos á la vista, en vano ansiábamos descubrir alguna sombra siquiera de tierra, nos hallábamos en alta mar, y se habia alejado mucho de nosotras.

Algo de imponente tiene el mar cuando nos encontramos en él, amparadas tan solo por la débil embarcacion que nos guia y nos separa del abismo..... ¡entónces reconocemos la grandeza y el poder de Dios! ¡nuestra pequeñez y nuestra miseria!.....

A pesar del malestar que sufríamos, estabamos contentas; la novedad siempre tiene atractivo, y como para nosotras todo tenia ese carácter, éntiamos á cada instante gratas y dulces impresiones.

Pasábamos gran parte del día con nuestros compañeros de viaje, que se esforzaban por complacernos; en su compañía veloces volaban las horas, unas veces entretenidas en gratas conversaciones, y otras jugando con algunos esos juegos sociales que tanto distraen; procurábamos así matar las horas mas pesadas del día, rompiendo la monotonía que presenta la vida, cuando uno se halla en medio del oceano.

Algunas tardes nos hacian representar trozos de comedias que en otros tiempos habíamos dado en el seno de la familia, y por los cuales recibíamos generosos aplausos; siempre objeto de ponderaciones y caricias, entónces asomaban en nuestros ojos las lágrimas, porque el recuerdo nos

presentaba las que en México habíamos recibido, y esto entristecía nuestro corazón.....

Pasábamos la mayor parte del día sobre cubierta, contemplando la mar tranquila, que sin límites se extendía hasta unirse con el cielo, y al contemplarla, sentíamos un secreto placer.

Todas las noches al claro de la luz ocupábamos sobre cubierta un asiento, y apartadas del resto de los pasajeros, solas con Marta, nos entregábamos á dulces conversaciones; concluyendo esta por contarnos su historia, que nosotras transmitiríamos á nuestros lectores, pues creemos han de encontrar algun interés en ella.

Marta nos amaba ya como á una hermanas, y nosotras la queríamos tan bien, á tal grado, que jamás estábamos separadas; pasábamos juntas la mayor parte del día, y cuando en las noches nos veíamos solas, se deslizaban para nosotras las horas mas dulces.

Aunque los primeros dias, como era natural, sentimos todas los efectos del mareo; poco á poco nos fuimos acostumbrando y restableciendo.

Esa enfermedad, según la opinion mas general, se convierte en una verdadera medicina, que influye inmensamente en la salud, y muchas veces se vé á los facultativos, mandar los viajes marinos no solo para respirar el aire purísimo

que allí se disfruta, sino para que se experimenten todas los efectos del mareo, pues es mucho el bien que proporciona, limpiando completamente el estómago.

Cuando salta uno á tierra, se experimenta un apetito poco comun y un bienestar inexplicable, que hace se pongan fuertes y robustas aun las personas mas endebles y enfermizas.

Las personas que no se marean, poco les aprovechan los viajes por mar; cierto es que de todas maneras el aire puro que allí se respira siempre es muy benéfico. Cuando estamos sobre cubierta, y contemplamos ese cielo diáfano, respirando esa brisa suave que no encuentra en su curso estorbo alguno, no es posible definir el arrobamiento y las sensaciones que se apoderan del alma.

El mar está lleno de poesía, no se le puede contemplar con indiferencia, porque tiene en su conjunto un atractivo poco comun, irresistible. Sentadas algunas veces sobre cubierta con este objeto, y entregadas á animadas conversaciones, admirábamos cuanto nos rodeaba.

Unas veces nos ocupábamos de la vida del marino, con los piés descalzos, componiendo las velas, y arreglando las cuerdas y cables en el suelo con figuras caprichosas y de gusto; otros

lavando el piso, los asientos y las tablas, porque el aseo es en los buques admirable; todos los dias el vapor recibe un baño general, cuyas faenas las ejecutan los marineros á la vista de todos, entonando, cuando el capitan no los observa, sus preciosas barcarolas.

Todas las canciones de las personas, que viven en el mar, tienen un encanto particular, son llenas de melancolía, de tristeza, de ternura, y sin embargo ensanchan el espíritu; apenas puede comprenderse el atractivo que puede tener la vida para esa gente en medio de la fatiga y los peligros, y á pesar de esto hay algunas que la consideran mas feliz, que la que tenemos nosotros en nuestros campos y ciudades.

Sobre esto giraban generalmente nuestras conversaciones. ¿Será posible decíamos, que puedan tenerse por felices estas gentes, obligadas á vivir encerradas en una embarcacion, sin mas horizonte que el agua; viendo siempre gentes indiferentes, sin gozar sino por muy breves y fugaces momentos, de la dicha de encontrarse en medio de sus familias?.....

Para nosotras no era conevible la felicidad de esta manera; y sin embargo, cuando interrogábamos llenas de ansiedad á algun marino; si era feliz, si no extrañaba la tierra, si no queria

abandonar el mar? Sus respuestas nos confundian; no solo uno sino muchos nos contestaban, que solo á bordo existia para ellos la verdadera dicha; que el mar era su patria querida, sintiéndose mal en tierra; que no querian abandonarla durante toda su vida, porque conocian que sentirian un vacio inmenso, que llegaria á hacerles falta la vida que allí llevaban.

Habia algunos que tenian ya quince ó veinte años de habitar á bordo, y sin embargo se encontraban tan felices y contentos, que no querian dejar esa habitacion que tanto les agradaba.

Les preguntábamos; si no tenian miedo cuando las tempestades se desataban en medio del Océano y ponian en tanto peligro la frágil embarcacion? y nos contestaban: que cuando habia alguna novedad en el tiempo, era cuando se encontraban ellos mas contentos, porque entonces se interrumpía la monotonía de su vida; que nada temian, y que solo entraban en alarma, cuando algun accidente grave ponía en peligro la destruccion completa del vapor; que la tierra estaba llena de peligros como el mar, y la gente no hacia caso de ellos. Así se expresaban ordinariamente estos hombres, que á juzgar por lo que decian se reputaban felices.

Nosotras como hemos dicho, nos confundíamos

con sus respuestas; nos poníamos en su lugar, figurándonos tener que pasar el resto de nuestra vida en el mar, y nos sentíamos presas de una angustia mortal, ansiando porque llegara presto el momento de desembarcar y pisar la tierra tan querida.

No hay que extrañar esta diversidad de gustos é inclinaciones; con ella se explica la de las artes y costumbres. Si todos pensaran lo mismo, ¿qué haríamos? ¿Existirían esos diversos matices y esa variedad asombrosa que forma el encanto de la vida?

¡Ah! todo esto, como hemos dicho ántes, formaba el objeto de nuestras meditaciones y gratas conversaciones; otras veces nos tomábamos del brazo para hacer un poco de ejercicio sobre cubierta, costumbre muy comun entre los americanos; pero nuestros compañeros no nos permitían ir juntas; sino que separándonos y uniéndose á nosotras, en su compañía continuábamos el ya iniciado ejercicio.

Los hombres del Norte son muy atentos y finos con las señoras, y á nosotras como niñas nos colmaban de caricias.

Después de conversar familiarmente un rato con ellos, nos separábamos y entreteníamos en observarlo todo.

También nos divertíamos con ir á ver los animales que se encuentran en la proa del buque, las gallinas, pavos, etc., todos en sus jaulas, deteniéndonos muchas veces en contemplarlos.

A bordo siempre se forma entre los pasajeros, que son algo sociables, una confianza inmensa, por el continuo trato en que tienen que estar los unos con los otros, por corta que sea la permanencia; y por lo mismo, poco tiempo se tiene para aburrirse en una navegacion, cuando se sabe encontrar el atractivo de ella; pues aunque por lo comun todos se enferman del mareo, esto acontece los primeros dias, luego se habitúa uno, y entónces se siente dispueste á todo, de manera que, frecuentemente se vé por un lado un grupo de señoras conversando familiarmente; ya aparecen otras en una mesa jugando con sencillo gusto solo por pasar el tiempo, y otros de ambos sexos dispersos de uno y otro lado; en fin, lectores y lectoras que se entretienen con sus propios libros, ó piden alguna novela, historia, etc., para ocupar agradablemente el tiempo, y matar las horas, que á bordo se hacen muy elásticas, y se convierten en siglos, pareciendo los dias eternos; pues por mas gusto que se tenga, se hace siempre sentir el tédio y el cansancio, y para que estas no se apoderaran de

nosotras, procurábamos hallarnos en esos diferentes grupos.

Llevábamos en la navegación, (en todo el viaje) dos animales que se habían creado en casa, y que eran muy queridos de toda la familia, éstos eran un precioso loro, que formaba la delicia de los marineros, y un perrito de Chihuahua, el que no podía estar solo ni un instante.

El primero, apenas llegamos a bordo, lo entregamos en su jaula a los marineros, y éstos lo cuidaban con mucho esmero, y cuando sus ocupaciones se los permitían, iban a rodearlo, encontrando un verdadero placer en oírlo hablar, y admirando la variedad de los colores de su plumaje. Algunas tardes íbamos nosotras también al lugar donde el lorito se hallaba, y era tal el placer que el animal demostraba al vernos, que sus ojos brillaban como el oro, y cantaba, y hablaba tanto, extendiendo sus matisadas alas, que deleitaba a los marineros que lo contemplaban.

En cuanto al perrito, como no es permitido a bordo, llevar animales en los apartamentos de las personas, lo conducíamos oculto, y jamás salía del camarote, donde podía permanecer mediante una buena gala dada al criado para que no lo descubriese.

Estos dos animales nos dieron no pocos tra-

bajos durante el viaje; pero como todas las que-riamos, pasábamos por estas pequeñas incomodidades.

Ahora que ya hemos dado a nuestros lectores, una ligera idea de nuestra vida a bordo, les comunicaremos también las confidencias de Marta, continuando el hilo de su historia.

—Desde el funesto día, continuó la joven, en que mis padres me prohibieron que amase a Arturo, sentí que en mi pecho, lejos de disminuir la pasión que él me inspiraba, avivada por los obstáculos tomaba más incremento, y mientras más trataba yo de sofocarla, más me incendiaba en el amor que ardía en mi pecho.....

¡Arturo era indigno de mí!..... me habían dicho mis padres: esposa suya habría sido desgraciada. ¡Ah! yo bien sabía que ellos no podían engañarme, que mi felicidad les era más cara que su existencia, que por ahorrarme el menor sufrimiento no habrían vacilado en sacrificarse todo esto lo comprendía, y al ver que a pesar de todo, ellos me prohibían que lo amase; comprendí que debía sobrarles razón y me propuse olvidarlo.

¡Ay, esto no estaba en mi mano! era tan fuerte la pasión que me había inspirado, que me parecía imposible que hubiese cometido las faltas de que

lo acusaban, y por mas arbitrios que ponía en juego, no podia convencerme de que era indigno de mi cariño.

Era preciso trocar en ódio y desprecio el amor que le tenia, y esto para mí no era posible..... No sentia en mi alma fuerza bastante para intentarlo..... Que lucha tan desapiadada se entabló en mi corazon, desde el momento en que mis padres me dejaron entregada á mis propias reflexiones..... Sin embargo, no puedo negar que mi deseo siempre prevaleció en obsequio de mis padres. Con las lágrimas en los ojos y el corazon hecho pedazos hice, ante una imágen de la vírgen, que al pié de la cruz por nosotros sacrificó lo que tenia de mas grato, el sacrificio de mi amor á Arturo.

¡Seré desgraciada exclamé, porque no podré volver á amar otro hombre;! pero es preciso que cumpla la voluntad de Dios manifestada por la de mis padres.

Despues de concluir con esta aspiracion, pronunciada con un acento en extremo débil y tembloroso, me incorporé, bajé de mi lecho, me acerqué á mi escritorio, extendí en él un pequeño pliego de papel, tomé en mis manos una pluma, y despues de permanecer mas de quince minutos en una agitacion que no me dejaba trasar

una sola línea, por fin pude con un temblor creciente estampar estas pocas palabras:

«Arturo:

Olvidame!.

No puedo ser tu esposa, y sin embargo, te amo como nunca. Martirísame hasta hacer que pueda aborrecerte!..... Te lo suplica con todo su corazon

Marta.»

Cerré la carta, y entregándola á la criada, me resigné á sufrir sus fatales consecuencias.

Y sin embargo, aunque en la apariencia cumpliendo con el deber de una hija, rechazaba á Arturo, en mi interior su imágen vivía continuamente, y su recuerdo era la sávia que alimentaba mi existencia.....

Poco despues de haber dado este paso, ví penetrar á mi madre. Venia á consolarme, á cumplir su oferta. Se acercó á mí, yo me encontraba aún sentada cerca de mi escritorio.

—¿Porqué te has levantado hija mia? me preguntó con cariñoso acento.

—Para consumir un doloroso sacrificio, contesté con la voz embargada por la emocion.

—¿Qué has escrito de nuevo á Arturo?

—¿Podía no hacerlo, madre mia? era preciso que me despidiera de él, para que vuestras órdenes pudiesen ser cumplidas.

—Eres generosa Marta me dijo mi madre; pero por Dios hija querida, que no sepa tu padre que lo has hecho, porque tendría un fuerte disgusto.

—¿Por qué? ¿acaso no cumplo con su voluntad, en lo que acabo de hacer?

—Sí, pero tú has escrito de nuevo á Arturo, despues de saber que era indigno de toda relacion contigo. Tu padre lo habia arreglado ya todo con él, de modo que tu no debias haber tomado parte en este asunto.

—Lo ignoraba madre mia, pero ¿cómo! ¿mi padre ha hablado ya con Arturo?

—Sí, le manifestó uno por uno los informes todos que habia recibido sobre él, le increpó el haberse atrevido á cortejarte siendo lo que es, le manifestó que desde ese momento todo concluia entre tí y él; que le retiraba todas sus promesas, dictadas ántes de saber lo que despues habia llegado á su noticia; exijió y obtuvo todas tus cartas, y le hizo prometer que á nadie revelaria el haber tenido relaciones contigo, porque cualquiera jactancia que saliera de sus labios,

ó el menor esfuerzo que hiciera para reanudar de nuevo sus relaciones, tu padre denunciaria todos sus crímenes.

—¡Pobre Arturo! exclamé yo involuntariamente; mi pobre madre se sobrecogió al oír mi exclamacion, y con turbado acento me dijo.

—¿Cómo! ¿qué dices hija mia? ¿Acaso no te regosijas con nosotros de verte libre ya del grave riesgo en que te encontrabas? ¿No ves que era un espantoso abismo el que se abria á tus piés, y que de él te ha librado la Providencia divina?... ¡Ah! ¿no te causa esto uu indefinido contento, una satisfaccion extraordinaria?

—¡Todavía nó, madre querida!..... contesté tímidamente; mi pobre madre suspiró.

—Pues es preciso Marta,—me dijo—olvidar por completo á ese hombre, porque si tú nada pones de tu parte, podrás verte envuelta en serias amarguras, ¿qué no harás un esfuerzo por complacernos?

Era tan tierno y á la vez tan suplicante el acento de mi madre, que no pude ménos que contestar resueltamente:

—Sí madre mia, os prometo complaceros.

—¡Bendita seas! continuó estrechándome contra su corazón. Dios premiará tus virtudes Marta. ¡Dios te hará feliz!...

Así continuamos hablando largo rato, hasta que la entrada del médico interrumpió nuestra conversacion; dijo, que me encontraba muy débil, y en extremo nerviosa; recetó unas cucharadas, y se despidió recomendando mucho para mí el ejercicio y la distraccion.

Desde entónces mi vida fué más agitada, me era preciso para complacer á mis padres, acompañarles á todos sus paseos, á pesar del gran disgusto que todo esto me causaba.

A Arturo no habia vuelto á verlo hacia ya algunos dias, y mi espíritu se encontraba en el mas completo abatimiento.

Tenia yo esperanza, ó mas bien, estaba en la creencia de que él debia aun escribirme por la última vez despues de todo lo ocurrido, contestando mi última esquela, disculpándose de los cargos que se le hacian, y cada momento que pasaba sin ver realizadas mis esperanzas, para mí era un instante de nuevo martirio, no podia yo comprender por que no me escribia, y mi agitacion iba continuamente en aumento; però no debia por fin ser tan desgraciada en este deseo; llegó por último el momento en que se realizó.

Era una tarde tempestuosa, cuando me encontraba sentada detrás de mi ventana, miéntras mis padres se hallaban con una visita en la sala,

el agua corria á torrentes, y el cielo oscuro tenia un aspecto aterrador. Mi pensamiento fijo en Arturo oprimia mi corazon; repentinamente palpitó con fuerza, y mi vista se detuvo en un embosado, que parado por la acera de enfrente, fijaba en mí la vista con tenacidad; en aquel hombre reconocí al que tanto amaba, y una sensacion de placer y de temor se apoderó al mismo tiempo de mi alma!.....

Arturo al notar que le habia visto, arrojó á mi ventana un objeto, yo trémula, agitada, abrí la vidriera, y tomé lo que Arturo me enviaba, y temerosa de que lo viesen, le dirijí una mirada llena de cariño, ardiendo de ternura, y le supliqué con una señal que se retirase. Arturo entónces me vió lleno de amor, y colocando una mano sobre el pecho, y señalándome con la otra el cielo, llamándolo como testigo de su inocencia, partió, dejándome en un estado terrible de agitacion.

Apénas lo ví desaparecer, cerré presurosa la ventana, y echando mano á la llave, cerré bien la puerta para no ser sorprendida y abrí con mano trémula la carta que Arturo habia arrojado á mi ventana; en aquel papel se veian borradas varias palabras por las lágrimas; era una carta llena de fuego. Arturo me juraba ser inocente, y víctima de una infame calumnia; llamaba á

Dios por testigo de sus palabras; asegurándome que jamás podría olvidarme.

Reiteraba sus juramentos, y me decía que el día que yo le retirase mi ternura, pondría fin á una existencia, que solo á mí me consagraba, y que tan solo por mi amor vivía.

Esta carta produjo en mí el mayor efecto; el amor es ciego, y yo creí en la inocencia de aquel hombre, y mi corazón se consagró á amarle con mas ardor que ántes.....

¡Hé aquí el principio de mi falta, hé aquí la causa de mi ruina!.....

Desde que yo ví en Arturo la inocente víctima, mi corazón fué suyo, y juré ante el Eterno, no participar de la injusticia de los hombres....

Desde entonces me encerré en una criminal reserva, jamás mis labios se abrían para pronunciar su nombre, y mis buenos padres creyendo que le había olvidado, nunca me hablaban de él, y rodeaban mi vida de encantos y delicias, prodigándome con exceso las caricias de su ternura; pero estas caricias me hacían daño, porque yo los engañaba; creían que en mi alma reinaba el olvido, cuando estaba llena de amor; abrigaban la seguridad de que entre Arturo y yo todo había concluido, cuando era más estrecho el vínculo que nos unía....

¡Oh, cuánto el remordimiento me acosaba y torturaba mi conciencia!..... ¡Cuántas veces al recibir las protestas de su gratitud y sus caricias, me ví tentada de arrojarme á sus piés y confesarlo todo!..... ¡Ellos me habían prohibido que amase á Arturo, y yo le amaba más que nunca!..... ¡Me habían mandado olvidarle, y yo solo vivía de su memoria!..... Varias veces cuando le acusaban quise defenderle; pero entonces resonaba en mis oídos la amenaza de mi padre; me parecía ver á Arturo arrastrado ante los tribunales, sufriendo inocente la pena del culpable!..... y á estos pensamientos mis labios enmudecían temiendo traicionarme, y mi secreto se ocultaba en el silencio de la tumba!..... Así trascurrieron los días, todas las mañanas encontraba en mi ventana una carta, que Arturo durante la noche me arrojaba, y estas alimentaban mi pasión, que atizada por los obstáculos cada día tomaba nueva vida. Yo consecuente á las promesas hechas á mis padres, no cultivaba con Arturo correspondencia alguna; solo una vez le había escrito para decirle que creía en su inocencia, que no le retiraba mi cariño. Le prevenía que no volvería á escribirle, acatando las órdenes de mis padres, pero que en silencio siempre le amaría. Arturo á todo se resignaba, y continuamente me daba

pruebas mas inequívocas de un amor nunca desmentido.

En medio de mi soledad, no tenia yo mas consuelo que sus cartas, y él no tenia más señal de mi cariño, que una rosa blanca que colocaba yo siempre al pié de mi ventana; jamás pasaba él por mi casa á horas en que mis padres pudieran verlo; así trascurrieron seis meses, sin hablarnos ni vernos juntos una sola vez al ménos, esto alimentaba nuestra ilusion, y nuestro amor léjos de entiviarse con la prohibicion, tomaba mas incremento.

Durante este tiempo, yo me veia obligada á frecuentar la sociedad, pero jamás encontré á Arturo en estos círculos, pues accediendo á mis súplicas, y temeroso de disgustar á mis padres, jamás se presentaba en los lugares donde podiamos encontrarnos; esta condescendiente prudencia aumentaba mi cariño, é inflamaba en mi alma la llama de la gratitud.

Como era de esperarse, pronto se me presentaron varios amantes nuevos, brindándome su corazon, y solicitando mi mano; pero yo á todos rechazaba, y cuando mis buenos padres me instaban para que en alguno me fijase, les contestaba yo, que habia renunciado á Arturo por complacerlos, que me encontraba feliz á su lado, y que

no me obligasen á unir mi mano á un hombre que no poseia mi corazon.

Entónces me decian, que solo querian mi felicidad, y que jamás forzarian mi voluntad, me arrojaba yo en sus brazos cubriéndolos de caricias, y continuaba viviendo á su lado, siempre tranquila, y consecuente al amor que se ocultaba en mi alma.

Un dia en que cosia al lado de mi madre, mientras ella bordaba, vimos penetrar en nuestro gabinete á mi padre; traía en sus manos un pliego, y en su fisonomía se pintaba el disgusto.

Al verlo temblé, se me figuró que todo lo habia descubierto, y venia á leerme la sentencia de Arturo: una palidez mortal cubrió mi rostro; las lágrimas se agolparon á mis ojos, y para ocultar mi turbacion, incliné la cabeza sobre el pecho, y continué presurosa mi labor.

Mi buen padre estaba preocupado, y no notó la turbacion que me acusaba; sus palabras fueron devolviéndome la calma, y al fin recobré mi aparente tranquilidad.

Margarita: dijo dirigiéndose á mi madre; acabo de recibir una carta de España: mi buen tio el Baron de H. . . . , se halla próximo á morir, y me llama para que reciba sus últimas disposiciones, dejándome como único heredero de su cuan-

tiosa fortuna: el deber me guía á su lado, esposa mia, y tendremos por breve tiempo que separarnos.

Al decir mi padre estas palabras, entregó el pliego á mi madre, y fijando en mí sus ojos, en los que brillaban algunas lágrimas, esperó nuestra respuesta.

Y ¿no podrias llevarnos contigo, padre mio? pregunté tímidamente, (alentada con la esperanza de descubrir en España la inocencia de Arturo, y una vez convencidos de ella mis padres, poder á nuestro regreso entregar mi mano, al hombre á quien tanto amaba.)

Ya veremos hija mia, me contestó mi padre, fijando en mí con una ternura inmensa sus miradas, pero lo creo muy difícil; sin embargo, si es posible, partiré con vosotras; ¿tú tambien irias con gusto? exclamó mirando á mi madre.

Yo sí, Fernando, respondió ésta; demasiado sabes, que lo único que me disgusta en la vida es estar léjos de tí: pocas veces nos hemos separado, y cuando esto ha sucedido, es cuando la vida se me ha presentado llena de melancolía y cubierta de amargura.

Mi padre se acercó á mi madre en esos momentos, tomó entre las suyas una de sus manos,

la estrechó contra su corazon, y exclamó con un acento conmovido:

¡Tú has sido la mejor de las esposas! Tu ejemplo es el más bello dechado, por el que nuestra hija puede llegar á perfeccionar las virtudes que posee ya.....

Tú has sido testigo de nuestra felicidad conyugal, continuó dirigiéndose á mí, tú has visto, hija querida, cuán suave y tierna se ha deslizado a existencia para nosotros; nunca las negras nubes de la desgracia han venido á empañar el sereno horizonte de nuestra vida; por eso hemos sido felices en nuestro estado, conservando, apesar del trascurso de veinte años que hace nos unimos, las gratas ilusiones de los primeros años.

Es igual la dicha que para tí anhelamos, Marta; con tus eminentes dotes morales, puedes tambien, unida á un hombre virtuoso y digno de tí, ser tan feliz como tus padres: este es nuestro más vivo deseo; nuestra más ferviente plegaria, y el Eterno, á quien jamás se pide en vano, nos concederá ver realizados nuestros más vehementes ensueños.

Gracias, contesté afablemente á mi buen padre, Dios premiará la ternura y la bondad de vuestro corazon.

Despues de estas manifestaciones ardientes de

afecto, se siguió una larguísima conversacion, sobre la enfermedad y la próxima muerte del tío, lo que formaba su cuantiosa fortuna, el cariño que siempre habia profesado á mi padre, su conducta tan noble y bella, los inmensos bienes y servicios que habia hecho á su patria, y en fin, sus mil cualidades morales, que tan notable le habian hecho; cuando concluyó esta conversacion, mis padres me dejaron sola, entregada á mis propias reflexiones.

Desde aquel dia, comenzamos mi madre y yo á hacer los preparativos del viaje.

Escribí entónces á Arturo lo que pasaba, y éste me suplicó que no partiese, porque mi ausencia podria causarle la muerte.

Desde aquel instante, mi deseo de ir á España fué mas débil, y cuando mi padre nos dijo, que la peste estaba en Veracruz, y que no queria exponernos á los peligros de un viaje en un mes en que el mar está agitado, habiendo fuertes tempestades; y como su ausencia por otra parte seria corta, queria partir solo, y prometiéndonos volver tres meses despues, siendo así menos sensible esta ausencia; yo me resigné á su voluntad, y aunque su separacion me arrancó dolorosas y amargas lágrimas, bendije al cielo de su disposicion Omnipotente.

Mi madre escuchó silenciosa las palabras de mi padre, y no tuvo más respuesta que su copioso llanto; yo tambien lloraba, y él conmovido nos estrechaba á ambas contra su pecho.

¡Tristes fueron los dias que trascurrieron! Mi madre y yo, afligidas y llorosas, le preparábamos todo, y cuando llegó el dia de partir sentimos que nos faltaba el valor.

Nuestra despedida fué tierna y dolorosa; mi padre nos bendijo á ambas, encargándonos la una á la otra; y reiterando su promesa de no tardar más de tres meses, partió con el corazon despedazado, y dejándonos sumergidas en el llanto y el dolor!.....

Al recordar Marta la partida de su padre, deramó abundantes lágrimas, y nosotras lloramos tambien con aquella hija desventurada, á quien el destino habia azotado con tan rudos golpes.

La relacion de Marta habia llegado hasta aquí, cuando amaneció el dia en que debiamos arribar á la Habana, y desembarcar en la hermosa Isla de Cuba; nuestro alboroto era inmenso, el entusiasmo nos trasportaba de contento.

Despues de permanecer algunos dias en el mar, la proximidad de la tierra causa cierta sensacion de placer y de contento indescribible.

Tres dias habiamos estado en Alta Mar, y al

ver las aves y la tierra en lontananza, palpité nuestro corazón, y una plegaria de gratitud, se elevó hasta el sío del Eterno!.....

Preparadas ya y llenas de alborozo, nos halláramos sobre cubierta, cuando la ancha cinta de tierra, que habíamos visto á lo léjos, desapareció á nuestra vista.

Notamos gran agitacion á bordo; el segundo capitan iba y venia, pintada en su semblante la ansiedad y la angustia; la tarde declinaba ya, y nosotros no llegáramos; la impaciencia reinaba en nuestro pecho, y sobre cubierta, al lado de Marta, miráramos sorprendidas la agitacion que á cada instante se hacia mas notable.

Repentinamente circuló por el vapor una noticia, que llenó de luto y espanto á todos los corazones, y fué que el segundo capitan se hallaba en extremo afligido, porque ignoraba el lugar donde nos encontráramos; que el vapor estaba perdido y probablemente no llegaríamos á la Habana.

Esta noticia, como es natural, difundió por todas partes la alarma; en todos los semblantes se pintaba la angustia, y la agitacion del segundo capitan iba en aumento: el vapor seguía abanzando y las horas trascurrían; todo el placer que ántes teníamos, tornóse en agudo dolor.

¡Estar perdidas en el Océano!.....

¡Tal vez morir en medio de la desesperacion y de la angustia!.....

¡No volver á ver á nuestra patria!.....

¡No encontrarnos ya de nuevo en el seno de nuestra familia!.....

¿Quizás se ignoraría nuestra desgracia!.....

¿Quizás nadie sabría el lugar en que habíamos perecido!.....

¡Estos pensamientos nos destrozaban el alma!

Agolpábanse en nuestra mente las más tristes reflexiones que, á la par que nos contristaban, nos hacían sentir con más fuerza el peso de nuestro infortunio!

Que, ¿nunca volveremos á pisar las playas mexicanas? nos preguntáramos á nosotras mismas.

¿No volveremos á pasar aquellas dulces horas, al lado de nuestra familia? ¿No volveremos á ver aquellos seres tan predilectos de nuestro corazón?

¿No volveremos á estrechar en nuestros brazos, á las amigas de la infancia, las compañeras de nuestros infantiles juegos, las partícipes de nuestras pasadas alegrías? ®

¡Ideas eran estas dolorosas y terribles!.....

¿Por qué nos abrumaban con todo su peso? ¿por qué nos hacían sentir impresiones tan fuertes en una edad tan tierna?

La sensibilidad estremecía en aquel momento las fibras todas de nuestro corazón; sentíamos un peso abrumador, y en nuestros ojos querían abrirse paso las lágrimas; ¡tal era la fuerza de nuestro dolor! ¡pero vano recurso son las lágrimas en tan críticos momentos! el corazón oprimido no encuentra en ellas consuelo, y son tan solo un desahogo inútil y estéril de la naturaleza.....

¡Tener en perspectiva una muerte tal vez inevitable, horrorosa, y verla venir con sangre fría, es cosa que está fuera de la voluntad, más allá de las fuerzas del hombre; solo Dios puede dar la resignación en lanzes tan críticos de la vida!

¡Pobre humanidad!

Toda la tripulación se hallaba en una alarma espantosa, y como siempre sucede en estos casos, se ocupaban en criticar al capitán, que no conocía la entrada de un puerto tan notable y frecuentado como el de la Habana.

Nuestro buque vagaba errante y á la ventura en ese Océano sin límites; todos tendíamos la vista por ver si descubríamos en el horizonte algún principio, alguna sombra de tierra, algún punto de consuelo. ¡Vanos deseos del corazón! ¡inútiles esfuerzos!

Solo agua y cielo: siempre cielo y agua se presentaban á nuestra exaltada imaginación.

El capitán, afligido y avergonzado, confesaba no saber el lugar en que nos encontrábamos,

¿Qué hacer en este caso? tan solo nos restaba un medio, recurrir al que todo lo puede. Nos postráramos sobre cubierta, eleváramos los ojos al cielo, dirigimos una ferviente plegaria hasta el trono del Eterno; pedimos á ese Dios clemente velase por sus criaturas, y este Padre compasivo se apiadó de los errantes navegantes, y un rayo de esperanza descendió á nuestras almas.

¡Sublimes consuelos de la religion católica!... ¡dulces efectos de la oracion!

Quando nos levantáramos estábamos más tranquilas; repentinamente un grito de placer se escapó de nuestro pecho, y fué repetido por la tripulación entera; habíamos descubierto las velas y los mástiles de otro buque que se dirigia hácia nosotros.

¡Dios enviaba la salvacion y la esperanza!...

Pronto estuvimos cerca; nuestro vapor viró, y nos dirigimos hácia el otro vapor; mas al ver nuestro movimiento, quién sabe que temor infantil se apoderó del capitán de aquel buque: á medida que nos acercábamos, él se alejaba de nosotros á todo vela, y parecia evitarnos, lo cual á la verdad nos pareció muy extraño, porque no nos encontrábamos en esos tiem-

pos en que los piratas invadían los mares, y se iban al abordage haciendo multitud de víctimas. No podían por lo tanto tener este temor; y entonces ¿por qué huir? No lo comprendíamos.

Al fin, viendo aquello, tuvo el segundo capitán una idea feliz; enarboló la bandera americana, y entonces el otro vapor izó la de España, y en vez de huir, viró y se puso á parlamentar con el capitán de nuestro buque.

¡Qué sensaciones tan dulces experimentamos en esos momentos!

En la inmensidad del Océano habíamos encontrado un amigo, que iba á salvarnos con sus consejos de un grave peligro.

¡Providencia admirable la de Dios, que jamás abandona á sus criaturas!..... ¡Vela continuamente sobre ellas, y las libra de los peligros más imponentes!.....

Los dos vapores se pusieron el uno frente al otro á una corta distancia; el segundo capitán arrojó entonces sobre el vapor español un grueso tubo, y el capitán del vapor español lo tomó en sus manos y lo colocó en su oído; la tripulación entera de ambos buques estaba sobre cubierta, viendo con marcado interés lo que pasaba; pronto los dos capitanes estuvieron en actitud de comunicarse.

¿Qué pasó entonces? la respuesta es muy sencilla; el segundo de nuestro buque preguntó al otro, ¿en qué punto nos encontrábamos, y cuánto tiempo nos faltaba para llegar á la Habana?

«El Príncipe» (este era el nombre del buque español), contestó á nuestras preguntas, diciéndonos: que teníamos que retroceder, porque nos habíamos pasado cinco millas de la Habana, é indicó con precision y claridad todo lo concerniente al más claro conocimiento de la posición del puerto; recibió nuestras felicitaciones y más cordiales gracias, y ambos vapores se separaron, perdiéndose pronto de vista el uno del otro, en medio de los saludos y *hurras* que ambas tripulaciones se dirigían sobre cubierta al alejarnos.

El segundo capitán del «Manhatan» se encontraba muy avergonzado, la sangre le brotaba del rostro, y pedía á todos los pasajeros las más humildes excusas.

¡Pobre! nosotras le teníamos compasión por que la crítica contra él era terrible; pues la entrada al puerto de la Habana es marcadísima, y según multitud de opiniones respetables, es imposible equivocarla.

Nuestro buque, como era de esperar, cambió entonces de posición, y comenzó á desandar lo que ántes había adelantado.

Lo que nosotras sentíamos era llegar al puerto á una hora avanzada, en que ya no se permitiera la entrada al vapor, y tener que pasar la noche á bordo, dando vueltas al derredor del puerto; cosa era horrible, pero quizás inevitable, ¿qué remedio?

Pronto se presentó la tierra á nuestra vista; apenas se descubría al principio, pero á medida que nos acercábamos á ella, la distinguíamos claramente, y brotaron en nuestro corazón mil gratas sensaciones, dando gracias al Eterno al vernos ya próximas á ella, despues de haber vagado errantes en la inmensidad del Océano!...

Ya la costa la veíamos bien cerca, y era preciso que así fuera, porque la oscuridad que nos rodeaba no nos habria permitido distinguirla á mayor distancia.

¡Hay placeres indefinibles!... ¡emociones del alma que no se pueden expresar!... ¡Oh! imposible nos sería tratar de describir el inmenso júbilo, que se apoderó de nosotras, cuando volvimos á ver la tierra!

Es cierto que lo que nunca se ha perdido, no se sabe apreciar; por eso nuestro corazón en esos momentos latió con violencia, y un placer inmensurable lo inundó todo entero.

¡Qué bella aparecía ante nuestros ojos! era á

nuestro juicio en ese instante de fascinación la obra maestra del hacedor Supremo.....

Con cuanto anhelo deseábamos vernos pronto en ella!

Esto no pudo efectuarse como lo habíamos ya previsto. Eran las nueve de la noche cuando pasábamos frente al «MORRO» nuestro buque avanzaba pausadamente, cuando la voz de un centinela, que se hallaba en el fuerte, nos sacó á todos de la profunda atención, con que nos fijábamos en el hermoso faro y en las luces de la ciudad que más allá se distinguían.

«Alto el vapor.» «No pasa el vapor.» exclamó, y volvió á reinar el más profundo silencio.

Nuestro buque, sin atender á la orden recibida, continuaba avanzando; la voz del centinela, entonces, resonó de nuevo, y entre él y el capitán se entabló el siguiente diálogo:

—¿El nombre del Vapor?

—«Manhatan.»

—¿Su punto de partida?

—Veracruz.

—¿A donde se dirige?

—A New-York.

—¿Qué línea?

—Norte americana.

El centinela calló. Todos sobre cubierta espe-

rábamos ansiosos el desenlace de aquella escena; el buque habia hecho alto para comunicarse con el «MORRO,» y el capitan esperaba impaciente una respuesta. Así trascurrieron diez minutos. La voz del centinela se hizo oír de nuevo.

«El gobernador del «MORRO,» dá su permiso para que pase el vapor» dicho esto, desapareció de nuestra vista.

El buque entónces, continuó su marcha, y nosotras dimos gracias al cielo, porque al fin íbamos á desembarcar; habríamos caminado doce minutos cuando de un *Ponton* anclado en la bahía á pocos pasos de nosotras, salió la voz de «*Alto el vapor*» resonando de nuevo en nuestros oídos; esto nos produjo una sensación de disgusto.

«Se tiene permiso del «MORRO» para pasar.»
«No entra el vapor.»

—La hora es avanzada, la salida peligrosa, y carecemos de práctico; que venga, y el vapor saldrá.

—El práctico no puede trasladarse á bordo.

—Pues arrojaremos el ancla, añadió decidido el capitan.

—Si tal haceis, nos obligareis á hacer fuego sobre el vapor.

—Hacedlo, y los Estados-Unidos harán su reclamacion.

A esta amenaza se siguió el silencio; nosotras llenas de agitacion, temíamos una catástrofe en el vapor que permanecía en el mismo sitio; á cada instante esperábamos una descarga; el ruido de unos remos vino á tranquilizarnos, poco despues, un bote atracaba á nuestro buque, y el práctico tomaba el timon.

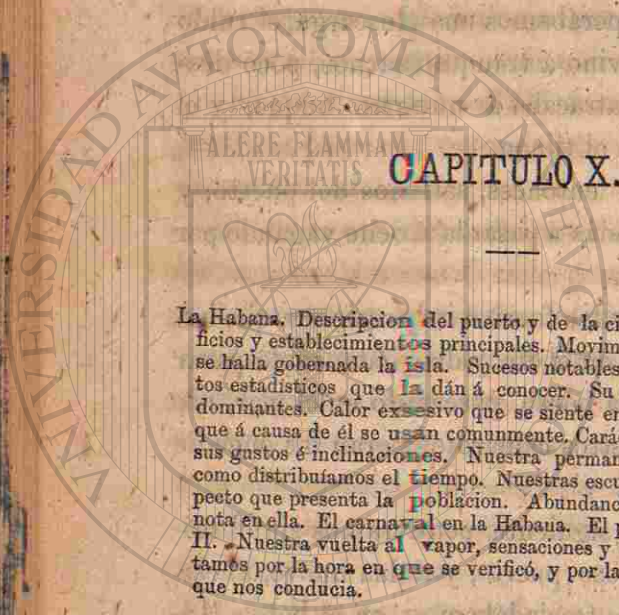
El vapor viró entónces, salimos del puerto, y nos vimos obligadas á pasar la noche vagando por el Océano.

Fatigadas por las fuertes impresiones que habíamos recibido en el dia, y disgustadas de pasar una noche mas á bordo, paseando en el mar, nos retiramos á nuestros camarotes; eran las once de la noche.

A la mañana siguiente, penetramos sin obstáculo en el hermoso puerto, y á las nueve, anclado el vapor, nos trasladábamos en el bote «México» á la playa.

Nuestro placer y alborozo por llegar á tierra era inmenso.

Nuestros deseos se realizaron al fin, y algunos momentos despues, desembarcábamos en la hermosa isla de Cuba, *La Reina de las Antillas* como la nombran los españoles.



CAPITULO X.

La Habana. Descripción del puerto y de la ciudad. Sus calles, edificios y establecimientos principales. Movimiento mercantil. Cómo se halla gobernada la isla. Sucesos notables ocurridos en ella. Datos estadísticos que la dan á conocer. Su clima, y enfermedades dominantes. Calor excesivo que se siente en la ciudad, y vestidos que á causa de él se usan comúnmente. Carácter de sus habitantes, sus gustos é inclinaciones. Nuestra permanencia en la ciudad, y como distribuíamos el tiempo. Nuestras escursiones y paseos. Aspecto que presenta la población. Abundancia y animación que se nota en ella. El carnaval en la Habana. El paseo Nuevo de Isabel II. Nuestra vuelta al vapor, sensaciones y temor que experimentamos por la hora en que se verificó, y por la pequeña embarcación que nos conducía.

La Habana es una ciudad episcopal, capital de la isla de Cuba, situada en la costa del Norte á la embocadura del rio Lagida, en un puerto muy abrigado que puede contener mas de 1,000 buques, y que es frecuentado por líneas de todas las naciones.

Su entrada está defendida por dos fuertes, el del Este, llamado el "MORRO," y el del Oeste,

"San Salvador de la Omita," ambos están montados con piezas de grueso calibre, y dominan completamente el mar inmediato. Sobre la cumbre del primero hay un faro ó torre de observación, donde se coloca un vigía, que fué el que nos dió la voz de alto la noche anterior.

Al lado del "MORRO" y por la parte de la bahía, hay una fortaleza de las mejores en su género, llamada la *Cabaña*. La población de la Habana pasa de 135,000 habitantes y se compone de blancos, de colores lúgubres, y negros.

Sus calles, aunque alineadas y regulares, tienen muy mal piso, á lo que contribuye no poco el continuo traqueteo de la multitud de volantas que cruzan la ciudad en todas direcciones.

Tiene once iglesias bastante buenas y espaciosas, una universidad literaria, cátedras de botánica y obstetricia, un teatro anatómico con su gabinete, una academia de dibujo y pintura y una escuela náutica. Todos estos edificios en su exterior son hermosos, de construcción elegante y buen orden arquitectónico. Están asistidos por buenos profesores, y el número de sus alumnos es crecido.

Existen también seis hospitales amplios y cómodos, cuidados con grande esmero, y en los

cuales reina siempre mucha limpieza y buena ventilación.

El palacio, en que reside el capitán general de la isla, tiene un aspecto imponente, sino elegante, marcándose mucho en él la solidez, que empleaban antiguamente los españoles en la construcción de sus edificios; su aspecto es vasto y hermoso, y en su interior se nota lujo y elegancia, estando amueblado con objetos de esquisito gusto.

Posée la Habana tres paseos notables, á los que concurrimos llenas de contento; el de Tacon es un paseo militar, construido en la época de este guerrero; la alameda de Paula, que aunque no muy extensa, es sin embargo bonita, y el de Isabel II que era el último que se había construido, y por consiguiente el más favorecido del público, amigo siempre de la novedad. En todos ellos se ostenta la bella naturaleza de América; sus árboles son altos y robustos, cubiertos de verdes hojas, y cargados en la estación, de bellísimas flores, que embalsaman con su aroma esos sitios de recreo y de distracción.

Sus hermosas avenidas son paralelas, interrumpidas por preciosas glorietas adornadas con fuentes, estatuas, y asientos, que se llenan de animación y de vida, con el numeroso concurso que á ellas acude.

Estos lugares de expansión y de recreo son necesarios en todas las poblaciones, por pequeñas que sean, y los que posée la Habana, como ántes dijimos, son hermosos, amplos y muy bien atendidos.

Sus teatros son notables, y uno de ellos se ha hecho de fama ya en todo el mundo: el de Tacon que es precioso, y que podría lucir en todas partes, no solo por la elegancia de sus adornos, sino por su forma que ha servido ya de modelo para otros muchos teatros, y que teniendo la forma perfecta de una herradura, hace que en todas sus localidades se domine perfectamente bien la escena. Este teatro puede contener hasta 6,000 personas; han trabajado en él muy buenas compañías, y es el más favorecido por la sociedad habanera.

El teatro principal, aunque es también bonito, es muy inferior al de Tacon, y figura ya en segunda orden.

Todo viajero debe visitar en la Habana, un templete construido en memoria y en el mismo lugar que ocupa el árbol, al pié del cual se celebró la primera misa, cuando Colon desembarcó en aquella parte del continente americano.

Entre los edificios públicos llaman la atención: la Catedral, que encierra el sepulcro del

descubridor del Nuevo Mundo, un lazareto, el arsenal de marina, y un acueducto que conduce el agua de que se surten las embarcaciones, y que dá tambien movimiento á los molinos del arsenal.

En este puerto reside el gobernador y capitán general de la Isla, y la audiencia pretoral, compuesta de un regente, ocho oidores divididos en dos salas, y dos fiscales. Ahora todo esto, con motivo de los cambios habidos en España, ha tenido algunas diferencias.

Es tan activo el comercio de este puerto, que su movimiento anual no baja de 13.000.000 de pesos.

En 1536 fué saqueada por un pirata frances, y en años posteriores tomada repetidas veces, por los franceses, ingleses y piratas. Los primeros se apoderaron de ella en 1762, después de un sitio de dos meses, y la devolvieron á España en el año siguiente, en virtud del tratado de paz de Versalles.

Después se sofocó una insurrección de negros, fomentada por un agente del gobierno británico.

El día 14 de Octubre de 1846 descargó sobre esta preciosa antilla un terrible huracán, que aunque no se extendió tierra adentro, causó infinitos estragos, especialmente en los numerosos

buques que se hallaban surtos en el puerto, y en no pocos edificios, entre los cuales son de lamentable recuerdo el Teatro principal, el de Tacón, el palacio de la audiencia y algunos otros; pero casi todos estos edificios se encuentran ya reparados.

Las armas de la Habana son notables, compónese su escudo de tres castillos de plata, un campo azul, y una llave de oro al pié del Castillo del centro, que se halla mas elevado que los otros dos.

Dió á la ciudad este escudo de armas D. Juan Tejada, maestre de la orden de Santiago, cuando estuvo de gobernador allí. Ahíden sus castillos, á las tres portalizas que guardan el puerto, y la llave, por serlo esta ciudad de las otras Américas.

Fué confirmado este privilegio en 30 de Noviembre de 1665 por la reina Doña María Ana de Austria, viuda de Felipe IV, al contestar desde Madrid á la carta que en 22 de Mayo le remitió la ciudad de San Cristóbal de la Habana.

Acuñó monedas de proclamacion, con motivo de la exaltacion al trono de los diversos reyes de España.

En su jurisdiccion se cuentan hasta 393 in-

genios, 582 cafetales, y mas de 8,000 fincas, en las que habitan mas de 2.000,000 de almas.

La plaza de armas es uno de los mejores ornamentos que tiene la ciudad.

Su temperatura es en extremo cálida y malsana; entre otras epidemias, tiene la de la fiebre amarilla, que particularmente en los meses de verano dá con mucha fuerza.

El traje que se acostumbra es muy ligero, no pudiendo soportarse la seda, ni aun la indiana, y por lo mismo todos los trajes son vaporosos, de linón ó muselina, notándose siempre una suma limpieza.

El carácter de sus habitantes es franco y animado, propensos á divertirse y muy amigos de la música, aunque algo indolentes por la fuerza de su clima.

Su sociedad es propensa á reunirse, y el baile predilecto del país es la danza que le pertenece; ó bien sea la habanera: siendo este baile muy adecuado á su clima, por ser sumamente lento y cadencioso su movimiento; de manera que se divierten sin sofocarse y sin fatigarse, presentando las parejas un precioso golpe de vista.

Las habaneras son bonitas y muy graciosas, aunque tienen muy mal color por la influencia de su clima.

Los hombres son muy alegres, y en la buena sociedad en extremo galantes.

Dos dias permanecimos en la Habana; á nuestra llegada, un cómodo wagon nos condujo á un elegante y espacioso hotel, situado frente á una iglesia, precedida de un ameno jardín; era uno de los mejores de la Habana, y se llamaba el Hotel de Europa.

La comida que se servia era buena, y el apetito que teníamos, la hacia mas agradable. La fruta es abundantísima en Cuba, y encontramos una verdadera delicia en tomarla á las horas, en que agobiadas por el calor nos mecíamos en las hamacas, con el abanico en la mano, segun la costumbre; porque en este país de fuego, jamás puede uno desprenderse de él.

Los dias que allí permanecimos estuvimos muy contentas; la poblacion nos gustó mucho: paseábamos muy á menudo durante el dia, y aún en la noche, en que es allí tan grato salir á causa del fresco que se respira.

Habia en el hotel dos jóvenes muy bonitas y graciosas; eran originarias del país, hijas de la dueña del hotel; muy alegres y simpáticas; pronto formaron amistad con nosotras; tenían muchas visitas, y todas las horas que estábamos en el

hotel las pasábamos en la sala con ellas, divertidas en medio de la sociedad.

Allí tuvimos ocasión de tratar á varios jóvenes cubanos, y quedamos complacidas de su trato fino y sociable; como habia piano en el salon y allí formábamos la tertulia, la música venia á amenizarnos, y pasamos ratos verdaderamente agradables, oyendo tocar á las muchachas, y oyendo tambien cantar graciosas canciones andaluzas, que nos hicieron reír, divirtiéndonos con sus felices ocurrencias; nosotras tocamos tambien, y en estas dulces horas de reunion recordábamos con tristeza las horas dulcísimas que pasábamos en México, en el seno de reuniones familiares, rodeadas de seres queridos, y donde el corazon gozaba de sensaciones gratas y risueñas.

Al recuerdo de nuestra familia, nuestro corazon se oprimia siempre, y este pensamiento, aunque nos contristaba, jamás se apartaba de nosotras; no pudiendo la novedad y el atractivo del viaje borrar las dolorosas heridas, que la separacion habia abierto en nuestro pecho.

El día que desembarcamos, luego que llegamos al hotel y cambiamos de traje, nuestro primer cuidado fué recorrer la poblacion; pues teniamos poco tiempo de que disponer.

Mandó papá traer dos volantas, (carruajes particulares de la Habana, que en extremo llamaron nuestra atencion por su ligereza); las cuales son como unas carretelas de dos asientos, conducidas por un caballo y con el pescante atrás, lo que hace parecer el coche montado al aire; tienen el movimiento no muy cómodo, y las riendas quedan sobre las cabezas; atraviesan las calles con suma rapidéz, haciendo gozar en su carrera de una brisa dulce y agradable.

Papá dió orden á los cocheros, para que nos llevaran á conocer lo mas notable de la poblacion.

Como hemos dicho, las calles son rectas y algo angostas y muy animadas en el centro con la actividad del comercio. La fuerza del calor ha hecho tener la costumbre, de cubrir muchas calles con toldos ó tendidos, para guarecerlas de los rayos del sol, que abraza en ciertas horas del día; es mucha la vida que se nota, sobre todo en algunas calles; encuéntnanse algunas llenas de vistosas y elegantes tiendas, perfectamente abastecidas, donde se pueden satisfacer los caprichos todos; los mercados tambien ofrecen una abundancia extraordinaria; es país sin embargo algo caro, pero con monedas, con pesetas como

dicen los habaneros, se posee todo lo que se desea.

Las casas son de uno ó dos pisos, guardan en algunas calles alguna uniformidad; pero no es lo mas comun, y en algunas es notabilísima la desigualdad que existe en las construcciones, para pintar las fachadas usan diferentes colores, y esto dá mal aspecto á la poblacion, porque verdaderamente no se puede negar, lo desagradable que es esa mucha diversidad de colores en los edificios; en Europa no se vé ese mal gusto, y por eso esas ciudades se diferencian tanto de las nuestras.

En América ha llegado hasta tal punto el ansia de pintar, que muchas construcciones grandiosas, donde la piedra debia lucir en su mas perfecta desnudez, las disfiguran embarrándolas con algun color, quitándoles de esta manera todo su mérito y belleza.

Apénas se puede comprender, por qué se tiene en nuestros países tan mal gusto en este género; pero en fin, contra las costumbres poco se puede hacer, y ellas se perpetúan, aunque estén llenas de ridiculez; si la pintura fuera moderada, podria verse esto con ménos disgusto, pero que el colorado se encuentre cerca del amarillo, el verde con el azul, y otras mezclas de esta clase.

es cosa á la verdad de muy mal gusto, y desagradable á la vista.

Habiendo examinado ligeramente las casas, visitamos algunos tēplos de buena arquitectura, y diversos estilos.

Tuvimos la fortuna de estar en la Habana en dias de carnaval, y éste, que tanto ha degenerado en casi todos los países, nos pareció allí muy animado; y aunque no se veían grandes comparsas de máscaras recorriendo la ciudad; pero sí muchas más que en otras partes, unas á pié, metiendo mucha bulla, y respirando la más festiva alegría; otras en carros, perfectamente disfrazadas, que llamaban la atención; otras en carretelas, desde las que arrojaban á los piés de las hermosas é interesantes habaneras ramos de frescas flores.

Como el primer dia de carnaval es en domingo, lo habiamos distribuido de este modo; nos levantamos temprano y fuimos á bñr misa; lo que mas nos llamó la atención allí, fué la costumbre muy general de la silla y el tapete; detras de cada señora, (por supuesto de las familias principales); se vé un pequeño lacallo negro con su elegante librea, que lleva sobre el brazo izquierdo, un tapete, y en la mano derecha una cómoda sillita; al llegar al templo, se para detras de su

ama, despues de extender la alfombra, la señora ó señorita se sienta con su libro en la mano izquierda, y en la derecha el abanico, porque es imposible que las habaneras lo abandonen un solo momento; pues el calor de este puerto les sin ponderacion insufrible, y algo refresca el aire, aunque cálido, que con él se dan. Cuando ha concluido la misa, al levantarse las señoras, los esclavos vuelven á apoderarse del tapete y de la silla, y siguen de nuevo á su ama.

Oída la misa nos dirigimos á otras iglesias; en todas notamos mucha concurrencia y aseo.

Despues fuimos al mercado: todas las legumbres se hallaban colocadas por su órden, sobre mesas muy limpias, y generalmente notamos tambien en el resto del mercado el mayor aseo, cosa que nos complació muchísimo, porque si en todo lugar es preciso la limpieza, en este es más que necesaria.

Regresamos al hotel, y volvimos á salir con nuestra aya á pié: ésta desde Roma, en nuestro primer viaje, habia sido nuestra compañera inseparable, era la que nos cuidaba en la niñez, siempre ha estado con nosotras, y con el trascurso de tantos años, la consideramos ya como parte integrante de nuestra familia. Italiana de origen, y de muy buenas cualidades, todos la queríamos

mucho; cuando hubimos concluido de dar nuestro paseo en su compañía, regresamos de nuevo al hotel, trayendo con nosotras una canasta llena de magnífica fruta, conducida por un muchacho, satisfaciendo así uno de nuestros deseos.

Pocos momentos despues nos sentamos á la mesa, y comimos con mucho gusto y apetito.

No faltó en la mesa como postre la famosa jalea de membrillo, que tiene fama allí de ser muy buena, y que siendo tan agradable al paladar, la tomamos con la misma complacencia que la fruta que habíamos comprado.

Terminada la comida, nos dirigimos á la sala, el piano nos proporcionó un agradable entretenimiento, y ejecutamos en él de preferencia las danzas habaneras, por ser la música propia del país; este baile es para ese clima tan ardiente, muy propio; puesto que no es allí posible agitarse sin sentirse desfallecer, y exponerse á contraer graves males. Mientras tocábamos se presentaron en la sala muchas señoritas, que nos llenaron de finas atenciones; pero tardó poco esta agradable reunion, porque pronto nos avisaron que nos preparásemos para dar algunas vueltas por la ciudad, y dirijírnos despues al paseo, donde debíamos pasar la tarde.

Las volantas esperaban á la puerta del hotel,

y muy pronto estuvimos listas y emprendimos nuestra marcha, comenzando por entrar al hotel del Tacon, á tomar unos helados; pues deseábamos apagar el calor y la sed que nos devoraba.

Penetramos en seguida en el teatro, tan solo para conocerlo, y luego nos dirigimos al paseo nuevo de Isabel.

¡Oh que bello se encontraba! nos impresionó muy agradablemente. La hilera de carruajes todos abiertos era compacta, y se extendía todo lo largo del paseo: las músicas militares ocupaban las glorietas, tocando con verdadera maestría y gusto, las mejores piezas; multitud de personas á pié ocupaban sus avenidas, en las cuales se veía grande animación, vendimias, y se oían gritos y algazara inmensa.

Las habaneras elegantemente vestidas, ó mas bien sencillamente, pero con mucho gusto, que es lo que forma muchas veces la elegancia, se presentaban en sus carruajes abiertos, con sus ligeros trajes; el lino, la muselina, la gaza, lucian allí como propios del clima; á la sencillez se hermanaba en ellas una elegancia perfecta.

Tienen las habaneras mucho gusto para vestir, y como sus trajes son tan aereos y vaporosos, esto contribuye y no poco á realzar sus gra-

cias, y presentarlas tan bellas é interesantes. Siendo en extremo simpáticas sin ser hermosas, tienen un atractivo imponderable. La fuerza del clima, el excesivo calor, dá á las jóvenes de este país una languidez seductora; regularmente no ostentan el color de la rosa, y la frescura de los años; son pálidas, muy pálidas; pero al traves de esa palidez, cuán bellas facciones! Tienen por esto mismo un aspecto muy interesante, que atrae y presenta en ellas un tipo especial, que les presta mucho encanto.

Sí, no lo dudamos, el corazon de las habaneras debe ser ardiente como su clima, así como su hermosura es particular en su género.

El paseo nos proporcionó la ocasion de ver allí reunidas las joyas de aquella poblacion; las más bellas jóvenes se presentaban en sus elegantes calezas; fácil era distinguir por su atavío, sus modales, y sus carruajes á las personas notables. En medio del paseo cabalgaban en orgullosos corceles multitud de jóvenes con buen aire, y de aspecto alegre y afable, mezclándose de vez en cuando entre las máscaras, que lucian sus vistosos trajes de fantasía, y entre los cuales habia algunos de muy buen gusto.

Las máscaras parecían poseídas de alegría y buen humor; de cuando en cuando tiraban pe-

queños ramos de flores á ciertos coches; luego les dirijian dos ó tres agudezas, dichas con aquel aire andaluz que tiene tanta gracia, y en fin, la risa, el alborozo y el contento se ostentaban á porfía en aquel ameno sitio.

Con verdadero sentimiento veíamos, que las sombras de la noche comenzaban á embolver la tierra en su negra oscuridad; hubiéramos querido detener ese manto lúgubre, que venia en un momento á destruir el contento de que estábamos poseídas; ¡vano deseo! A las siete de la noche regresamos al hotel despues de haber pasado un dia, que no se borrará de nuestra memoria, puesto que tanto gozamos en él.

La Habana tendrá siempre para nosotras gratos recuerdos; jamás podremos olvidar su aspecto alegre y animado, su movimiento mercantil, y las mil alhagiteñas impresiones que recibimos en su simpático suelo.

El siguiente dia lo pasamos como el anterior, y á la caída de la tarde, despues de cenar, salimos del hotel para embarcarnos.

Ivamos de nuevo á trasladarnos á bordo, no sin repugnancia, pues no nos agradaba navegar; y despues de permanecer algunos dias en tierra, volveríamos á sentir, como era natural, los ter-

ribles efectos del mareo, y esto nos desagradaba en extremo.

La noche habia avanzado mucho, cuando llegamos á la orilla del mar; nuestros ojos se volvieron tristemente hácia la preciosa isla que íbamos á abandonar, y en seguida buscamos las barquillas que debian trasladarnos á bordo; nada descubrimos, pues las embarcaciones se habian ya retirado.

Las tinieblas de la noche cubrian el horizonte, la luna no podia brillar su disco refulgente, y en medio de la oscuridad tan espantosa, solo una pequeña barquilla se presentó á nuestra vista, y esta tenia infaliblemente que conducirnos al buque, porque no habia otra, y el vapor debia partir.

Con gran dificultad, y alumbrados tan solo por la luz de un farol que estaba en el mástil de la barquilla, penetramos en ella, era muy pequeña, apenas cabiamos, y notamos con sobresalto, que á medida que íbamos entrando en ella, la débil embarcacion se sumerjía en las aguas.

Nuestro pavor creció de punto, cuando al encontrarnos todos allí, notamos que la barquilla se hallaba casi al nivel de las olas.

La vela se extendió, el único hombre que debia conducirnos se colocó en la proa, tomó sus

remos, y la barquilla comenzó á alejarse de la playa, impulsada por el viento; el mar no estaba tranquilo, una oleada un poco fuerte podia causar nuestro naufragio. Nuestro corazon se heló de espanto, porque el peligro era inminente.

Esponernos en la densidad de las tinieblas en una débil barquilla, á discrecion del viento y de las olas, era encontrar quizá una muerte segura é inevitable. Comprendiamos, por las reflexiones de nuestro tierno padre, que de un hilo pendia nuestra existencia, y teniamos en perspectiva la muerte más terrible!

En tan angustiosos momentos, elevamos nuestras plegarias al cielo, como lo hace siempre el corazon del cristiano, y el Dios Omnipotente las escuchó benigno. Nuestra posicion era crítica, las olas, al estrellarse contra nosotras, nos bañaban en sus saladas aguas, naufragar podiamos con demasiada facilidad, y entónces, sepultadas en la inmensidad del Oceano, ni aun habria quien diese razon al ménos de nuestra desastrosa suerte, porque en aquella hora nadie veria nuestro naufragio.

A medida que nos alejábamos de la tierra, internándonos en el mar, nuestro temor crecía.

La pequeña luz del farol era el único faro que nos alumbraba al través de las aguas, al fin, des-

pues de media hora de camino y de agonía, la débil embarcacion se hallaba ante el vapor, que se mecía magestuoso al dulce balanceo de las olas, nuestro corazon palpité de contento; la barquilla atracó, y por la escalera de cuerdas subimos al Manhattan; cuando todos estuvimos sobre cubierta, dimos gracias al Eterno, que tan generoso habia salvado nuestra vida, velando sobre nosotros; en seguida vimos alejarse la barquilla que nos habia conducido, siendo el juguete de las olas y del viento. Cuando desapareció de nuestra vista, nos dirijimos á saludar á Marta, á quien no habiamos visto en la Habana, con ella permanecimos hasta las diez, y en seguida nos retiramos á nuestros camarotes.

A las doce levantó el ancla el vapor, y á la mañana siguiente cuando nos levantamos, cielo y agua se presentó tan solo á nuestra vista.

que en la navegacion anterior el primer dia nos parecieron y los otros cuatro restantes los pasamos en el mejor. Habiamos dejado algunas pasajeros en la Habana, pero en cambio habiamos traído otros pasajeros. La mayor parte del tiempo lo pasamos en el cubitete, en este el lugar donde nos encontramos mejor.

CAPITULO XI.

Navegacion de la Habana a New-York. Nuestras impresiones durante la travesía. La salida del Sol. Alimentos que preferiamos á todos los demas. Marta continúa el relato de su historia. Tiempo que tardó la navegacion y cómo lo empleamos. Temores que tuvimos en uno de esos dias, con motivo del mal tiempo. Amenaza de incendio. Nuestra vida á bordo en los dias subsecuentes hasta nuestro desembarco. Llegada á New-York, hora en que llegamos y sensaciones que experimentamos hasta nuestra instalacion en el Hotel Clarendon.

Nuestra vida á bordo se deslizaba lo mismo que en la navegacion anterior; el primer dia nos mareamos, y los otros cuatro restantes los pasamos ya mejor.

Habiamos dejado algunos pasajeros en la Habana, pero en cambio traimos otros nuevos en nuestra compañía.

La mayor parte del tiempo lo pasábamos sobre cubierta, era este el lugar donde nos encontrábamos mejor.

Habiamos oido ponderar mucho el crepúsculo de la mañana contemplado en alta mar, y deseosas de gozar de tan bello panorama, nos combinamos con Marta, y una mañana hermosa y serena nos levantamos á las cuatro para admirar el nacimiento del Sol y el crepúsculo de la aurora.

Salimos pues unidas de nuestros camarotes, y en medio del silencio de aquella hora, subimos sobre cubierta, y allí nos sentamos bien abrigadas, esperando impacientes el momento de gozar de la bella perspectiva que esperábamos, dulcemente reclinadas en el barandal de la cubierta, contemplábamos la suave corriente de las olas, en cuyas apacibles aguas se reflejaban los astros que brillaban en el firmamento.

¡Que espectáculo tan bello y tan grandioso para un amante de la naturaleza!.....

Eran pues dos cielos los que teníamos á la vista; uno que imponente se elevaba sobre nuestra cabeza, y otro que magestuoso se extendía á nuestros piés!.....

¡Qué brisa tan agradable acariciaba nuestra frente, qué ambiente tan suave se respiraba en la mañana!.....

La luz del dia comenzaba á mezclarse con las sombras de la noche, las tinieblas iban disminuyendo gradualmente, el denso velo, que cubria la

tierra, comenzaba á descorrerse en misteriosos pliegues, á medida que la luz iba extendiéndose en el firmamento!.....

Ya una parte del cielo aparece iluminada; los astros en ella palidecen, y parecen retroceder á la aproximacion del dia; mientras el Oriente presenta este cuadro, en el Poniente contemplamos que la noche todavía extiende bajo la bóveda de su cielo un manto azul; tachonado de brillantes y záfiro: las estrellas deslumbradoras que lo iluminan, parecia que reanimaban todo su fuego, y brillaban con mas esplendor, para oponerse á la aurora.

Vanos eran sus esfuerzos, el Oriente se cubria de mas ricos y bellos colores! Un viento apacible estremecia dulcemente las nubes, haciendo tambien balancear las olas; Vénus, la reina de las estrellas, disputaba todavía ella sola á la aurora el imperio de la mañana; pero contenta con haber luchado un instante, previene su derrota por una fuga lenta que deja indecisa la victoria.

El triunfo de la aurora es completo y rápido, jímágen natural del placer, nada es tan brillante como su aparicion!.....

Un fuego vivo iluminó despues el Oriente, borrando con su clara luz los dulces tintes del alba.

El rey de los astros apareció naciendo del seno de las aguas, semejante á un globo de fuego; mediante la rotacion de la tierra, parece que se eleva recorriendo una línea curva; á medida que avanza en el firmamento, su tamaño se reduce, y cambia su color de fuego, por el brillo del oro; sus rayos entónces mas prontos y mas ardientes descienden hasta nosotros.

Los dulces vapores que atrae, forman en el aire las ligeras nubes, que arrebatadas en alas de la inconstancia y del zéfiro, forman deliciosos grupos en el dilatado espacio de los cielos.

Absortas contemplábamos ese delicioso espectáculo. ¡Qué objetos de meditacion tan sublimes! ¡El incendio aumentaba, el Oriente parecia inflamado!..... A su brillo parecia detenerse el astro del dia. Mucho tiempo ántes que el sol, aparece su luz, prestando al horizonte los colores mas vivos, y ostentando á nuestros ojos los celages mas bellos. A cada instante creíamos verlo aparecer y al fin nuestra ilusion se convirtió en realidad.

Un punto brillante partió como un rayo, y llenó pronto todo el espacio, rómpese el velo de las tinieblas, y la creacion se presenta en todo su esplendor. Entónces el hombre reconoce su mo-

rada, y la encuentra embellecida con todos los encantos de la luz.

El día naciente, que nos ilumina, presenta los primeros destellos que nos hacen ver todos los objetos que nos circundan, llenándoles de atractivo irresistible, y todo esto visto en alta mar, reproduciéndose sobre las aguas, presentan cuadros tan variados y sorprendentes que extacian el alma.

¡Qué sensaciones tan bellas nos producen! ¡Qué panorama tan magnífico nos presentan!

Al contemplarlo, se eleva el pensamiento hasta el trono del Omnipotente que tan solo con su palabra divina sacó de la nada tan inmensas y sublimes maravillas, y nuestra alma absorta ante el Altísimo se siente llena de gratitud y de asombro!

Sentimos toda nuestra pequeñez y miseria, y nos anonadamos ante ese Ser inmenso é incomprendible, que tan maravilloso es en sus obras, y en el admirable orden con que las gobierna.....

Llenas de entusiasmo salimos de nuestro arrobamiento, proponiéndonos no perder ninguno de los siguientes días, el gozar del hermoso espectáculo que tanto nos había extaciado esa mañana.

Hay placeres que no pueden tenerse siempre,

y este es uno de ellos, porque para repetirse incesantemente, era preciso vivir en el mar, pues en la tierra, aunque siempre es bello el crepúsculo de la mañana, no es ni una sombra si lo comparamos con lo que él es en alta mar.

Delicioso nos era abandonar el lecho; y renunciar á las dulzuras del sueño y del reposo todas las mañanas, para sentir los encantos y admiración, que siempre producía en nosotras la contemplación del crepúsculo matinal.

Poco tiempo despues que hubimos bajado de la cubierta, llamaron al almuerzo; Marta, imitando nuestra antigua constumbre, no asistió á la mesa, sino que esperó á que nos trajesen lo que á esas horas acostumbrábamos tomar, reservándonos para la comida, que de ordinario se reducía á un trozo de carne ó pavo, con papas, gallina con arroz, y un gran plato de pasteles, pasas, almendras, ciruelas, dátiles, higos secos etc., que es lo único que no se aborrece á bordo, pues todo lo demas, era para nosotras un verdadero suplicio el tomarlo. No sucede sin embargo así á todas las personas pues las hay que tienen buen apetito en el mar, y para estas, la mesa es un placer, porque en general es buena y abundante la comida que se sirve en los vapores ingleses y norte-americanos.

Concluida la comida, rogamos á Marta que nos prosiguiese su historia, tan llena de interés, y como en esos momentos Julia dormia profundamente en sus brazos, fuimos á depositarla en la cama, y en seguida regresamos al salon, y sentándonos lo más cerca posible del camarote, para atenderla en caso necesario, continuó nuestra querida amiga su relato en estos términos:

—Segun recuerdo, dije á vdes., ó les hablaba, de la partida á España de mi padre, y allí suspendimos la conversacion; entro ahora en la parte de mi vida que fué el principio de mis mas sérios sufrimientos.

La ausencia de mi padre operó en mí el cambio, que tanta parte ha tenido en mis padecimientos.

No teniéndolo ya á mi lado, de nuevo comenzaron las exigencias de Arturo, que hasta entónces se habia mostrado tan prudente para conmigo; rogábame con un fuego cada dia mayor que le escribiese, porque él ya no podia seguir sufriendo los horribles tormentos de mi silencio. Al principio le rehusé este consuelo, pero comensó á mostrarse sériamente disgustado, y temerosa entónces de que su amor se entiviara por la resistencia, accedí á su súplica, y pronto se en-

tabló de nuevo una correspondencia diaria entre nosotros.

Mi buena madre estaba muy léjos de sospechar siquiera lo que pasaba, y vivia tranquila; pero desde la partida de mi padre se habia operado en su génio un cambio notable, estaba siempre triste, y á menudo veia yo correr sus lágrimas; en vano la prodigaba mis consuelos y caricias, pues me decia: déjame Marta, déjame llorar, tengo el presentimiento de no volver á ver á tu padre, y ¡el corazon rara vez engaña! Al pronunciar estas palabras redoblaba su llanto, y eran inútiles mis esfuerzos por consolarla.

Yo vivia triste al lado de mi madre; la ausencia de mi padre habia impreso en mi carácter cierta melancolía, el luto habia entrado en nuestra casa, y yo no encontraba consuelo ni placer más que en el amor de Arturo, él formaba toda mi delicia, él era mi mas cara esperanza; así trascurrieron seis meses, mi padre no llegaba, y dejamos de recibir noticias suyas.

Creció la affixion de mi pobre madre, y se convirtió en desesperacion; pasábase llorando las noches y los dias, y todos mis esfuerzos, y todas mis manifestaciones de ternura eran impotentes para calmar su dolor.

Trascurrieron así dos meses más; su naturaleza

debilitada por el sufrimiento no pudo resistir, se vió atacada por una fiebre fulminante que la postró en el lecho.

Yo entónces no me separaba ni un instante de su lado, de día y de noche á la cabecera de su cama, me olvidaba de Arturo y del mundo entero, solo pensaba en ella, y al considerar que podía perderla, sentia que el dolor me traspasaba el alma!

Pronto los mejores facultativos corrieron á asistirle, yo misma, sin permitir que otro lo hiciese, le aplicaba las medicinas todas, y al considerar sus sufrimientos me sentia desfallecer; los facultativos pendientes de ella no la dejaban ni un instante; en vano se agotaron en su favor los recursos de la ciencia, la enfermedad iba en aumento, ¡la muerte reclamaba ya su presa!....

Un dia llegó en que los médicos me quitaron la última esperanza; preciso es resignarse, me dijeron, la hora de su muerte ha sonado ya en el reloj divino, y la ciencia es impotente para salvarla.

Estas palabras helaron mi corazón de espanto; sin saber ni lo que hacia me arrojé á los piés de los facultativos.

¡Salvadla señores! exclamé anegada en llanto

¡ella es mi vida! ¡mi todo! ¿Qué voy yo á hacer sola en el mundo?

Los médicos conmovidos trataron de consolarme; pero ¡ay! ellos no podian evitar el golpe con que me heria el destino.

Pronto mi pobre madre recibió los últimos auxilios de la religion católica, y comprendiendo que iba á morir, me llamó un dia á su lado, era el sétimo de su enfermedad, y serian como las cuatro de la tarde; como de costumbre me senté á la cabecera de su lecho, reprimiendo las lágrimas que pugnaban por correr en mis mejillas; entregada me hallaba á mis lúgubres reflexiones, cuando la enferma se volvió hácia mí, y dirigiéndome una mirada sin brillo ya en sus ojos, y opaca como la del moribundo, con una voz débil, pero llena de amor y de ternura, Marta me dijo, quiero decirte el último adiós!.... Ven á mi lado hija mia, quiero tener el consuelo de abrazarte!....

Al acento lastimero de su voz no pude contenerme, el llanto brotó de mis ojos, y prorrumpiendo en amargos sollozos, me arrodillé á su lado, y oculté mi rostro en su pecho, exclamando con voz ahogada ¡madre!... ¡madre mia!... Aquel grito se escapó del fondo de mi alma!....

Ella entónces colocó sobre mi cabeza una de

sus manos trémula y yerta ya por el frío de la muerte; en sus ojos brilló un resto de vida, y haciendo un esfuerzo supremo reunió las fuerzas que le quedaban, y con acento débil é incierto me dijo: valor Marta, preciso es recibir con resignación, hija mia, el cáliz que Dios nos envía. El ha querido privarnos del consuelo de estrechar á Fernando por la última vez entre mis brazos, de exhalar mi postrer suspiro sobre el pecho de ese esposo idolatrado, de recoger su último adiós!... Me ha privado de esta última dulzura; ¡bendita sea su voluntad santa!.....

Mi madre se detuvo para cobrar aliento, y en seguida con una voz más débil y embargada por el llanto continuó. Cuando lo veas, le dirás que su imagen me acompañó hasta el postrer momento de mi vida; dile que al morir bendije su nombre, y á él dediqué mi último suspiro!..... Consuela á tu padre, hija mia, sé tú la que amenices sus días, hazle con tus caricias olvidar la falta que pueda hacerle su fiel esposa, dile que al morir, mi amor quedará á su lado, que yo velaré por él, y allá ante el trono del Eterno pediré, que pronto venga á reunirse conmigo en las mansiones de la eterna dicha, donde espero ser recibida, y donde vuelo á prepararle un asiento á mi lado.

.....

Mi madre no pudo continuar, su voz se apagó, su cuerpo temblaba acometido de una contracción convulsiva, y en su semblante asomaban ya las sombras de la muerte!.....

Yo, que anegada en llanto, y con el corazón despedazado la habia escuchado, me incorporé entónces, y dándole un beso en la frente, le dije con una serenidad que distaba mucho de tener: Cálmate, madre mia; tu volverás á ver á mi padre; pronto recobrarás la salud; pero ahora necesitas reposo; no te agites con pensamientos que te dañan; prométeme calmarte!.....

Mi madre procuró sonreirse; ¡es tan conmovedora la sonrisa de la muerte!.....y haciéndome seña de que no me retirase, volvió á colocar su mano sobre mi abatida frente, y guardó silencio.

Así trascurrió una hora, luego procurando hablarme, me dijo:

Te dejo sola en el mundo hasta el regreso de tu padre; recibe hija querida mis últimas disposiciones. Los médicos quisieron impedirle que hablase; pero ella les dijo: "Me quedan pocos momentos de vida; dejadme cumplir con los postreros deberes de una madre."

Yo, entónces, me sentí morir, y dejándome llevar del arrebato y quebranto en que me encon-

traba, exclamé. "Tus palabras me hacen daño, ¡madre mía! nó, ¡tu no morirás! ¡no quiero que mueras!....."

¡Aquel grito partía del alma! y el llanto ahogó mi voz; mi vista se ofuscó; mi madre me miró, y con el acento cada vez mas débil. "No te hagas ilusiones agregó: yo me muero Marta, siento que la vida se me escapa; prométeme tener calma, hija querida, y grávense en tu corazón las palabras de tu moribunda madre."

La pobre enferma se detuvo, y yo agobiada por el dolor permanecí arrodillada, pudiendo apenas contener mi agonía.....

Bajando despues la voz, de tal modo que solo yo podia escucharla, continuó diciéndome. "Hija mía: aunque estoy cierta de que tu has olvidado ya por completo á Arturo, ahora que voy á dejarte para siempre sola en el mundo mientras te vuelvas á reunir con tu padre, quiero revelarte los poderosos motivos que nos obligaron á no darle tu mano, apesar de haberla prometido ya..... Tu fuiste testiga del inmenso cariño que le profesaba, pero cuando tu padre pidió informes sobre él, para no esponerte á entregar tu mano á un hombre indigno, ellos pusieron la verdad de manifiesto, y ví con horror al hombre hipócrita, que habia sabido con tanto artificio ganar nuestra

voluntad; despues, tu sabes lo que pasó, pero hoy debo satisfacer los deseos que entónces manifestaste, porque tu situacion presente así lo exige.

Arturo, continuó haciendo un gran esfuerzo; Arturo es..... ¡un presidario fugado de Ceuta!

Cuando mi madre pronunció estas palabras, mi fisonomía sin duda se inmutó demasiado, porque luego continuó con inmensa ternura. Tienes razon en sobresaltarte al escuchar lo que acabo de decirte; pero ahora, hija mía, ya no debes temer nada puesto que no existe relacion alguna entre vosotros. Sí Marta, el hombre con quien te ibas á unir, se habia fugado hacia tres años, del presidio de Ceuta, donde habia sido condenado á cadena perpétua; en primer lugar, por haber cometido tres asesinatos; en segundo, por haber robado la cantidad de 20,000 pesos en casa de un rico comerciante, de quien era amigo íntimo; y por último, por haber plagiado en distintas épocas hermosas jóvenes, de quienes, bien pronto se convirtió en verdugo, dejando tanto á ellas como á sus familias sumergidas en un duelo mortal.....

¡Oh Marta! Siento que por momentos la muerte se aproxima, y me es imposible revelarte minuciosamente estos horribles crímenes, cometidos por aquel á quien ibas á pertenecer; pero en fin

sabes lo principal, y con solo eso creo, que quedarás satisfecha de que nuestra conducta fué noble, y que en nada pensamos entónces, mas que en salvarte y en evitar tu infelicidad. ¿No es cierto que ahora así lo sientes, hija mia?

Sí, madre querida! le respondí, y en este instante llena mi alma de la mayor gratitud os vindica.

¡Gracias Marta!... continuó mi pobre madre: ahora solo me resta hacerte estas advertencias. Si alguna vez Arturo se presentase de nuevo, al saber que has quedado sola, ¡por Dios! ¡hija mia! ¡recházalo!.....No oigas sus palabras; desprecíalo, y solo encomiéndate á Dios, como yo voy á hacerlo bien pronto. ¿Me prometes que no olvidarás estas últimas instrucciones de tu madre, y que jamás pertenecerás á Arturo?

No pude contestar; era tal el horror que Arturo en tales momentos me inspiraba, que llena de arrepentimiento por haber escuchado de nuevo sus palabras, lloraba con inmensa pasión. Mi madre exclamó entónces:

Tus lágrimas revelan todo lo que en tí pasa; lo comprendo, ¡hija mia! Sí, mis palabras quedarán grabadas en tu tierno corazón, y serán para tí las mas sagradas leyes. ¡Ahora puedo ya morir en paz! Dile al sacerdote que se acerque,

quiero á él encomendarte, para que él luego me encomiende á Dios!

Corrí á cumplir las órdenes de mi madre, y torné á colocarme al lado de su lecho.

No podré repetir á vdes., las tiernísimas palabras con que me recomendó al virtuoso prelado; ¡su recuerdo destroza cruelmente mi alma, y no puedo fijarme en ellas, sin que de mí se apodere un dolor demasiado intenso y vivo.

Pues entónces, querida Marta, omitalas vds., replicamos nosotras; y Marta, reponiéndose un poco, añadió. Me es imposible referir tampoco minuciosamente los últimos momentos de mi madre. Su dolorosa y prolongada agonía! ¡las caricias postreras que me prodigó!.....¡las tiernísimas palabras que dirigia á mi padre!.....y por fin, ¡la resignacion cristiana con que entregó su alma en las manos del Creador!

Murió!... y mi muerte siguió á la suya, porque desde entónces mi vida es una continua agonía!... es una muerte lenta y fatal!...

Marta pronunció estas palabras con un acento tan ronc y sepulcral, que heló de espanto nuestro corazón; habiáse quedado inmóvil, y de sus ojos corrian á torrentes las lágrimas.

Llenas de la mas viva angustia tomamos sus manos entre las nuestras, esclamando. Basta ya!

Marta; ¡está vd. demasiado conmovida! Pero era tal el estado de postracion en que habia caído, que nada escuchaba; nuestra afliccion iba en aumento, al verla en esa situacion; cuando unos gritos, bien conocidos para ella, la sacaron del profundo abatimiento en que se hallaba. Acababa de despertar la niña, y Marta, al escuchar los lamentos de su hija, pareció olvidarse de su madre; el aspecto de su fisonomía cambió en un momento; serenóse, limpióse el rostro cubierto de lágrimas, y con una calma que contrastaba notablemente con su interior agitacion, nos dijo. Julia llora, ¿vamos á verla?

Vamos querida le contestamos nosotras, levantándonos y pasando nuestro brazo por su cintura; pronto nos encontramos en su camarote. Marta tomó entónces en sus brazos á Julia, secó sus lágrimas, y comenzó á acariciarla con aquella ternura tan esquisita, que Dios ha colocado en el corazón de las madres; luego se dirigió á nosotras, exclamando: ¡pobrecitas! os he hecho pasar un mal rato, lo comprendo; pero no tengo yo la culpa, lo que me ha sucedido delante de vosotras hace un momento, me acontece diariamente, cuando sola en mi habitacion medito en mis desgracias pasadas. Vosotras sin embargo, como no habeis sido testigos de las amarguras, que en las

horas de terrible soledad martirizan mi alma, os habeis impresionado demasiado, ¡perdonadme! y en adelante no tengais ninguna pena cuando me contempleis en igual situacion, porque me seria imposible referiros con serenidad los tristísimos acontecimientos de mi vida...

¡Ay amigas mias! Si Dios no me hubiera dejado esta hija, á quien amó con toda la fuerza de mi corazón, ¡no sé que seria de mí! Pero la misericordia del Eterno es tan inmensa como él mismo, y su bondad paternal jamás abandona del todo á sus criaturas, por mas que éstas le hayan sido ingratas.

Veis esta tierna niña, continuó señalándonos á Julia, pues en ella se encierra todo mi consuelo, y todos mis goces al presente; en los momentos en que llena de pena, fatigada por el llanto, y abrumado mi espíritu por la imagen cada vez más viva de mis pasadas faltas, me encuentro en la más desesperada situacion, sumergida en las meditaciones mas angustiosas... en esos instantes, en que me parece que voy á sucumbir á fuerza de tanto sufrir... en esas horas espantosas, siempre esta pobre criatura es el bálsamo de mis heridas, el consuelo de mis torturas, el lenitivo mas poderoso de mi corazón; lo que ahora habeis observado, sucede casi diariamente, y

en los momentos más críticos para mí, ¡Dios me la envía!, ... ya viene corriendo con los brazos abiertos á estrecharme con ternura, ... ya trae en sus manecitas sus juguetes, y me obliga á jugar con ella; ya el llanto, tan comun en los niños de su edad me hace olvidarme de mí misma, para volar á consolar á Julia.

—Sí, ¡hija mía! continuó acariciándola, tu eres hoy todo mi consuelo, y solo por tí me es grata la existencia.

La graciosa niña enjugó con sus inocentes manos las lágrimas que corrian por las mejillas de su madre, y en seguida con la movilidad propia de las criaturas de su edad, bajóse de las rodillas de Marta, y con la sonrisa en los labios corrió donde tenia sus juguetes, los sacó fuera, y comenzó á jugar animadamente. Marta entonces, dirigiéndose á nosotras, nos dijo: ¿Queréis que continúe el hilo de mis desgracias? Ya sabéis Marta, lo que nos interesa el escucharlas, contestó nuestra hermana; pero si os encontráis muy conmovida, dejadlo para otra ocasion, pues no queremos seros molestas. No amigas mías, ya pasó mi emocion, y puesto que gustais de oírme, yo también tendré la satisfaccion de continuar, y prosiguió.

Desde la muerte de mi buena madre, se pasó

la vida rodeada de angustias y de dolor. Una hermana de mi madre vino á vivir conmigo, porque preferí quedarme en casa á pasar á la suya, y aunque con grande esfuerzo trataba de divagar las ideas tristes que enlutaban mi corazón, no encontraba ningun consuelo; encerrábame en mis piezas para llorar libremente. No queria escribir á ninguna de mis amigas, y solo salia de casa para visitar la tumba de mi madre, é ir á orar al templo. Solo Dios era testigo de los atroces martirios, que en mis largas horas de meditacion destrozaban mi corazón.

Todo mi esfuerzo se reducía en ese tiempo á borrar de mi memoria al hombre criminal, á quien habia osado amar.

Las palabras de mi madre me herian penetrantes como dardos, y pedía á Dios arrancase de mi mente el recuerdo de ese hombre, que tanto me preocupaba y llenaba aun mi corazón.

Arturo escribíame diariamente, y sus cartas llenas de fuego, ... de pureza, ... me hacian temblar, porque exitaban en mí la duda sobre sus crímenes, y no creyéndolos, me seria imposible no amarle!

Contenian algunas amargas quejas por la conducta que con él observaba, increpábame que fuera yo tan cruel en condenarle, siendo inocen-

te..... ¡Ay Dios mío! Sus excusas y constancia acabarían por vencerme! Durante tres meses no contesté ninguna de sus cartas y no le vi; aunque á mi pesar, él era mi único consuelo!.... En tan fatal situación, no pudiendo por fin resistir mas, me resolví tener con Arturo una entrevista, y darle en ella mi último adiós, pidiéndole que me olvidase para siempre y no volviera á escribirme.

¡Desgraciada! esa entrevista fué mi ruina; faltóme en ella el valor, Arturo me juró mil veces su inocencia, me hizo ver que era víctima de una calumnia infame, y mis padres de un vil engaño; me recordó el cariño que ántes de creerlo culpable, ellos le tenían, y tanto hizo, que logró vencerme, y solo vi ya en él á la víctima inocente y desgraciada; entónces las palabras que pronunciaba Arturo en su defensa, me afirmaron en la creencia de su inocencia, y esto redobló mi pasión, entregándome á ella con toda el alma.

Desde aquel día fué él todo mi consuelo. Una tarde, en que me hallaba sola y llorando al recuerdo de mi buena madre, penetró en mi pieza una criada y me entregó una carta. Sentí un disgusto involuntario al abrirla, y cuando mis ojos recorrieron las primeras líneas, sentí un vértigo, mi mente como que se turbó; escapóse de

mi pecho un ¡ay! agudo, y perdí el conocimiento!

Aquel papel, trazado por la mano de un hombre desconocido, me anunciaba el naufragio del buque que conducía á mi padre, y la muerte del autor de mis días!..... él me brindaba su protección, diciéndome que me serviría de protector entregándome la fortuna, que mi pobre padre al morir me habia dejado, y de la cual era él depositario.

Ustedes podrán comprender la impresión que produjo en mí la lectura de esa carta!.... ¡ella destruía mi felicidad y mi vida!.....

Habia perdido los dos seres queridos que me habian dado el ser, y que formaban mi dicha! ¡ya no tenia padres! ¿qué incentivo podía prestarme la vida?

¡Ay! es preciso haberlos perdido como yo, para comprender lo que es su falta!..... y al hablar así Marta, lloraba como una niña, y nosotras llorábamos tambien!.....

¿Quién podría permanecer indiferente ante el dolor de aquella hija desventurada..... de aquella huérfana desvalida?.....

Marta enjugó su llanto, y prosiguió de esta manera: Hay recuerdos que conmueven inme-

diatamente el alma, y haciendo trisas el corazón no podemos definirlos.

No referiré á vdes., uno por uno los tormentos de que fui víctima, y el profundo dolor que ocupaba las horas amargas de mi vida; básteme decirles, que jamás pena alguna pudo compararse á la mía, y que desde la muerte de mis padres ya no sentía la vida, porque aunque el soplo vital animaba mi existencia, yacía sepultada en el silencio de la tumba!

Sola en el mundo y desgraciada, mi corazón se unió mas al del hombre que participaba de todos mis tormentos; que conmigo lloraba..... que por mí vivía.....

Arturo fué á mi lado un mártir!.....

El sufrimiento une más los corazones, y el mío tan solo á él pertenecía; cada día me daba nuevas pruebas de su amor, pidiéndome á cada momento fuese suya, y apresurase el instante en que, en presencia de un sacerdote y al pié del altar, pudiera nombrarme su esposa; mi corazón suspiraba tambien por este día, pero fiel al recuerdo de mis padres, no me resolvía á unirme con el hombre, á quien ellos me habian prohibido que amase.

Un año habia trascurrido desde el día terrible en que habia perdido á los autores de mi vida;

¡año de luto..... de lucha..... y de tormento! durante él Arturo se habia ganado con su conducta por completo mi corazón; en él habia concretado todos mis afectos; solo á él habia consagrado mi vida!..... ¡Sola..... desgraciada y sin defensa..... triunfó el amor de mí!.....

Mi diriji un día al cementerio en union de Arturo..... Me postre ante el sepulcro de mi madre, y bañada en llanto hice por largo tiempo oracion. Arturo á mi lado oraba tambien, repentinamente una idea brilló cual un meteoro por mi mente; me incorporé, y dando á mi voz toda la solemnidad que podia: Arturo, le dije. En nombre de mi amor y por el cielo; te conjuro aquí en el sepulcro de mi madre, y llamando por testigo á sus cenizas, á que me jures que eres inocente, y que no existen las causas por las que mis padres te negaron mi mano.

Arturo entónces sin inmutarse, y con el acento firme y seguro de la verdad, me dijo colocando una mano sobre la cruz que coronaba el sepulcro de mi madre:

Marta, en nombre del cielo y sobre las cenizas de tus padres juro ser inocente, y víctima tan solo de una calumnia.

Yo entónces me postre de nuevo. ¡Oh! vosotros, exclamé, que hoy estais ya convencidos de

su inocencia, y no podéis ménos que aprobar mi enlace ¡benedicid á vuestra hija!

Después de estas palabras quedé sumergida en la mas profunda meditacion: me incorporé en seguida, y dando la mano á Arturo añadí.

Ante las cenizas de mis padres, juro ser por siempre tuya, la que dentro de tres dias será tu esposa!.....

Arturo imprimió un beso en mi mano, dejándose llevar de los trasportes de su cariño!..... Mas ¡ay!.....aquel hombre vil me habia engañado!..... ¡Oh! padres míos idolatrados, si hubiérais existido, no habria sido vuestra hija tan desgraciada!

Tres dias después cambiaba mis severos trajes de duelo por el elegante de la esposa, y sentia ondear sobre mi frente el blanco velo de la desposada.

Melancólica, pálida y abatida, atravesé las naves del templo, sostenida del brazo del hombre á quien por siempre iba á unirme, al que iba á hacerse en aquel instante dueño de mi destino!... Un secreto temor me asaltaba; un funesto presentimiento agitaba mi corazón; las lágrimas corrieron por mis ojos pero atribuyendo todo esto al estado de abatimiento en que por más de un año habia estado sumergida, procuré dese-

char las ideas que me asaltaban y no hice caso.

Mi Tia no pudo oponerse á mi enlace, porque nada sabia de Arturo; viendo que yo le amaba mucho, y siendo además una huérfana desvalida, no pudo ménos que congratularse conmigo, de manera que tanto ella como mis demas parientes, lejanos, que habia en aquella ciudad, asistieron á mi enlace, que se verificó á pesar de la fuerte agitacion que en aquellos momentos sentia.

Me postré ante el altar: recibió Dios mis juramentos, y el sacerdote unió nuestras manos y nos bendijo.... ¡Se habia consumado el matrimonio!.....

No podré negar á vdes. que al pronunciar ese sí, que determinaba mi destino futuro, sentí dentro de mi alma una sensacion nó de placer, sino de amargura; la imágen de mis padres me infundia entónces pavor!

Hubo en seguida grandes fiestas para celebrar dignamente mi enlace; pero en todas ellas se mezclaba un tinte de melancolía que me confundia.

Pronto me ví sola con Arturo, y desde el primer dia me sentí asaltada del triste presentimiento de que no iba á ser feliz.

No podré negar sin embargo, que los primeros meses Arturo se portó conmigo, como es-

poso apasionado. Me mostraba mucha ternura; no se separaba de mi lado, llevándome con preferencia á pasear, y proporcionándome distracciones y contento; yo en esos dias me sentia algun tanto feliz, aunque no del todo, porque me asaltaba el temor de que Arturo fuera en realidad el presidario fugado de Ceuta, y entónces interiormente me decia. Hay cosas que no pueden por largo tiempo ocultarse; la cabra siempre tira al monte; quien sabe si un dia se descorra el velo, y pueda entónces entrever el más oscuro porvenir.

Estas lúgubres ideas me asaltaban de continuo: parecíame ver las sombras de mis padres, que amenazantes abanzaban hácia mí, esclamando. Tu lo has querido, no te quejes de tu desgracia!.....resonaban á todas horas en mis oídos las últimas palabras de mi madre, y todavía hoy me parece que ella me acusa desde la tumba!.....

Marta lloró largo tiempo, y no queriendo aumentar su emocion, le suplicamos que callara, cortando allí el hilo de su narracion.

Nuestra navegacion duró cinco dias, sin que ocurriese en ella nada notable: pasábamos el dia en union de nuestros compañeros de viaje, entretenidas como en la navegacion anterior, en

amenos juegos, y gratas conversaciones; muchas veces tomábamos nuestra labor, y reunidas en el salon, escuchábamos divertidas algunas proesas ó aventuras, que nos contaban los diversos compañeros, que viajaban con nosotras; así estábamos en sociedad todas las horas del dia, ecepto algunas, en que nos entreteníamos leyendo algunas novelas ó cuentos, que distraen la imaginacion, interesándola vivamente en los acontecimientos.

A la caída de la tarde, ó bien paseábamos sobre cubierta, ó sentadas en las bancas contemplábamos el mar, cantando las canciones de nuestra patria, y trasportándonos con el pensamiento al seno de nuestra familia, en aquel país que con su ambiente habia acariciado los primeros años de nuestra vida!.....

A pesar de todo esto, no estábamos contentas á bordo, y anhelábamos por llegar á tierra.

El mar habia estado en mucha calma, dejándonos gozar de su inmenso atractivo; sus olas mecidas apenas por la brisa, formaban ligeras ondulaciones que se valanceaban dulcemente recreando la vista; el cielo sereno y despejado, se unia en lontananza á las aguas, que tenían su mismo color, y no dejaban ver su limite. Así pa-

saron los días, sin que nada turbara esa dulce tranquilidad y aparente calma.

Una mañana sin embargo debíamos pasar por un lugar harto peligroso, donde esa bonanza debía cesar. En efecto, serian las diez de la mañana cuando el sol fué perdiendo su esplendor, y el cielo cubriéndose de nubes, las olas antes tranquilas comenzaron á rizarse, dejando ver su trasparente espuma; el azul tranquilo de las aguas se convirtió en verde subido, el viento comenzó á azotar las olas, que agitadas y embrabecidas, se elevaban formando altas montañas al lado de nuestro buque, que subia unas veces hasta la cima, y otras se precipitaba como en su abismo.

Por una y otra parte veíamos á no mucha distancia bancos de arena y rocas escarpadas; el lugar por donde el buque debía pasar era estrecho y peligroso; á derecha é izquierda notábamos la punta de los mástiles ó palos que asomaban entre las aguas, y que eran los tristes restos ó vestigios de los buques que allí habian naufragado, y que parecían decirnos: «¡No abanceis, aquí está la muerte!»

Atravezamos por esos tristes restos de destrucción, y sentadas sobre cubierta contemplábamos con religioso temor el magestuoso espectáculo que nos rodeaba.

Teníamos quizas á un paso la muerte, y sin embargo estábamos tranquilas. En el mar, apesar de los mil peligros que nos cercan, Dios presta al alma cierta fortaleza y secreta confianza, que la hace sobreponerse y mantenerse firme en medio del peligro.

Una espesa niebla embolvía nuestro buque impidiéndonos ver la ruta que seguíamos, y lo que habia á nuestro lado, y solo de vez en cuando descubriamos al travez de sus espesos pliegues, los tristes restos, que habia dejado el naufrago infeliz!

El lúgubre y sonoro eco de una campana interrumpia aquel sepulcral silencio, y su plañidero sonido, semejante al toque de agonía, se extendia por la inmensidad del Oceano, avisando á los buques navegantes, que seguian aquella ruta, la proximidad de otro buque, para evitar un encuentro, que produjera una catástrofe.

Ninguna otra campana respondió á la nuestra, y seguimos avanzando envueltas en la espesa niebla; una ligera llovizna comenzó á caer, obligándonos á descender de la cubierta, desde donde habíamos contemplado verdaderamente impresionadas aquel espectáculo lúgubre, sério é imponente, al par que bello y magestuoso.

Mas de cuatro horas tardamos en pasar por

aquel lugar tan peligroso, donde siempre reina la tormenta, y donde tantos buques han encontrado su sepulcro, sumergiéndose en las profundidades del abismo.

Poco á poco las nubes fueron desapareciendo, la llovizna cesó, las olas se calmaron, y á breve rato el sol brilló en el firmamento, dejándonos ver un cielo sereno, y un mar tranquilo.

Cuando el peligro hubo pasado, nos complacimos en recordar el hermoso é imponente cuadro que tanto nos habia impresionado, y nos alegramos de haber tenido en el mar una pequeña tormenta.

A medida que los dias corrian, como nos acercábamos á las costas del Norte, el frio se hacia sentir. Nos hallábamos en el mes de Febrero, tiempo en que en los Estados-Unidos, cae todavia nieve, y el frio es aún intenso.

El segundo capitan, segun costumbre, mandó encender la chimenea situada en el salon de conversaciones; pero como la mayor parte de los que viajábamos éramos de la América española, no gustábamos del fuego; la dulzura de nuestro clima nos impedia gozar de las delicias de la chimenea, así es que léjos de agradarnos, nos disgustó, y como la temperatura no era aun desagradable, convinieron varios señores en mani-

festar al capitan el deseo de que se apagara el fuego, por no agradarnos, y no creerse necesario; el capitan sin embargo desatendió esta representacion, y ya fuese por capricho ó por deber, mandó se conservara el fuego en el salon.

Esto ocasionó un incidente, que pudo haber tenido los más sérios resultados. Nos hallábamos solas, entretenidas en contemplar aquel sistema nuevo para nosotras, porque en nuestro país el frio nunca es tan excesivo, que necesite uno calentarse al fuego; y aunque es verdad que, en muchas casas, sobre todo, en las de última construccion, se hacen chimeneas tan buenas como las que comunmente se usa en Europa, son por lo comun de puro aparato, y solo sirven de adorno; era por lo tanto nuevo para nosotras verla encendida, y como todo lo que tiene este carácter impresiona la imaginacion, y excita la curiosidad, vívamente interesadas nos sentamos enfrente á la estufa ó chimenea á contemplarla; derrepente notamos algo mucho más notable, y que llamó positivamente nuestra atencion.

Las llamas, que estaban contenidas en aquel estrecho recinto, tomaron incremento, y con más fuerza de la natural crecian por segundos, y saliéndose del centro se elevaban amenazantes, y poco les faltaba ya para llegar al techo, despren-

diéndose ademas algunos carbones encendidos que rodaban por el suelo.

Como se comprenderá, por muy niñas que fuésemos, y por muy poco acostumbradas que estuviéramos á ver una chimenea, la razon natural nos indicaba lo que estaba pasando, y que aquello no era natural; llenas de agitacion y sobresalto dimos voces llamando á los sirvientes; poco tardó en desaparecer el peligro; todos se pusieron en movimiento; la tripulacion y los marineros habian acudido apresuradamente á nuestra voz; se dieron órdenes y éstos últimos aparecieron con cubetas en las manos y otros útiles, que se usan en un incendio; fué grande la actividad, y éste se evitó oportunamente.

La animacion, que se vé en semejantes ocasiones, exitó en nosotras viva satisfaccion.

El vapor no hay duda que estubo á pique de incendiarse; el riesgo es inminente en medio del Oceano; un incendio á bordo es la más terrible de las desgracias, y uno de los cuadros más atroces que pueda imaginarse, porque se tiene en perspectiva una muerte segura é indefectible!

Dios, apiadándose de nosotros, nos libró de este desastre, y del cuadro de horror, de angustia y de tormento, que presenta un buque abraza-

do en llamas, y próximo á desaparecer en el abismo! Dos elementos encontrados; el agua y el fuego disputándose su presa! ¿á cuál dar la preferencia?

La muerte en el agua es de súbita desaparicion; pero terrible. La del fuego presenta padecimientos y tormentos inconcebibles! Apartemos el pensamiento de este cuadro de horror, y vengamos á nuestro asunto.

El incendio, que se habia iniciado, hacia prudente apagar la chimenea, y así se ejecutó, no volviéndose á encender en ninguno de los siguientes dias.

Deseosos los pasajeros de saber pormenores, se dirijieron á nosotras cuando el peligro hubo pasado, y satisfechos sus deseos, fuimos en seguida objeto de las más vivas manifestaciones de gratitud, porque, debido á nuestra voz de alarma, habian acudido, y de este modo evitádose una desgracia terrible y aterradora.

Causábanos todo esto la más viva satisfaccion; ¡es tan dulce poder ser útil á nuestros semejantes!

En todo el dia no se habló de otra cosa más que del incendio iniciado, y con este motivo tuvimos ocasion de oír de nuestros compañeros de

viaje la narracion de diversos incendios ocurridos, unos presenciados por ellos mismos, otros de que tenian noticias por sus amigos, y otros cuyas descripciones patéticas y terribles habian leído en los diarios. Todos estos relatos nos interesaron en extremo, y los escuchábamos llenas de emocion y de interés. Nada excita tanto nuestra atención como el relato de una desgracia, así es que rápidas pasaron para nosotras las horas de aquel día, gratamente entretenidas en nuestra animada conversacion.

Nuestra vida á bordo en esta navegacion fué poco mas ó menos como en la primera; gustábamos de levantarnos siempre temprano, para gozar del crepúsculo matinal, y ver la animacion y movimiento que hay siempre á bordo en las primeras horas de la mañana; preferiamos por lo regular estar sobre cubierta, para respirar el aire libre del mar, y solo bajábamos al interior del buque, cuando la fuerza del calor, ó la hora de reposo, nos obligaban á abandonar la cubierta.

Largas se hacian para nosotras las horas del día, aunque procurábamos amenizárnoslas con la lectura, el juego, delicados trabajos de mano, y el continuo trato ó sociedad con los compañeros de viaje; sin embargo, siempre se centuplica el tiempo en el mar, y el deseo mas constante del

navegante es llegar cuanto ántes á tierra. Poco nos mareamos ya en esta travesía, pero siempre estábamos con cierto malestar, y pocas, muy pocas veces nos resolvimos á sentarnos á la mesa en el comedor, porque el olor y la vista de los platos es una de las cosas que más descomponen á bordo, y que excitan mas la enfermedad del mareo.

Comiamos por lo regular, ó bien sobre cubierta, ó en el salon de conversacion, y esto nos ahorró una multitud de molestias é incomodidades.

La línea de vapores americana está perfectamente atendida; nótese en ella gran profusion y esmero; casi á todas horas está la mesa puesta, y la comida que se sirve, es abundante, y platos escogidos y delicados.

Seis dias llevábamos ya de nevegacion, cuando se nos dijo que en la tarde llegaríamos á Nueva-York; nuestro alboroto fué inmenso; muy temprano estábamos sobre cubierta, esperando impacientes descubrir la tierra, pero las horas pasaron, la luz iba llegando ya á su ocaso, y la tierra no parecia, lo que nos llenaba de disgusto porque habiamos consentido ya en desembarcar.

El frio comenzaba á hacerse sentir con mas fuerza; en el Norte el invierno es riguroso, y nos hallábamos en el mes de Febrero; pero á pesar del frio permaneciamos sobre cubierta, ancio-

sas por descubrir la tierra, pues estábamos completamente dispuestas ya para el desembarco, y con una inquietud creciente porque llegara el momento de verificarlo.

Tuvimos, sin embargo, que pasar toda la tarde á bordo, y no fué sino hacia la proximidad de la noche, cuando la aparición de algunas aves, nos anunció la proximidad de la tierra: esto nos causó sumo contento, y desde entónces no desprendimos la vista de la direccion en que debia encontrarse el puerto.

Efectivamente, poco tiempo despues, vimos un punto negro en el horizonte, que por momentos crecia en volumen, hasta que pudimos claramente descubrir la costa.

Nuestro corazon latió con fuerza y entusiasmo. ¡Siempre esta impresion era para nosotras de inmenso gozo!

Nuestra nave avanzaba magestuosa; pocos momentos mas, y llegaríamos al puerto.

Serian mas de las nueve de la noche, cuando el vapor ancló. Pronto llegaron los empleados de la aduana á visitar el buque. Dijeron, que siendo ya la hora muy abanzada, no podian los pasajeros saltar á tierra, sino hasta el siguiente dia; porque no podia hacerse en aquella hora el

registro de los equipajes, ni el debido reconocimiento del vapor.

Noticiosos sin embargo, de que á bordo venia una persona que tenia carácter diplomático, que era nuestro querido padre; el jefe del resguardo ó de la visita manifestó que dicha persona, con su familia y demas empleados de la legacion, podian salir al instante si así lo disponian; porque sus equipajes estaban libres de registro.

Se señalaron nuestros bultos colocados ya sobre cubierta, y se dió principio al desembarque, siendo tan solo nosotros y las personas pertenecientes á la legacion los que aquella noche saltamos á tierra; pudimos efectuarlo con mucha comodidad, porque el buque atracaba en el muelle; nos despedimos ántes de Marta, manifestándole, que al dia siguiente á las tres de la tarde nos encontraríamos frente al Hotel de la quinta avenida, para comunicarnos nuestros mútuos domicilios, y cumplido este deber partimos del vapor. Serian las diez de la noche; poco despues nuestros piés pisaban el territorio Norte-Americano.

Habia un frio glacial, como jamás lo habiamos experimentado: estábamos ateridas, y no es fácil explicar lo que sentiamos; á lo cual contribuia no poco la ropa demasiado ligera para una tempera-

tura de esa clase; pues nada llevábamos propósito para abrigarnos, porque queríamos proveer nos de los efectos del país.

Al día siguiente lo tendríamos todo; pero aquella noche no era posible, y preciso fué sufrir.

Se encontraba papá ocupado en recibir el equipaje, cuando se adelantó hacia él un norteamericano, hombre fuerte y bien formado, como de unos 45 años, que habiéndolo reconocido, le estrechó con entusiasmo entre sus brazos. Papá vuelve el rostro y le abrió también los suyos, pronunciando su nombre.

Era este un amigo, á quien ántes de nuestra salida de México, habia escrito papá, avisándole el día y el buque en que debíamos llegar, y suplicándole tomara con aticipacion unas piezas en un buen Hotel; porque, como en los Estados-Unidos hay tanta afluencia de extranjeros, á menudo acontece que se hallan completamente llenos todos los mejores Hoteles, y que cuesta trabajo encontrar donde alojarse convenientemente. Nada de esto nos aconteció, porque este amigo se portó muy bien, pues no solo lleno de actividad se empeñó en cumplir los encargos que papá le habia hecho, sino que como persona del país, lo dispuso todo á medida de nuestro deseo, y no contentándose con mandar un comisionado que

nos condujese al Hotel, quiso él mismo venir personalmente á recibirlo, para dejarnos ya instalados, serle útil á papá en todo, y guiarle mejor.

Muchos critican á los americanos de ser inciviles y faltos de educacion, frios en sus afectos, é indolentes; por nuestra parte, no podriamos afirmar estas opiniones, porque tuvimos diversas ocasiones para juzgarlo contrario; comenzando á experimentarlo desde nuestra llegada.

Al momento, Mr. H. se hizo cargo del equipaje, arreglándolo todo en minutos; en seguida tomó del brazo á mamá, y nos dijo que le siguiésemos como en efecto lo hicimos.

¡Jamás olvidaremos estos momentos, en ellos sufrimos cruelmente!.....

El frio intenso nos hacia morir; nos sentiamos realmente agonizar; nuestras fuerzas desfallecian; ya no podiamos mas. El frio de aquella noche era extremado.

Mr. H. caminaba con mamá volando, como se dice vulgarmente.

Sabida es la costumbre, que hay en Europa y en Norte-América, de andar aprisa; nunca en esas grandes poblaciones observamos que se camine como aquí, (por ejemplo,) allá no se pierde el tiempo, y en lugar de andar, se corre á veces; nosotras, aunque acostumbradas desde la mas

tierna infancia á andar bastante aprisa, no lo estábamos sin embargo hasta el grado en que lo hacia nuestro conductor.

Se agregaba la circunstancia, de que además de sentir un frío intenso, estaban paralizados nuestros miembros, y apenas podíamos movernos, y también teníamos en las manos los sacos de viaje, sombrillas, y otros de estos objetos, que tanto abruman y embarazan en los viajes.

Nuestra entrada á Nueva-York fué verdaderamente amarga, y como nos impresionó tanto, será imposible que podamos olvidarla.

Por fin despues de caminar á pié como unos diez minutos, llegamos á un lugar donde habia coches y ómnibus; nuestro conductor tomó uno de estos últimos, presentónos su mano para ayudarnos á subir, y ordenó que nos condujesen al Hotel de Clarendon; respiramos entonces, pues aunque el frío no podia dejar de molestarnos del todo; el carruaje echados los vidrios, nos prestó mucho consuelo;

Los viajes están llenos todos de impresiones imborrables, por eso dicese vulgarmente, *que viajar es vivir*; puesto que la vida se compone generalmente de sensaciones, y estas se multiplican extraordinariamente en un viaje.

Poco á poco nos fuimos internando en las ca-

lles de aquella populosa y animadísima ciudad; nuestros ojos se fijaban con avidés, al travez de los cristales del omnibus, en suntuosos edificios de grandes dimensiones; en la animacion de aquellas calles; aun en la hora avanzada en que transitabamos por ellas, se hallaban profusamente iluminadas; y aunque poco pudimos juzgar en nuestro trayecto, estabamos sin embargo absor-tas; jamás nos habiamos imaginado una realidad tan bella, y pasabamos de impresion en impresion, y de sorpresa en sorpresa.

Caminariamos mas de media hora, y serian las once de la noche, cuando nos detuvimos ante la puerta del Hotel. Nuestro conductor bajó primero, y dándonos la mano, nos condujo al vestíbulo de aquel palacio; pues tal nos parecia el Hotel de Clarendon.

Desde que pisamos el umbral de la puerta, una temperatura dulce y agradable vino á fortificar, y dar vida á nuestros miembros entorpécidos por el frío. Ne describiremos ahora ese hermoso Hotel, porque es tiempo ya de dar fin á este capítulo.

Atravezamos varias piezas lujosamente amuebladas, y llenas de una elegante concurrencia, y en seguida nos trasladamos al comedor, donde nos esperaba una magnífica cena; comimos con

apetito, y despidiéndonos de nuestro conductor, nos dirijimos á nuestros apartamentos, donde en breve, reclinadas en cómodos y suaves lechos de pluma, dormiamos tranquilas, reposando de las fatigas del viaje, y reponiéndonos en aquella agradable temperatura, de la impresion que la fuerza del frio nos habia causado al desembarcar, y atravesar el gran trecho para tomar el omnibus.

¡Oh, es inmensa la comodidad de que se goza en los Hoteles de los Estados-Unidos!

CAPITULO XII.

La Ciudad de New-York. Su situacion geográfica. Su estension y límites. Naturaleza del terreno en que está edificada. Distancia que ocupa la parte habitada. El puerto, su capacidad y aspecto que presenta; crecimiento asombroso de la ciudad; mejoras que han tenido su origen en ella. Plagas que la han afligido. La Bahía. La ciudad; número de estaciones de ferro-carriles urbanos; de establecimientos públicos; teatros y templos. El de la Trinidad. Varios edificios notables. La Tesorería. La Aduana. El Banco del Parque. Redaccion é imprenta del New-York Herald. Astor. Palacio del Ayuntamiento. El edificio que ocupa la compañía de seguros. El Hotel de San Nicolás. Aspecto y movimiento en la calle del Canal (canal Street). Establecimientos de comercio, y edificios notables. La joyería de Ball Black y C^{ra}. Librería de Appleton y C^{ra}. Metropolitan Hotel. Establecimiento de Stewart. La Iglesia de Grace. El Teatro de Wallack. La plaza de la Union. Estatua de Washington. Academia de música. Fammuy Hall. Clarendon Hotel. Establecimiento de Lord y Taylor. Selsey Hotel. Grande Hotel, y Hotel de San Cloud. Regreso al Hotel.

La ciudad de Nueva-York se haya situada en la desembocadura del rio Hudson, á diez y ocho millas del Oceano Atlántico, y á los 41° proxí-[®] mamente de latitud. Los límites de la ciudad y del condado son los mismos, puesto que tanto aquella como éste, comprende ademas de la isla llamada de Manhattan, donde está situada la ciudad propiamente dicha; las islas de Raudall

apetito, y despidiéndonos de nuestro conductor, nos dirijimos á nuestros apartamentos, donde en breve, reclinadas en cómodos y suaves lechos de pluma, dormiamos tranquilas, reposando de las fatigas del viaje, y reponiéndonos en aquella agradable temperatura, de la impresion que la fuerza del frio nos habia causado al desembarcar, y atravesar el gran trecho para tomar el omnibus.

¡Oh, es inmensa la comodidad de que se goza en los Hoteles de los Estados-Unidos!

CAPITULO XII.

La Ciudad de New-York. Su situacion geográfica. Su estension y límites. Naturaleza del terreno en que está edificada. Distancia que ocupa la parte habitada. El puerto, su capacidad y aspecto que presenta; crecimiento asombroso de la ciudad; mejoras que han tenido su origen en ella. Plagas que la han afligido. La Bahía. La ciudad; número de estaciones de ferro-carriles urbanos; de establecimientos públicos; teatros y templos. El de la Trinidad. Varios edificios notables. La Tesorería. La Aduana. El Banco del Parque. Redaccion é imprenta del New-York Herald. Astor. Palacio del Ayuntamiento. El edificio que ocupa la compañía de seguros. El Hotel de San Nicolás. Aspecto y movimiento en la calle del Canal (canal Street). Establecimientos de comercio, y edificios notables. La joyería de Ball Black y C^{ra}. Librería de Appleton y C^{ra}. Metropolitan Hotel. Establecimiento de Stewart. La Iglesia de Grace. El Teatro de Wallack. La plaza de la Union. Estatua de Washington. Academia de música. Fammuy Hall. Clarendon Hotel. Establecimiento de Lord y Taylor. Selsey Hotel. Grande Hotel, y Hotel de San Cloud. Regreso al Hotel.

La ciudad de Nueva-York se haya situada en la desembocadura del rio Hudson, á diez y ocho millas del Oceano Atlántico, y á los 41° proxí-[®] mamente de latitud. Los límites de la ciudad y del condado son los mismos, puesto que tanto aquella como éste, comprende ademas de la isla llamada de Manhatan, donde está situada la ciudad propiamente dicha; las islas de Raudall

Ward y Blachwell sobre el río del Este, y las de Bedloe, Ellis y Governor, situadas en la Bahía: estas tres últimas pertenecen al gobierno de la Union, el cual tiene en ellas fortalezas, y otros establecimientos militares.

La isla de Manhattan, donde está edificada la ciudad, tiene $13\frac{1}{2}$ millas de longitud, sobre $1\frac{1}{2}$ de latitud por término medio, comprendiendo una area de mas de 22 millas cuadradas, ó 14,000 acres, equivalentes próximamente á 9,000 fanegas.

Las islas del río del Este y las de la Bahía contienen 400 acres mas.

La isla de Nueva-York tiene por límites al Norte el río de Harlem y la Caleta de Spuyten Devil, que la separan del resto del Estado: el paisaje por esta parte ofrece magníficas y variadas perspectivas.

El río del Este, con sus distintas y preciosas isletas, limita á Nueva-York por ese lado; y el magnífico río Hudson baña su costa occidental.

La superficie de la isla era muy quebrada en los tiempos primitivos de su colonización. Desde el extremo Sur en dirección al Norte, y por una extensión de 5 millas corria una cordillera peñascosa, de la cual se desprendian estribos irregulares, con ásperas lomas, cuyo término lo

formaban las alturas de Washington, elevadas á 238 piés sobre el nivel del agua, en las mareas altas.

La cordillera se prolongaba hasta el extremo Norte de la isla, donde terminaba en un promontorio de 130 piés de altura, y de rápida pendiente.

La mayor parte de la capa de roca que cubre la superficie de la isla Manhattan, y que es demasiado tosca para emplearla en construcciones, ofrece señales evidentes de haber sido formada por alguna violenta conmocion subterránea, mientras que la parte inferior de la isla se compone de depósitos arenosos de aluvion.

Tambien existian en otros tiempos, y en varios puntos de la isla multitud de pantanos, que han ido desapareciendo, á medida que la mano del hombre los disecaba y rellenaba, trasformándolos en calles y solares.

La isla de Manhattan encuéntrase dividida, segun el deslinde actual, en 141,486 solares, de los cuales 6,000 están edificados, y segun algunos datos verídicos, aun queda buen sitio para edificar otro tanto de lo que ya existe.

La ciudad está toda edificada; desde el extremo Sur, conocido por el nombre de la Bateria, hasta el Norte, en una extensión de 6 millas, es

decir, dos leguas. Hacia el Este, los edificios abrazan cuatro millas más, hasta llegar á Harlem, pero con más irregularidad, hasta la calle 59, son casi sin interrupcion. Luego, desde Bloomigdale hasta Manhattanville y las alturas de Washington síguese una cadena de elegantes fincas y lugares de recreo, muy agradables.

No puede negarse, que el puerto de Nueva-York es sin duda uno de los más importantes y hermosos del mundo; comienza en Sandy Hook á 18 millas al Sur de la Bateria, donde se halla la barra interior, que azotan las olas del mar. Se cruza dicha barra por dos canales, bien anchos, con 21 á 23 piés de profundidad, en baja mar; y 27 á 33 en pleamar, lo cual dá paso fácil á los buques aun de mayor calado.

La parte de la Bahía llamada Narrows ó angostura, y los rios que rodean á la ciudad, tienen aguas muy profundas con fuertes corrientes, producidas por la marea.

Nueva-York en 1656 era una aldea de 1,000 habitantes: fué visitada por la guerra, el fuego, las revoluciones y la peste, y hoy su gran poblacion asciende á más de un millon de almas,¹ y se encuentra llena de magníficos edificios y grandio-

¹ Se le calculan segun los últimos datos estadísticos 1.300,000 á 1.600,000 habitantes.

sas calles. Tiene una vida mercantil que asombra, presentando verdaderamente á nuestros ojos un monumento maravilloso de un pueblo jóven, que en muy cortos años se levanta opulento y lleno de poder y de grandeza.

Nueva York puede jactarse, y con razon, de haberse establecido allí por la primera vez las líneas regulares de correos para Europa, de aplicar el vapor á la navegacion, y del impulso que comunicó en 1825 al comercio interior, dando vida al magnífico canal del Erie, que puso en comunicacion los grandes lagos del Norte y del Noroeste con el Atlántico.

En medio de esta creciente prosperidad ha tenido sin embargo muchas plagas que sufrir; la fiebre amarilla la visitaba ántes con frecuencia. En 1832 el cólera morbo causó más de 4,000 víctimas. Los incendios le han originado tambien muchos quebrantos; el que tuvo lugar en 1835, consumió en una sola noche más de 6,000 edificios, causando pérdidas en valor de 20,000,000 de pesos; pero restablecido todo, á pesar de estos desastres Nueva-York es hoy una bellísima ciudad, completamente moderna, llena de vida y de mil ventajas y comodidades.

Apenas se entra en la Bahía de Nueva-York, á poco de haber surcado sus aguas con direccion á

la ciudad, cuando se encuentra uno en el canal de angosturas, entre las plazas de la isla de Staten y la isla Larga, las cuales, aproximándose una y otra, forman la puerta de ingreso; puerta por la cual entran y salen incesantemente los buques de vela y los vapores de todas las naciones. Son estos muchísimos, y se presentan á la vista como un espeso bosque, dando con esto una idea de la vida mercantil de este puerto.

La ciudad es grandiosa, y ocupa ya un lugar notable entre las de su género. Su progreso es extraordinario, y no dudamos asegurar que llegará á ser con el tiempo una de las primeras en el orbe.

Su animacion y su vasto comercio comienzan á llamar muchísimo la atencion del viejo mundo.

Hay en ella nueve suburbios, diez y nueve estaciones de ferrocarriles urbanos, seis colegios principales, siete galerías de pintura y dibujo, catorce hospitales destinados á diferentes objetos y enfermedades, diez colegios de medicina, con sus respectivos de cirugía, y bajo los diversos sistemas de Homeopatía, Alopátia, etc., doce bibliotecas que, conteniendo las obras más exquisitas, cada una con su nombre respectivo, como por ejemplo, Biblioteca de los aprendices, de la Ciudad, de la Asociacion mercantil, etc., etc., son

siempre tan útiles para la ilustracion, y doce teatros destinados á diversas representaciones, entre las cuales figuran la opera italiana y francesa, y varias compañías dramáticas.

Hay además cinco cementerios, y templos muchísimos, por la libertad de cultos que en ella se halla establecida. Los principales son: cinco Católicos, ocho Anabaptistas, cuatro Congregacionales, ocho Holandeses reformados, tres de los Amigos ó Cuaqueros, cuatro Sinagogas, cinco Luteranos, cuatro Metodistas ó Episcopales, catorce Presbiterianos, diez y ocho Protestantes Episcopales, tres Unitarios y tres Universalistas.

Además, hay otros templos en construccion, como la magnífica Catedral católica, que cuando se halle concluido, indudablemente debe llamar en extremo la atencion, por ser una obra de mucho mérito y valor.

Estas indicaciones dan una idea en general de esta hermosa poblacion; pero es preciso entrar ahora en algunos detalles para darla mejor á conocer, porque áquellas no pueden satisfacer á un viajero solícito y curioso.

El primer día que pasamos en Nueva-York, produjo en nosotras impresiones imborrables.

Nos levantamos tarde, porque la noche habia

sido fatigosa, y el sueño, ya en la hora avanzada en que nos acostamos, se apoderó enteramente de nosotras. Luego que despertamos, procuramos disponernos convenientemente para trasladarnos sin demora al comedor, donde se nos sirvió un magnífico almuerzo. Nuestro apetito era bueno; el mareo nos había aprovechado, y sentíamos todo el bienestar que se experimenta, cuando se halla uno en tierra, después de haber sentido los efectos de una larga navegación.

El deseo que teníamos de ver y conocer la gran ciudad era vehemente, así es que después que hubimos almorzado, comenzamos á rogar para que salieramos del Hotel á hacer nuestras primeras escursiones.

Nuestros idolatrados padres cedieron á nuestras instancias, y nos dirigimos á la primera calle de la ciudad, á Broad-way, centro del movimiento y de la vida.

¡Oh! cuán grande y extraordinaria es la animación que en ella se observa.... faltan expresiones bastante significativas para darla á conocer. Está cubierta de magníficos edificios, con fachadas hermosas, y tal regularidad, que allí no existe el defecto que se nota en nuestras ciudades, de ser unas casas mas grandes que otras y

desiguales, lo que dá á las poblaciones un aspecto tan feo y desagradable.

La regularidad que notábamos en las construcciones, y los muchos pisos de que constan, y tanto contribuyen á su belleza y grandiosidad, así como la gran animación de sus calles, hacían por momentos subir de punto nuestra admiración.

Ningun objeto se escapaba á nuestra atención; todo lo veíamos con grande interés, y á medida que abanzávamos en nuestros paseos, mayor era el deseo que teníamos de abarcarlo todo con la vista, deteniéndonos donde era necesario, para conocer mejor lo que merecía examinarse despacio.

Nos habíamos ya internado bastante, cuando llamó nuestra atención el Templo de la Trinidad, pues su construcción desde luego se hace notable.

Los americanos tienen orgullo en este templo; su arquitectura gótica no es del todo pura; pero su aspecto general, la armonía de sus proporciones, su solidez, y la altura del campanario y torre, en que se vé la cruz á 224 piés sobre el pavimento, bastan para poner un dique á la exagerada murmuración. El material es de piedra roja, excepto el techo del cuerpo principal, que es de madera. Los muros tienen 50 piés de altura, y su origen se remonta al año de 1696.

Se encuentra rodeada la iglesia de un cementerio de doce acres de tierra, que contiene varios sepulcros notables.

En pocos lugares se verifica con tan dulce armonía el repique de las campanas como en este templo: en los días festivos, el campanero se luce tocando en ellas piezas de música muy escogidas.

Poco despues nos encontramos con otros edificios, que tambien llamaron nuestra atencion, y fueron, la Tesorería de los Estados-Unidos, y la Aduana.

La forma del primero es dórica, tiene 200 piés de largo, sobre 80 de ancho, y otros tantos de elevacion. Súbese á la entrada principal por una escalinata de mármol.

La Tesorería forma un núcleo de edificios sobre las calles de Vall, Nassau, y Broad, que por su belleza puede competir con los buenos grupos de este género: el principal de ellos es de mármol blanco, destinado á la junta de corredores.

La Aduana está construida de granito, y se hace notable por su solidez, y por la bella columnata que sostiene el frontispicio. Las columnas de una sola pieza de granito son cilíndricas. Tiene el edificio 200 piés de profundidad, 144 de frente y 171 por la espalda, y su altura principal es de 124 piés.

Debajo de la cúpula encuéntrase la rotunda, sostenida por 8 columnas de mármol blanco de Italia, prestándole una deliciosa vista.

A medida que abanzábamos, iban presentándose sucesivamente ante nosotras otros varios edificios, en los cuales no nos detendremos, porque nos haríamos interminables; sin embargo, no pasaremos por alto dos de mármol blanco; el Banco del Parque, y la redaccion é imprenta del New-York Herald, uno de los mejores diarios de esta república, ambos de elegante aspecto.

Hacia el Norte, encuéntrase el Hotel de Astor, que no carece de elegancia, y de algunos recuerdos históricos.

Al encontrarnos en la esquina de Warren Street, se presenta la excelente vista del Palacio del Ayuntamiento, cuyo edificio colócase en primer lugar. Hállase precedido de un ameno parque, y en la alta torre que lo corona, se ostenta la estatua de la Justicia, que parece observar con tranquilo sarcasmo los hechos vergonzosos que á sus piés tienen lugar.

A la espalda de la casa del Ayuntamiento, se halla el nuevo Tribunal de Justicia; es este un hermoso edificio de mármol blanco, donde brilla en su arquitectura el orden corintio.

Tiene 250 piés de largo, sobre 150 de ancho,

y 97 de elevacion, desde su base hasta el vértice superior del frontispicio; la cúpula se eleva airosa y elegante á una altura de 225 piés, presentando notable semejanza con el capitolio de Washington.

Nosotras seguimos lo largo de Broadway admirando, como hemos dicho, de una y otra parte sus edificios, sus bellos almacenes, y su asombrosa animacion; todo nos tenia absortas y realmente impresionadas, lo que contemplávamos era para nosotras enteramente nuevo, y tenia un aspecto tan marcado de grandeza y magnificencia, que no podia dejar de sorprendernos.

Nuestra amada familia, con quien hacíamos naturalmente todas nuestras escursiones, gozaba al ver sucederse en nosotras impresiones tan gratas, con las que se estremese siempre el corazon del viajero, especialmente cuando por la primera vez abandona su patria, para lanzarse á recorrer el mundo.

Continuando nuestro paseo, nos detuvimos ante un suntuoso edificio, todo de hermoso mármol blanco, y de orden Jónico, imitacion del templo de Erecteo en Atenas. Este notable edificio está ocupado por la compañía de seguros, que cuenta con más de 16.000,000 de capital; teniendo una ganancia de mas de 7.000,000 anuales.

Atravesamos en seguida por un pequeño puente, llevando siempre á la vista hermosos y suntuosos edificios, que seria muy largo describir, y repentinamente nos detuvimos ante la magnífica fachada de Hotel S. Nicolas.

Broadway presenta en este sitio un panorama espléndido de una y otra parte, la vista se estacia en un gran número de establecimientos de comercio bien provistos y llenos de elegancia.

En lontananza se descubre la esbelta torre de la iglesia de Gracia que termina la perspectiva, por formar allí Broadway un recodo, que la conduce directamente al Norte.

La animacion de que se goza desde este punto es realmente sorprendente, mas de 200 carruages, ómnibus, y carros, la cruzan constantemente en todas direcciones, y los vendedores y los transeuntes son en número incalculable.

Para atravesar la calle de una parte á otra, es preciso detenerse mucho tiempo, y tener suma práctica y agilidad, para meterse por medio de aquel tejido y líneas compactas de carruages, que en continuo movimiento, cubren por completo la anchura toda de Broadway.

Un paseo por esta hermosa calzada es siempre, y para todos, un motivo de gusto y admiracion: nosotras encantadas no queríamos separarnos de

aquel sitio, y seguíamos la corriente siempre variada de carruages y transeutes, rindiendo un tributo de admiracion al afanoso movimiento, que de continuo reina en esta calle, centro á la vez de negocios y de distracciones.

Thackeray no cesaba de pasearla de arriba á abajo, llamándola *la primera calle del mundo*, y nosotras, como la mayor parte de los que por la vez primera la ven, absortas en aquel momento participábamos de la misma opinion.

Despues de haber cruzado canal Street, nos encontramos en medio de las tiendas destinadas á vender por menor; con sus alegres ventanas, en las cuales con mucha gracia, encuéntranse colocados los géneros y objetos que deben fijar la atencion de los transeutes; tambien allí principian los numerosos hoteles y los teatros, notándose mucho movimiento y elegancia entre las damas; es el lugar favorito de las americanas para hacer sus compras, de manera que el movimiento de esta calle es extraordinario. Entran y salen en las elegantes tiendas, vestidas con todo el rigor de la última moda; y multitud de carruages las esperan, formando una gran fila á lo largo de las aceras.

Entre las vistosas tiendas, nos llamaron la atencion la rica joyería de los Sres. Ball-Black y

C^ª, situada en la esquina de Broadway y Prince Street; es de mármol blanco, y tiene un precioso pórtico: ántes de llegar á este almacén, de alhajas, se encuentra el edificio perteneciente á la librería de D. Appleton y C^ª que no puede dejar de mencionarse: su construccion es completamente nueva en Nueva York; es de hierro; pero como en el palacio de cristal de Lóndres, se le ha conservado el carácter verdadero del material de que está construido, empleando el colorido para adornarlo, el fondo es de una tinta neutral realzada con oro y rojo, presentando el conjunto del edificio un aspecto brillante, ligero, y de especial gusto.

Abansando un poco mas en la misma direccion, se encuentra el Hotel Metropolitano que se halla muy mejorado, y perfectamente bien asistido. Prosiguiendo nuestro paseo, nos encontramos con el nuevo edificio de Stewart: es este el almacén mejor y mas bien surtido que puede encontrarse hoy en el mundo, y al mismo tiempo la tienda más notable de esta calle en punto á dimensiones, la vista que ofrece la gran cúpula central desde el piso bajo, con los otros siete pisos que se alzan sucesivamente, es verdaderamente asombrosa y notable. Los ocho pisos del edificio colocados todas en un mismo plano cubririan una area de 15

aeres; y esto solo basta, para que el lector se forme una idea de un país, que cuenta almacenes de estas dimensiones, y del número de empleados que se necesita para atenderlo, así como el capital que se emplea para abastecerlo.

Nada debe sorprendernos sin embargo; porque nadie ignora que los Estados Unidos del Norte es el país de las grandes empresas, y de los negocios colosales.

Continuando en nuestro paseo por Broadway nos detuvimos antela iglesia de Grace, construida de piedra blanca, y cuyo elegante campanario y esbelta ahuja la dominan y embellecen sin contristarla. En este punto la calle forma una curva, y avansando por ella, se vé en la esquina de la calle 12 un edificio de mármol blanco de gran de extension, y en la calle 13 el Teatro de Wallack, llegamos entónces á la Plaza de la Union, que se extiende desde la calle 14 hasta la 17, teniendo en el centro un hermoso jardin, adornado con una fuente, un estanque con peces de colores, una magnífica arboleda, y camellones de odoríferas flores: es este un punto tan interesante como grato. Al extremo Sur de la plaza se encuentra situada la estatua de Washington. Es esta una figura ecuestre de bronce de $14\frac{1}{2}$ piés de altura, colocada sobre un sencillo pedestal de granito.

A lo largo de la calle 14, se descubre el establecimiento de pianos de los Sres. Steinway é hijos, que es de legítimo mármol blanco. Al mismo lado de la calle está la Academia de música, el edificio con fachada de mármol blanco, que sigue á la Academia, es el famoso Tanmany Hall, teatro con frecuencia de animados y violentos sucesos durante las sesiones de la convencion democrática.

El Hotel Clarendon se encuentra situado al extremo Norte de la Plaza de la Union. Siguiendo nuestra excursion contemplamos mas adelante el palacio comercial de Lord y Taylor, destinado al comercio de lencería y artículos de moda.

Luego pasamos por tres Hoteles; el de Gilsey, el Gran Hotel, y el Hotel de San Cloud; estos tres edificios no pueden menos que embellecer á Broadway por su grandeza y suntuosidad.

Esto descrito á grandes rasgos es lo mas notable que nos ofrece esta hermosa calle. Todo lo contemplábamos con una admiracion que no es fácil describir, como que todo nos era completamente nuevo, era imposible que no nos impresionase tanta animacion y grandeza.

Nuestro paseo habia sido bien largo, y comenzábamos á sentirnos ya fatigadas, pues además

de las muchas calles que habíamos recorrido, como nos deteníamos para contemplar todo lo que nos llamaba la atención, el estar tanto tiempo de pie nos tenía ya cansadas. Eran las dos de la tarde, y habiendo salido á las once del hotel, llevábamos tres horas de estar paradas, y como á las tres debíamos ver á Marta enfrente del hotel de la quinta avenida, nos resolvimos á descansar esa hora.

Aprovechamos la oportunidad de hallarse nuestro hotel poco distante, y pronto llegamos á él. Cómodamente recargadas en los buenos asientos que teníamos en nuestros cuartos, descansamos mas alegremente, paseando aun con la imaginación en aquella populosa ciudad.

Nos sentíamos tan fatigadas, que manifestamos ingenuamente que experimentábamos cierto disgusto en volver á salir; pero como el dia anterior habíamos dado una cita á Marta, era preciso cumplirla, pues de lo contrario, imposible nos seria dar con ella, y no sabríamos entonces el término de su historia, que nos había inspirado tanto interes.

CAPITULO XIII.

Continuacion de lo mas notable que observamos en nuestros paseos en Nueva York. La iglesia de San Jorge. La iglesia de San Marcos. Marta, conversacion con ella. La Quinta Avenida, su descripción, indicans los edificios notables que van presentándose sucesivamente. El Worth monument. La Academia de diseño. Asociacion cristiana de los jóvenes. Teatro de Booth. Gran teatro de la Opera. La iglesia de la Transfiguracion. Park avenue. Iglesia presbiteriana de la Alianza. Depósito de Croton. Nuestro regreso y comida en el hotel. Descripción de esta; y del servicio de los hoteles en los Estados Unidos, y como pasábamos las noches. Nuestra provision de ropa nueva de la estacion. Visita á Marta y continuacion del relato de su historia. Nuestra concurrencia á la iglesia católica. El domingo en los Estados Unidos. Los templos protestantes. Sentimientos que su vista produjo en nosotras. Museo de historia natural. Una representacion, y otros entretenimientos en el museo de Barnun.

Ya un poco repuestas de la fatiga que sentíamos, nos dispusimos á salir de nuevo, y pocos momentos despues nos hallábamos en la calle; pasamos por la iglesia de San Jorge, notable por mas de un concepto; no solo por su severa y sólida construccion toda de piedra rojiza y por sus dos elegantes y elevados campanarios, con sus altas flechas que á guisa de chapiteles los coronan; sino por la altura de las cornizas que forman el cuerpo principal del edificio, y por las dimensiones de éste, condiciones que dan al Tem-

de las muchas calles que habíamos recorrido, como nos deteníamos para contemplar todo lo que nos llamaba la atención, el estar tanto tiempo de pie nos tenía ya cansadas. Eran las dos de la tarde, y habiendo salido á las once del hotel, llevábamos tres horas de estar paradas, y como á las tres debíamos ver á Marta enfrente del hotel de la quinta avenida, nos resolvimos á descansar esa hora.

Aprovechamos la oportunidad de hallarse nuestro hotel poco distante, y pronto llegamos á él. Cómodamente recargadas en los buenos asientos que teníamos en nuestros cuartos, descansamos mas alegremente, paseando aun con la imaginación en aquella populosa ciudad.

Nos sentíamos tan fatigadas, que manifestamos ingenuamente que experimentábamos cierto disgusto en volver á salir; pero como el dia anterior habíamos dado una cita á Marta, era preciso cumplirla, pues de lo contrario, imposible nos seria dar con ella, y no sabríamos entonces el término de su historia, que nos había inspirado tanto interes.

CAPITULO XIII.

Continuacion de lo mas notable que observamos en nuestros paseos en Nueva York. La iglesia de San Jorge. La iglesia de San Marcos. Marta, conversacion con ella. La Quinta Avenida, su descripción, indicans los edificios notables que van presentándose sucesivamente. El Worth monument. La Academia de diseño. Asociacion cristiana de los jóvenes. Teatro de Booth. Gran teatro de la Opera. La iglesia de la Transfiguracion. Park avenue. Iglesia presbiteriana de la Alianza. Depósito de Croton. Nuestro regreso y comida en el hotel. Descripción de esta; y del servicio de los hoteles en los Estados Unidos, y como pasábamos las noches. Nuestra provision de ropa nueva de la estacion. Visita á Marta y continuacion del relato de su historia. Nuestra concurrencia á la iglesia católica. El domingo en los Estados Unidos. Los templos protestantes. Sentimientos que su vista produjo en nosotras. Museo de historia natural. Una representacion, y otros entretenimientos en el museo de Barnun.

Ya un poco repuestas de la fatiga que sentíamos, nos dispusimos á salir de nuevo, y pocos momentos despues nos hallábamos en la calle; pasamos por la iglesia de San Jorge, notable por mas de un concepto; no solo por su severa y sólida construccion toda de piedra rojiza y por sus dos elegantes y elevados campanarios, con sus altas flechas que á guisa de chapiteles los coronan; sino por la altura de las cornizas que forman el cuerpo principal del edificio, y por las dimensiones de éste, condiciones que dan al Tem-

plo mayor cabida que la de ninguna otra iglesia de Nueva York, y hacen que la obra pueda considerarse como una de las primeras.

Retrocediendo hácia el Oeste, bajamos por la segunda avenida, lugar en que residen muchas de las antiguas familias de Nueva York. En la esquina de la Calle 10, vimos de paso la iglesia de San Marcos, de aspecto bien extraño; cruzando luego por la calle 8^ª, llegamos á Cooper Union, y atravesando Broadway para tomar la calle llamada Waverley Place nos encontramos pronto en la Quinta Avenida: es esta una de las calles mas bellas y elegantes de Nueva York; sus casas son palacios, y su aspecto es tan grandioso y sorprendente, que caminábamos absortas, admirando la construccion y el adelanto de la industria de los hombres.

Pero no debemos ahora describir la Quinta Avenida, es otro el objeto que á ella nos conduce, y puesto que las tres suenan en este instante en el reloj; fijémonos en aquella jóven enlutada, que parada ante la fachada del hermoso hotel, tiene á una pequeña niña por la mano, y parece querer descubrir á alguien á traves de la multitud que circula por aquella espaciosa avenida.

No tardamos en reconocer en aquella mujer jóven y hermosa á Marta; á nuestra simpática é

infortunada amiga: al verla apresuramos el paso, y poco despues nos estrechábamos en el abrazo de la mas tierna amistad.

—Crei que ya no vendriais, pues me he cansado de buscaros; nos dijo Marta al vernos.

—Las tres acaban de sonar, querida, replicamos nosotras, y si algo hemos retardado, ha sido á causa del cansancio de que estamos presas.

Contamos entonces á Marta nuestro largo paseo, y le preguntamos lo que habia hecho.

Yo, nos dijo, he preguntado en vano por el señor á quien vengo recomendada, y que es el buen anciano que, segun dije á ustedes, me ofreció servirme de padre entregándome la herencia de que era depositario. Todos los informes que he procurado adquirir han sido inútiles; nadie sabe cuál es su morada, y ahora me ven ustedes sola y abandonada en esta Babilonia, sin saber el idioma, y sin encontrar á mi protector.

—Pero ¿qué la carta de Mr. N... no os designa las señas de su domicilio? preguntamos nosotras sorprendidas, y afligidas al pensar en la situacion de Marta.

—Sí; es verdad, replicó ésta, me habeis dado un rayo de luz!pero esa carta la recibí hace tres años ¿ocupará hoy la misma casa?

Esta reflexión nos hizo vacilar; ¿al emprender el viaje no le habeis escrito?

—Sí, mas no he obtenido contestacion alguna.

—Entónces querida Marta, preciso será buscarle en el lugar que la carta designa, puesto que no contamos con otro dato.

La jóven sacó entónces la carta de su cartera, y poniéndola á nuestra vista, leimos la siguiente direccion: calle 205 número 20 Mr. N.... Yo no conozco esa calle, nos dijo Marta, y no sé como dirijirme á ella.

Nosotras, (replicamos,) aunque tambien somos enteramente nuevas en esta hermosísima ciudad, vamos á hacer algunas preguntas para que mañana busquemos juntas el domicilio de vuestro protector.

¡Gracias, vosotras tan bondadosas como siempre!

Permanecemos como media hora al lado de Marta, dulcemente entretenidas; al fin ella nos dijo.

Tengo que dejaros, porque la hora de comer se aproxima y no puedo faltar.

¿Donde habeis parado? preguntamos.

En el Metropolitan; ¿y vosotras?

En el Clarendon.

Bien, mañana nos veremos, adios.

Adios.

Poco despues resonó un tierno beso y nos separamos; Marta se dirigió á Broadway, y nosotras seguimos nuestro paseo por la Quinta Avenida, apesar de estar como dijimos cansadas.

Esta hermosa y espaciosa calle toma su origen junto á las sombrías arboledas de Wanshington Square; parque el mas hermoso y grato, que existe en el interior de la ciudad; hállase rodeado de hermosos edificios, entre los cuales descuellan la Universidad de Nueva York y la iglesia del doctor Utton, ambos son de orden gótico: es este parque delicioso, uno de los mas amenos y elegantes lugares de recreo, donde se reune la numeroso concurrencia americana; sus frondosos y corpulentos árboles abrigan un número infinito de pajarillos, que apagan su sed en las aguas del estanque.

En el centro Norte del parque, es donde comienza la Quinta Avenida, descubriéndose desde allí la mas estensa y hermosa perspectiva á lo largo de la calle, con sus dos líneas de hermosas y costosas casas, habitadas por la sociedad del buen tono y por la aristocracia de Nueva York.

Imposible seria describir cada uno de esos edificios particulares, donde se halla reunido todo lo

que el arte, el lujo y la opulencia tiene de mas bello y seductor; bástenos decir, que en el conjunto arquitectónico de sus edificios no tienen rival, y que no hay en toda ella una sola casa, que no pueda llamarse un palacio, ó que desfigure su elegante y suntuosa armonía.

La Quinta Avenida corre en una extensión de tres millas, presentando de una y otra parte dos cadenas de eslabonados y ricos edificios; conjunto de grandeza y opulencia, y centro de la nobleza y el buen tono.

El comercio ya comienza á invadir esta calle, reservada antes tan solo á la aristocracia, y los elegantes aparadores de las tiendas se ostentan ya al pié de esas hermosas construcciones.

Iglesias numerosas y suntuosas, construidas la mayor parte de piedra rojiza, y de órden entre gótico y anglo-sajón, se ven diseminadas en esta hermosa avenida, mezcladas entre esas grandiosas construcciones de que antes hemos hablado.

Una de las cosas que mas embellece esta calle, son sus anchas y hermosas banquetas, que sirven de paseo durante las buenas épocas del año á todo lo que encierra Nueva York de mas bello y elegante.

Los domingos, por la mañana especialmente, se cubre aquella calle de una numerosísima con-

currencia, y la aristocracia de la sangre y de dinero, despliega allí entónces un lujo y ostentación fantástico.

En la tarde, la parte alta de la calle acoje en su seno á millares de carruajes de todos géneros que, tirados por dos, cuatro, ó seis caballos, conducen al Parque central, á los elegantes jóvenes y á las bellísimas americanas que van ostentando su lujo y su hermosura.

La Quinta Avenida, que hemos visto nacer en Wanshington Square, y estenderse hasta el extremo superior de Manhattan Island, tiene por límite el Parque central. Desde su principio hasta la calle 59, en una distancia de mas de dos millas y media, es donde se encierran los edificios mas suntuosos y mas bellos. Todas las calles que la cortan forman parte de este barrio de la aristocracia, y no desmerecen en la suntuosidad de sus construcciones.

Para dar al lector una idea mas completa de ella, caminemos ahora mas detenidamente por esta avenida, que hemos descrito á grades rasgos, y fijemos nuestra atención en algunos edificios: En primer lugar nos detendremos en Brevoort House, hotel destinado á las familias de la alta aristocracia, cuya fachada airosa y elegante, altamente sorprende al que la admira. Dejaremos

á la derecha á la calle 19, con el célebre Restaurant de Delmónico y luego el Manhattan Club, situado en la esquina de la calle 15, y continuando por entre ambas filas de suntuosas casas, pasaremos por el local que ocupa «Union Club» y desembocaremos en «Madison Square», notable por sus paseos y arboledas, así como por la multitud de magníficos edificios públicos que la rodean; abarca la plaza una estension de 10 acres de terreno, y en ella desembocan Broadway y otras calles notables de la poblacion: uno de los monumentos mas notables que en ella se ostentan es el «Hoffman House», que tiene por nombre «Worth Monument», fué construido en 1857, á la memoria del general de dicho nombre por la municipalidad de Nueva York; el monumento es cuadrangular, y tanto en su base como en el cuerpo de la columna, lleva inscritos en bajos relieves, las luchas notables de la vida de este héroe; rodea el monumento un sencillo enverjado, dejando un pequeño espacio cubierto de cespéd que lo embellece mas, y sirve de ornato á aquella aristocrática localidad.

Siguiendo por la calle 20, nos encontramos pronto con la Academia de diseño; cuyo frente ocupa un espacio de 80 piés: el interior de esta Academia es magnífico y concluido ó construido

á grande costo, siendo toda la obra de roble, nogal, fresno, y otras maderas duras. El piso del vestíbulo de la entrada principal es de pequeñas losas de mármol de diversos colores. Tiene una doble escalinata; los muros del piso bajo son de mármol gris con fajas azuladas, la fachada de mosaico formada de lositas azules y grises. La obra costó 185,000 pesos, y White fué su arquitecto.

Frente á esta Academia se encuentra la Asociacion cristiana de los jóvenes, que presenta el mas puro estilo del renacimiento. Este edificio tiene 175 piés de frente, y 83 de fondo; el material es de piedra rojiza con paramentos de mármol. Se compone de 25 salas y habitaciones, gimnasia, biblioteca, salones de lectura etc., y está asistido con esmero.

Regresando y tomando por la calle 23 al Oeste, pronto nos encontramos ante el teatro de Booth, su arquitectura tambien es del renacimiento, alzándose á 70 piés de elevacion; el frente del teatro ocupa un espacio de 149 piés, el material de las fachadas es de fino granito, el interior, que puede contarse entre los mas elegantes, se divide en cuatro pisos: el escenario mide 55 piés de ancho, 75 de profundidad y 50 de elevacion: los palcos están perfectamente adornados, y el conjunto del teatro, tanto en su interior co-

mo en su exterior, presenta un hermoso golpe de vista.

Prolongando nuestro paseo por la calle 23 hasta la 8.^a avenida, nos encontramos frente al gran teatro de la Opera de Pike, que ocupa casi toda la manzana. El edificio es imponente y elegante; abraza una estension de 113 piés sobre la avenida, y 98 sobre la calle 23. Su arquitectura es una buena muestra del orden italiano, está adornado con bellos medallones de Shakespeare y de Mozart, el costo total se calcula haber llegado á medio millon de pesos. El frente es de mármol blanco; el interior corresponde al exterior en hermosura y elegancia. El escenario mide 72 piés por 76 y está arreglado para los espectáculos escénicos mas complicados.

Saliendo de este teatro y volviendo á la avenida, nuestros pasos se detuvieron un momento ante la iglesia de la Trasfiguracion, que presenta una arquitectura bien extraña, con los edificios que la acompañan.

Ocupa esta iglesia diez solares de terreno; está rodeada de una verja de hierro y de una arboleda que le dan un aspecto campestre. Pero entre todos los edificios, que se encuentran en la Quinta Avenida, llama particularmente la atencion el palacio del millonario Stewart: es de mármol

blanco y la casa de mas lujo en este continente. Su costo se calcula en mas de dos millones de pesos: su arquitectura es magnífica, y está adornado con preciosas columnas de orden corintio.

Al llegar á la calle 37, nos dirigimos hácia el Oeste, y pronto nos encontramos ante el jardin llamado «Parck Avenue,» este paseo está construido sobre la bóveda del túnel por donde pasa el camino de fierro de Harlem, y se extiende desde la calle 34 hasta la 42, sin que se perciba ni el olor, ni el ruido de las locomotoras que pasan bajo de él; en el centro de la avenida hay una série de pequeños jardines rodeados de un vistoso enrejado, y en cada uno de ellos hay una claraboya que presta luz al pasaje subterraneo; el conjunto de la avenida es muy agradable, y tiene algunos puntos de semejanza con las «Terraces» de Lóndres, y los «Boulevards» de Paris.

En la esquina de la calle 34 que hace frente á «Parck Avenue,» nos detuvimos á contemplar la iglesia presbiteriana de la Alianza, que le está contigua. Este templo es de piedra gris, y su arquitectura es de un orden compuesto, lombardo-gótico, que llama notablemente la atencion del viajero.

Avanzando algo mas, nos detuvimos ante el depósito de «Croton» que sirve para distri-

buir por toda la ciudad los 60 millones de galones de agua potable, que conduce diariamente este famoso acueducto. La obra esta construida con grandes sillares de piedra y fuertes estribos; su arquitectura es de orden egipcio, sus muros son elevados y de una evidente solidez. Adorna este lugar un precioso jardin cubierto de flores, plantas aromáticas, arbustos, y enredaderas de todas clases, que lo embellecen extraordinariamente.

Frente á este depósito se encuentra el colegio de Rutgers, para señoritas, que hoy es uno de los mejores.

Queríamos recorrer toda esta avenida, pero nos encontrábamos ya muy fatigadas, no podíamos dar un paso mas; eran además, cerca de las 5, hora en que se acostumbra comer en Nueva York, y era preciso estar en el hotel para podernos sentar en la primera mesa; al efecto, entre los innumerables ómnibus que crusan la ciudad, tomamos el que nos debia conducir directamente al hotel. Efectivamente, poco despues nos hallábamos en él, y apénas tuvimos tiempo para descansar unos cuantos minutos, pues pronto llamaron para la comida.

Nos dirijimos entonces al hermoso comedor, donde señalan por medio de pequeñas tarjetas

con los nombres respectivos el lugar de la mesa que se debe ocupar.

¡Oh, que mesa aquella! es imposible que podamos olvidarla. Se estendia por todo el rededor de aquel gran salon destinado para comedor, y perfectamente adornado con espejos, pinturas, y elegantes candiles iluminados con gas; de manera que por medio de las lunas todo se reproducia, y la inmensa claridad prestaba á aquel lugar el aspecto mas ameno y agradable que pueda darse.

En la mesa sentábase un considerable número de personas, allí se encontraban reunidasmuchas de diversos países, tanto de Europa como de América.

Desde luego nos llamó mucho la atencion el lujo con que se presentaban á la mesa las señoras, y la compostura y limpieza de los caballeros; parecia aquello uno de esos banquetes en que todo merece particular atencion.

Nosotras éramos las únicas niñas que allí se encontraban por un acto de deferencia á papá.

Eso por supuesto contribuia á causarnos un secreto placer, muy natural por cierto en nuestra edad, como se comprenderá desde luego.

Todas las servilletas dobladas en forma de abanicos se hallaban sobre la mesa en las copas; los

numerosos cristales, la elegancia y la limpieza que por dó quier brillaba, daba á aquella mesa el aspecto del mas suntuoso festin.

Los lugares, como hemos dicho, se hallaban señalados, para evitar así el desórden y la confusión.

Casi al mismo tiempo los acientos de aquellas grandes mesas se vieron ocupados por señoras y caballeros, y el lujo y la opulencia brillaban al lado de la hermosura y la elegancia.

Era la vez primera que nosotras nos hallábamos en una concurrencia tan numerosa, y las impresiones mas gratas se sucedian en nuestro interior.

Un mayordomo elegantemente vestido se hallaba en el extremo del espacioso salon, para dirigirlo todo: cuando todas las mesas estuvieron ocupadas, el mayordomo dejó caer su dedo sobre el timbre de una campana, y apenas se escapó el sonido, cuando mas de cincuenta criados bien vestidos, fueron desfilando por una puerta: todos tenian frac, guante y corbata blanca, y grandes servilletas en las manos, con las que sostenian los platonos que traian cubiertos.

Aquella numerosa servidumbre fué colocándose con un órden admirable tras de las sillas, cada criado debia servir á tres personas: cuando todos

se hallaban en su puesto, el timbre de la campana volvió á sonar, y en el instante elevaron los platos como impelidos por un resorte electrico; todos aquellos criados, formando un precioso golpe de vista; á una tercera campanada los colocaron sobre la mesa en el lugar correspondiente; y á la cuarta señal les quitaron las tapas, y comenzaron á servir.

Al lado de cada persona se halla el menú, y cada cual á su gusto escoje los platos, que mas le agraden, y que sin exageracion pasan de veinticinco.

Todo aquello hacia en nosotras mucha impresion, y fijaba nuestra atencion, como que siéndonos enteramente nuevo, como niñas, no podia dejar de sorprendernos.

La comida duró mas de dos horas; los platos que se sirvieron fueron esquisitos y con una abundancia extraordinaria: el vino llenaba las copas, y en todo se veia tal profusion que realmente llamaba la atencion.

Quando la hora de los postres hubo llegado, con el mismo órden antes descrito, fué despejada la mesa de todos los platos y cubiertos, limpiándose los manteles con grandes cepillos y con una rapidez prodijiosa; despues se vió repentinamente cubierta de nuevo con todo lo necesario, y los

grandes y esquisitos pudines y pasteles, y los ricos helados y abundantes decerts, y las frutas y buenos dulces, se sirvieron con notable profusion.

Cuando esto hubo concluido, la mesa tuvo una tercera trasformacion: fué de nuevo despejada de todo, y alzándose los blancos manteles, quedaron en su lugar unos de color gris oscuro, y servilletas del mismo color remplazaron á las primeras; y el té ó café, al gusto de cada cual, se comenzó á servir. Poco despues, tasas de cristal de color remplazaron á las primeras, y fueron colocadas con agua templada sobre la mesa: los concurrentes comenzaron á lavarse; en seguida resonó el timbre de la campana, y abandonando todos sus acientos salieron del cemedor, dejando aquellos hermosos salones desiertos y solitarios.

Son realmente suntuosas y notables las mesas y los hoteles de los Estados Unidos, y no tienen, puede decirse, rival en el mundo, pues no hay país, en el que se note tan esquisito gusto, tanto orden, tanta profusion, y un servicio tan cómodo y bien dispuesto.

Nosotras habíamos quedado realmente sorprendidas y muy complacidas, deseando que llegase la hora de comer del siguiente dia.

En los Estados Unidos se halla la mesa constantemente puesta en los hoteles; pero á ningna

hora tiene la comida tanta solemnidad como á la hora en que acabamos de describir. En la mañana, desde las ocho hasta las doce, se halla dispuesta para los almuerzos, que en distintas horas van todos á tomar; de las doce á las tres de la tarde ocupa la mesa el "*Lunch*," compuesto de queso, biscochos, carnes saladas, frias, pescados, frutas secas, leche etc., y cada cual á su antojo puede tomar lo que guste.

A las cinco y media es la suntuosa y succulenta comida que antes hemos descrito, y á la que es preciso que todos concurren á la misma hora. A las ocho de la noche sírvese el té, y de las diez á las doce, la mesa se encuentra cubierta con esquisitos y solidos manjares, que forman una cena opipara y de buen gusto.

Nosotros tomabamos un ligero almuerzo en la mañana, á las doce algo en el *Lunch*, asistiamos á la magnífica comida, y antes de acostarnos cenabamos alguna cosa. La comida del hotel nos agradaba en extremo, y realmente confesamos que los Estados Unidos es el país en el que mejor se come en el mundo.

Los hoteles de Nueva York están todos perfectamente asistidos, y se halla en ellos un "*comfort*," una comodidad y una suntuosidad asombrosas; sus apartamentos están amueblados con gus-

te y elegancia, y se goza en ellas de todo lo que la comodidad y el lujo mas refinado puedan desear; cómodos asientos, camas de blanda pluma, ricos espejos y tocadores, muebles y colgaduras de suntuosas telas, baños de blanco mármol, artísticas chimeneas, agua y gas á voluntad en la misma pieza; todo, todo facilita el gusto y la comodidad.

Hay ademas en los hoteles varios "parlors" ó salones de recepcion destinados al recreo de sus habitantes; en ellos se reunen los viajeros en amena conversacion, reciben sus visitas, y tienen ademas sobre las mesas juegos de todas clases para divertirse; periódicos en todas los idiomas, album y libros curiosos, destinados á proporcionar placer y distraccion; hay tambien varios pianos, y en fin todo lo que pueda servir para amenizar la vida y hacer las horas ligeras y agradables. Estos salones están amueblados con el lujo que requiere el uso á que se destinan, y continuamente se ven llenos de gente formando los grupos mas variados, lo que les dá un aspecto en extremo curioso y animado.

El fuego arde siempre en el invierno en las hermosas y ricas chimeneas, y es una temperatura tan grata y dulce la que se goza en esos salones, que cuando se entra á ellos, al venir de la

calle, se siente recobrar la vida y el contento: nosotras experimentábamos siempre un grato placer, al entrar despues de nuestros paseos á descansar en esos hermosos salones ó *parloors*.

Esta série de salones se halla lo mismo que el comedor en el primer piso del hotel, y en los otros pisos están repartidos los diversos apartamentos. Hay muchas familias en los Estados Unidos que prefieren vivir en un hotel á tener casa propia, y que ocupan muchos de estos cómodos apartamentos.

El servicio y asistencia de los hoteles en los Estados Unidos, como hemos dicho ya, son inmejorables y esto hace que la permanencia en ellos sea cómoda y agradable.

CAPITULO XIII.

Continúa nuestra permanencia en Nueva York. Paseo que hicimos por las calles del comercio y compras que nos eran necesarias; nuestro regreso al hotel. Nuestra visita á Marta, quien nos continúa su interesante historia. Nuevas amistades que formamos en el hotel; el caracter de las americanas. Primer domingo que pasamos en Nueva York, nuestra visita á los templos. Las señoras H. su finesa para con nosotras. Nuestra asistencia á la misa en la catedral católica. Sensacion que experimenta el alma del creyente al verse en sus templos en los países donde no impera el catolicismo. La ceremonia religiosa. Lo que nosotras experimentamos. Aspecto que presentan los países protestantes en los días festivos. Los templos protestantes y sus ceremonias, impresion que nos causaba el visitarlos. Templo griego, ceremonias que en él vimos; sensaciones que experimentamos. El templo de los Cuakeros. Lo que pasaba en su interior, impresion que causó en nosotras. Nuestro paseo por la Quinta Avenida. Nuevos templos que visitamos, impresion que recibimos, nuestro regreso al hotel. Estado de nuestro espíritu, deseos que abrigábamos. Nuestra visita á los museos, el de historia Natural. La coleccion de aves; los insectos, los cuadrúpedos. Los peses. El Museo de Barnun. Representacion que vimos. Las culebras, las Circaciánas. Nuestro regreso al hotel.

En Nueva York pasábamos muy agradablemente el tiempo, sin desperdiciar ninguna hora, durante el dia siempre estábamos fuera, y en la noche algunas veces tambien salíamos ó bien á pasear, ó á algunos convites, de los cuales nos reservamos hablar mas adelante; ó á las diversas representaciones de los teatros. Cuando nos quedábamos en el hotel, regularmente nos dirijíamos

al primer salon de conversacion, donde se hallaban reunidas en grata tertulia muchas de las personas que habitaban en el hotel, y allí, en amena conversacion, leyendo, viendo variadas vistas, jugando juegos de sociedad, ó bien cantando, ó tocando, se pasaba sin sentir la noche de un modo muy ameno y agradable. A las once por lo comun nos recojimos.

Nuestra permanencia en Nueva York fué por lo tanto deliciosa, y nunca podremos olvidar las impresiones que recibimos en esa hermosa ciudad.

Era esto natural, puesto que era la vez primera que se presentaban ante nuestra vista, cuadros tan extraordinarios, y que tan vivamente herian la imaginacion.

La mañana del siguiente dia de nuestra permanencia en Nueva York, nos invitó nuestro muy querido papá, para ir al comercio á hacer algunas compras, porque como hemos dicho ya, estábamos aun, se puede decir, en el corazon del invierno; el frio era espantoso, y nuestros trajes lijeros; de modo que nos era forzoso comprar los abrigos que en esa época y en aquellas ciudades del Norte se acostumbraban. Pues bien, pronto nos dirijimos á Broodway, hacia aquel lugar, en que hicimos notar se encuentran los almacenes

de ropa mas frecuentados, y en seguida á la tercera avenida, donde tambien hay muchos; entramos en ellos, y no solo examinábamos estos lugares, sino que era nuestro examen general sobre todo lo que veíamos, y muy minucioso.

¿Qué cosa puede faltar en poblaciones como Nueva York? Nada, absolutamente nada. De manera que, despues de permanecer un largo rato en estas calles para hacer nuestras compras, regresamos al hotel; media hora despues los diferentes mozos de las tiendas donde habíamos comprado se presentaron depositando en nuestro poder los diferentes objetos que habíamos dejado señalados, y de los cuales presentaban el respectivo recibo de su importe. ¡Qué bellas son estas cosas! ¡Cuanta comodidad se goza en todo en aquellos países!

Ese dia debíamos ir á ver á Marta, al menos así se lo habíamos prometido, para que nos continuase su historia, porque aunque debíamos permanecer en Nueva York algunos dias para conocer bien la ciudad y descansar; sin embargo, era siempre prudente apresurar su conclusion: efectivamente despues de comer, ya vestidas con los abrigos y trajes propios de aquella estacion, nos dirigimos al hotel Metropolitano: á poco la simpática Marta nos recibia en su dormitorio.

Os he recibido aquí nos dijo, en primer lugar para daros una prueba de confianza, y tambien para que podamos permanecer solas sin ser molestadas por nadie, lo cual no sucede en los salones de conversacion que, como son generales, encuéntranse continuamente llenos de personas que privan á uno del placer de poder hablar con libertad.

Mucho agradecemos esta muestra de afecto y complacencia que sabemos apreciar en su verdadero sentido, [le contestamos estrechando su mano.

Entónces nos hizo sentar á su lado en los cómodos muebles que adornaban su pieza; Julia se encontraba entretenida cerca de la ventana viendo pasar la gente, además, tenia en sus brazos un precioso «Babe» que su mamá acababa de comprarle, y esto la habia tenido muy quieta y de un humor magnífico todo el dia, segun nos dijo Marta.

Nuestra conversacion jiró al principio sobre varios puntos, y se alargó algo, cuando comensamos á manifestar á Marta la impresion que nos habia causado el dia anterior nuestro paseo por Bradway y la quinta Avenida, hablabamos con tal entusiasmo, que Marta nos escuchaba con la mayor atencion y complacencia; luego nos ofre-

ció acompañarnos en nuestras escurciones para que conociésemos juntas todo lo mas notable de esa gran ciudad.

—Si quereis amigas mias, nos dijo, nos juntaremos todos los dias á ciertas horas, con el objeto de pasear y conocer algo nuevo, y vereis cuan agradablemente se pasarán las horas, ¿no os parece?

¡Que respuesta habiamos de dar á la simpática Marta!

Nos hacia el más cariñoso ofrecimiento, fruto tan solo de su cariño, y nos hubiera sido imposible no admitirlo; además él resultaba en nuestro provecho; así se lo manifestamos dándole las más expresivas gracias, y quedamos de juntarnos diariamente con ella en cierto punto designado, á una hora, fija.

Despues que todo lo dejamos arreglado sobre ese particular, le rogamos que continuara su historia.

—¡Ay! Marta le dijimos, son ya muy pocos los dias que nos restan de estar juntas; pronto el Océano se interpondrá entre nosotras, quizá nunca nos volveremos a ver!... Aprovechemos, pues, estos últimos dias; permanezcamos lo más que podamos juntas, y aunque esto mismo hará más dolorosa nuestra separacion, sin embargo.

nos dejará el consuelo de haber aprovechado todos los momentos para reunirnos, lo que claramente nos probará que nuestro afecto, aunque formado en el breve trascurso de un viaje, adquirió las dimensiones colosales de una sólida y verdadera amistad.

—Marta contestó con frases de cariño nuestras palabras, y dejando aplazada para el dia siguiente la comision que debiamos ejecutar, Marta nos dijo: puesto que así lo quereis, mañana iremos á buscar el domicilio de Mr. N., y hoy nos ocuparemos de mi triste historia, cuyo doloroso desenlace debo revelaros.

Nosotras fijamos toda nuestra atencion en las palabras de Marta, y ésta despues de dirigir una mirada llena de ternura á Julia, nos habló en estos términos:

—Tengo hoy que hablar á vdes. no de mi vida tranquila en el hogar paterno, ni del amor y caricias de mi esposo; voy á narrarles una historia de lágrimas y de martirios... la realizacion de un presentimiento... la consecuencia inevitable de una falta... y al hablar así su acento era severo, y en su semblante se pintaba algo sombrío que revelaba todo su dolor!...

Un año habia trascurrido desde que uní mi suerte á la de Arturo, continuó; durante este

tiempo, no habia yo tenido ni un motivo de queja respecto á mi esposo, y sin embargo no era yo feliz! funestos temores me asaltaban siempre, y al través de esa aparente calma, parecíame leer tormentos en el porvenir!.....

Era el mes de Mayo, y me hallaba en vísperas de ser madre, hacia ya algun tiempo que habia yo notado cierto cambio en el carácter de mi esposo, que me inquietaba; la alegría se habia borrado de sus semblante, y su génio habia adquirido cierta aspereza, cierto aire de dolor y de profunda melancolía, que inquietaba mi alma involuntariamente, y me causaba terror: un dia en que mas abatido que de costumbre habia llegado Arturo, me dirijí á su cuarto, estaba sentado cerca de su escritorio, inclinada la cabeza entre sus manos, y entregado al parecer á la meditacion mas profunda; me acerqué mas á él, y me quedé contemplándolo, estaba tan absorto, que no notó mi llegada; con el corazon oprimido, y trémula ante el dolor de mi esposo, guardé silencio, y me disponia á partir, cuando el acento de su voz me detuvo. Nó, decia hablando consigo mismo, preciso es consumir el crimen!... yo me uní á ella tan solo por interés, cándida y pura la conduje al altar, sin que una sola sensacion de amor agitara mi pecho; he vivido un año á su lado, y..... no la amo,

sin embargo, cuando ha llegado el momento de darla el golpe, cuando debo arrancar á esa infeliz la vida, y destruir con ella al hijo inocente, á quien yo mismo dí el ser, mi mano tiembla y me falta el valor!.....

¡Oh! Seria ridículo que un criminal, avesado al crimen, hoy retrocediese! Nó, no pueden abrigarse sentimientos nobles en el corazon empennido del presidario de Ceuta!

Al escuchar yo estas palabras, sentí que las fuerzas me abandonaban, un frio sudor corria por mis débiles miembros, y un ¡ay! iba á exhalarse de mi pecho; pero comprendiendo que, si mi esposo me sorprendia, era perdida, hice un esfuerzo sobre natural para contenerme, y en efecto pude lograrlo.

Lo que mi esposo decia me interesaba sobre manera; pero comprendí tambien desde luego, que no era nada prudente que él notase que yo estaba allí, que lo observaba, y habia escuchado todo, y sin embargo, aunque su primera revelacion me habia dado un golpe mortal, no pude prescindir del ánsia que me consumia por seguir escuchando las funestas palabras de mi esposo.

Mas para no correr el peligro inminente de ser descubierta por él en algun movimiento involuntario que hiciera, con profundo cuidado y

sin hacer el menor ruido salí de la pieza, y me coloqué en la siguiente cerca de la puerta, y oculta entre las cortinas de damasco que la adornaban.

En esos momentos, temblaba yo como la débil hoja sacudida por la fuerza del huracán! fijé mi atención en las palabras de Arturo, y aun podía fácilmente y sin peligro, observar sus movimientos.

Mi esposo abrió un pliego que tenía entre sus manos, y leyó lo siguiente:

«En el caso de una muerte imprevista, nombro, si no tengo ningún hijo, como heredero universal de toda mi fortuna á Arturo.»

Quedóse contemplando este pliego, y luego dijo; Sí, es preciso que Marta lo firme, porque si nó.....

En seguida añadió con una fatal sonrisa. Nó, no es esto forzoso, en mis manos están todos los negocios, todos los documentos importantes del inmenso capital de mi esposa, y además, como no consta que de su voluntad halla legado nada á nadie, el día de su muerte será también aquel, en que libremente pueda yo disponer de su gran fortuna, y entonces podré gozar de ella enteramente; no tendré que vivir sugeto y aparentando un amor, que en realidad no existe en el

fondo de mi corazón.... ¡Pobre Marta! Si ella supiera los planes que en este momento estoy forjando, por cierto que no estaría muy tranquila; pero ¡qué remedio! es preciso que se cumplan mis proyectos!.....

¡Ah! Si acaso no pueden realizarse de esta manera, entonces si tendré que valerme de aquel horrible proyecto que tengo arreglado, y para lo cual todo esta también á mi disposición.

Hasta hoy Marta me tiene en el mejor concepto, jamás ha visto en mí nada, fuera de un amor ardiente, bajo el cual he ocultado todos mis sentimientos. La suerte me favoreció, porque si no hubieran muerto los padres de esta jóven, ella no habría llegado á ser mi esposa, y entonces, ya hubiera tenido trabajo para formar un capital como el que hoy tengo. ¡Ah! los padres de Marta nunca la habrían dejado ser la esposa del fugado presidario de Ceuta, condenado á cadena perpétua por los sencillos crímenes de tres asesinatos, un robo de la miserable cantidad de 20,000 pesos, y los plagios de cinco jóvenes.

Al pronunciar estas palabras, Arturo se sonrió como complaciéndose en algún recuerdo infame, y en seguida se puso á escribir; yo entonces me separé de esa cortina testiga de mis tormentos, y moribunda y desfallecida, pudiendo apenas sos-

tener mis vacilantes pasos; me diriji á mi pieza, cerré con llave la puerta, y me arrojé en mi lecho en un estado lamentable.

La pena me agiobiaba tenia un nudo en la garganta que me impedía respirar con libertad, y mi cuerpo temblaba aun, bajo la impresion de las terribles palabras, que habia sorprendido en los labios del infame que me habia hecho su esposa, y á quien por tanto tiempo habia amado!

En aquel instante pasaron ante mis ojos, los tranquilos años, en que feliz y venturosa se deslizaba mi vida al lado de mis buenos padres; recordé su ternura y sus caricias, resonaron en mis oídos sus protestas de amor al exijirme que olvidase á Arturo.

Trasportéme despues á la cabecera del lecho de mi madre moribunda, y me estremecí al recordar la promesa que en ese lecho de muerte formularon mis labios. ¡Oh! despues me ví unida para siempre al infame presidario, al hombre vil que me habia manchado con su infamia, al criminal que hoy intentaba mi muerte. . . . y á este pensamiento la sangre se heló en mis venas.

Parecíame ver por una parte un puñal en las manos de mi esposo, próximo á introducirse en mi pecho; parecíame escuchar la voz de mi hija

que me decia: ¿me has dado el ser para arrancarme la vida antes de ver la luz del dia? y á este pensamiento, horrorizada salté de mi lecho.

Entonces se presentaron ante mi esaltada vista las sombras de mis padres, que amenazantes avanzaban hácia mí repitiendo: "tú lo has querido, no tienes derecho á quejarte." á estas imágenes caí arrodillada, y prorrumpiendo en un mar de lágrimas elevé mis ojos al cielo exclamando.

¡Oh! vosotros que me disteis el sér, padre. . . . madre mia. tened piedad de vuestra hija!

Vosotros que desde el cielo contemplais mis martirios, defended á esta infeliz! no me dejéis abandonada y sin consuelo!

El llanto ahogó mi voz, y permanecí en la misma actitud y sollozando.

Así transcurrió media hora, unos golpes dados á la puerta me hicieron estremecer, incorporeme llena de horror, y corrí á ocultarme tras las colgaduras de mi cama.

Los golpes se repitieron, y la voz de mi esposo se hizo oír, introduciendo en mi alma el espanto!

Marta, abre, yo soy, repetía Arturo, y yo temblando no respondía, traicionandome así á mí misma. Los golpes resonaron por tercera vez, y Arturo ya impasiente murmuró. ¿No has es-

cuchado Marta? por qué no abres? me obligarás á forzar esta puerta?

El asiento irritado de mi esposo me hizo volver en mí; enjugué presurosa mi llanto, y con voz trémula é incierta contesté.

Espera Arturo, voy á abrirte, abandoné entonces mi escondite y vacilante y caminando apenas llegué á la puerta, y quité la aldaba: mi imaginacion en extremo exaltada me hacia ver aquella como la última hora de mi vida, de manera, que apesar de los supremos esfuerzos que hacia por contener mi agitacion, me era imposible ocultarla del todo.

Por fin mi esposo entró, su aspecto era tierno, dirigióse á mí, tomó entre las suyas mis manos, y con mucho cariño me dijo.

Qué tienes Marta? por qué te encuentras tan agitada?... en tus bellísimos ojos se ven aun las huellas del llanto;—es preciso querida que deposites en mi corazon tus penas, porque sabes demaciado todo lo que ellas me hacen padecer!...

No sé por qué, cada una de las palabras de Arturo me hacian estremecer, y mi corazon latia con suma violencia al escucharlo; aquellas expresiones ardientes eran fruto tan solo de la mas horrible hipocrecía, y ellas no podian menos que hacerme la mas amarga impresion!.....

¡Dios mio! decia yo interiormente; daria yo cuanto poseo porque cambiase el corazon de Arturo, y que sus palabras me revelaran una verdad!

Entre tanto no podia contestar á mi esposo, su presencia me hacia daño, y sin embargo era preciso ocultar!... Arturo me contemplaba con suma atencion.

Marta díjome por fin. ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa? pronto contestame, por qué te encuentras tan agitada? lo quiero saber. ¿Cómo es que á mi lado no calmas como siempre todos tus temores y sobresaltos?.....

¡Ay! Arturo, contesté entonces á mi esposo, haciendo el mas grande esfuerzo, es verdad ¡me encuentro agitada! conmovida!... y ¿sabes por qué?

Concluye pronto, no sé nada. ¿Qué te ha acontecido? ¡Ay! Arturo! un sueño terrible me tiene aun sobrecojida!.....

Pues ¿qué has soñado? me preguntó Arturo con una intencion muy marcada.

Figurate le dije yo entonces, que soñaba encontrarme ya madre del mas precioso niño, que formaba nuestra delicia, cuando una mañana en que dormia el niño en su preciosa cuna, un hombre embuelto en una mala frazada, se apareció en

una de las puertas de mi recámara..... yo me hallaba meciendo en esos momentos al tierno hijo de mi corazón; al ver en mi casa y en mi pieza un hombre desconocido, sentí un terrible sobresalto: le pregunté ¿quién era? y no me contestó, solo dejó asomar á sus labios una sonrisa espantosa.... comencé á llamarte entonces con todas mis fuerzas, pero tú no venías á mi defensa; tomé en mis brazos á mi precioso niño, y quise huir con él; pero todas las puertas se encontraban cerradas, y solo aquella en que estaba el horrible monstruo apareció abierta.....

Con un valor impropio de mi sexo, me dirigí con resolución hácia aquella puerta y quise abrirme paso; pero cuál fué mi sorpresa, al ver que tras de aquel hombre se hallaban otros tres enmascarados, que al verme se abalanzaron sobre mí.... arrancaron al niño de mis brazos.... y yo perdí el conocimiento!

Cuando volví á la vida, me hallaba en un oscuro y húmedo calabozo, que me servía de prisión.... A mi lado y tirado sobre la paja estaba mi hijo..... al verlo me lancé sobre él, y lo tomé en mis brazos, colmandole de caricias; me encontraba sola é ignoraba el lugar en que me hallaba, y la causa porque allí había sido conducida.

Estaba entregada á mis reflexiones, cuando la

puerta de mi prisión se abrió y apareció en ella el mismo hombre, que me había arrebatado de mi casa: al verlo temblé, y estrechando más á mi hijo, con una voz incierta preguntéle ¿por qué me había conducido á aquel sitio y qué era lo que quería de mí?..... Aquel hombre infame me dió por respuesta una insolente carcajada, y con un acento aspero me dijo.

Lo que se quiere de vos es, que aparescais muerta á los ojos del mundo, así como este niño, y os he conducido aquí porque este calabozo debe servir de tumba.

Al escuchar estas palabras prorrumpí en amargo llanto, oculté á mi pobre niño, y comencé á llamarte; pero en vano, porque tú no acudías á mi socorro: la presencia de aquel hombre me causaba miedo, y corrí á un ángulo de la pieza para no verle.... entonces unos golpes hirieron mis oídos, y temblando de pavor me acerqué más á mi lecho, creyendo que era mi verdugo.

Tu voz vino ó arrancarme de este horrible sueño, volviendome á la realidad de la vida; pero aun me siento presa bajo su terrible influencia!...

Mi esposo que no apartó de mí sus ojos desde que comencé á hablar, y que no había perdido una sola de mis palabras, al ver que callaba sonrió, y pasando su brazo por mi cintura me dijo.

Pareces una niña Marta dejandote llevar de temores pueriles: ¿no estoy yo aquí para defenderte? ¿no me tienes á tu lado como esposo amante, pronto á sacrificar su vida por ahorrarte un sufrimiento? y al hablar así Arturo comenzó á prodigarme sus caricias; pero yo horrorizada ante la idea de la falcedad de aquel monstruo, dejandome llevar de mis impulsos naturales, lo rechacé llena de terror, y levantandome precipitadamente de su lado, corrí a refugiarme al otro extremo de la pieza.

Sus palabras me hacian daño; sus caricias me quemaban como ascuas de fuego. Sorprendido Arturo de ver mis movimientos, fijó una investigadora y recelosa mirada en mi semblante, y con un acento severo me dijo levantándose. ¿Qué significa esto Marta? Porqué huyes de mí?

Afligida yo, y temiendo traicionarme, hice un supremo esfuerzo para contenerme, y queriendo desvanecer las sospechas que hubiere podido formar mi esposo, me acerqué hasta el lugar en que se hallaba, y dando á mi voz la entonacion más dulce: ¡perdona Arturo! le dije, no sé lo que tengo! necesito tranquilisarme: déjame sola!

Mi esposo mirome sorprendido, y dirigiéndose á la puerta me dijo; Bien Marta, te dejo; pero te advierto, que deseo que estas excenas no vuel-

van á repetirse: despues salió murmurando entre dientes algunas palabras que no pude percibir, pero que llenaron mi corazón de espanto!.....

Apénas me ví sola, cerré la puerta, necesitaba desahogarme, y me arrojé en mi llecho llorando con desesperacion, y zollosando como una niña!

Aquella misma noche dí á luz á Julia en medio de los mayores tormentos, y fui tan desdichada, que lo agudo de mis martirios me impedia gozar de las delicias de ser madre!.....

Sí; porque cuando contemplaba á mi lado á esta tierna niña, temblaba; parecíame ver una cuchilla levantada sobre su cabeza, y á este pensamiento me estremecia horrorizada, y regaba con mis lágrimas el cuerpo tiernecito de mi inocente y desventurada hija!.....

Al llegar aquí Marta, estrechó contra su corazón á Julia, regándola de nuevo con sus lágrimas; nosotras, que habiamos escuchado llenas de horror y de espanto la narracion de su historia, nos conmovimos profundamente ante aquel rasgo de amor maternal, y contemplamos á Marta anegadas en llanto!..... Esta seguía prodigando á Julia sus caricias, y la tierna niña, sorprendida ante el dolor inesperado de su madre, comenzó á enjugar sus lágrimas diciéndole.

¿Porqué lloras madre mia? ¿Qué te han hecho?
¿Quién hace correr tus lágrimas? Y nos miraba
airada, como amenasándonos de afligir á su ma-
dre.

Despues cambiando de tono, y besando á
Marta repetidas veces añadió: no llores ya mamá,
no vez que cuando tú estás triste, yo tambien
quiero llorar!

Marta besó á su preciosa hijita diciéndole con
ternura: no Julia, nó, ya no llores, no quiero que
te pongas triste hija mia! Tu alegría es la que
forma mi vida! Y tomando en sus brazos el *babe*
que Julia habia dejado, comenzó á jugar cual si
fuera una niña; nosotras absortas la contemplá-
bamos!

¡Oh! Cuán bello es el amor maternal! nos de-
ciamos, ¡cuán generoso y desinteresado! Ved á
esa madre; se olvida de sí misma por complacer
á su hija, y trueca en sonrisa su llanto, por evi-
tar que una lágrima empañe la vista del ser á
quien dió la vida.

¡Oh! ¡Cuán egoistas somos nosotras! Jamás
podremos pagar la ternura y el amor desinterea-
do de nuestros padres!.....

Cuando Marta dejó á Julia contenta y entre-
tenida, volvió hácia donde estábamos nosotras, y
con un acento lleno de dulzura nos dijo: perdonad

amigas mias si os he dejado, pero ¡la amo tanto!
que solo á la idea de haber podido perderla, ya
no soy dueña de mí; pero ahora Julia juega ven-
turosa, y yo estoy ya con vosotras.

¿Quién hubiera podido no disculpar á Marta?
¿Es acaso un crimen en una madre amar con de-
lirio á sus hijos? Seria una falta verdadera creer-
lo así; por eso léjos de ofendernos, lo que habia
hecho Marta nos habia conmovido, y la habia
elevado más á nuestros ojos: así se lo manifesta-
mos, y ella llena de gratitud y de contento vol-
vió á sentarse á nuestro lado.

¡Ay! amigas mias, continuó, no podré pintaros
una por una las terribles impreciones que se suc-
cedieron en mí, desde que oí las fatídicas pala-
bras de Arturo, y mas temia aun en esos momen-
tos, en que tenia en mis brazos esta tierna niña,
porque se infiltró en mi corazon el temor de que
Arturo quiciese dar la muerte á mi hija, puesto
que ella lo privaba de la mitad de mi fortuna....

Desde el instante en que Julia nació, no quise
que se desprendiera de mí, y me parecia que, ca-
da una de las personas que la tomaba en los bra-
zos, para acariciarla, era un satélite de Arturo;
comprado por él para quitarle la vida.

Arturo habia ido á un convite en los momen-
tos en que Julia nació, yo no quise enviarlo á

llamar, como hubiera sido natural, porque me inspiraba ya un terror espantoso. Sin embargo, cuando llegó, tuve que enviarle un recado para que entrase á conocer á su hija; pues comprendí que lo contrario habria sido venderme.

Arturo se presentó pronto en mi cuarto; primeramente me reconvino mucho por no haberle mandado llamar. ¡Con este hecho, me dijo con un tono que heló de espanto mi sangre, has perdido mucho para mí!

En vano traté de escusarme manifestándole, que el temor de privarlo de una diversion, en que creía se hallaba contento, habia sido la única causa que me habia hecho obrar de esa manera: él no se mostró satisfecho. Luego me pidió la niña para conducirla cerca de la luz, y conocerla, porque mi alcoba estaba muy oscura: apenas escuché esta petición en Arturo, me estremecí y me apresuré á decirle.

Mira, mejor seria que trajeras aquí una vela encendida, porque en este momento la niña duerme profundamente y se encuentra caliente, no sea que sacarla así tan tiernecita pueda dañarla.

Mi esposo hizo un gesto de disgusto, al escuchar mis palabras, pero luego me contestó trayendo en su mano la pedida luz.

No creas Marta que te voy á consentir mu-

chas delicadesas con tu hijita: es preciso crearla libremente, es decir, sin muchos cuidados y aprehensiones, porque si no mas tarde será enferma; en ese momento tomó en sus brazos á Julia, que al despertar comenzó á llorar amargamente; de manera que la primera vez que fué á los brazos de su padre, lo hizo cubierta de lagrimas.

Arturo entre tanto la contemplaba con ternura. Es bonita, decia, tiene el pelo rubio! los ojos son negros! que boca tan chiquita! y pronunciando estas palabras, estrechábala contra su corazón.

Luego añadió. Ya vez Marta cuan bella es la niña que nos ha dado el cielo! ¡Oh! si tus padres viviesen, estoy seguro que no podrian menos de regacijarse hasta el extremo, al contemplar este precioso gage de nuestro amor!

Al oír en los labios de Arturo el recuerdo de mis padres, no sé que sentí interiormente; me pareció que en sus labios su memoria era profanada de una manera horrible.....

—¿Mis padres dices? exclamé yo involuntariamente.

—Sí, tus padres, replicó entónces mi esposo, contemplándome fijamente.

—¡Oh!..... quién sabel repliqué; tú viste lo opuestos que estuvieron ellos siempre á mi matrimonio.

—Pero se encontraban inbuidos en un error clásico de que tu nunca participaste ¿no es verdad?

—Es cierto, contesté con un acento en extremo débil.

—Pues entonces, ya ves que si hubieran participado de tus mismas opiniones, jamás se habrían opuesto á nuestro enlace, como no se opusieron al principio.

No respondí yo mas á mi esposo, y mi ánsia crecía, porque la chiquita, que él tenía aun en sus brazos, duplicaba por momentos su llanto.

Temía cometer una imprudencia pidiéndosela á mi esposo, y por otra parte, sus tiernas lágrimas me arrancaban el corazón, por fin, no pude por mas tiempo contenerme, y con un acento suplicante exclamé extendiendo hácia Arturo mis brazos.

—Dámela, porque está muy inquieta, voy á ver si logro calmarla.

Mi esposo por fortuna me complació, y entregándome la niña ¡hija de mi corazón! me volvió con ella la vida.

Arturo permaneció aun otro rato conmigo; mas en seguida, tendiéndome una mano, exclamó: Adios querida, duerme tranquila, tiempo es ya de que reposes, tienes á tu lado el más precioso

tesoro, por el que de continuo suspirabas, que él te haga gozar todo lo posible, y disipe de tu mente los atroces sueños que te han venido á turbar, y que no deben tener por tí tal acogida. Reposa, Marta, mañana vendré á gozar contigo de esa niñita, que debe formar nuestra mas cara delicia.

—Adios Arturo, que tú tambien duermas bien, contesté con una finjida calma á mi esposo, pronto éste desapareció dejándome enteramente sola.

En esos mismos instantes, me asaltaron con nueva fuerza los temores; parecíame ver entrar en la mitad de la noche á mi asesino esposo, y un frio glacial hacia estremecer mis miembros, estrechaba entonces contra mi corazón á la bellísima criatura, hubiera querido poderla formar una muralla impenetrable, y que nadie pudiera llegar hasta ella; pero... si yo recibía el primer golpe, no sería dirigido contra ella el segundo, y si la conservaban por compasión la vida, ¿acaso podría mi hija ser feliz sin su madre? ¿Habría alguno que la profesara el amor, en que por ella, mi corazón ardía? ¡Ay! este pensamiento desgarraba mi alma.

Fijos mis ojos en Julia, que reposaba á mi lado la decía con ternura: duerme tierna niña! reposa hija mia! al lado de tu madre, sí, nada temas, yo

—Pero se encontraban inbuidos en un error clásico de que tu nunca participaste ¿no es verdad?

—Es cierto, contesté con un acento en extremo débil.

—Pues entonces, ya ves que si hubieran participado de tus mismas opiniones, jamás se habrían opuesto á nuestro enlace, como no se opusieron al principio.

No respondí yo mas á mi esposo, y mi ánsia crecía, porque la chiquita, que él tenía aun en sus brazos, duplicaba por momentos su llanto.

Temía cometer una imprudencia pidiéndosela á mi esposo, y por otra parte, sus tiernas lágrimas me arrancaban el corazón, por fin, no pude por mas tiempo contenerme, y con un acento suplicante exclamé extendiendo hácia Arturo mis brazos.

—Dámela, porque está muy inquieta, voy á ver si logro calmarla.

Mi esposo por fortuna me complació, y entregándome la niña ¡hija de mi corazón! me volvió con ella la vida.

Arturo permaneció aun otro rato conmigo; mas en seguida, tendiéndome una mano, exclamó: Adios querida, duerme tranquila, tiempo es ya de que reposes, tienes á tu lado el más precioso

tesoro, por el que de continuo suspirabas, que él te haga gozar todo lo posible, y disipe de tu mente los atroces sueños que te han venido á turbar, y que no deben tener por tí tal acogida. Reposa, Marta, mañana vendré á gozar contigo de esa niñita, que debe formar nuestra mas cara delicia.

—Adios Arturo, que tú tambien duermas bien, contesté con una finjida calma á mi esposo, pronto éste desapareció dejándome enteramente sola.

En esos mismos instantes, me asaltaron con nueva fuerza los temores; parecíame ver entrar en la mitad de la noche á mi asesino esposo, y un frio glacial hacia estremecer mis miembros, estrechaba entonces contra mi corazón á la bellísima criatura, hubiera querido poderla formar una muralla impenetrable, y que nadie pudiera llegar hasta ella; pero... si yo recibía el primer golpe, no sería dirigido contra ella el segundo, y si la conservaban por compasión la vida, ¿acaso podria mi hija ser feliz sin su madre? ¿Habria alguno que la profesara el amor, en que por ella, mi corazón ardía? ¡Ay! este pensamiento desgarraba mi alma.

Fijos mis ojos en Julia, que reposaba á mi lado la decia con ternura: duerme tierna niña! reposa hija mia! al lado de tu madre, sí, nada temas, yo

velaré tu sueño, y si alguno tratase de dañarte, yo estaré siempre á tu lado, y Dios me dará fuerzas para defenderte; mas luego me venia la idea de mi muerte, y entónces regando con mis lágrimas el cuerpo de mi tierna hijita, pobrecita, añadia ¿qué seria de tí si yo muriese? huérfana y abandonada, ¿qué harías sin las caricias de tu madre? ¡Ay! sola y en poder de un padre que no te ama ¿quién te defendería de sus terribles golpes?... y á esta idea mi temor aumentaba, y redoblaba mi llanto y mi dolor!.....

Así pasé la noche, sin que el sueño cerrara un instante mis cansados párpados.

Al mas leve ruido, temblaba como la flor herida por el rayo, y á cada momento mi imaginacion exaltada me hacia ver la figura de mi esposo, que con asesina mano me venia á arrancar la vida.... mis ojos se fijaban entónces en Julia, ¿cuál es tu crimen? ¡Oh inocente criatura! le preguntaba llenándola de caricias; ¡pobre hija querida! ángel inocente destinada á morir en su propia cuna!.....

Marta estaba muy conmovida, las lágrimas cubrian por completo su semblante, y temerosas de que tan fuertes sensaciones la dañasen, le rogamos suspendiera su narracion y tratara de tranquilizarse.

— ¡Oh! Cuánto bien me hacen vuestro interés y vuestro cariño, nos dijo conmovida, cuando estoy á vuestro lado, me parece encontrarme en el seno de mi familia, entre personas que se interesan de corazón por mí, y que deberas me aman; pero cuando no os veo, cuando solo me rodean personas indiferentes, que parecen con su alegría insultar mi dolor, entónces me siento sola en el mundo, y son tan agudos mis martirios, que á no ser por Julia que me hace amar la vida, pediría al cielo cortara el hilo de esta existencia, y me enviara el descanso de la tumba!.....

Nosotras enternecidas estrechamos en nuestros brazos á aquella jóven tan desgraciada, y prodigándole palabras de ternura y de consuelo, se pasaron rápidas las horas para nosotras, experimentando esas sensaciones tan dulces y gratas, que solo nos proporciona la verdadera amistad.

Permanecemos aun al lado de Marta un largo rato, y en seguida nos separamos de nuestra amiga.

Salimos del Metropolitan, anduvimos largo tiempo por la bellísima Broadway, y poco despues penetramos en Clarendon.

Nos dirigimos á nuestras piezas, y en seguida bajamos á los salones, donde al lado de nuestras

nuevas y simpáticas amigas, se deslizaron rápidas y gratas para nosotras las horas.

El carácter de las hermosas americanas es tan afable y corriente, que las hace generalmente simpáticas. Nosotras nos habíamos intimado especialmente con dos, una jóven inglesa, muy simpática por su figura y cualidades personales, recién casada, y que vivía allí con su esposo, y Maria graciosa jóven americana, ámbas nos hacían mucho cariño.

Tiempo era ya que comenzásemos á recorrer los principales edificios públicos de Nueva-York, lo mismo que sus paseos, templos, etc. Era domingo, el primero que pasábamos en esa populosa ciudad, y nos propusimos salir desde temprano; nos juntamos con Marta en la iglesia católica, y empleamos la mañana en visitar algunos templos,

Comenzamos por la Catedral; no era este el suntuoso templo que aun estaba en construcción y del cual hicimos ya una breve mención: la Catedral era una iglesia no muy grande, y tenía un aspecto triste y antiguo, en el altar mayor que, según recordamos, era de mármol blanco, elevábase un gran crucifijo solo; lo cual daba un aspecto imponente y serio á este lugar venerado.

En el cuerpo de la iglesia se hallaban los di-

versos *peu* de las familias católicas más distinguidas, y en el extremo se encontraban las demás bancas para el resto de los fieles.

Los señores H... habían enviado á nuestra familia la llave de su *peu* para que en el oyésemos misa, estos señores eran una antigua amistad, que la familia, había contraído en el primer viaje á los Estados-Unidos durante su permanencia en Washington. Al saber nuestra llegada á Nueva-York, al momento fueron á visitar á nuestros queridos padres, y nos colmaron de finezas.

Admitimos con verdadera gratitud su oferta para aquel domingo, y ocupamos su *peu* aquella mañana, de manera que pudimos gozar perfectamente de la ceremonia religiosa.

Habíamos ido á la misa mayor, que comenzaba á las 9, había en ella sermón, era cantada, y la acompañaba buena orquesta.

Salió la misa, y nuestro corazón latió con una fuerza extraordinaria, porque hacía algunas semanas que no pisábamos un templo católico, y nuestra alma estaba en aquellos momentos llena de gozo, y y extasiada.

Es el catolicismo el orgullo de sus hijos. Los que tenemos la inmensa dicha, la gloria, de pertenecer á esta religión sublime, la única verda-

dera, la sola que por su pompa, su belleza, y sus máximas divinas, ha causado la admiración del mundo, no podemos ménos que sentirnos felices al considerarnos en su seno, tenemos una prerogativa tan admirable, tan sublime, que es imposible no experimentar las mas dulces sensaciones. los movimientos más vivos de entusiasmo, siempre que nos encontramos con nuestros hermanos de religion, en un país en que no es ella la predominante, y se profesan otras religiones.

¡Bello, sublime y consolatorio es encontrar por do quier, templos y altares consagrados al culto católico!..... Allí los de todas partes se reúnen, y bajo las bóvedas del templo no nos sentimos en un suelo extraño, estamos como en nuestra patria, y todos los que nos rodean, no nos son indiferentes, ¡son nuestros queridos hermanos! ¡Oh cuán sublimes son los efectos del catolicismo! ¡cuán dulces, cuán gratos al corazón!.....

Los suaves acordes de la música, la voz sonora del ministro del Altísimo, el profundo recogimiento que se notaba en aquel templo, todo conmovió inmensamente el corazón, hasta el punto de brotar de nuestros ojos las lágrimas.

La iglesia se hallaba enteramente llena: en los templos católicos de los Estados Unidos y de

Europa no se nota el desorden que reina muchas veces en nuestras iglesias; allí cada cual ocupa el lugar que le está destinado en una banca, evitándose con esto el aglomeramiento, el tumulto y los escándalos; solo un objeto conduce á los fieles al templo, "hacer oración." Jamás con otras miras se penetra en la casa del Señor.

En los Estados Unidos el templo católico tiene cierta severidad que infunde respeto, se nota en todos un recogimiento que edifica, y al penetrar en él luego se comprende que aquella es casa de oración, y que allí el hombre solo se ocupa de su Dios. ¡Ah, ojalá lo mismo pasara siempre entre nosotros!

Sí, sentiamos al encontrarnos allí cierta satisfacción, un consuelo, una emoción misteriosa que solo la experimenta el verdadero católico, al penetrar en la casa de su padre, del autor de su vida, del bienhechor de la humanidad.

A la hora del sermón, todos se sentaron guardando el más profundo silencio; el orador subió al púlpito pronunciando en inglés un elocuente discurso; la misa concluyó, y entonces salimos del templo realmente edificadas al ver tanta devoción en aquellos católicos, viviendo en medio del protestantismo!

Cuando estuvimos en la calle, comunicamos á

Marta nuestros pensamientos, y conviniendo ella con nosotros, nos dijo.

—No solo en los católicos notareis ese recojimiento, hoy que es domingo, debemos aprovecharlo para visitar algunos templos, y ver las ceremonias de las diversas sectas.

Apoyamos la idea, y acompañadas de nuestros buenos padres, nos propusimos recorrer varias iglesias.

Los domingos son los días más tristes en los países protestantes; todo el día lo dedican á cosas religiosas, y ya en los templos, ó bien en sus casas, se encierran á leer la biblia, sin acudir á ningún paseo ó diversion: el comercio está todo cerrado, es un día enteramente muerto. Observan estas costumbres con la mayor escrupulosidad, y por ningún caso dejan de seguirlas.

Cumpliendo pues con nuestro propósito, habiendo ya satisfecho el precepto de oír misa, continuamos nuestro paseo visitando los templos protestantes, de los cuales, sin entrar en detalles, solo daremos una ligera idea en general.

Las fachadas, por lo regular de piedra rojiza, presentan diversos estilos, aunque el que más predomina es el gótico, pues casi todas las iglesias protestantes tienen esta arquitectura; el interior está ocupado por tribunas y bancas, y muchas

veces, para que pueda entrar mayor concurso, se forman galerías á poca altura. Vese un púlpito en el lugar preferente del templo, al que sube uno de sus sacerdotes á leer y explicar la Biblia, y en esto se pasan, puede decirse, toda la mañana. Antes no era permitida la música entre los protestantes; hoy, parece que tiene muy buena acogida.

¡Oh! qué fastidio nos causaba la permanencia en estos templos! Muchos pensamientos asaltaban en aquellos instantes nuestra mente, y compadecíamos á aquellas pobres gentes, extraviadas y caminando en las tinieblas de una noche perpetua, que las privaba de gozar de la luz bellísima del astro del día.

Salimos pronto de estos templos para dirigirnos á otros; notamos que la forma no es la misma en todos, pues unos la tienen redonda, mientras la de otros es larga, ó casi cuadrada. En el lugar principal de uno de estos templos, si mal no recordamos el de los anabaptistas, se veía una especie de altar en el fondo, y en él hombres vestidos con unas túnicas talares blancas, con incensario en las manos, ejecutando exajeradas genuflexiones y otras ceremonias, cuya vista nos provocaba á risa, costándonos gran trabajo poder contenerla.

Al salir de este lugar entramos á una iglesia bastante hermosa, la cual nos llamó en extremo la atención, por la gran semejanza que tenia con las nuestras. En el interior habia varios altares, donde se encontraban imágenes tambien muy parecidas á las nuestras. En el altar mayor estaban las tablas de la ley, y una gran puerta con molduras doradas, que ocultaba en su seno el tabernáculo. Esta iglesia pertenecía á la religion griega, que es la que más se asemeja á la nuestra, pues observan la ley antigua de Moises, y en muy pocas cosas se diferencian en sus creencias de nosotros.

Quando penetramos en el templo, se hallaba un sacerdote oficiando; era anciano, una larga barba caia sobre su pecho; su cabello tambien era largo, y su traje talar nos hizo recordar los druidas del tiempo del paganismo, ó los sacerdotes del tiempo de Araon.

Algunas de las ceremonias de los griegos son públicas, y otras secretas, introduciéndose los sacerdotes en el tabernáculo, y cerrando las gruesas puertas que le dan entrada.

Nosotras contemplábamos con curiosidad aquellas ceremonias, que nos inspiraban una secreta aversion y repugnancia involuntaria. Al fin salimos de aquel templo, cuya fachada de un estilo

enteramente oriental fijó nuestra atención, y recorriendo varias calles de la ciudad, pasamos delante de una iglesia de donde salia una confusa gritería; penetramos en ella sorprendidas, y vimos que aquel espacioso salon, sin altar ni imágenes, se hallaba lleno de gentes; unos estaban postrados dándose golpes de pecho, otros con la frente en la tierra, parecian sumergidos en la meditacion más profunda, y otros con los ojos fijos en el cielo semejaban descubrir algo al traves de las espesas bóvedas. Aquellos, inspirados, hacian resonar el aire con sus gritos de alegría, mientras poseidos de un frenético entusiasmo; hacian volar sus sombreros, y levantaban por los aires las sillas que tenian á su lado. Sorprendidas y admiradas contemplábamos todo esto, y viendo los diversos grupos, la confusion, y escuchando tan inmensa gritería, presenciábamos ese desorden y no podiamos ménos de compadecer á todos estos infelices ciegos.

Era este el templo de los Kuaqueros, y ellos por sus creencias están esperando siempre lavenida del Espíritu Santo, y se reunen con el objeto de recibirlo; quando alguno inspirado elevaba la voz para decir que ya lo veia descender, todos se levantaban, y dejándose llevar de los arrebatos de su fervor, gritaban y hacian lo que

antes describimos; mas convencidos luego de su error, volvian á sumerjirse en la meditacion. Así pasaban las horas en violentas alternativas, hasta que perdiendo la esperanza de que bajase aquel dia, se separaban para volverse á reunir. ¡Insensatos! Siempre vivirán esperando.

Salimos de aquel templo, pudiendo apenas contener la risa que nos ahogaba. Pasamos por la quinta avenida, en aquella hora cubierta de gente que iba ó se retiraba de los templos. Allí admiramos el lujo, la elegancia y la hermosura de las bellas norte americanas, y atravesando por entre aquella hilera de gentes, continuamos nuestro paseo.

Salimos de la quinta avenida en busca siempre de nuevos templos, que nos presentasen espectáculos curiosos y desconocidos, penetramos en varios más ó ménos distintos, y en uno notamos que un hombre, por cierto nada decente, era el que ocupaba el púlpito, y todos los concurrentes lo escuchaban con gran veneracion; esto no debia habernos admirado, porque nuestros queridos padres nos habian referido, que en su permanencia la primera vez en aquella república, el cochero que los servia era un sacerdote metodista. ¡Oh y cuánto abunda esto en el protestantismo! ¡Qué diferencia con nuestro clero!

Continuando nuestro paseo, entramos luego á otra iglesia, donde todos leían en voz alta las oraciones que contenian unos libros, y en medio casi del templo se encontraba una gran mesa, en la cual sin duda iba á tener lugar alguna ceremonia. Esperamos un largo rato para ver si podiamos observar algo, pero tardando demasiado nos salimos sin esperar más.

Las construcciones de algunos templos nos llamaban la atencion; en muchos de ellos entrábase por un hermoso jardin con su buen enverjado de fierro; en el centro lucian estátuas de bronce y de mármol, fuentes con preciosos juegos de aguas, asientos rústicos muy bien distribuidos, etc., etc.

Por fin, era ya tarde, y debiamos regresar al Hotel, y cortar la visita de los templos, lo hicimos así, pero antes acompañamos á Marta hasta su residencia, quedando de verla temprano al siguiente dia.

Luego nos encaminamos á Clarendon, y pronto reposábamos cerca de la chimenea. Estábamos fatigadas, porque nuestro paseo habia sido largo, y veniamos como con el corazon contristado. ¿por qué causa? Es fácil adivinarlo.

En aquella mañana habiamos sido testigos de la situacion de muchos de nuestros hermanos,

que en vez de dejarse cautivar por las dulces máximas del Crucificado, no conocían la celestial dulzura de esta religion sublime, que ensancha el afligido espíritu y consuela los más grandes sufrimientos. . . .

¡Oh! con cuánta ansia deseábamos que aquellos diferentes templos, que habíamos visitado, estuviesen todos consagrados á la única religion verdadera que existe, á la religion católica; y que los infelices que con tanto fervor se entregan al error, se alistasen bajo el estandarte de la Cruz! ¡Ojalá y hubiese estado en nuestro poder efectuar esta transformacion; por ella hubiéramos dado hasta la existencia, y no hablamos con exageracion, ojalá pudiéramos probarlo.

Pero dejemos ya este triste punto. . . . el Dios de las misericordias las derrame sobre todos los infieles, y logren su conversion. Este es nuestro más vehemente deseo.

Aquella noche, segun pudimos ver en los periódicos, en uno de los más famosos museos de Nueva York se representaba en un pequeño teatro que en él habia: "Moises salvado de las aguas por la hija Faraon." Nos propusimos ir, como en efecto lo ejecutamos.

El Museo de Historia Natural, que visitamos ese mismo dia poco antes de que oscureciera, mé-

rece detenerse algun tanto en él, pues posee la mejor coleccion que hay en América en su clase. Allí pueden verse bajo un mismo techo una infinidad de objetos que llaman la atencion.

La coleccion de aves es notable por su exquisita variedad, y el interés que siempre despierta una reunion de los representantes de las aladas aves de todo el mundo.

En un museo de este género conoce uno mejor todas las clases de animales que pueblan el Universo, y no puede dejar de excitar este conocimiento el más vivo interés, al descubrir las diferentes figuras de los animales, las familias que format, su belleza, sus instintos, y muchas de sus particularidades.

Allí aparecen en vidrieras los más pequeños que pertenecen á la familia de las hormigas y de las moscas, prendidos sobre pequeños cojines de paño ó terciopelo, algunos tan imperceptibles, que apenas se pueden ver. ¡Qué contraste forman estos pequeños insectos con las fieras!

Contemplamos allí sin peligro, al soberbio leon, al oso, al tigre, al leopardo y otra multitud de fieras por el estilo, en las cuales no podemos menos de fijarnos con un secreto horror!

Luego, pasando á examinar los habitantes del Oceano, nos encontramos con los grandes es-

queletos de la ballena, del tiburón y otros, admirando el arte y perfección con que se disecan toda especie de animales, hasta hacernos parecer que contemplamos en esos cuerpos privados de vida, algunos llenos de ella, ¡prodigios admirables de la ciencia!

En el Museo de Barnun era donde se representaba la pieza de la cual hemos ya hablado, y en la misma noche del día en que visitamos el museo fuimos para asistir á la representación. Esta por supuesto debía ser en inglés, y nosotras no comprendíamos todavía del todo este idioma; pero no por esto nos privamos del gusto de asistir á la representación.

La función comenzó cerca de las ocho y media. El teatro era pequeño, pero bien distribuido y sumamente aseado; los trajes de los actores eran ricos, é imitando por de contado las costumbres de aquel paso y época consiguientes; las decoraciones de mucho gusto, y los artistas no tenían mala figura; desde luego se comprendía sin embargo, que aunque la compañía no era de lo peor, tampoco era de lo mejor que allí había.

El público no era muy numeroso, la representación duró más de una hora, y cuando hubo concluido, contemplamos en el mismo lugar un

delicioso espectáculo de variadas y preciosas vistas disolventes, que llamaron en extremo nuestra atención. En seguida salimos del pequeño teatro, para penetrar en un salón profusamente iluminado, donde se encontraban varias culebras vivas, que una mujer fresca y robusta trataba con suma familiaridad, enrollándose en el cuerpo y en los brazos; nosotras apartamos llenas de horror la vista de aquel espectáculo, para fijarnos en dos jóvenes, que caprichosamente vestidas, y con el cabello en completo desorden, llamaban la atención: designábanlas como circasianas; nosotras al contemplarlas no descubrimos en ellas ese tipo de belleza, que distingue esa raza del Norte.

Después de recorrer cuanto había de notable en el Museo de Barnun, salimos de él; eran las diez de la noche, tomamos un carruaje, y en breve nos encontramos en el Hotel.

CAPITULO XIV.

Continuacion de nuestras escurciones por la ciudad de Nueva-York. Las salas de Justicia. Washington Market. Chatham Street, Borvery y otras calles de Nueva-York. El Teatro. Salones de música. Cooper institut. Bible Houe. Visita á Marta, y continuacion de su historia.

Continuamos nuestras escurciones acompañadas siempre de nuestra querida familia, y algunas veces de Marta.

Un dia nos dirigimos á visitar Las Tumbas ó sala de justicia. Es este edificio, en su construccion exterior, una mezquina parodia de los templos de Menphiis en Tebas; se nota en su arquitectura cierto pesadez y solides; el edificio es como aplastado, lo que le da un aspecto particular que llama siempre la atencion de los transeuntes: nosotras quisimos visitarlo, por ser la prision mas notable de Nueva-York.

Dásele el nombre de Las Tumbas, por serlo realmente en vida de los infelices, que allí arrastran una existencia miserable.

La fachada de esta cárcel que da á centro Stret con su portico y frontispicio abrumadores, y con el tetrico aspecto del cuadrangulo que forma la entrada, es sin duda alguna obra maestra de ingenio en el arte de comunicar á un edificio el mayor grado posible de repugnancia, de horror y desconsuelo.

Lo primero que se presentó á nuestra vista, al atravesar el umbral de aquella puerta, fué un espacioso salon destinado á ser el tribunal de justicia, donde los reos son conducidos para ser juzgados, y escuchar su sentencia.

La distribucion y arreglo de Las Tumbas, en su interior en la parte carcelaria, se distingue poco de los demas establecimientos de esta especie, no se nota en él comodidad ni gran ventilacion; el local es reducido, y esto da lugar á la aglomeracion de presos, cosa bajo todos aspectos de funestas consecuencias. Hay once calabosos especiales de gran seguridad, destinados á los condenados á muerte, ó á largos años de prision; estas húmedas y oscuras masmorras oprimen el espíritu, y al ver sus gruesos cerrojos, el corazon se extremece pensando en las amargas horas que allí pasará el tris-

te presidario, ó el infeliz condenado, que cuenta los instantes que le restan de vida.

Con el corazón oprimido salimos de aquellos calabosos, para penetrar en otros seis menos sombríos, destinados á los convictos de crímenes menos graves.

En seguida recorrimos otros calabosos mas amplios y ventilados, destinados al hospital de los pobres prisioneros.

En la parte superior á la que nos trasladamos por incómodas escaleras, se encuentran en largos pasadisos, por una parte sesenta calabosos, ó celdas para hombres, y por otra veintidos para mujeres.

Solo se encierran en Las Tumbas los reos de crímenes graves, todas estas masmorras tienen el aspecto sombrío é incómodo de un calaboso, de una prision: cada preso cuesta al gobierno aproximativamente treinta centavos para su mantencion.

Cuando visitamos Las Tumbas, no era muy crecido el número de prisioneros. La parte interior del edificio, que rodean los calabosos, es el lugar donde se aplica la última pena; y aun cuando nada denota el destino que está llamado á tener; la lobreguez que lo domina, las barras de hierro que cierran los estrechos huecos por donde apenas entra el aire y la luz en los calabo-

sos, al parecer incrustados en las solidas paredes de piedra gris, y las lugubres ideas que surgen á la mente del que recorre aquellos funestos sitios, imprimen un sentimiento involuntario de terror, cada vez que el eco reproduce en aquel sombrío recinto el ruido de los pasos.

Nosotras al ver esa prision meditabamos en la vida del presidario. Nos hallabamos en la mansion del crimen; en medio de esas infelices víctimas que sucumben miserablemente, perdiendo muchas veces con su honor su misma existencia! Cuantas, al cometer los terribles delitos que se cuentan en el mundo, son jefes ya de una familia, y legan á sus hijos un nombre de infamia, del que no pueden menos que avergonzarse.! ¡Ah! esto es bien doloroso!

Nuestra vista fijábase con detencion en cada uno de aquellos seres, en los que generalmente se ve impreso un sello de melancolia muy marcado; algunos pasean juntos por aquellos patios, otros lo hacen solos, porque horriblemente agitados rechazan toda sociedad en esos momentos en que no pueden ocuparse mas que de sí mismos, en los que solo pueden tener delante sus faltas, y ¡ojalá fuese siempre para odiarlas!

Mas cuando se reunen con sus compañeros ¡que conversaciones tendrán lugar entre ellos!

¡Oh! no se escucharán allí mas que horribles relatos: cada uno referirá su crimen, tratando por supuesto de minorar su delito, y cuando pasean por el ya mencionado patio, en el que generalmente tienen lugar los fusilamientos; el que contempla pocos momentos antes lleno de vida á un hombre, y pocos momentos despues ve su cadáver ensangrentado; ¿qué sensaciones experimentará? y el que tiene que sufrir igual sentencia; ¿cómo sentirá oprimido su corazon al contemplar este espectáculo? Solo el que se halla encontrado en una situacion semejante puede comprender toda la fuerza de los tormentos, que torturan esos infelices corazones! y sin embargo ¡cuántas veces contemplamos esos desgraciados presidiarios con una calma, que no puede menos de asombrar..... parece que no han cometido ningun crimen..... Sonrien, y se entretienen agradablemente: mas aunque aparentemente esto demuestran. ¿Se encontrará su interior como su exterior? ¡Hé aquí el misterio!

Es verdad que existen hombres tan avesados al crimen, y que tienen el corazon tan encallado en el mal, que son incapaces de sentir nada; pero ¿no tendrán remordimientos? Sus crímenes podrán verlos con indiferencia; pero ¿el castigo que necesariamente debe imponerse á ese crimen lo

verán de la misma manera? Se nos hace duro créerlo así: el amor á la vida es generalmente muy natural, y aunque muchas veces el castigo del delito no tenga (como sucede mas comunmente) por término la muerte; es una muerte moral cualquier castigo que deba el hombre experimentar.

La libertad es el don mas precioso que el hombre disfruta, privarlo de ella.... encerrarlo en una tenebrosa prision.... ligar sus miembros con la cadena del presidiario, condenarlo á ser el ludibrio de sus propios amigos, y á comparecer ante el público con esta señal de ignominia, son sufrimientos superiores á toda ponderacion.

Todas estas reflexiones se agolpaban á nuestra mente al recorrer Las Tumbas, y verdaderamente impresionadas salimos de aquella prision; cuando nos vimos en la calle respirando el aire libre, nuestro corazon se ensanchó, y con tristeza fijamos nuestra vista en el lugubre edificio, pensando en los seres infelices que allí pasaban largos años, ó que condenados al presidio por toda la vida, solo pasan el umbral de aquella puerta, para que sus restos sean depositados en la noche, en el silencio de una sepultura.....

Preocupadas, y con el corazon contristado, nos alejamos de aquella mansion del crimen, y pronto la animacion y la vida de las calles de la her-

mosa ciudad fueron borrando en nosotras, las funestas impresiones que acabamos de recibir.

Después de atravesar diversos lugares, llenos de movimiento y de vendimias, nos detuvimos ante «Washington Market», mercado de Washington que es el punto destinado á los comestibles vendidos al menudeo.

Forma este edificio un mercado de madera, tan extenso como irregular, rodeado de otros edificios menores y de numerosos tinglados, que presentan en su conjunto un aspecto desagradable y poco aseado; apesar de esto, tanto en su interior como en su exterior no carece de novedad é interes, pero más bien que por el local, por las variadas exenas que en él se representan, y por la especialidad de la etereogenea muchedumbre que allí ocurre.

Los tinglados se ven ocupados por los vendedores de ámbos sexos de menor categoría; pero por todas partes reina igual movimiento y animacion.

Por aquí vemos mujeres del bajo púeblo, con cestos de pescados en la cabeza, por allá robustos mosos con trozos de carnero en el hombro, que los conducen de una á otra parte, ó los colocan en los carros que deben repartirlos por la ciudad, buhoneros de todas clases, vendimias de

toda especie, señoras, criadas, padres de familia, é individuos sospechosos que buscan la ocasion de hacer su industria comunista; todos se empujan, se cruzan, y se chocan, en aquel recinto y sus alrededores.

Aumenta la confusion el incesante murmullo de los que venden y compran, y dominan en todo este ruido y algazara los descompasados gritos de los vendedores que aspiran á llamar la atencion de los transeuntes, pregonando la baratura y cualidad de sus mercancías.

No solo comestibles se encuentran en el mercado, sino tambien diversos artículos muy usuales de gran consumo, colocados en pequeños puestos en forma de cajones pegados á las casas, y que estorbando el pasó son muy incómodos; la animacion que se nota siempre en Washington Market es indescriptible; cuando nos vimos en el centro de aquel laberinto estábamos aturdidas, ya nos jalaban por un lado para mostrarnos sus mercancías; ya otras vendedoras nos presentaban sus efectos; todos nos llamaban, y nos veiamos precisadas á continuar la marcha de aquella multitud, que casi en peso nos hacia recorrer los diversos departamentos del mercado.

Fatigadas salimos de aquel local, donde reina

siempre la vida y la más completa animación y actividad.

El pueblo de los Estados Unidos es muy aseado y elegante, viste con desencia y á la moda, y la pureza de la raza sajona en ellos clasificada, los hacen no distinguir su origen sino tan solo por sus modales: hay tambien muchos negros; pero estos infelices están allí en una completa separación de los blancos, haciendo pesar sobre aquellos desgraciados los trabajos más fuertes y degradantes.

Al fin salimos de aquel barrio tan animado, concurrido solo por el pueblo, y algunos extranjeros á quienes la curiosidad, como á nosotras, ó el deseo de conocerlo todo, conducen á aquel sitio, centro de la animación mas viva y del comercio más activo.

El mercado se halla bien abastecido, y nada falta allí, para saciar la glotonería y el apetito mas refinado.

Ahora, siguiendo el plan que nos propusimos, queremos dar á nuestros lectores, á conocer en general las calles de Nueva York y para poder hacerlo así, tomaremos por Chatham Street; pero es de advertir que este paseo no lo efectuamos el mismo dia que habiamos ido al mercado, sino que fué otra de nuestras escurciones. A los

lados de la calle que acabamos de mencionar, hay una cadena de tiendas de ropa hecha, cuyos dueños en su totalidad son judios; interpoladas entre estas, encuéntranse tambien algunos establecimientos de joyería, aunque en general de piedras falsas y de pura imitación.

Siguiendo en la misma dirección observamos al fin una pendiente, y en ese sitio se halla el antiguo edificio que servia de Teatro Nacional de Purdy, donde tenian lugar en otros tiempos los sangrientos dramas y comedias vulgares, que formaban la diversion del pueblo.

Si de ese sitio tornamos el rostro hacia las calles de Mulberry Baxter ó cualquiera otra, al verlas tan estrechas como sucias, no podemos menos de admirarnos del inmenso contraste que forman con las que habiamos recorrido algunos dias ántes.

Por este lugar veense algunas casas de vecindad muy especiales de este país: este barrio realmente es un verdadero borron para Nueva York.

En medio de las casas que tienen 7 ú 8 pisos, se encuentra una callejuela angosta, donde se ven niños de corta edad cubiertos de harapos y de miseria, que se entretienen jugando.

Los cristales de las ventanas que no están

rotos, se han vuelto opacos por la suciedad que los cubre; de vez en cuando alguna persona mal peinada y sucia asoma la cabeza por aquellas ventanas, para reprender con palabras impropias á los muchachos, ó bien para llamar á algunos de ellos; de uno y otro lado de la callejuela encuéntrase cruzadas grandes cordiles, en los que se hallan suspendidos trapos que han tratado sin duda de lavar; pero que solo sirven para conservar la humedad más dañosa en esos sitios, que tan cuidadosamente debian estar vigilados por la misma muchedumbre de personas que en ellos habita.

Encuéntanse tambien algunos vendedores, que en pequeños carretones conducidos por ellos mismos, venden peses, frutas, verduras, pero todo esto ya en estado de descomposicion, para poderlo dar al precio en que esas pobres gentes pueden comprarlo. Operarios sin trabajo, ladrones sin ocupacion, ébrios de ámbos sexos que se dirijendo traspies á sus malas habitaciones abrazando con cariño sus botellas, criaturas prematuramente desarrojadas y embejecidas tal vez por la falta de aire y alimento; tales son los tristísimos cuadros que nos presentan esos lugares. ¡Ah! el espíritu no puede ménos que oprimirse al contemplar espectáculos tan dignos de compasion!

Las aceras de Chatham Street se encuentran llenas de transeuntes á todas horas del dia, y aun de la noche; pero especialmente á eso de las 6 de la tarde, hora en que se suspenden los trabajos del dia, es aquella calle una masa compacta.

Una de las cosas que más caracterizan esta calle, son los salones subterráneos que en ella existen, y que sirven para fomentar los vicios y de consiguiente la desmoralizacion.

Encuéntanse por allí tambien sitios inmensos de carruajes de alquiler.

De las varias líneas de ferrocarriles urbanos que corren por las calles de Chatham, para entrar en el Bowery, la de la tercera avenida es la más importante, no solo por ser la de mayor extension, sino porque su tránsito es el doble de las demás líneas, y es por consiguiente muy rica.

Despues de cruzar Chatham Square, nos encontramos en el populoso Bowery con sus no interrumpidas filas de tiendas de todas clases: lo primero que llamó nuestra atencion fué el teatro viejo Bowery.

Su arquitectura es dórica, y su fachada con sus inmensas columnas presenta un imponente aspecto. Sin embargo, grandes cuadros suspendidos de las columnas con pinturas que son las que

atraen al público, desfiguran el edificio, que tantas veces ha sido construido de nuevo.

Casi enfrente encuéntrase el teatro de Nueva York; este presenta un exterior agradable, y tiene bastante comodidad. Suelen haber en él buenas compañías.

Un poco más arriba está el jardín Atlántico, llamado también salón de música, el frente del salón hállase ocupado por los mostradores, que contienen diversas bebidas y comestibles, el resto lo cubren pequeñas mesas con sus respectivas sillas para los aficionados á la cerveza, y en el fondo hay una galería elevada, desde la cual se hacen oír los acordes de una orquesta compuesta generalmente solo de instrumentos de viento, en las noches la animación y la alegría son inmensas; las mesas se encuentran todas ocupadas, y en ellas reina el buen humor; los sirvientes con sus blancos delantales se multiplican para agradar á los concurrentes, y entre este bullicio domina la música para animarlo todo.

Hay además en Bowery gran número de edificios destinados al comercio y á negocios en general, que merecen fijar la atención como por ejemplo, el Banco de ahorros núm. 13 ó el Mechanics and Traders Savings Bank núm. 283,

hermoso edificio, en el que nos fijamos con atención, pues merece más que una mirada pasagera.

Aunque ménos brillante que Broadway por la variedad que en sus distintivos ofrece, es hasta cierto punto más pintoresco: la escena que presenta desde un punto elevado es tan variada como animada; la larga serie de ventanas ó aparadores de las tiendas, donde se ostentan objetos de todas clases, abrazan todos los ramos del comercio, desde la pintada sombrilla hasta las tres bolas doradas del usurero lombardo; las banderas ó gallardetes que flotan al viento en lo alto de las casas, los carros urbanos y demás vehículos que se cruzan en todas direcciones, y la muchedumbre de personas de ambos sexos, de todas edades, tipos y condiciones, concurren á formar ese cuadro notable, cuya gran diversidad de forma y de colorido le imprimen el sello especial que distingue á Bowery.

En el extremo superior de dicha calle hay un pequeño jardín rodeado por una verja de hierro, detrás de la cual se eleva el magnífico edificio de "Cooper Institute."

El piso subterráneo lo ocupa casi exclusivamente el salón de reuniones y lecturas públicas, donde han tenido lugar tantos "Meetings" políticos.

El piso que se encuentra al nivel de la calle está ocupado por las tiendas y oficinas, y el instituto hállase propiamente en el tercer piso, el cual contiene una sala con exhibiciones de 125 piés de largo por 82 de ancho.

El cuarto piso se halla dividido en una serie de galerías con sus alcobas, destinadas á obras de arte, y la biblioteca con sus respectivos salones de lectura ocupa el quinto piso.

Esta biblioteca ha producido un bien inmenso á todas las clases, porque siendo pública, continuamente se dirijen á ella multitud de personas en busca de instruccion y de recreo.

Nosotras tuvimos el gusto de visitar este edificio y salimos de él con muy buenas impresiones.

Nos dirigimos en seguida á Bible House, á esa obra colosal, la mayor en su género del mundo entero, pues cubre tres acrés de terreno, ocupando toda la mansana que forma las calles 8 y 9 y las avenidas 3.^a y 4.^a Su forma es algo triangular: tiene una fachada de 198 piés sobre la 4.^a avenida, otra de 96 sobre la 3.^a avenida, 202 sobre la calle 8, y 232 en la calle 9, está construido de ladrillo rojo con paramentos de piedra: costó \$ 300,000: gran parte del interior está dividido en tiendas, oficinas y almacenes; todo el

resto lo dedica la sociedad á varios departamentos para la publicacion de biblias libros con los que han procurado propagar y dar ensanche al protestantismo. Están impresas en 24 idiomas y dialectos, y se han repartido gratis centenares de miles que ¡ojalá jamás hubiesen salido de la prensa ni infestado el mundo!

Quando los trabajos están en plena operacion ocúpanse en ellos 625 personas, y han producido tambien muchos millones de pesos de utilidades.

Los varios departamentos destinados á composicion, impresion, y encuadernacion son dignos de visitarse, multitud de extranjeros continuamente se encuentran allí admirando los adelantos de la maquinaria y la suma agilidad de los trabajadores.

Nunca habiamos visitado una imprenta, ni teniamos idea de una cosa tan grándiosa como ésta, y aquel movimiento, aquella animacion nos agradaba en extremo.

¡Cuán bello es el adelanto! el nos proporciona goces positivos, con qué gusto examinábamos con la más escrupulosa atencion todas las operaciones indispensables para la impresion, ya nos deteniamos contemplando en las primeras oficinas la parada de las letras, luego seguiamos en otra, la forma de los pliegos, y en una tercera la tirada ó

impresion, etc., etc.: todo lo observábamos con ese espíritu de novedad y curiosidad con que lo contempla todo el viajero; aquel movimiento y maquinaria llamaban vivamente nuestra atención.

Suspenderemos ahora por algunos instantes la descripción de nuestras escurciones, conduciendo á nuestros lectores al Metropolitan para encontrar allí á Marta, de quien hace algun tiempo no nos hemos ocupado.

Conséquentes á la promesa que le habíamos hecho, al siguiente día muy de mañana salimos de Clarendon, y como á las diez nos hallábamos al lado de nuestra amiga.

¿Venis para acompañarme? preguntó Marta saliendo á nuestro encuentro, é imprimiendo en nuestra frente un beso.

Si querida amiga, respondimos, venimos dispuestas á buscar con vos, al buen anciano que de hoy más os servirá de padre.

¡Cuán buenas sois, murmuró Marta, y cuán inmensa es mi gratitud! Dimos otro giro á la conservacion, y pocos momentos despues saliamos del hotel, internándonos en las concurridas calles de Nueva-York.

Anduvimos mas de una hora, sin que pudiésemos encontrar la calle que deseábamos, apesar de las repetidas preguntas que hacíamos á los

transeuntes, Marta caminaba silenciosa á nuestro lado, y parecia preocupada por una idea lúgubre y sombría.

Nosotras comprendiamos su natural emocion en aquellos momentos, y respectábamos su doloroso silencio, Julia iba asida á nuestra mano, pero, cansada sin duda por lo largo de la caminata, comenzó á llorar marcando su disgusto.

Marta la tomó entonces en sus brazos, y con un acento dulce volviéndose á nosotras nos dijo tristemente:

Veo que es inútil nuestro empeño, y ya voy á renunciar á la esperanza de encontrarle!

Nosotras comenzábamos tambien á desmayar, pero viendo el abatimiento de nuestras querida amiga le dijimos.

Mas, ¿qué hareis aquí sola Marta? Nó, vos necesitáis de su apoyo; la jóven madre inclinó la cabeza y enjugándose una lágrima añadió.

Parece que el cielo me abandona! Hé sido muy culpable, hágase su voluntad!

Angustiado nuestro espíritu ante tanto dolor, buscávamos algun medio de aliviarlo, cuando repentinamente cruzó por nuestra imaginacion una idea; llamamos un carruaje, é introduciéndonos en él con Marta, dimos las señas al cochero, y

este comenzó á alejarse con rapidez del sitio en que nos encontrábamos.

La esperanza reanimó al semblante de la jóven y Julia, cesando de llorar, comenzó á hacernos reir con sus graciosas ocurrencias.

Caminamos aun más de media hora, y al fin el carruaje se detuvo ante una casa de modesta apariencia, bajamos y dando orden al cochero de que nos esperase nos introdujimos al vestíbulo.

Casi todas las casas de Nueva York están precididas de una pequeña escalinata, que conduce á la puerta, allí en el boton de la campana ó timbre eléctrico, se halla escrito el nombre de la persona que la habita; la numeracion está sobre la puerta, en una acera se hallan todos los números pares y en otra los nones.

Al ver, pues, el número de la casa ante la cual el carruaje se habia detenido, subimos los escalones, y fijamos con atencion la vista en el boton de la puerta: un grito de placer se escapó de nuestro pecho, pues era justamente en la casa de Mister N. . . . en la que nos hallábamos: ¡al fin habiamos encontrado lo que tanto deseábamos!

Marta llena de contento estrechaba nuestra mano; en aquel mismo instante oprimimos el timbre, y la vibracion de la campana llegó hasta no-

sotras, poco despues la puerta se habria dándonos entrada.

Penetramos conducidas por un lacayo hasta un gabinete amueblado con desencia, pero sin lujo y ostentacion; allí quedamos solas esperando el momento en que iba aparecer el buen anciano, cuya vista tanto debia conmovér á Marta.

Esta se hallaba agitada. en su rostro se pintaban las emociones de su corazon, su respiracion era trabajosa, y sus miembros se estremecian por intervalos.

Nosotras la contemplábamos con inquietud, y tomandola una mano trémula y fria.

Cálmese vd. Marta, le dijimos, ¿porqué esa agitacion y ese temor?

El vió morir á mi padre! nos dijo; él recibió sus últimas disposiciones, y tiemblo de escucharlas!

Hablaba aun Marta, cuando la puerta se abrió y una anciana venerable, en cuya fisonomía se revelaba la bondad de su alma, se llegó hasta nosotras saludándonos cortesmente.

Marta entónces le preguntó por mister N. . . .

Mi esposo se halla fuera de la ciudad replicó la buena anciana: negocios urgentes lo llamaban á Washington, que es donde hoy se encuentra.

¿Y será larga su ausencia? Preguntó Marta.

Lo ignoro hija mia, pero si os interesa el verle, os enviaré llamar apénas venga ¿dónde recidís?

—En el Metropolitan.

—¿Cómo os llamis?

—Marta.

—¡Marta! ¡Aht Ese nombre me recuerda una triste historia!

Al hablar así la buena anciana secó una lágrima que rodaba por su mejilla.

Marta no se atrevió á interrogarla, y despues de permanecer algunos instantes más al lado de aquella buena anciana nos separamos de ella, saliendo de la casa con el corazon henchido de esperanza!.....

Marta no quedaria ya sola, y cuando nos separásemos, la dejaríamos al lado de personas virtuosas, que harian con ella las veces de padres. Sí, ellos la amarian, le servirian de apoyo, de consuelo, y este pensamiento nos causaba una secreta alegría.

Tambien Marta por su parte parecia mas tranquila, y un rayo de esperanza brillaba en aquella mirada, que poco antes el dolor tenia tan abatida, en ese rostro donde el infortunio habia marcado la huella de su pasol

Entregadas á nuestras reflexiones subimos al

carruaje, y media hora despues nos hallábamos en el Metropolitan.

Allí despedimos al cochero, y pronto sentadas al lado de Marta, en derredor de la chimenea, que ardia en su cuarto, escuchábamos atentas á nuestra tierna amiga que continuaba así el hilo de su historia.

Tratar de pintar á vdes. los momentos de angustia, las horas de amargura, los horribles tormentos que destrozaron mi corazon, desde el instante en que fui madre, es una tarea superior á mis fuerzas; pero sí quiero recordarles, y esto basta, las palabras que yo habia sorprendido en los labios de mi indigno esposo, para que se hagan cargo de lo horrible de mi situacion.

El mismo peligro, en que yo veia la vida de mi hija, me hacia amarla con mas fuerza, porque nunca nos es mas caro un ser amado como cuando estamos en peligro de perderla.

Aútuero sin embargo, mostraba por Julia un cariño particular; continuamente le traia algun obsequio, que no podia menos de complacer á la tierna niña.

Quizo que no la criase yo, porque en esa época comenzó mi salud á desmejorar horribilmente, y cada dia me ponía mas débil y mas delgada, pero yo no pude condescender con esta pretencion

de mi esposo; me habria sido en extremo doloroso no criar á mi hija, y aunque hubiese sabido con certeza que la lactancia me dañaba, habria preferido morir siendo verdadera madre, que no entregar mi hija á una mujer extraña. Por otra parte la niñita crecia robusta y hermosa, y con ella mi amor iba en aumento. ¡Oh! fué esta criatura desde entonces todo mi consuelo!

En mis horas de profundos sufrimientos, en mis tormentos y momentos de amargos temores, la estrechaba contra mi corazon, y mi valor se reanimaba y mi espíritu cobraba nuevas fuerzas! Sin embargo, por mas esfuerzos que hice, no me fué posible alejar de mí una profunda melancolía; á todas horas mis ojos cubrianse de lágrimas, y luego.....lloraba inmensamente!

Arturo pronto observó mi cambio de caracter, y al principio se alarmó, reconviniéndome á menudo: yo le manifestaba que estaba contenta; que era feliz; que solo en algunos cortos momentos cambiaba mi buen humor; y luego, le rogaba que no se disgustase, que tratara yo de que concluyesen pronto estos raros instantes de amargura; además, le manifestaba que cuando lloraba, era porque la imagen de mis padres se presentaba á mi imaginacion, y que á su recuerdo me era imposible permanecer indiferente. Arturo no me

contestaba entonces con el mismo respecto, con que otras veces me habia hablado de ellos; de esos seres tan queridos para mi corazon, y el primer disgusto que tuve con él, fué producido por su desprendimiento é indiferencia, al hablar de mis buenos é inolvidables padres.

Yo le reconvine, él me contestó mal. Se cruzaron algunas espreciones amargas y ofensivas, y concluyó por insultarme; entonces no pude contenerme, y no teniendo mas ser querido en el mundo que mi hija, para derramar sobre ella mis lagrimas, la tomé en mis brazos, y las derramé profusamente, pronunciando palabras de sentida queja contra mi suertel! Arturo me escuchó ya con indiferencia, y no me consoló como otras veces: esto me causó una imprecion horrible; creció en mí el temor, y todos flos dias me parecia que veia brillar á mi lado una arma sangrienta y homicida.

Padecí tanto en esta época, que al fin una aguda enfermedad me postró en el lecho, y fué hasta entonces que mi esposo tornó á hablarme, pero pronto volvió tambien á su natural indiferencia y abandono.

Se pasaba el dia fuera de su casa, en las noches muchas veces tampoco venia, ó por lo co-

mun regresaba ya muy entrada la noche; su humor comenzó á volverse mas insoportable.

Un dia en que mi espíritu se encontraba en uno de esos arranques de terrible lucha, vi penetrar á la sala tres hombres embueltos en largas capas, que vinieron preguntando por Arturo; escribieron algunas líneas en una tarjeta, la metieron en un sobre, pusieron en él unos signos, y lo entregaron al criado para que lo pusiese en manos de Arturo luego que llegase.

Apenas los vi desaparecer, llamé al sirviente, le pedí el sobre que para Arturo habian dejado, y le di orden de que se retirase, como en efecto lo hizo prontamente.

Cuando tenia en mis manos ese sobre, no sé por qué un presentimiento de algo fatal hirió mi mente; es verdad que tenia razon de temer, porque aquella esquela, escrita bajo el dictámen de tres individuos, indicaba algun plan, y todo hecho así conuinado, encierra cierto misterio, que á mi juicio no debia ser muy sencillo; además, en el sobre en vez de hallarse como era natural la direccion de mi esposo, encontrábanse como he demostrado escritos signos raros, que no podian menos que llamar vivamente la atencion.

No habia duda, aquello contenia un misterio, y eso era lo que mucho me preocupaba, no sabia

que pensar: mis deseos en esos momentos eran audaces; queria ver lo que bajo de aquel sobre se contenia, pero rasgarlo era un positivo atrevimiento. Sin embargo, como mi vida peligraba, como tambien la existencia de mi hija estaba en un verdadero peligro, vacilaba yo, no sabia que partido tomar: estaba segura de que Arturo meditaba un plan de perdersos..... le habia oido decir, «que en último caso se valdria de aquel recurso que tenia tan bien combinado» ¿no podria ser este? Hé aquí mi fundado temor, y como desde que escuché á mi esposo las palabras que revelé á vdes. no volví á tener calma, en todo veia una doble intencion, lo cual como fácilmente comprenderán era muy natural.

Al ver, pues, tres hombres embozados, al considerar lo que esos signos querrian manifestar, al haberlos visto poner unas líneas en una tarjeta, me afirmé en el pensamiento de que aquellos momentos eran los de nuestra ruina, y desde aquel instante no fuí ya dueña de mí misma...

Suceda lo que sucediere exclamé, es preciso que vea yo el contenido de esta tarjeta, y.... lo veré. Así hablando, tomé con resolucion el sobre, lo rasgué,—y saqué la tarjeta que leí con suma agitacion, estaba escrita con tinta roja, y decia estas palabras.

Arturo: Esta noche á las doce en punto estaremos en tu casa para arreglar tu asunto, esperamos en el zahuan.

Repetidas veces volví á léer estas palabras, y por último con un temblor involuntario permanecí de pié, preocupada por una idea funesta, esta era la siguiente.

En la conferencia que Arturo iba á tener con los tres embozados, se trataria indudablemente de nuestra suerte,—lo que era por aquella noche nada debia yo temer, por el contrario, era preciso que yo asistiese ocultamente á esa entrevista para saberlo todo, y ser dueña de tomar una resolucion difinitiva; de consiguiente á mí mas que á nadie interesaba que aquella conferencia tuviera lugar, y me encontraba en la mas difícil situacion. Si entregaba yo á mi esposo aquel sobre roto y el papel que encerraba, al momento comprenderia mis temores, y se guardaria bien de tener en su casa ninguna conversacion, aunque no fuera mas que como una pequeña precaucion. Si no se lo daba yo, nada sabia, y quizas esa noche, como con frecuencia sucedia, la pasaria fuera de casa, y entonces todo se habia frustrado.

Figúrense vdes. como me encontraria en instantes tan críticos. ¡Ay! no sabia que resol

ver, y mi angustia crecia sin otro desahogo mas que el llanto. Sí, me puse á llorar amargamente.—Los soyosos me ahogaban pensando en mi vida pasada, tan tranquila en el hogar de mis padres, donde era yo el encanto y la delicia!... y al fijarme en mi existencia actual, tan triste y llena de tormentos, lloré largo rato.....

Julia dormia, cuando despertó, la tomé en mis brazos; sequé mi llanto, y me puse á meditar sobre el modo de poner en manos de Arturo esa tarjeta, sin que nada sospechase: en mis sérias reflexiones me ocurrió que de tres maneras me seria fácil salir de la difícil situacion en que nos encontraba, y eran estas: 1.^a La de tratar de imitar las figuras que tenia el sobre que por cierto eran bien complicadas. 2.^a La de entregar la tarjeta metida en un sobre en blanco. 3.^a La de presentarle está tarjeta un pobre sirviente muy tonto á quien yo pagaria, para que hiciera un papel que tan solo le acarrearía un fuerte regaño, presentando á mi esposo el sobre roto, y diciéndole que lo perdonara, pues habia tenido curiosidad de saber que cosa venia dentro, y por eso lo habia abierto.

Estos eran los únicos medios que por lo pronto se me presentaban, y entre los cuales tenia que escoger, porque no podia consentir, en que esa

conferencia tan interesante fuera á frustrarse por cualquier incidente.

No sabia aun en cual de los tres medios fijarme; el primero me parecia el mejor, pero el más difícil.

El segundo muchísimo tenia que, en los signos que le iban á faltar, fuera mi esposo á no encontrar lo mas interesante, sospechando tal vez algo.

Y el tercero, aunque era tambien el más facil, temia ser traicionada por la persona que lo desempeñase, y que Arturo no quedara muy satisfecho; de manera que mi situacion era muy crítica.

Así trascurrieron las horas para mí en amarga duda; mi esposo no podia tardar, y era preciso aprovechar el tiempo: formada ya esta resolucion coloqué á Julia en su cuna, y tomando el sobre en mis manos me dirigí á mi escritorio; cojí un papel y traté de imitar los signos de la cubierta, pero inútilmente; desalentada y abatida, al ver el ningun éxito que tenian mis esfuerzos, dejé caer la pluma de mi mano, y postrándome ante una imágen de María.

¡Oh! tú que eres mi madre, y que jamás abandonas al que te imbocaj..... exclamé llena de

fervor, fija hoy tus ojos en mí. ¡Oh! madre mia! y remedia la necesidad que me agovia!.....

Despues de esta ferviente plegaria, nacida del fondo del alma, quedé sumerjida en la meditacion más profunda!.....

Una idea feliz envió Dios á mi mente; al recibirla me levanté presurosa, y tomando la pluma de nuevo en mis manos, me puse á calcar los signos, que en vano habia tratado de imitar; en breve los ví trasportados á otro sobre, é introduciendo en él la tarjeta, llamé á un criado mandándole la entregase á mi esposo, segun le habian indicado las personas que habian venido antes á buscarlo.

Concluia apenas de dar la órden al criado, cuando el ruido de un carruaje, que entraba en aquel momento, me advirtió de la llegada de Arturo, un temblor involuntario se apoderó de mí, pero haciendo un esfuerzo supremo, qnemé los papeles que podian traicionarme, y fuí á sentarme, al parecer muy tranquila, al lado de la cuna do reposaba mi tierna hija.

Poco despues escuché las pisadas de Arturo que subia, y luego.... todo quedó en el mayor silencio: entónces comencé á meditar en la manera con que podria, sin ser vista, oir la conferencia que iba á tener lugar entre él y los tres desco-

nocidos: engolfada me hallaba yo en mis propias reflexiones, cuando la puerta de mi pieza se abrió dando entrada á mi esposo; su semblante estaba demudado como el rostro del criminal que se desfigura ante su víctima!..... Habia en él cierto sobresalto, cierta inquietud, que no podia dicit mular.

Al entrar en la pieza, fijó en mí sus ojos con una esprecion investigadora, como queriendo léer mis pensamientos, y con un acento brusco y áspero me dijo: ¿en qué piensas? ¿por qué siempre te encuentro sumerjida en la meditacion?

Yo levanté sorprendida la cabeza al acento de mi esposo, y fijando con ternura mis ojos en la cuna en que reposaba Julia, me apresuré á responderle: pensaba en ella Arturo, en el porvenir de nuestra hija, mirala cuan bella está! al verte sonrre ya, y sus balvuientes labios comienzan á pronunciar el nombre de su padre: en aquel momento la niña despertó, y tendiéndome sus bracitos, la tomé yo en los míos con ternura, mirala Arturo, continué ¿no es cierto que es muy bella? ¿verdad que la amas mucho?

Arturo se puso pálido, un temblor involuntario agitó sus miembros, y apartando sus ojos de Julia que le sonrreia, los fijó en mí diciéndome: Marta, ¿por qué me haces esta pregunta?.....

Al hablar así su voz era incierta y su agitacion crecia, desconsertada por el acento de mi esposo, me apresuré á decirle.

Te lo preguntaba, porque no noto en tí la tierna solicitud del amor para con nuestra hija; pero perdóna Arturo! soy una necia! ¿cómo podria un padre dejar de amar á su hija?

¡Oh! ¿no fuiste tú acaso quien le ha dado el ser? ¿no es tu misma sangre la que corre por sus venas?..... Sí, hija mia! añadí volviéndome á la niña: nada temas, siempre contarás con el apoyo y el amor de tu padre.

Mis palabras sin duda le hacian daño á Arturo, pues levantándose bruscamente me pidió permiso para retirarse, y salió diciéndo en voz baja:

Nó, ella no morirá! ¿puede un padre ser el asesino de su propia hija?.....

Al verle yo desaparecer caí de rodillas exclamando:

¡Gracias! Dios mio! ¡mueve el corazon de Arturo!... despues elevando en mis brazos á Julia añadí, si algun peligro la amenazara, dame fuerza ¡oh Señor! para salvarla!... ®

En seguida me levanté, y tranquila esperé la llegada de la noche.

Eran las ocho cuando cenamos Arturo y yo, y no pude menos que notar, que mi esposo me veia

aquella noche con una fijesa inmensa, y no desprendia de mí sus miradas; pero ¿por qué lo he de negar? en esas miradas no encontré odio ni indiferencia;—sí ví compasion, ternura.

Despues de cenar Arturo quiso ver á Julia; penetré con él en la pieza en que la niñita se hallaba, la tomó en sus brazos y la acarició largo rato; en seguida, cuando sin duda me creyó distraida, sacó de su bolsa unas tijeras y cortó un rizo de pelo de su tierna hijita, mas tarde aplicó repetidos besos en su frente, y le sorprendí dos lágrimas.

Luego se acercó á mí teniendo en sus brazos á Julia, y comenzó á conversar largo conmigo de asuntos indiferentes; yo conocia que mi esposo queria hablarme de ternura, de cariño, pero que temiendo que, esta conversacion despues de largos dias de indiferencia, fuese á producir en mí alguna extrañeza, calló, ó mas bien diré, no me habló en ese sentido.

A las diez ví que temblaba; era la hora en que nos recogiamos, él contra su costumbre parecia que no me queria abandonar, pero cuando las diez y media sonaron, se levantó, puso en mis brazos á la niña, estrechó entre las suyas mi mano, y en seguida salió de la recámara.

Su paso era pausado, y se comprendia que iba sumergido en la meditacion mas profunda.

En esos momentos comencé á menear á Julia para que despertara, porque queria que volviera á dormir á la hora en que debia yo salir de la pieza, y así, su sueño no siendo corto, me daria tiempo para todo.

Efectivamente, aunque inquieta, mantuve una hora despierta á Julia, luego la comencé á arrugar; no me costó mucho trabajo dormirle, y á las once y tres cuartos dormia ya profundamente colocada en su cuna; en seguida me acosté.

Poco despues ví pasar y penetrar en mi recámara á Arturo, que venia de puntitas. Llegó hasta mi cama y quedóse un momento viendo si yo dormia. ¡Qué penas pasé entonces!..... el más ligero movimiento me podia traicionar, pero Dios tuvo piedad de mí!

—¡Duermel exclamó, y se dirigió á la cuna de Julia, que se encontraba cerca de mi cama, aplicó de nuevo un beso en la frente de su hija..... suspiró..... y en seguida comenzó á salir de la pieza: eran ya cerca de las doce.

Apenas salió Arturo, me vestí apresuradamente y con un paso apenas perceptible salí del cuarto, y penetré temblando en el corredor: si Arturo me veia, era yo perdida, y esta idea me lle-

naba de un nuevo sobresalto; mil veces me ví impulsada á retroceder y á no exponerme, pero otras tantas el amor de Julia me prestó valor.

Una vez en el corredor comencé á bajar la escalera, me detuve en el descanso, pues creí escuchar unos pasos..... efectivamente era Arturo que venia ya!.....

Como se comprenderá, mi sobresalto aumentó considerablemente; pero previendo que quedarme allí era venderme, me introduje pronto en el despacho de mi esposo, que por casualidad estaba abierto, y se encontraba situado en el descanso de la escalera.

En él habia dos velas encendidas, lo que me hizo conocer al instante, que la conferencia iba á tener lugar allí.

Dios me habia pues salvado, y guiado al propio tiempo.

Una vez en esa pieza, comencé á buscar con empeño un lugar donde fuera fácil ocultarme, y pronto descubrí una percha llena de ropa: allí fué donde me introduje, colocándome de la manera más cómoda que me fué posible.

Mi esposo, en el mismo momento en que yo me ocultaba, bajaba las escaleras; llegó á la puerta de la calle, la abrió, y se quedó aguardando en ella.

Las doce daban en el reloj del templo vecino, cuando los tres enmascarados aparecieron; poco despues Arturo cerraba el porton y subia en su compañía.

Sucedió como me lo habia yo previsto, porque apenas hubieron llegado á la entrada del despacho, mi esposo hizo indicacion á los enmascarados para que entrasen, y poco despues cerraba la puerta, quedándose encerrado con ellos.

En ese momento dijéronse unas palabras que no pude comprender, y al mismo tiempo se descubrieron los tres hombres; entónces pude ver sus fisonomías: uno de ellos era anciano, tenia el pelo y la barba blancos; era de anchas espaldas, y muy mal formado; en su rostro se notaba un aire de sarcasmo muy marcado.

El segundo era un hombre como de unos 50 años de edad, en extremo feo y repugnante en su aspecto; faltábale un ojo y tenia una gran cicatriz que le atravesaba la cara.

El último era un jóven de figura interesante, pálido, de grandes ojos negros, muy buena barba, y una nariz griega, tenia sin embargo algo que lo hacia rechazante, á pesar de que su aire hipócrita daba á su conjunto un viso de bondad inmenso.

Cuando se hubieron descubierto, dieron los tres

un fuerte abrazo á Arturo, y entónces pude tambien escuchar sus nombres; el anciano se llamaba Roque, el segundo Jacinto y el jóven Adolfo.

Mi esposo los hizo tomar asiento, destapó en seguida unas botellas de Champagne que tenia preparadas en la mesa, y llenó cuatro copas, las tomaron en las manos, hicieron ciertos movimientos extraños con ellas, y consumieron enteramente el vino.

Entónces Arturo se levantó, y tomando la palabra comenzó á hablar: ¡Ay! amigas mías! no podeis figuraros exclamó entónces Marta, las horribles torturas que en esos momentos atormentaban mi alma; solo Dios pudo prestarme su auxilio y darme fuerzas para no tracionarme!

Lo que Arturo dijo fué lo siguiente. Ha llegado al fin amigos míos, el momento en que deban realizarse mis proyectos, y en que venga á mi poder la fortuna de mi esposa; vuestra cooperación me es necesaria, y espero que estareis dispuestos á servirme.

Nos tienes á tus órdenes, exclamaron los tres desconocidos y mediante la suma que nos tienes prometida, somos tuyos en cuerpo y alma!

Bien! exclamó Arturo estrechando la mano de aquellos tres malvados, voy á firmaros la obligacion de esa suma, y tres dias despues de la muer-

te de mi esposa, la presentareis en mi despacho y la cantidad será cubierta.

Al hablar así, extendió tres pliegos y estampando en ellos su nombre, los entregó á sus viles compañeros, estos los tomaron con alborozo, y elevando las copas que habian llenado de nuevo, exclamaron. "Por el éxito de nuestra empresa, y porque no se escape ninguna de nuestras víctimas."

Arturo se turbó; mas continuó hablando para disimular su emocion. Yo escuchaba horrorizada sus palabras, y temblaba al ver la horrible sangre fria, con que aquellos infames decretaban mi muerte; en aquellos momentos elevaba mis ojos al cielo implorando la ayuda de ese Dios lleno de misericordia, y detenía la respiracion, para no perder una sola de las palabras de mi esposo que decia. Puesto que Marta es ya madre, y la mitad de su fortuna recae en esa tierna niña, preciso es deshacernos tambien de esa criatura.

Ya lo creo, exclamaron los otros; la muerte de tu esposa sin la de tu hija seria inútil. no; el mismo brazo, que hiera á la madre, atravesará el pecho de la hija!

Al escuchar estas palabras no fui dueña de mí, quise lanzarme en medio de aquella pieza para confundir á los malvados; mas comprendiendo

que con este paso solo lograria perderme, me contuve, y esperé ansiosa la respuesta de mi esposo. Este parecia turbado, y sus labios no articularon palabra: sus tres cómplices lo contemplaron con sarcástica sonrisa, y despues de un largo rato de silencio le dijeron.

—¿Vamos Arturo, porque vacilas? ¿Será posible que un hombre como tú avezado al crimen tiembale hoy al realizar sus proyectos?

Estas palabras parecieron volver á la vida á Arturo. Señores, dijo volviéndose á sus compañeros, jamás he temblado ante el crimen y el peligro, pero hoy, que se trata de arrancar la vida á una criatura inocente é indefensa que apenas comienza á existir, mi corazon rechaza el crimen; nó, amigos míos al fin soy padre! deseo y quiero la muerte de mi esposa, pero tambien estoy resuelto á salvar la vida de mi hija.

—¡Gracias Dios mio! exclamé al escuchar las palabras de Arturo; ellas amparaban la vida de Julia, y en aquel instante bendije al hombre que al matarme, protejía á mi tierna hija!

Al escuchar las palabras de mi esposo, los tres desconocidos se miraron sorprendidos: Arturo continuó, natural es la sorpresa que mis palabras os habrá producido, pero voy á manifestaros mi plan, y vereis como muerta la madre,

nos será fácil deshacernos de la niña, sin que sea preciso arrancarle la vida.

El mas anciano tomó entónces la palabra por sus compañeros, y dijo á mi esposo.

—Tu sabes lo que haces Arturo, cualquiera que sea tu plan, estamos dispuestos á favorecerte, dinos pues lo que debemos hacer, y el fin para que hemos sido citados á este lugar?

—Voy á complaceros añadió Arturo, prestadme vuestra atencion. Mañana justamente cumple un año la pequeña Julia, y sus balbucientes labios podrian traicionarnos mas adelante, preciso será pues arrancar de este país á la pobre huerfana, despues de muerta su madre, y trasportándola á los Estados- Unidos, dejarla abandonada á la puerta de un edificio, donde será recojida por la caridad pública, y se ignorará siempre el nombre de sus padres.

—Yo me sentia morir ante el proyecto infame de mi esposo. Sus compañeros exclamaron.

—Bien Arturo; mas ¿de qué medios nos valdriamos para ampararnos de tu esposa y de tu hija?

Eso es muy fácil añadió Arturo, el plan es muy sencillo, escuchadme:

—Yo entónces concentré toda mi atencion, y

pendiente de los lábios de mi esposo, no perdí una sola de sus palabras: éste decia, mañana á la caída de la tarde propondré un paseo á Marta, para festejar el cumple-años de la niña, y exigiré de ella que la llevemos en nuestro coche sin ninguna criada por supuesto. Cuando nos encontremos en el campo, me internaré con ellas, y cuando hayamos llegado á media legua de la Cueva roja, que bien conocéis, tendrá lugar un episodio, en que vosotros os convertireis en malhechores, gritareis y hareis parar el caruaje: nos vendais los ojos á Marta y á mí, y en seguida hareis como que pretendéis quitarme la vida..... Se oye luego un tiro de pistola..... y exclamais ¡es muerto!..... os apoderais entónces de mí y de Julia, trasportareis á ambas á la Cueva, allí dareis muerte á la primera; miéntras Adolfo se encarga de llevar á Julia al lugar que hemos convenido; vosotros dos entre tanto colocais el cuerpo de mi esposa á la entrada de la Cueva, tened tambien preparado el esqueleto de una niña, y lo poneis cerca de ella, con los vestidos ensangrentados de Julia, así se creará que algunas fieras han devorado á esas desgraciadas víctimas, y para no dar lugar á sospecha alguna, comprad tambien á cualquier precio uno de estos animales, matad-

lo, y destrozadlo en seguida, dejándolo allí tirado junto á Marta, para que se crea que las mismas fieras pelearon entre sí, y una de ellas fué igualmente devorada por sus compañeras, yo entre tanto enteramente disfrazado regresaré á la ciudad, y á eso de las once de la noche no viendo llegar á mi esposa, muestro la mayor alarma, me dirijo á los telegráficos para encargarles pidan noticias, solicito personas que corran en su busca, y me entrego á la mas completa desesperacion.

Se encontrarán por fin los tristes restos de Marta y de su hija, los colocaré con los finjidos de Julia en un magnífico mausoleo, aparentaré un pesar inmenso, y dentro de un año emprendo un viaje para distraer mi espíritu, y entónces concluirán las farsas, y comenzaré en efecto á gozar.

—¿Habeis comprendido bien mis proyectos, camaradas?

—Muy bien, respondieron, y vemos que has sabido perfectamente combinarlo todo; pero nos resta aún que hacerte algunas observaciones:

1^a Adolfo partirá con la niña antes de la muerte de su madre, porque si la criatura presenciara esto, podria afectarse algo, y aunque no com-

prenda nada todavía, hay impresiones que se graban demasiado y esto es siempre peligroso.

2ª Sería también preciso despedazar el cuerpo de tu esposa, porque parecería increíble, que las fieras hubieran devorado el de la niña, y respetado el de la madre.

3ª Será conveniente que se publique el triste fin que tuvo tu esposa y su hija; ó bien que tu esparsas por do quier la noticia, para que se extienda, y cuanto ántes dispongas el viaje, para que así pronto te olviden, y se borre la impresión que estos acontecimientos van á causar en toda la sociedad.

—Ahora nos resta tan solo hacerte una pregunta; ¿crees tú que sea posible efectuar mañana tus planes? ¿Podremos prepararlo todo? Nos parece imposible Arturo; creemos que sería mejor dejarlo para la octava de este día, y así tenemos tiempo de sobra, y no fracasará nuestro proyecto por falta de prevision.

—Yo querría mejor que fuese mañana; pero en fin, si no lo creéis posible, ¿qué remedio! exclamó Arturo; para evitar complicaciones escuchadme.

Mañana desde temprano comenzareis á obrar con actividad, para ver si es posible cumplir en la tarde nuestros planes, y si nada habeis podido

disponer, entónces me mandareis una tarjeta con el doblés que ya conoceis, yo no saldré de casa des-las cuatro de la tarde, de manera que con entera confianza tened por cierto que vuestra determinacion llegará á mis manos antes de la hora convenida para nuestros proyectos.

—Bien está; pero es preciso combinarlo todo y no obrar con ligereza. ¿Sabes ya cuando sale el vapor para los Estados- Unidos? porque como tú debes suponer, el plagio es preciso que se efectúe en vísperas de salir éste, para que no se exponga el que conduzca á la niña.

—Podeis averiguarlo todo, repuso mi esposo, aunque no hay temor ninguno de que sea descubierto ese rapto, porque los miembros ó brazos de la niña darán á conocer la muerte de Julia. Sin embargo, la precaucion nunca está por demás, y bueno es prepararlo todo.

—Aun resta que dar otro paso que no deja de ser expuesto, añadió el anciano, y es el de buscar una nodriza para que se haga cargo de la niña hasta Nueva York, porque de lo contrario llamaría desde luego la atención, que una niña tan tierna fuese conducida sólo por un hombre.

—Teneis razon, contestó resueltamente mi esposo, es preciso que se busque una mujer para que conduzca á la niña.

—Sí, y al llegar, repuso el hombre de mediana edad, será preciso abandonar en ese lugar á la criada, y matarla para que nada venga á descubrirnos.

—También le arrancaremos la vida, replicó el mas jóven, ¿qué cosa no han de hacer los presidiarios de Ceuta?

—¿Te acuerdas compañero, dijeron dirigiéndose á Arturo, de los propósitos que formábamos en nuestro oscuro calabozo?

Todos eran de asesinatos y de crímenes para alcanzar nuestra fuga.

—Es verdad, repuso preocupado Arturo, pero allí nos hubiéramos expuesto quizas inutilmente; mientras que aquí en nada nos exponemos, y si esperamos grandes ventajas.

—Es cierto, respondieron en coro los presidiarios.

Arturo continuó. ¿Conque quedais enteramente entendidos en todo lo concerniente á este asunto?

—Sí, contestaron los tres á la vez. Pues bien, ahora nos resta concluir por completo todos nuestros negocios, es preciso como sabeis que cambiemos de nombres, para poder impunemente recorrer el mundo entero y reconocernos en todas partes.

En ese instante me puse yo á escuchar más atentamente, y pude percibir claramente los tres nombres supuestos de los individuos y el de mi esposo; pero como el de los otros poco debe importarnos, os diré solamente el de Arturo, quien tomó el de D. Antonio de R. y se hizo natural de la Isla de Santo Domingo, en seguida disputaron largo rato sobre lo conveniente que seria tener un título de nobleza, y como no era posible sin riesgo tomarlo sin poseerlo realmente, se propusieron comprarlo en la primera oportunidad.

—¡Ay! queridas mias, exclamó Marta, yo no podré referir á ustedes minuciosamente el diálogo que tuvo lugar despues, porque solo su recuerdo me daña. Se trató de la vida que en el porvenir debian tener. Se habló de una multitud de crímenes, vestidos con el ropage de la más vil hipocresía. Se propusieron conquistas á cual más difíciles: se trató de apulencia, bailes, fiestas suntuosas, y en fin, de tirar en un momento el fruto del trabajo asídúo de mi padre durante toda su vida. Ustedes calcularán cuán terribles serian mis impresiones en ese instante. Apenas podia contener los profundos sollozos que querian escaparse de mi pecho. En esos momentos horribles, solo la misericordia infinita del Señor pudo

prestarme su fuerza, para no ser víctima del estado fatal en que me encontraba.

Las tres de la mañana dieron en el reloj; entonces el más joven de los tres individuos, dirigiéndose á sus compañeros les dijo.

—Son ya las tres, y creo que hemos concluido, y si os parece, tiempo es ya de retirarnos.

—Sí, contestaron á una voz sus tres compañeros: en seguida se dirigieron á Arturo, y le preguntaron si no tenia nada mas que decirles; quedóse éste un momento meditabundo, y contestóles que le parecia haber dicho ya todo lo que debia hacerse, llenáronse de nuevo las copas, y despues, dando los tres á mi esposo un estrecho abrazo, partieron.

Arturo tenia que acompañarlos hasta el zahuan para poder cerrar, y este fué el momento que yo aproveché para salir de mi escondite y subir pronto.

Las sombras de la noche me favorecieron, y sin mucho trabajo me volví á ver en mi recámara.

Lo primero que hice fué postrarme á bendecir á la Providencia Divina, que tan benignamente me habia otorgado su proteccion. Me acerqué despues á la cuna donde dormia Julia, y la contemplé un breve rato en silencio; mas, no

pude contenerme, la saqué de su cuna, turbé con mis caricias su sueño, y derramando abundantes lágrimas le decia con el corazon y no con los labios, porque temia me sucediese lo que habia acaecido á mi esposo. ¡Hija de mi alma! Si tú supieras los infames proyectos que ha formado tu padre! ¡Oh! cómo sufririas; pero no temas tierna niña, el cielo se ha dignado revelarnoslos, y tu madre sabrá salvarte.

Al hablar así la coloqué de nuevo sobre la cuna, y me arrojé en mi lecho temerosa de que mi esposo entrase á buscarme.

Mi corazon no me habia engañado: hacia apenas cinco minutos que me habia acostado, cuando la puerta se abrió y Arturo penetró por ella: su paso era vacilante y procurando no ser oido se acercó á mi lecho con el mayor silencio, levantó la cortina, y se quedó contemplándome largo tiempo; yo temblé, un solo movimiento podia perderme si mi esposo notaba que no dormia, podria sospechar quizás lo que habia pasado, y entonces era perdida sin remedio: este pensamiento quizas me dió fuerzas, porque haciendo un esfuerzo supremo, fingí que dormia profundamente. Arturo me veia en silencio... al fin sus labios se abrieron.

—¡Duerme tranquila pobre Marta! exclamó;

¡cuán lejos está de pensar que mañana dormirá eternamente!..... es aún joven y bella..... ¡oh! cuán criminal soy en arrancarle la vida! Ella me amaba, y yo pago con la muerte su ternura! Al pronunciar estas palabras, Arturo quedó como sumergido en una meditacion profunda. Así trascurrió más de un cuarto de hora; al fin, inclinándose hácia mí, imprimió un beso en mi frente diciendo: ¡Adios esposa mia! perdóname, y ruega por mí al Dios Eterno ante cuya presencia vas á comparecer pronto. Al hablar así dos lágrimas se desprendieron de sus ojos y rodaron por mi semblante; entónces hice un ligero movimiento; Arturo se retiró bruscamente; mas viendo despues que yo dormia, reposa tranquila infeliz! añadió contemplándome; reposa sí, pues tan solo algunas horas te restan de vida!.....

Despues volviéndose á la cuna donde dormia Julia, añadió: en cuanto á tí tierna niña, recibe mi postrer adios: tú ignorarás siempre á quién debiste el ser, pero yo sabré buscarte, no para darte el nombre de hija, sino para saber cuál es tu suerte; al fin soy tu padre!.....

Al hablar así, Arturo estaba conmovido; mas dominando su emocion repuso retirándose, partamos de aquí, la contemplacion de mis dos víctimas me daña..... ¡perdóname ángel inocente!

perdona á tu infame padre! En cuanto á tí ¡pobre mártir! añadió volviéndose á mí, vé á reunirte con tus padres, y en aquellas mansiones donde el ódio y la venganza son desconocidos, ruega al excelso por tu criminal esposo!.....

Mas como arrepentido de los movimientos humanitarios que lo conmovian exclamó: ¡va! soy un cobarde!..... jamás la compasion existe en el corazon de un presidiario!..... diciendo estas palabras salió bruscamente cerrando tras sí la puerta.

Quando me vi sola y calculé que no me podia escuchar, me incorporé en mi lecho, arrebaté á Julia de su cuna, y estrechándola contra mi pecho exclamé.

¡Infame!..... ¡Infame!..... y prorrumpí en amargo llanto: necesitaba desahogarme, y mi corazon oprimido exhalaba su dolor en el llanto que vertian mis ojos.

No habló mas Marta: se hallaba en extremo conmovida y agitada por el recuerdo de aquellas terribles escenas que tan vivamente habia descrito, y no pudiendo dominarse, se dejó caer desfallecida en el sofá, desahogando su pena y su congoja!.....

Nosotras permanecimos largo tiempo á su lado: nos era doloroso en aquel momento separarnos de

aquella jóven desventurada, y deseando divagarla y dar un nuevo giro á sus ideas, le propusimos salir á dar un paseo, á lo que accedió gustosa, porque complaciente siempre, jamás se negaba á cumplir nuestros deseos. Pronto nos encontramos en la calle, y allí en el centro de la animacion y en el foco de la vida, se fueron disipando las espesas nubes que pesaban sobre la pobre Marta, se borraron de sus ojos las lágrimas, y una dulce sonrisa vino á jugar en sus marchitos labios.

Nosotras éramos dichosas cuando la veíamos gozar; ¡habia sufrido tanto, que una tregua en su dolor nos llenaba de gozo.

Julia, ébria de contento caminaba á nuestro lado, y el placer de la niña aumentaba considerablemente, al pasar por los hermosos almacenes en que se lucian los mas preciosos juguetes; en esa edad todo se desea, y Julia comenzó á instar á su mamá para que le comprase una muñeca que corria sola, por medio de una cuerda que le daban. Marta no podia negar nada á la niña, de manera que pronto penetramos en ese establecimiento tan grandioso como todos los de su clase en Nueva York; habia en él juguetes en abundancia; y cuanto la imaginacion de un niño es capaz de forjarse, lo hallaba allí realizado. Julia compró no solo su muñeca, sino tambien otros

objetos; nosotras á imitacion suya compramos tambien algunos juguetes, Todavía estábamos en la edad del juego, y nos atraian todos esos objetos infantiles. Ademas nos habiamos propuesto comprar en todas partes pequeños recuerdos, que nos trajeran á la memoria los sitios que visitásemos, y nos hicieran experimentar mas tarde las sensaciones que habiamos sentido en nuestro viaje.

¡Es tan dulce volver á vivir por el recuerdo en las regiones del pasado!

CAPITULO XV.

Paseo á la Bahía y lo que allí llamó más nuestra atención. South Stret. Ideas que ocurren á la vista de las embarcaciones que allí se ven. Central Park. Lo que era. Lo que ha llegado á ser. Lo que en él se vé. Se hace mención de lo que llamó más nuestra atención. Caracter y costumbres de los americanos.

Firmes en nuestro propósito de procurar á Marta alguna distraccion, despues de la conmocion, tristeza y postracion en que cayó, con motivo del relato que nos habia hecho, y que tanto destrozaba su corazon, reproduciendo en ella la situacion angustiosa en que se habia encontrado, la consultamos sobre el modo de ordenar mejor en aquel dia nuestro paseo, y lo que debiamos visitar, y ella nos propuso ir á la Bahía, para ver entre otras cosas el camino de hierro clavado; porque en esta gran ciudad todo se aprovecha, y si falta terreno en las partes bajas, esto es, en las plazas calles, etc., etc., se construye en las altas sobre un elevado puente que corre á lo largo de las plazas y las calles.

Contentas con lo que nuestra buena amiga nos proponía, pasamos al Hotel por el resto de al familia, y subimos á un ómnibus, porque era imposible llegar á pié hasta ese local; atravesamos muchas calles que ya conociamos, y otras que no habiamos recorrido; pero que tenian semejanza con las que ya hemos descrito, y pronto llegamos á la Bahía, notando al instante el camino de fierro que se extiende desde este punto hasta la calle 30. Los rieles están colocados sobre unas columnas que se alzan á lo largo de las aceras de las calles, y que abriéndose en el tercio superior para formar dos brazos en forma de horquilla, sostienen los travesaños sobre los cuales se apoyan los rieles: personas entendidas aseguran la solidez y ventaja de este sistema, sosteniendo que habiendo esmero en la construccion, no hay recelo alguno de desgracias, pues siendo las columnas fuertes, pueden soportar todo el peso sin temor de que cedan; ni probabilidad de descarrilamientos. En un principio la fuerza motora fué una cuerda sin fin, movida por máquinas, situadas debajo de las arcadas, á cada media milla de distancia; pero despues se ha hecho vías de pequeñas máquinas de vapor que operan sin ruido y á las cuales se dá el nombre de *Dummy Engines*, «máquinas mudas.»

Esta clase de construcciones nos llamó mucho la atención, son obras grandiosas y nunca las habíamos visto.

Pronto llegamos a South Street, que es la calle que corre á lo largo de los muelles del río del Este. Allí lo primero que encontramos fué una estensa aglomeración de barcas; por ser aquel el sitio destinado al inmenso tráfico que pasa por el canal del Erie, y que consiste especialmente en granos y harinas; mas allá descubrimos grandes buques mercantes de vela, que van á la India, surcan los mares de la China, ó visitan las costas de la América del Sur y los puertos del Pacífico, remontándose hasta California: allí está la legítima raza marinera, los verdaderos lobos marinos, que miran con desprecio los adelantos del vapor, y solo se enorgullecen con los grandes mastiles y blancas velas.

Hallábase un grupo numeroso de personas distantes de nosotros: nos adelantamos para ver lo que allí había, y era el lugar en que se ocupaban en sacar de las aguas las gruesas redes, donde yacían prisioneros multitud de pescados, cuya agonía nos oprimía el corazón, mas lejos se veían ciertas máquinas destinadas á sostener los buques fuera de las aguas; muchos trabajadores rodean los navios, haciendo en ellos las com-

posturas necesarias; otros se ven en construcción, y salen después de allí para surcar las aguas de los mares. En todas partes nos introducíamos, y todo lo examinábamos con la mirada investigadora de el viajero, que encuentra placer en contemplar todos aquellos cuadros tan variados y nuevos.

En este mismo sitio hay numerosas fábricas de diversas manufacturas.

El aspecto que presenta la ciudad por estos puntos no es muy agradable: las casas tienen muy mal aspecto; pero la animación que siempre reina es inmensa, y por esta y otras circunstancias, merece ser visitada por el viajero que permanezca algún tiempo en Nueva York.

Con ánimo de conocer todo lo que encierra una buena capital, no deben omitirse escursiones de ningún género. A nosotras poco nos restaba ya que conocer en Nueva York, y se aproximaba el momento de partir.

Una tarde tomó papá unos carruajes, y en compañía de Marta, á quien habíamos invitado, nos dirigimos á Central Park, lugar favorito de las americanas, y punto donde se reúne diariamente la alta sociedad de Nueva York, es el *rendez-vous* de todo lo mas notable y elegante de la población.

Siguiendo una fila no interrumpida de carruajes, entre los cuales se distinguian algunos muy elegantes, atravezamos en toda su estencion la Quinta Avenida, y despues de algun tiempo de camino, nos encontramos ante el parque central.

Es este un lugar, donde la mano del hombre se ha esforzado en reunir todo lo que tienen de atrayente la poesia y la naturaleza: en su principio, este sitio era inculto y abandonado, el suelo árido é ingrato, muy mezquino y poco favorecido por la naturaleza, hallábase cubierto por gruesas masas de piedra, y por algunos pântanos de aspecto desagradable é insalubre; la mano del ingeniero se encargó de transformar aquellos lugares, convirtiéndolos en el bello Eden que hoy allí se ostenta.

El tiempo, la constancia, el cuidado y el dinero, bajo la firme voluntad del hombre entendido, han logrado vencer las insuperables dificultades que la ingratitud del suelo ofrecia, cambiando hasta el aspecto raquítico de su vegetacion primitiva. Tan cierto es que la mano del hombre, con la industria y el dinero, obra maravillas, cuando sus empresas son sostenidas por la mano de Dios.

Cuando vimos nosotras este hermoso paseo uan no estaba concluido, pero ya prometia ser

uno de los parques mas notables y espaciosos: hoy nos dicen que ya está concluido, y que se ha convertido en una preciosa joya, de cuyo encanto pudimos disfrutar en nuestro paseo aunque no en toda su plenitud.

El aspecto del Central Park es imponente y suntuoso, reúnese allí todo lo que el arte y el ornato tienen de mas bello, para prestar atractivo, hermosura, y comodidad á un lugar de desahogo y de recreo; verdad es que en su arbolado no se nota ese tipo secular que dá tanta grandeza á estos sitios, y nos recuerda al contemplarlos el transcurso de muchos años, esto no podiamos ver en los árboles (de Central Park, y no se podia pensar que aquellos arbustos fueran mudos testigos de tantos acontecimientos, á que ellos prestan abrigo y sombra en muchas generaciones; pero en cambio su juventud frondosa, llenaba aquel lugar de tierna poesia.

Este parque no puede ser aun un lugar de recuerdos y meditaciones del pasado, sino la bella realidad del presente! Es un sitio ameno, destinado al recreo y al placer, que no convida á llover, sino á reir y á gozar!

Todo allí es nuevo, respira la alegria de la infancia. Sus arbustos, sus flores, su fino cesped, todo está tan fresco y tan frondoso, que la vista

no puede menos que detenerse en su contemplación. Aunque los árboles son aun pequeños, atendido el corto tiempo que llevan de existencia, puede pronosticarse lo que llegará á ser con el desarrollo de sus bellezas naturales; frondosas y poéticas avenidas; graciosos jardines llenos de esmaltadas y balsámicas flores, blancas estatuas, cristalinas fuentes, rústicos asientos, límpidos lagos, espaciosas glorietas, deliciosos senadores, grutas elegantes, localidades varias para la música; belleza, esplendor, atractivo, todo se halla allí reunido, ya en graciosos grupos, ya en poética soledad, sobre las verdes colinas, donde el césped ostenta su alfombra de esmeraldas.

Nosotras estaciadas recorrimos los sitios mas amenos del parque, y aunque en el carruaje no podíamos gozar de su belleza en todo su esplendor, sí nos formábamos una justa idea de lo que entonces era, y de lo que con el tiempo llegaria á ser.

Grato y bello es Central Park en la buena época del año, porque en este tiempo la naturaleza se reviste de toda su hermosura y esplendor, pero en el invierno no es menos hermoso el panorama que ofrece á nuestra vista.

Quando contemplamos cubiertos de nieve esos árboles, y helados sus grandes lagos y estanques

donde millares de personas de ambos sexos hacen alarde en su tersa superficie de su destreza en patinar; allí es donde lucen sus poéticos y ligeros trajes, y la gracia de sus movimientos, que tan bien se revelan en este saludable ejercicio.

Entonces el Parque Central está lleno tambien de atractivo y animación, no hay por lo tanto época muerta para este lugar privilegiado, y siempre se vé invadido por esa multitud que sedienta de placer, va á buscar allí el desahogo y la alegría.

En la época en que nosotras lo visitamos, ni ostentaba la naturaleza sus galas, ni los patinadores sus gracias; mas á pesar de esto Central Park estaba hermoso, y su atractivo se daba á conocer. En cuanto á extensión es este parque uno de los lugares mas grandes en su género: ocupa un paralelogramo de 13,000 á 14,000 piés de largo, sobre 2,700 ó 2,800 de ancho: la superficie mide 843 acres.

Estos datos sin embargo no pueden dar una idea de la extensión que tienen sus calzadas, tanto para los carruajes, como las hermosas avenidas para pasear á pié, baste decir que un día entero no seria suficiente para recorrer este sitio, que debe ser visitado con mucha atención, para poder ver bien todo lo que encierra.

Hay un lugar en él destinado al jardín zoológico, donde se encuentran reunidos varios animales, y aunque la colección todavía es pequeña, como diariamente se hacen nuevas adquisiciones, dentro de breve llegará á ser mayor y variada, digna en fin de aquel lugar, y de la gran ciudad á que sirve de recreo.

Una de las escenas mas animadas, que se pueden presentar en el Parque Central, es la que ofrecen las grandes avenidas, destinadas algunas para los carruajes, y otras para las corridas de caballos, que se efectúan muy á menudo: yense allí reunidos y cruzados en todos sentidos miles de carruajes desde los mas elegantes y preciosos, hasta los mas antiguos de alquiler.

En este sitio contemplamos á las hermosas americanas reunidas, para respirar el saludable aire del campo. El sexo masculino tiene igualmente su lugar de desahogo en este bello parque: allí concurren muchos, que por sus riquezas, su afición á la hipodromia, ú otra circunstancia hacen gala de su destresa, en el manejo de las riendas, guiando magníficos corceles, cuyas dotes de agilidad y velocidad en el paso tendrán pocos rivales.

En un lugar mas retirado de aquel que se toma mas comunmente para paseo, se encuentra el

local destinado á la corrida de caballos: hallase allí formado con elegancia un especie de anfiteatro para las personas que desean gozar de ese hermoso espectáculo, que se efectuó por fortuna ya tarde que nosotras visitamos este paseo, y como para nosotras era una cosa completamente nueva, nos colocamos bien y lo mas serca posible para ver las corridas, y tuvimos un gusto especial en observarlas: el traje sencillo de que usan los que montan, lo bien que se mantienen en el caballo, todo excitaba un interes cada vez mas vivo, de manera que estábamos pendientes de aquellos hombres, y apenas hacian la señal de empezar la carrera, deteníamos hasta la respiracion, para poderlos seguir y no perderlos de vista ni un instante. ¡Oh! que sensaciones se experimentan en estas ocaciones, el corazon palpita cuando los hurras y los aplausos anuncian al vencedor, y al verlo venir con elegancia y muy pausadamente á recibir el premio merecido, admirábamos no solo al hombre, sino tambien al caballo, á cuya agilidad estimulado y guiado por una mano diestra, se debe en estos casos la victoria.

Nos detuvimos en este lugar algun tiempo; presenciámos como tres corridas, y en seguida nos retiramos llena la imaginacion con lo que acabá-vamos de presenciar, tomamos de nuevo los car-

ruajes, y dimos orden al cochero, para recorrer otra vez el parque avanzando un poco mas adelante; á cada paso se nos presentaban nuevos objetos llenos de atractivo que exitaban nuestro contento. Contemplábamos con placer aquellos hermosos grupos de risueñas y bellas colinas, que con mas ó menos elevacion presentaban su hermoso conjunto.

Se esplaya el espíritu contemplando las bellezas de la naturaleza, y cuando la mano del hombre se ha esmerado en hacer resplandecer sus encantos, nos presta un doble atractivo, porque entónces se ven reunidas las ciencias y las ricas producciones del Universo.

El hombre, embelleciendo la obra de los siglos, aparece grande á nuestros ojos!

La obra del tiempo, prestando á la naturaleza su irresistible atractivo, tambien no puede menos de encantarnos; y en ámbas contemplaciones, unidas por sus relaciones íntimas, se pierde y confunde nuestro espíritu en un dilatado espacio de dulce, grata y risueña meditacion!.....

¡Momentos deliciosos, cuya duracion es tan rápida, como la luz del relámpago que apenas la percivimos cuando desaparece á nuestra vista: ¡así es el placer! comenzamos apenas a experimentarlo, cuando el dolor ó el disgusto, borra la

impresion y la claridad en nuestra alma, dejándonos en una triste oscuridad!

Atravezamos aquellas avenidas donde se cruzan millares de carruajes y multitud de caballos, nos detuvimos repentinamente ante una bella callecita, y el cochero nos indicó que debíamos bajar; así lo hicimos en efecto, y tomando aquella deliciosa vereda, nos internamos en el Parque, lleno siempre de una numerosa concurrencia: llegamos á un punto delicioso donde el arte y la naturaleza reunieron todos sus encantos; á este punto lo llaman *Mall*, nosotras permanecemos allí paseando en sitio tan risueño con el mayor placer; despues nos dirigimos á la azotea donde tan solo estuvimos breves instantes, desendiendo en seguida á contemplar el cristalino lago, á cuya orilla la vista se recrea, y, el corazon se ensancha. El fino cespced viene á unirse con el cristal de las aguas; y la frondosidad de este lugar, las verdes colinas, que reproducen sus sombras en aquel cristal terso y transparente, una suave y dulce corriente, que produce en las tranquilas aguas del lago graciosas ondulaciones; todo se reúne para prestarle mayor encanto y atractivo.

Los blancos cisnes se pasean allí con orgullo cual si fuesen soberanos, agradando por su blanco

plumaje, y su actitud elegante y magestuosa; parados á la orilla del lago, nos divertiamos tirándoles migajas de pan, que se apresuraban á comer, ó bien con los variados peses, que mas ágiles, subian á la superficie tomaban las migajas, y se sumergian burlando la intencion de los pobres. cisnes que se regresaban sin lograr nada.

Allí hubiéramos permanecido un largo rato, pero la tarde declinaba, y era preciso aprovechar el tiempo: abandonamos, pues, aquel ameno lugar, y despues de pasar por colinas y veredas, nos encontramos ante el hermoso Belvedere, gracioso mirador al que subimos, contemplando desde allí en toda su extencion la mayor parte del gran Parque, el cual á vista de pájaro presenta un delicioso aspecto: véanse las colinas, los lagos, los árboles, las glorietas, las avenidas y los carruajes, los pequeños edificios dispersos, los rústicos acientos, presentando aquel conjunto el panorama mas bello y poético que la imaginacion pueda forjar!

No sin sentimiento bajamos del Belvedere internándonos en el hermoso paseo llamado Ramble, donde los árboles, los arbustos, el cespéd, y las flores, ostentan todas sus galas desafiándose en verdor y lozania.

De este lugar lleno de encanto y de poesia,

nos dirijimos á otro no menos bello y pintoresco, la Gruta, que es uno de los lugares mas bellos y poéticos del Parque; allí el viajero siempre se detiene con atenta solicitud: es esta gruta de aspecto silvestre y rústico, pero tiene un particular deleite; el punto que han escojido para situarla es el mas pintoresco que existe en todo el Parque: las escarpadas rocas que forman su entrada; el aire humedo que de ella se exhala, y la oscuridad que en su fondo se descubre, todo contribuye á dar á aquel sitio un aspecto imponente y sombrío, que impresiona vivamente la imaginacion del que lo contempla; tenia para nosotras algo de atrayente, aquella gruta que fué sin duda de lo que mas nos agradó, y siempre la recordamos con sensacion de contento, porque causa placer el recuerdo de lo que nos ha sido grato, y nos ha proporcionado momentos de goce...

La oscuridad comenzaba á extenderse ya sobre la tierra y era preciso retirarnos, los carruajes todos lo habian hecho ya, lo mismo que las personas de a pié y de á caballo, y el cochero nos lo manifestó así pidiendo órdenes; convenimos, aunque con verdadero sentimiento, en dejar el paseo; papá ordenó al cochero, que al regresar al hotel lo hiciera por las calles mas concurridas.

Nueva York se encuentra muy animado en

sus calles principales no solo de día, sino también en la noche, como en esa vez tuvimos ocasión de observarlo; además, la iluminación que tan profusamente se ve en esta ciudad, contribuye mucho á dar á los paseos de noche, un gusto y atractivo particular, varias veces habíamos salido á esas mismas horas á dar una vuelta por Broadway, y al contemplar su animación, al pararnos delante de sus aparadores, tan perfectamente adornados, y tan bien estudiado el efecto de la luz sobre los objetos, para realzar su mérito y atractivo, nos era sensible dejar temprano nuestro paseo, á pesar de que la estación como lo hemos ya manifestado era bastante cruda.

La tarde que fuimos al Parque Central se presentó hermosísima, y para gozar mejor, tomamos los carruajes abiertos: pronto notamos que había en ellos pieles, que por lo pronto juzgamos innecesarias, pero luego nos desengañamos; pues apenas nos internamos en el campo, cuando se soltó un aire frío tan molesto y penetrante que nos hacía temblar, y tuvimos al instante que hacer uso de las pieles; pues aunque nuestros abrigos eran ya los de la estación, en el Norte la fuerza del frío no puede compararse nunca con el de nuestros climas.

Al llegar al hotel lo primero que hicimos fué

sentarnos cerca de una chimenea, y á las once nos dirijimos á nuestras piezas; pero aquella noche hacia un frío mayor que el de costumbre, y sintiendo en ellas una temperatura molesta, llamamos al Stuart mandándole que hiciese fuego en las estufas del cuarto, así lo efectuó, y las piezas pronto se calentaron al gusto, y aun fué preciso que el sirviente quitara el fuego, y no dejara mas que lo necesario; entónces pudimos reposar tranquilamente, era ya una hora avanzada de la noche.

Cumpliendo con la promesa que hicimos de hablar algo de nuestras relaciones en Nueva-York, vamos á hacerlo con el objeto de dar á conocer el carácter y las costumbres de este país.

La familia tenía ya en esta ciudad estensas relaciones; algunas contraídas en el tiempo en que nuestro querido padre con el carácter de Ministro Plenipotenciario de México permaneció años antes en Washington, y nosotras pudimos notar con motivo de estas amistades, el trato fino y sociable de la sociedad americana, y la injusticia con que muchos la tratan de áspera y grosera, pues no fué eso ciertamente lo que vimos, sino todo lo contrario.

Nuestros amigos se portaron con la mayor finura y afabilidad; nos visitaban casi todos los días

sin esperar correspondencia en las visitas, cosa que se hace tan difícil en un viaje, sobre todo por la falta de tiempo: pero nuestros conocidos y simpáticas amigas no eran personas exigentes, y se conformaron con solo una visita que les hicimos durante nuestra permanencia en Nueva York haciéndonos ellas en cambio muchas, que agradeciamos sobre manera, pues nos probaban su fina amistad.

Muchas veces venian por nosotras para que saliésemos juntas: el reunirse para pasear es una costumbre en los Estados Unidos casi general, y por eso se ven con frecuencia multitud de jóvenes, ó niñas siempre en grupos animados en los paseos y en el campo.

Las americanas gozan de una libertad absoluta, y son muy independientes en su caracter, en el seno de una misma familia cada una de las personas que la componen tienen una religion diferente muchas veces; y por consiguiente distintas prácticas, creencias y costumbres; el uno, sin embargo no hostiliza al otro, y reina entre ellos la mayor y mas imperturbable armonía.

Las jóvenes salen solas, y muy amenudo viajan de la misma manera; no por esta libertad excesiva sin embargo, son en su trato ligeras y en su conducta sospechosas; por el contrario, las nor-

te-americanas, tienen el candor y el recato de la virtud, y la modestia de una honrada joven.

Se ven solas por todas partes, mas no por eso faltan á sus deberes, ni cometen acciones poco dignas y decorosas: verdad es que los hombres por su parte, saben respetar á la mujer digna, y jamás se atreven á tomarse con ella libertad alguna.

Los matrimonios en Norte América se hacen mas bien que por amor, por interés, por conveniencia; y mas que obra de los jóvenes, se arreglan generalmente por las familias.

¡Qué costumbres tan poco gratas y agradables!

No es el corazón el que decide allí de la felicidad de la vida!

Las pobres jóvenes no gozan de las suaves delicias que tan solo proporciona un puro y desinteresado amor!

No tratamos sin embargo de decir por esto, que el amor sea un sentimiento desconocido en los habitantes de los Estados Unidos, no; allí como en todas partes existe; pero no es por desgracia, el que comunmente preside los matrimonios, y son muy raros, rarísimos los que se verifican bajo su dulce influencia.

La raza sajona reguralmente es mucho mas

fría que la latina en sus sentimientos, y por esta causa los norte-americanos participan de la frialdad de su clima y de su raza.

En cuanto á sus costumbres, en la alta sociedad son puras é intachables, en los otros círculos sociales también se ve desmoralización y corrupción como en todas partes.

A nosotras nos agradó sobremanera el trato de muchas familias.

Los hombres son corteses y galantes, las señoras finas y sociables.

En esos países jamás una niña pisa un salón de reunión antes de que su edad le permita hacer su entrada en el mundo; pero con nosotras se hicieron raras excepciones en los Estados Unidos, que como es natural nos halagaban sobre manera, prestándonos nuevos motivos de goce y de placer.

A pesar de ser entonces unas niñas de muy corta edad, no fuimos escludidas de ningún convite de los que se dieron á nuestra familia, y con ella tuvimos el gusto de concurrir á todas las invitaciones. Sin embargo, debemos decir que estas no tenían un carácter oficial, y que mas bien eran íntimas; pero como todo es serio entre los norte-americanos, aun lo que tiene un carácter de suma confianza, por eso no podíamos mé-

nos que estar reconocidas á las distinciones que respecto de nosotras se hacian.

En el día, como hemos dicho ya, recibiamos á nuestras finas amigas, ó paseabamos con las que venian á buscarnos, yendo juntas á todas partes; por la noche regularmente teniamos alguna invitación, á la que concurríamos llenas de alborozo y de contento.

¡Cuán grata nos fué nuestra permanencia en Nueva York! ¡Cuán veloces trascurrieron para nosotras los días que allí estuvimos!

Gratas y frecuentes comidas, unas en hoteles y otras en casas particulares; soirées musicales, muy agradables; téés animados, y preciosos conciertos; hé aquí las invitaciones de que fuimos objeto en Nueva York.

Si la descripción de estos convites pudiera prestar algún interés á nuestros lectores, no vacilaríamos en hacerla; mas temerosas de cansarlos, mas bien nos abstenemos, contentándonos con describir ligeramente lo grato que nos era presenciar esas fiestas de confianza.

Si hubieran tenido otro carácter serio, nos habria sido imposible concurrir, aun cuando se nos hubiese obsequiado con alguna indicación particular; pero siendo familiares, nos llevaba consigo la familia.

Las reuniones se componian generalmente de veinticinco á treinta personas, todas de la familia, ó de mucha confianza.

El traje de los señores siempre era muy apropiado y sumamente aseado; el de las señoras regularmente muy ligero á pesar del invierno; como se supone que las salas de recepcion deben estar todas perfectamente calentadas, pueden llevar con toda confianza los trajes mas ligeros y vaporosos.

Los vestidos blancos ó negros son muy del gusto de las norte-americanas, y por cierto que no tienen mala eleccion, pues que ellos les favorecen extraordinariamente; atendida la frescura de su tez y la belleza de sus colores.

Hubo algo que nos llamó mucho la atencion en estas reuniones, y fué el notar que las señoras americanas, sobre todo las de mas edad, se componian y adornaban mucho mas que las jóvenes; esto no pudo pasar con indiferencia ante nosotras, puesto que las costumbres de nuestro país son del todo diversas, y cada señora nueva, en la que fijábamos la vista, nos ofrecia un nuevo modelo de elegancia y compostura. Los colores mas claros eran los preferidos; no podiamos acostumbrarnos á esto, hasta que nos fué dada la razon

por una de estas mismas señoras, que conversando con mamá, le decia:

«Figúrese vd. señora, que muchos extranjeros critican la costumbre que tenemos de usar los vestidos claros, y de componernos con mas elegancia que las jóvenes; en Inglaterra tiene vd. muy desarrollada esta constumbre, que á la verdad nos parece muy buena y natural, y cuya explicacion es muy sencilla. Las jóvenes no necesitan del adorno para estar bien; su fresco cutis, sus colores envidiables, su natural gracia, su atractivo particular les hace ganarse las simpatías y las lisonjas de la sociedad entera, ellas son siempre generalmente admiradas, y entre mas sencillamente se encuentren adornadas, son mas del agrado del público; ¿por qué? por la muy sencilla razon de que su hermosura, siendo natural, no necesita de afeites para lucir y llamar la atencion, ¡cuántas veces el adorno en vez de hacer favor, quita á la joven su belleza si es excesivo!... ella con su infantil semblante, con su mirada dulce, con sus nacarados labios, desprecia todo adorno que quisiera venir á rivalizar con sus naturales gracias; no sucede lo mismo con las personas de una edad ya madura y avanzada; en ellas se ha perdido ya todo atractivo exterior: sus semblantes surcados por las huellas del tiempo; sus

cabellos encanecidos, sus ojos apagados, sus labios lívidos, todo marcando la pérdida de la frescura, no puede menos que ofrecer un aspecto desagradable. Para ser pues de la aceptación del público, para agradar mas á una sociedad tan fija siempre en las exterioridades, es preciso adornarnos, y suplir con la invención de la moda todo lo que nos falta; presentarnos aseadas y con vestidos claros mas bien que oscuros, manifestando con ellos que hemos sido en otros tiempos lo que ahora ya no somos, y que no por eso debemos sepultarnos en una oscuridad que no podria menos que degradarnos; nó, las personas de cierta edad necesitan adornarse mas que las jóvenes, porque deben suplir con la compostura lo que la edad les ha quitado.

Nosotras escuchamos con gusto esta conversacion, y comprendimos que en efecto tenia razon en lo que manifestaba.

No sucede una cosa igual en nuestros países, y por cierto que es verdaderamente de lamentarse; aqui, si alguna señora de alguna edad se adorna, usa de trajes claros, sombrero, rizos, etc., se convierte en el bufon aun de las personas cultas.

Las señoras de su misma edad la critican, y atacan á capa y espada, como suele decirse, ma-

nifestándose mutuamente admiradas de lo que su compañera ha hecho.

Esa señora tiene sus miras, dice la una; quiere llamar la atencion, murmura la otra; pero, ¡qué horror! exclama un grupo de vagos, de esos que no tienen mas ocupacion que *cartar* al prójimo; ¡cómo no se ha de encontrar nuestra sociedad desmoralizada, cuando las mismas personas, que debian por su conducta poner un dique á ella, no hacen mas que dar á la juventud los mas perniciosos ejemplos!..... ¡esto es escandaloso!.... horrible!.... espantoso!.... y muchas veces llegarán hasta cubrirse la cara, por no ver á la digna señora vestida de la manera que le corresponde.

Si pasamos á observar la conversacion, y la actitud que guardan las jóvenes, no tendremos que admirarnos ménos; no querriamos citar sus risas burlescas, sus ademanes y conversaciones dobles, porque realmente da compasion ver ciertas cosas! Se debe siempre respetar la edad, y no quitarle los derechos que justamente tiene ocasion de reclamar. No queremos decir con esto, que todas las jóvenes sin excepcion se encuentren en el número de las que hemos bosquejado; afortunadamente en la primera sociedad de nuestro amado país la civilizacion se halla ya muy desarrollada y no carece de ilustracion; pero

hay por desgracia jovencitas del día, y colegialistas de la época, en quienes se ven y oyen cosas muy dignas de censura; defectos que son muy impropios de una señorita.

De los señores nada decimos; porque tienen mucho en que ocuparse para meterse en estas pequeñeces.

Y no se crea que, al hablar con tanta franqueza sobre algunas de las costumbres de nuestro país, queremos singularizarnos y hacer el papel de censoras; no, nuestra intencion muy léjos se halla de querer ofender en lo mas mínimo á nuestras queridas compatriotas.

México ha sido siempre para nosotras el país querido de nuestro corazón, y sus bellas hijas, las simpáticas mexicanas, el tierno objeto de nuestros afectos mas delicados.

Si nos hemos excedido algo en nuestro lenguaje, si hemos usado de alguna energía para censurar ciertos actos, ha sido impulsadas tan solo por el amor patrio, con el objeto de poner en relieve ciertos defectos, para que corrijiéndose y viéndose con los ojos, con que los ve una sociedad ilustrada y llena de cultura y urbanidad, se corrijan, á fin de que en nada se rebaje el buen nombre de nuestros compatriotas queridos, y los extranjeros no tengan motivo para imputarnos

atraso, ignorancia y falta de cultura; porque las faltas de una que otra persona se toman por reglas generales, y se hacen trascendentales á toda la sociedad.

Fácilmente convendreis con nosotras, en que comunmente se cometen grandes faltas de educacion, que son las que nos han dado materia para tocar este punto. Si habeis estado en el extranjero, ¿no habeis escuchado con el corazón encendido en cólera y lleno de indignacion, hablar con el mas alto desprecio de la educacion, de las costumbres, y del estado de nuestro país?

¡Ah! son momentos de horrible tortura, por los que pasa el que siente latir su corazón lleno de amor patrio, y de sentimientos delicados y nobles! mas es tiempo ya de concluir estas ligeras observaciones y pinceladas, con que hemos procurado presentar en pocas palabras algunos de los rasgos mas prominentes de la sociedad norteamericana.

No somos en esta materia mas explícitas, porque claro y al alcance de todos está el adelanto de esa nacion, su ilustracion, la instruccion y mérito que brilla en las diferentes clases sociales, y en fin el lugar que ocupa por su adelanto, por su industria, y por su marcha progresiva en el mundo civilizado.

En los Estados Unidos hay extranjeros de todos los países, y esto ha contribuido mucho á su progreso y adelanto, porque la emigracion europea siempre ha sido provechosa en todas partes.

Eran ya los últimos dias que pasábamos en Nueva York, cuando fuimos invitados por Marta, para pasar un dia á su lado. Aceptamos gustosas la invitacion, y fué entonces cuando nuestra buena amiga nos terminó el relato de su interesante historia, que nosotras nos apresuramos á referir á nuestros lectores, pues los juzgamos interesados en saber, cuál fué el fin de nuestra simpática y desventurada amiga.

Sin embargo, como su conversacion no fué tan pequeña, debemos concluir este capítulo, para dar principio al siguiente con el término de su historia.

CAPITULO XVI.

Últimos dias de nuestra permanencia en Nueva York. Termina Marta la relacion de su historia. Nuestra visita al cementerio de Bronklyn: impresiones, y objetos que llaman la atencion; ornato de algunos sepuleros, y sencillos adornos de otros. Cartera encontrada en el césped cerca de un sepulcro.

Los últimos dias que se pasan en una poblacion son siempre fatigosos, porque entonces como que lo queremos abarcar todo, y si nos ha faltado algo que visitar, no descansamos hasta tener la satisfaccion de decir, hemos visto lo mas notable de esta ciudad.

Esto era lo que á nosotras nos sucedia; y por mas que distribuíamos desde temprano el tiempo, este se nos hacia pequeño, para poder llenar todos nuestros deseos.

Como hemos dicho á nuestros lectores, á pesar del poco tiempo que nos quedaba ya de permanencia en Nueva York, habíamos ofrecido

En los Estados Unidos hay extranjeros de todos los países, y esto ha contribuido mucho á su progreso y adelanto, porque la emigracion europea siempre ha sido provechosa en todas partes.

Eran ya los últimos dias que pasábamos en Nueva York, cuando fuimos invitados por Marta, para pasar un dia á su lado. Aceptamos gustosas la invitacion, y fué entonces cuando nuestra buena amiga nos terminó el relato de su interesante historia, que nosotras nos apresuramos á referir á nuestros lectores, pues los juzgamos interesados en saber, cuál fué el fin de nuestra simpática y desventurada amiga.

Sin embargo, como su conversacion no fué tan pequeña, debemos concluir este capítulo, para dar principio al siguiente con el término de su historia.

CAPITULO XVI.

Últimos dias de nuestra permanencia en Nueva York. Termina Marta la relacion de su historia. Nuestra visita al cementerio de Bronklyn: impresiones, y objetos que llaman la atencion; ornato de algunos sepuleros, y sencillos adornos de otros. Cartera encontrada en el césped cerca de un sepulcro.

Los últimos dias que se pasan en una poblacion son siempre fatigosos, porque entonces como que lo queremos abarcar todo, y si nos ha faltado algo que visitar, no descansamos hasta tener la satisfaccion de decir, hemos visto lo mas notable de esta ciudad.

Esto era lo que á nosotras nos sucedia; y por mas que distribuíamos desde temprano el tiempo, este se nos hacia pequeño, para poder llenar todos nuestros deseos.

Como hemos dicho á nuestros lectores, á pesar del poco tiempo que nos quedaba ya de permanencia en Nueva York, habíamos ofrecido

á Marta acompañarla un día entero, y sin pensar cumplimos nuestra oferta, porque el interés de la amistad es siempre firme, y ella nos hacia desear vivamente saber la conclusion de aquella historia, que mas de una vez nos habia arrancado tantas lágrimas. Cumpliendo pues con este deber de grata amistad, nos dirijimos al hotel, y despues de los primeros saludos, Marta prosiguió en estos términos su relato:

«Dejé á vdes. segun recuerdo, en los momentos mas críticos que he tenido en mi vida, en esos crueles instantes, en que me era forzoso tomar una resolucion séria, bien porque mi existencia se hallaba en un inminente riesgo, ó bien porque la suerte de mi Julia era tambien en extremo horrible.

¡Ah!.... aun en estos momentos siento algo de terrible, al pensar lo que hubiera sucedido si se cumplan los proyectos de mi esposo!.... mi pobre niña quizas habria permanecido toda su vida en un hospicio, entregada mas tarde á los rudos trabajos de la gente del pueblo, criandose en medio de ella, recibiendo sus impresiones, su educacion, sus constumbres. ¡Dios miol este pensamiento solo me causa una impresion indefinible!

Nó; me era imposible consentir en él, y no sé

si hubiera preferido la muerte de mi hija, ántes de verla así abandonada!... Como referia á vdes., tenia aquella mañana entre mis brazos á Julia, cuando me ví asaltada por los funestos pensamientos que he expresado, las fuerzas me faltaron, y por espacio de dos horas permanecí como aletargada, y puede decirse que sin pensar... sin gemir... ¡mi situacion era horrible!

Los rayos de la aurora me hicieron volver en mí: es preciso trabajar, me dije interiormente, el día ha comenzado, y debo prepararlo todo, porque si no, tal vez esta misma tarde sucederá lo mas lamentable y espantoso que pueda la mente concebir.

Pero ¿qué es lo que debo hacer Dios mio? no lo sé; y sin embargo, lo que es indispensable, en lo que no puedo vacilar, es en abandonar esta casa. ¡Oh! si, esta casa testigo de todos mis tormentos, mas ¿cómo hacerlo? no tengo en mi poder ningun dinero; y cuando esta pobre criatura muerta de hambre en medio del camino exija su alimento, que no podré darle por mi falta de nutricion; ¿qué haré ¡Dios Eterno! qué haré?

Luego ¿á dónde dirijirme? salir de la ciudad es bien expuesto; Arturo apenas note mi ausencia, me buscará con ahinco, y si me encuentra, soy

perdida sin remedio! ¡oh! no lo dudo; él mismo me daría la muerte, quitándola antes en mi presencia á esta niña, ¡á esta preciosa criatura! á ella que es la mitad de mi existencia!

Por otra parte, con mi partida lo dejo también dueño absoluto de mi fortuna, porque desgraciadamente en su poder se encuentran todos los papeles de mis padres, en los que me legaron sus bienes, y apenas yo desaparezca, él romperá estos papeles, y dirá que los bienes son suyos, ¿cómo negarlo? y mientras tanto, yo permaneceré sin tener una moneda con que atender á mi existencia y á la de mi hijo!

Julia se quedará pobre, no tendrá nada; sus ricas posesiones, su pingüe herencia, todo lo habrá perdido: ¡pobre hija mía!.....

¡Ay! amigas queridas, vdes. no se pueden figurar lo horrible de mi situación en tan fatales momentos. No se podría negar que era yo la más desgraciada de las madres, y una mujer doblemente infeliz! no tenía más consuelo que llorar; y ¿de qué sirven las lágrimas en momentos tan críticos como aquellos por los que yo pasaba? ¡llorar!.... ¡consuelo necio! puesto que el llanto en mil ocasiones no sirve sino para traicionarnos!....

Las seis de la mañana sonaron, y yo nada hacía aun.....

El día pasa en un momento pensé, y si no lo aprovecho; ¡tendré que lamentarlo, y sin embargo será ya tarde!... ¡demasiado tarde!...

¿Qué debo hacer pues? es preciso formarme un plan, así como ellos se formaron el suyo; ¿formarme un plan? y ¿está mi cabeza para ello? Si no puedo fijarme más que en mis infortunios; ¿cómo he de poder tener calma para combinar y formar un plan?

Si tuviera yo alguna amiga, correría á su lado, le participaría mi situación angustiosa, y ella me prestaría su ayuda, sus consejos; pero no tengo á nadie en el mundo! mis parientes no se interesan por mí, se han acostumbrado á ver mi indiferencia, y no me aman; ¡tienen razón!

Amigas, no las tengo; las de mi infancia las perdí... las de ahora solo lo son de nombre, no tengo en el mundo más que á tí vida mía, exclamé dirigiéndome á Julia, y ¡es á tí! á tí á quien debo proteger, y no puedes aun prestar consuelo á la que pretenden arrancar de mis brazos para dejarte sola en el mundo! ¡desdichada! no, esto no será; ¿pero qué haré contigo?

Si fuese yo sola en sufrir, estaría tranquila y serena; ¡pero tú!... oh, no puedo estarlo, esto es imposible! y al hablar así, llena de agitación me paseaba yo violentamente por mi pieza en esta-

do horrible de exaltacion. Repentinamente tomé un partido, comencé á recojer la mejor parte de la ropa de Julia, y algo de la mia, coloqué todo aquello en un cofre con gran cuidado; puse tambien mis alhajas, los recuerdos de mis padres, y todo lo que tenia de querido en el mundo, y cuando hube concluido me sentia ya mas tranquila.

Las ocho sonaban en el vecino templo, Julia dormia profundamente; me acerqué á su lecho, imprimi en su frente un tierno beso y saliendo de mi pieza entré en mi gabinete, tomé en mis manos una pluma, y con mano trémula trasé las siguientes líneas.

Arturo:

Todo lo sé, y hoy se presenta ante mi vista can la careta descubierta, el fugado de Ceuta, el infame presidiario que trataba esta misma tarde, de coronar sus crímenes con la mayor infamia, asesinando á su esposa y abandonando en un hospicio á su inocente hija, para poder gozar de una fortuna que no le pertenecia, y que al precio de la sangre habia adquirido..... ¡todo lo sé..... no ignoro uno solo de tus crímenes: en mis manos están las cartas todas de mi padre, con las cuales puedo perderte!... dá un solo paso, y las depositaré en manos de la justicia, y entónces en

un patíbulo afrentoso, pagarás la enorme deuda de tus faltas.

No te dirijiré una sola queja, porque mi corazon solo desprecio puede abrigar por un hombre tan infame!..... no intentes buscarme, porque cuando leas esta, yo habré abandonado la casa para siempre, y estaré en un lugar fuera de tu alcance: ya no eres mi esposo, Arturo, ni tampoco eres padre de mi hija. Ella no llevaria jamás un nombre que la cubriria de infamia; y tú no volverás á vernos jamás.

De mi cuantiosa fortuna he puesto ya en manos de un juez mis disposiciones, y el dia que tú intentases tomar de ella alguna parte, el magistrado abrirá un pliego cerrado que en su poder se halla, y entónces se impondrá de las causas que me obligan á tomar la resolucion que hoy tomo.

En cuanto á mí nada me resta que decirte, pues no tengo que darte cuenta de mis acciones; sin embargo, quiero advertirte por via de consejo: que la pendiente que sigues es resbaladiza, y peligrosa..... en su término se encuentra el cadalso.... ¡no lo olvides! Arturo, vuelve en tí; por medio de la honradez y el trabajo puedes vivir dignamente; huye del crimen, él es el camino de la infamia, del presidio y de la muerte.

No olvides que tu vida, que tu destino está en mis manos; yo vigilaré siempre tus pasos;— al menor motivo todo será entregado ante los tribunales, y entonces ¡ay! de tí! en todos los países hay justicia y castigo para el criminal! tan sólo una conducta ejemplar puede salvarte;..... ¡aun es tiempo! piénsalo bien.....yo soy árbitra de tu existencia, y tan sólo un sólido y verdadero arrepentimiento te alcanzará ante Dios, el perdón de

MARTA.

Cuando hubé concluido esta carta, la leí repetidas veces, y colocándole despues mi sello, la puse en un sobre que diriji á mi esposo. En seguida extendí una acta, dejando á Julia toda mi fortuna: esta acta debia copiarla un notario, y como yo iba á emprender largo viaje, quedaria en poder de un magistrado, que se apoderaria de mis bienes todos, protejiéndolos, y amparándolos con la ley.

Despues de tomadas estas resoluciones, me encontraba yo mas tranquila, eran las nueve de la mañana.

Volví á la cuna do reposaba mi hija, Julia dormia aun: ¡pobre niña! dije contemplándola, ¡duermeme aun! ¡duermeme tranquila! estás tan distante de prevéer el peligro que te amenaza....pero ¡ah!...

tú tienes una madre, puedes tranquila reposar... yo soy huérfana, y nadie se interesa ya por mí en el mundo!....

Al hablar así, sequé dos lágrimas que el recuerdo de mis padres me habia arrancado, y reponiéndome despues, comencé á vestir á Julia, que en aquel instante despertaba; peiné su sedoso cabello, arreglé mi traje, y á las diez nos dirijimos al comedor donde nos esperaba mi esposo.

Arturo al vernos, vino á mi encuentro, y tomando á Julia en sus brazos, ven hija mía, le dijo: ¡Cuán bella estás! cuán prodiga ha sido contigo la naturaleza en sus dones!

Hoy cumple tres años; ¿no es verdad Marta? Sí, contesté vacilante.

Pues bien, es preciso festejar de algun modo á esta niña; es necesario que este dia no se asemeje á los demás.

Mira, me dijo entonces, dispon una buena comida, porque quizás tengamos una ligera fiestecita hoy. Ten cuidado de que se arreglen las salas, y en fin, que todo esté listo; ¿me comprendes?

Sí, Arturo, contesté á mi esposo.

Y tú Marta, añadió, no salgas hoy con la niña, pues yo quiero acompañaros esta tarde al paseo, y así me parece mejor dejar para esa hora

el recreo de la salida, con eso puedes entretanto prepararlo todo con calma.

Pero, contesté entónces, con un tono lleno de timidez; habia prometido á Julia sacarla tambien en la mañana, para comprarle muchos juguetes, y me seria muy amargo no cumplir esta promesa, que tiene llena de ilusion á mi pobre hija!..... Si te parece saldremos temprano, con eso estaremos aquí pronto de regreso.

Mi esposo quedóse un momento pensativo, mas luego murmuró.

Pues bien, saldrás un rato por complacer á Julia; pero aprovecha para ello estas horas, dando ántes tus órdenes, porque el convite tendrá lugar á las tres de la tarde.

¿Para cuántas personas es la invitacion? pregunté disimulando. Serémos doce en la mesa, me contestó.

Bueno, voy á disponerlo todo, dije, y me dirijí á la cocina, donde efectivamente ordené que se aumentase considerablemente todo, ó mas bien que se dispusiese al gusto una comida para doce cubiertos.

Al mozo ordené que pusiera estos asientos, y luego me dirijí á mi esposo para pedirle la llave de la caja. Siempre teniamos en ella sobre diez mil pesos, entre billetes de banco y oro: tomé

todos los billetes que encontré, y que formaban la suma de nueve mil pesos, luego llené de oro una pequeña bolsa, en la que entraron dos mil ciento cincuenta pesos, cerré de nuevo la caja, y no devolví la llave, porque temí que Arturo quisiese ir á ver algo.

Hecha esta operacion me dirijí á mi recámara, tomé una cartera, puse en ella los billetes de banco; entregué á los criados lo necesario para que pudiesen disponerlo todo, y en seguida comencé á vestirme para la salida. Sentéme luego un momento á meditar, y me dije: esta es la única vez que puedo salir antes de huir de aquí, y será por tanto preciso dar algunos pasos para prepararlo todo; debo tomar los asientos en la diligencia, para poder llegar cuanto ántes al puerto, y partir sin peligro.

Sin embargo, esto no es quizás posible, porque si no hay algun buque que esta misma noche parta, ¡no sé lo que me sucederia! me buscarian con ahinco, y pronto darian conmigo,

Me fijé entónces en preguntar por medio del telégrafo, si debia partir inmediatamente algun vapor.

Con esta determinacion concluí de arreglarme; puse á Julia su sombrerito, y la tomé en mis brazos: no queria que me acompañase ninguno, y pu-

de lograr en efecto el cumplimiento de mi deseo.

Serian las doce cuando salí de la casa, y me dirigí al telégrafo, puse el parte, y se me contestó, que al siguiente día no salía vapor alguno, y que solo levantaba el ancla un buque de vela americano, que se dirigía á la isla de Madagascar: esta noticia me embarazó, y me dió gusto al mismo tiempo, mas como mi intento era huir de las pesquisas de mi esposo, di órden para tomar el pasaje de un caballero que debia ir justamente á ese punto, y que me avisarán por telégrafo la partida del paquete inglés, para que pudiese trasladarme á tiempo con mi familia.

Dado este paso, con el objeto de desorientar á mi esposo en sus averiguaciones, me dirigí á la casa de diligencias, y pregunté cuando salian éstas para el puerto, Se me contestó que al siguiente dia; pero que esa tarde salia el carro-correo que precisaba llegase pronto al puerto, y que caminaría noche y dia. Esta noticia me halagó sobre manera; tomé dos asientos en el carro-correo y me fuí en busca del notario. Llegué á la oficina en que este se hallaba, hice que pusiera mis disposiciones conforme á la ley, y tanto el testamento como un pliego sellado, los dejé en manos del Juez, suplicándole que tres dias despues quitase á mi esposo la administracion de mis bienes por ra-

zones bastante poderosas que exponia sin comprometerlo; sin embargo, además de entregarle el pliego sellado, díjelo que era un sagrado depósito que le confiaba, y que no rompiese aquel sello antes de recibir una carta mia, en que expresamente lo autorizara para efectuar ese paso. Luego compré á Julia muchos dulces y juguetes, y regresé á mi casa, eran las dos de la tarde y Arturo impaciente ya me esperaba.

Mucho has tardado, Marta, me dijo al verme entrar, y la verdad estaba ya inquieto.

Yo sonreí tiernamente á mi esposo: tranquilízate, le dije, todo está dispuesto, y solo me voy á vestir para esperar á los convidados, toma la llave que llevé olvidada: al decir estas palabras metí con naturalidad la mano en mi bolsa, y fingiendo una grave sorpresa al no encontrarla; la he perdido, exclamé, corre Arturo, vuela, tal vez la halla olvidado en el almacén donde compré á Julia los juguetes y los dulces! ¡Anda, no tardes!

Mi esposo se puso lívido. . . .
Perder la llave de la caja! ¡Oh Marta, eso es muy sério! No, preciso es encontrarla!

Así hablando Arturo tomó su sombrero, y salió precipitadamente de la casa.

Yo aproveché esos momentos: Si permanezco aquí hasta la hora del convite me dije, soy per-

dida, porque llega la hora del paseo, y ya no puedo salvarme!

Fija en esta idea envíe á traer un carruaje del sitio, mandé que en él colocasen la maleta que tenía dispuesta; en seguida tomé á Julia en mis brazos, y bañada en lágrimas abandone para siempre aquella suntuosa casa que tantas comodidades me ofrecía, y que tenía para mí tantos recuerdos.

¡Ay! amigas mías, no podré pintar á vdes. todo lo que sufría en aquellos instantes fatales; la incertidumbre, el temor..... la amargura..... todo turbaba mi alma!

Marta secó dos lágrimas que sus tristes recuerdos le arrancaron, y despues de un momento de silencio continuó.

Cuando me hube resuelto, cubrí mi rostro con un velo, y vestida con un traje negro, salí de mis apaatamentos.

En aquel instante un criado apareció á la puerta, el coche espera vuestras órdenes, me dijo respetuosamente.

Bien está, contesté conmovida; cuando mi esposo vuelva, le entregarás esta carta, y le dirás que he partido: el criado se inclinó al tomar la carta, y yo, cogiendo á Julia en mis brazos, salí con una emoción mas creciente: la niña me veía

sorprendida. Subí al carruaje, y dí orden de ser conducida á la casa de diligencias.

Por el camino ví muchos carruajes de los invitados que se dirigian á mi casa, y temblé al pensar en el escándalo, y en las terribles interpretaciones que darian á mi partida; pero era imposible hacer otra cosa; era preciso, para salvarme y para salvar á mi hija, partir.....abandonar el hogar doméstico.....dejar para siempre aquellos sitios.

¡Ay! quizás las mas negras calumnias se irán á promulgar contra mí, llamándome vil, sin honor, quizás adúltera!

Todo debía yo temerlo, porque la cólera de Arturo iba á ser tan grande como su ambición; y al ver fallidos sus planes; al encontrarse descubierto en sus mas íntimos secretos, no podría contener la violencia de su rábía, de su violento furor; pero ¡qué importaba! era necesario este paseo y no se podía evitar!

Despues que hube llegado á la casa de diligencias, hice entrar mi equipaje, y dí al esclavo una buena gratificación.

Comenzaba á subir las escaleras, cuando noté una diligencia próxima ya á partir.

Como no estaba yo tranquila, pues temía que Arturo quisiese á toda costa consumir su crimen

antes de mi partida, y le era fácil adivinar donde me habia dirigido; entré en una terrible agitacion; una agitacion creciente al pensar, apenas llegue Arturo y lea mi carta, mandará á sus satélites que me busquen por todas partes, y como son personas tan avisadas, me buscarán no puedo dudar, y me encontrarán; al hallarme, clavarán un puñal en mi corazon, y yo no podré defenderme.

Mi agitacion crecia considerablemente con estos pensamientos, cuando partió la diligencia.

¡Ah! hubiera yo entrado en ella Dios mio! murmuré interiormente. ¡Oh, sí; he obrado muy mal y si parto como lo deseaba para el puerto, puedo ser mas fácilmente sorprendida; pues mi esposo al momento se fijará en que esa es la ruta que sigo.

Nó; no debo dirigirme allá.... perderé mi pasaje, pero esto es preferible!

Mi equipaje no dejaba de estorbarme mucho, para cualquiera resolucion que tomase, porque mi baúl era grande, llamé á un cargador, puse dos letras á aquella tia de que os hablé, y en compañía del mozo salí, dando orden de conducir aquel bulto á su destino, diciéndole que al llegar le serian entregados dos pesos por su viaje, para que se interesara en llevarlo, y efectivamente esa orden daba á mi tia, al mismo tiempo

que le rogaba tuviese á bien guardar ese cofre hasta que yo se lo pidiese, encargándole que nunca supiese Arturo que se hallaba en su poder.

Hecho esto, tomé otro carruaje, y me dirigí á un barrio, y luego dí orden para que se me llevase á un pueblo vecino, donde solo vivian indios, en efecto, poco despues veia realizado mi deseo.

Entónces comencé á caminar por aquel lugar con Julia en los brazos, despues pensé que me seria preciso disfrazarme; pues la prudencia nunca está por demás; pero habia para esto un gran dificultad; ¿dónde compraria yo la ropa?

Nunca falta en un pueblo una tienda, pero en ese no la habia; tomé entónces otra resolucion, entré á una chocita de indios, donde se encontraba el grupo mas interesante.

Cerca de un petate se hallaba un anciano venerable con su esposa y sus hijas. estas eran tres jóvenes, de las cuales una parecia casada, por que á su lado se hallaba un indio jóven, y tenia en sus brazos una niña como de la edad de Julia.

Quando entré me quedaron todos viendo fijamente; traté yo entónces de calmar su curiosidad, y les dije: Hijas mias, vengo á pedir os posada por un momento, porque me encuentro muy cansada.

Si, señorita; entre vd. me contestó el buen an-

ciano levantándose, y presentándome un taburete para que yo me sentase.

Luego me convidaron á comer, y acepté, porque no sabia hasta qué hora podria hacerlo.

Cuando hubimos concluido les dije: tengo que haceros una propuesta.

Habla, habla, me dijo el anciano, te oimos todos.

Bien: pues lo que quiero es que se me busque en todo el pueblo un traje completo de las orio-llas del país, ¿me comprendes?

Sí señora.

Y ¿podreis hacerlo?

Por qué no; serás servida.

Gracias, lo desearia lo más pronto posible.

El buen anciano, obsequiando mi deseo, envió á sus tres hijas en busca del traje, mientras que él y su esposa procuraban prestarme todas las comodidades posibles, Julia entretanto me veia mas tranquila, porque la arrullaba, y en mis brazos procuraba dormiria; sin embargo, de cuando en cuando la niña fijaba los ojos á su alrededor, y sorprendida me decia: ¿dónde estamos mamá ¡vámonos á casa!

Yo entonces imprimí un beso en sus labios, y secaba las lágrimas que el dolor me habia arrancado.

Cuando Julia se durmió, doblé mi tápalo, y en un ángulo de la pieza acosté á la niña, no pude impedirme de llorar, al contemplar á mi hija tirada en el suelo, y privada de su rica cuna por la crueldad de su padre!....

Al verme cubierta de lágrimas, los ancianos esposos se dirijieron hácia mí diciéndome.

¿Por qué lloras? eres acaso desgraciada?

¡Sufro mucho! contesté riendo con cariño á aquellas pobres gentes tan sencillas y candorosas, que tanto se contristaban al ver mi llanto y mi dolor.

Ved, les dije enjugando mi llanto, y señalandoles un gran patio interior: yo necesito allí en ese sitio otra choza igual á la vuestra, porque voy á vivir algun tiempo á vuestro lado! pero es necesario que nadie sepa que yo vivo en este pueblo ¿entiendes? que nadie lo sepa; porque tratan de matar á mi hija, y yo quiero salvarla! al hablar así redoblé mi llanto.

¿Matar á esa niña? ¡pobrecita! y por qué? exclamó el indio; pero no llores añadió, nosotros la defenderemos y nadie podrá matarla! en cuanto á tí, vivirás con nosotros, y nadie sabrá tampoco que estas en este pueblo; mi comida será la tuya, y mis hijos y yo te serviremos.

¡Oh, cuán buenos sois! exclamé al escuchar las palabras del anciano, y las dulces lágrimas de la

gratitud remplazaron un instante las amargas que me habia arrancado el dolor!...

En aquel momento llegaron las muchachas con el traje; me retiré á la choza vecina, que sin duda era la habitacion de los felices esposos, y allí me cambié y pronto me hallé vestida como las mujeres del bajo pueblo.

Al verme en aquella choza y con ese traje, se vinieron vivos á mi mente los recuerdos del pasado.

¡Oh, padres míos! exclamé entonces, ¡cuán cara me ha costado mi desobediencia!... ¡Cuán desgraciada es vuestra hija, por haber despreciado vuestros consejos!... y al hablar así lloré libremente, hasta que la llegada del anciano vino á interrumpir mis tristes reflexiones.

Esta es tu casa, me dijo; aquí puedes vivir tranquila; ninguno vendrá á estorbarte.

Yo dí de nuevo las gracias á aquel protector que Dios me enviaba, y cuando hubo partido dirijí una mirada á mi nueva habitacion; parecia esta una choza nueva, por el color de la paja; forrada de carrizos y cubierta con petates se hallaba una cama que podria contener á dos personas; pendiente del techo una cuna, que podria contener tambien dos criaturas, formada de mecates y tablas; mas léjos un bracerito, un me-

tate y multitud de verduras colocadas en el suelo: yo ví todo aquello y suspiré... pero cayendo despues de rodillas, dí gracias á la Providencia, que me tendia una mano protectora en medio de mi desgracia!

En seguida tomé el traje que acababa de quitarme, y formé con él una colcha para Julia; con mi ropa hice lo mejor que me fué posible el lecho de la niña.

Despues recorrí con la vista los pocos trastes que habia, y pude encontrar útiles dos platos y dos tasas de loza ordinaria: estos se hallaban en una tablita sostenida por medio de mecates y muy aseada. Me senté en medio de la pieza, y comencé á contemplar cuanto me rodeaba; era este un sitio grande, en el que se encontraban algunas siembras y muchas gallinas, todo, todo sin mas órden que el capricho de la naturaleza, lo que le daba el aspecto tan marcado de los pueblos de indios; y sin embargo, yo no sé por que me parecia que en aquel lugar se respiraba cierta tranquilidad envidiable.

Ya eran las seis de la tarde cuando observé, que muchos hombres del pueblo con sus azadones en el hombro, se encaminaban, despues del trabajo del día, al descanso tan sabiamente dispuesto por la Providencia.

Entonces ví entre estos hombres dos jóvenes robustos, que desprendiéndose de los demás se entraron en el sitio que yo contemplaba, y en el cual se hallaba aun trabajando el buen anciano que con tanta caridad me había recibido.

Se dirijieron hacia él, besáronle la mano, le entregaron unas monedas de plata, y el anciano los bendijo.

Aquellos dos hombres eran sus hijos! Al ver aquella señal de respeto en aquellas gentes sencillas, bien de manifiesto se ponía el cariño y la union que había en esos sagrados lazos de la familia!

Esto me hizo experimentar no sé qué.....no me fué posible ¡ay! contenerme, y la imagen de mis padres queridos...sus caricias, mi dulce infancia...mi juventud.....todo se presentó en aquel momento en mi imaginacion, y comencé á derramar las lágrimas mas amargas y crueles!.....

¡Dias felices, huisteis para no volver mas, y me dejasteis sumergida en la mas cruel agonía!

En los momentos en que con mas fuerza redoblaba en mí el llanto, el buen anciano penetró en mi choza con sus dos hijos.

Al ver mis lágrimas corrió á mi lado, y con un acento lleno de ternura me dijo.

¿Por qué lloras? ¿Qué quieres? ¿qué te hace falta? no tengas miedo de que aquí entre nadie á coger á tu hija, ántes nos matarian á mis hijos y á mí, porque te defenderíamos con todas nuestras fuerzas; además, el pueblo entero se uniría, si lo quisiéramos, á nosotros, y ya ves que entónces no somos tan pocos: ¿no es verdad? añadió dirijiéndose á sus dos hijos.

Si señora, si señora, contestaron á una voz ambos jóvenes.

Aquellos sentimientos tan nobles y bellos, aquella generosidad tan verdadera, duplicó mis lágrimas, porque me enternecieron; sin embargo yo veía que mi llanto les afijia, y procuraba calmarlo.

Voy á traer á mis hijas y á mi mujer para que te diviertan, me dijo entonces el anciano, saliendo en seguida de la choza con sus dos hijos.

Mientras, procuré reponerme, y haciendo un gran esfuerzo pude lograrlo.

Quando entraron ya había enjugado mis lágrimas, aunque mis ojos se encontraban todavía húmedos por ellas, tenía en mis brazos á Julia: sentáronse á mi alrededor todos, y entonces pude observar con mas calma el grupo de aquella familia, la cual se componía de dos ancianos esposos; dos hombres y dos mujeres; una de ellas

casada, que dije tenia en sus brazos á su primer hijo.

Cuando todos estuvieron sentados cerca de mí, el buen anciano tomó la palabra, y se puso á referirme algunas historias de sus antepasados, que no dejaron de distraerme algun tanto.

Lo escuchábamos con mucha atencion; pero Julia rompía el silencio, manifestando con su inquietud que tenia ya sueño; entonces se deshizo aquel grupo de familia, la indita casada me pidió á Julia para darle de mamar y dormirla; no pude pensar, ni ménos consentir ni un momento, que esto se efectuase, sino que expresándole mi gratitud, le manifesté que mi hija nunca se podia dormir sino en mis brazos, y comencé á pasearla procurando en efecto dormirla: pronto lo conseguí, porque Julia tenia sueño; y entonces la coloqué en la cuna que habia compuesto.

Apénas acababa de verificarlo, cuando me llamaron á comer, y aceptando la invitacion y concurriendo al lugar en que estaban todos, me senté á su lado en el petate, y comencé á cenar en compañía de aquella gente tan buena y tan sencilla.

No podré decir que quedé muy satisfecha; pues la cena se componia tan solo, de frijoles, chile y tortillas: nada de eso tenia yo constum-

bre de tomar, y sin embargo tuve que hacerlo entonces; mas no pude evitarme este pensamiento: «estoy siendo gravosa á esta pobre gente, y como no tienen, no pueden darme de comer mas lo que ellos acostumbran.»

Esto puede dañarme y enfermar á Julia; me parece por lo tanto prudente poner en sus manos algun dinero, para que podamos comer mejor, les diré que tomemos gallinas, huevos, papas, y entonces podré con confianza vivir á su lado: hice lo así en efecto; trabajo y no poco me costó que aceptasen el dinero que yo les ofrecia, ellos tenían placer en socorrerme, y no querian mas recompensa que la satisfaccion que experimentaban.

Convencida sin embargo por mis ruegos aquella virtuosa familia, accedió á mis súplicas, y yo entonces viví mas tranquila y mas contenta.

Tres meses pasé en compañía de aquella buena gente, llevando una vida llena de sobresaltos é inquietudes: á cada instante me parecía ver á los satélites de mi esposo que venian á arrancarme la vida, y este pensamiento me llenaba de terror y de amargura. Julia vivia contenta, jugaba con la indita de su misma edad, y en las tardes se salian ambas á correr al sitio, mientras yo sentada en la puerta de mi choza, y á veces rodeada

de las dos jóvenes, que la anciana las contemplaba, entreteniéndome en coser ú ocupándome de alguna otra labor de mano: así pasaba el día llena de monotonía y de fastidio; ayudaba yo en algunas cosas á las buenas indias, que me querian como á una hermana, y no podia dejar de gozar al verlas tan venturosas y contentas.

Cuando me veia yo circundada de toda aquella familia, para mí tan bondadosa, las lágrimas brotaban de mis ojos, y pedia yo al cielo derramara sobre ella el torrente de sus dones; y además me esforzaba por tomar parte en su alegría para no cortarla siempre con mi continua melancolía; sin embargo, ¡cuánto daño me hacia su felicidad! Cuando contemplaba á Julia tan contenta y avenida con su nueva posición, no podia ménos de llorar interiormente: ¡pobre niña! ella no comprendia cuán amargas eran las lágrimas que ocultaba su pobre madre en el fondo de su corazón!

Así trascurrieron tres meses, sin que nada turbase la paz y la tranquila felicidad de aquella familia.

Mi permanencia en su seno habia sido un misterio hasta entonces en todo el pueblo, y habiase conservado el secreto.

Durante este tiempo no habia yo tenido una

sola noticia de la ciudad, é ignoraba los pasos que habria dado mi esposo.

Ni Julia ni yo saliamos jamás de aquel sitio, donde sin ser vistas, respirabamos el aire libre; yo siempre me hallaba temerosa de que si nos descubrian, podiamos excitar cierta curiosidad, que daria lugar á sospechas que podian causar nuestra ruina. Mi tenor sin embargo se iba calmando, al ver que se habian pasado ya tres meses, sin que una sola persona hubiese aparecido á buscarlos; algo mas tranquila supuse que mi esposo me haria ya en Europa, y este pensamiento calmaba mi aflicción.

Una tarde pues, en que mas tranquila me encontraba rodeada de mis buenas protectoras, y viendo á Julia que jugaba muy contenta con su compañera, ví entrar bruscamente á una hora inucitada á uno de los robustos jóvenes de la familia: traia su azadon al hombro y por su frente rodaba el sudor: parecia muy agitado, y se conocia que habia venido corriendo.

Al verlo sentí en mi corazón un golpe extraño; abandoné mi puesto y dirijiéndome hácia él,

— ¿Qué ha sucedido? le pregunté con la voz ahogada por la emocion.

— El entonces me tomó por la mano, y acercándose á mi oido me dijo:

Habéis sido descubierta: alguien os habrá visto, y hoy tres hombres os buscan con afán por todo el pueblo! ¿dónde está Julia? es preciso salvarla! y al hablar así se alejó de mí, y tomó á mi hija en sus robustos brazos.

Las palabras de aquel hombre.....la brusca y terrible noticia que acababa de darme.....me dejaron sin fuerzas y sin vida; inmóvil como una estatua, pero p lida, trémula y moribunda, permanecí en aquel sitio sin acertar á huir ú ocultarme.

¿Cuánto tiempo estuve así? no lo sé.....¿qué pasó a mi alrededor? lo ignoro; repentinamente sentí que me jalaban bruscamente y á este movimiento volví de mi letargo, y pude ver al buen anciano que se hallaba á mi lado: busqué á Julia pero habia desaparecido!

¿Mi hija? ¿Dónde está mi hija? pregunté agitada.

El anciano me tomó por la mano, ella está en salvo me dijo, nada temas; en cuanto á tí sígueme, es preciso que no te vean; es necesario que te reunas con Julia.

Al hablar así comensó á caminar violentamente, y yo le seguia murmurando.

¡Oh, sí, conducidme pronto al lado de mi hija.....no me separeis de ella!.....

El buen anciano me pidió andase, y ambos caminamos en silencio: pronto perdimos de vista las chozas y aun el pueblo, perdiéndonos en la espesura de un bosque.

Caminamos; mas de una hora, yo sentia que las fuerzas me abandonaban; mas á la idea de que los satélites de Arturo venian en mi persecucion, redablaba el paso y caminaba sin descanso; el sendero que seguíamos era espeso y escabroso, mis piés se hallaban ensangrentados, y desfallecida, me iba á sentar un instante al ménos en una piedra, cuando la voz del anciano me detuvo.

Hemos llegado me dijo con acento solemne: voy á conducirte donde mis antepasados guardaban sus tesoros; yo habia jurado no introducir á nadie que no fuera de mi sangre en ese santuario; pero se trata de tu vida, y por salvarla quebranto mi juramento: precuérdalo siempre!.....y júrame á tu vez, no traicionarme intentando volver á este lugar.

Juré al anciano lo que pedia, y haciendo entónces éste girar una gruesa piedra oculta entre el follaje, descubrí la entrada de una cueva donde fué introducida por él.

Despues de un oscuro pasadiso, entramos en una pieza amplia, que recibia la luz por clara-

bollas: allí encontré á Julia, que al verme se precipitó en mis brazos.

Despues de colmarla de caricias, me postré á los piés de aquel anciano; ¡Os debo mi vida y la de Julia! le dije bañada en lágrimas. ¡Bendito seais.....jamás podré olvidarlo!

Nada me debes, repuso levantándome, aquí puedes vivir tranquila, y segura de que nadie descubrirá tu secreto, yo te traeré diariamente tus alimentos, no temas nada! reposa al fin, sin temor y sin sozobra! Ahora te dejo, porque mi ausencia produciria fuertes sospechas: pronto vuelvo, y traeré una de mis hijas para que te acompañe.

Besé yo entonces la mano protectora de aquel hombre, que el cielo habia colocado en mí camino para que me sirviera de padre, y me salvase la vida; en seguida le ví partir, y quedé sola en mi nueva habitacion.

Julia estaba allí; y sus miradas inquietas parecian preguntarme: ¿qué sucedia? Por una hija se hacen todos los sacrificios imaginables; traté pues de mostrarme tranquila cerca de ella, y lo logré: luego la tomé de la mano y comencé á recorrer el sitio en que nos encontrabamos: era este una pieza amplia, en la que no habia un solo mueble; solo noté que en todas direcciones tenia es-

trechas entradas cubiertas todas por grandes piedras.

¡Dios mio! ¿Qué será de mí? me preguntaba mientras detenidamente lo examinaba todo.

¿Será posible que haya yo sido descubierta, despues de haber tenido tal cuidado en no dejarme ver de nadie, despues de haber permanecido tres meses en salvo?...¡Oh Providencia del Creador! ten clemencia de nosotras, ampáranos! porque si Arturo nos descubriese, no hay duda que seriamos perdidas; y no solo nosotras sino tambien estas pobres gentes, que con tanta caridad nos han socorrido.

Estos fueron los pensamientos que me aterraban y ocuparon durante todo el resto del dia.

Ansiaba porque llegara el momento en que alguno de mis buenos amigos viniese, para poderme informar minuciosamente de lo que habia sucedido, pero nadie venia, á pesar de que ya la tarde declinaba, y el sol tiempo hacia que se habia ocultado en el horizonte.

Por fin, oí un ruido misterioso por la entrada, y no obstante de la seguridad que tenia de que por ella no se podia presentar mas que alguno de los buenos indios, no sé porque un temblor de inquietud agitó mis miembros.

Julia estaba durmiendo en mis brazos, y yo me

mantuve fija para ver quien entraba: poco despues reconocí á mi anciano protector; traia á María, su hija soltera, más venia vendada.

Cuando hubo entrado, quitó de sus ojos la venda y me dijo. Ya vez tú, hija mia, la confianza que contigo he hecho; ni mis propios hijos vienen á este lugar, sino con los ojos vendados para no saber nada, y solo hasta que cumplen los cincuenta años se les enseña este secreto, pero de tí he hecho gran confianza, y espero que no tendré que arrepentirme, porque tu corazon es noble, y no podrias pagar con una ingratitud esta prueba de mi cariño por tí y por tu hija; no es verdad señora que me serán fiel?

¿Podeis dudarlo? ¡Oh! jamás! Lo que habeis hecho conmigo no puedo expresar todo el inmenso fuego de cariño y gratitud que nuevamente ha engendrado en mi corazon! nunca hablaré nada que pueda comprometeros, ántes moriria que traicionar vuestro secreto! ¡Oh! esto jamás, jamás.

Bueno, bueno, mi querida señora, así me gusta que me hables, ahora tengo confianza, y estoy ya tranquilo.

Siempre debeis tenerla, repuse con firmeza, y luego añadí; pero yo estoy sin ella, porque no sé nada de lo que ha pasado en el pueblo, y quiero

que me lo conteis, quiero saberlo todo, todo sin reserva alguna ¿me comprendéis?

¡Sí te comprendo, pero por que quieres affigirte? Si yo te digo lo que ha sucedido, tu corazon se va á poner triste, y vas á comenzar á llorar como aquellos primeros dias en que te conocí, y yo no quiero que llores.....y yo no quiero verte triste!

Oh! no; complacedme, esclamé, porque la ignorancia me hace mucho mal: quiero saberlo todo; quiero que me conteis cuanto en el pueblo haya pasado, que yo por mi parte os ofrezco no affigirme ni llorar.

Me lo prometes.

Os lo prometo, le contesté con firmeza, y luego añadí: os lo ruego hable sin temor ninguno!

Entónces, queridas amigas, el buen anciano me lo refirió todo, me dijo que desde la víspera se habian presentado en aquel pueblo tres hombres muy sospechosos, y que por todas partes habian ido pidiendo informes de una señora jóven, que debia haber pasado por allí hacia poco mas ó menos de tres meses, que esta señora llevaba una niña como de un año en los brazos; y dieron todas nuestras señas.

Algunos les dijeron que en efecto habia yo pasado, y que me habian visto entrar en una casa que les señalaron, que no me habian vuelto á ver

desde entonces; pero que en el pueblo ya no estaba, porque lo que era el indio Juan, nunca engañaba á sus compañeros, y que habiéndole preguntado por mí, les habia contestado que estaba yo viajando; que habia yo comido aquel dia en su choza, pero que á la caída de la tarde habia partido por los cerros.

A los tres desconocidos les hicieron muchísima impresion las últimas palabras, y teniendo la certeza de que yo habia partido por allí, y que habia entrado en el sitio del anciano Juan, quisieron visitar este lugar; mas como entre los indios hay tanta fraternidad, pronto le dieron aviso al hijo del anciano, de la visita que pensaban hacerle; el muchacho lo habia avisado á su padre, que se encontraba en la puerta, y fué entonces cuando yo lo ví entrar sofocado, preguntarme por Julia, tomarla en los brazos, y partir: despues me refirió, cómo logró traerla hasta aquí, pocos momentos antes de que los desconocidos visitasen su casa, y que para encontrarlos en ella, habia partido prontamente apenas me habia puesto en salvo, luego añadió que los tres enmascarados habíanse por fin resuelto á partir, tomando el camino de los cerros, que fué el que él les indicó que habia yo seguido.

Algun tiempo despues me refirió que lo habian

amenazado con quitarle la vida, el dia que descubriesen que yo habia estado en su poder en aquella época, y que los tuviera todo el resto de su vida; porque lo que ellos una vez prometian lo sabian cumplir siempre.

Me informé entónces de las figuras de los tres personajes, y reconocí desde luego á los satélites de mi esposo: desde entónces comprendí que se me esperaba una persecucion tenaz y sangrienta, y temiendo comprometer la vida de aquel buen anciano, me propuse no volver mas á su chosa, y permanecer en la cueva todo el tiempo necesario hasta que se me presentara la oportunidad de partir á los Estados-Unidos, donde recidia el anciano, que en la muerte de mi padre me habia brindado su proteccion y su cariño.

Nueve meses pasaron sin que esta oportunidad se presentara: mi vida durante este tiempo fué la mas triste y monótona que puedan vds. imaginarse, encerrada siempre en aquella prision, no tenia mas compañía que la de Julia y María que jamas se separaban de mi lado.

De cuando en cuando, en compañía del indio Juan, salian al rapar el dia, ó á la caída de la tarde á pasear al bosque, allí al ménos respirábamos el aire libre, y gozabamos del encanto de la

naturaleza. Sin embargo, este placer se nos concedía muy rara vez; pues la prudencia lo exigía así, y nueve meses de prision y de encierro concluyeron por dañar mi salud.

Comprendí que mis fuerzas cada día se debilitaban, y en las mejillas de Julia tampoco veía brillar los colores de la vida; por el contrario, mi hija crecía raquítica, masilenta, y en su carácter se notaba un tinte de tristeza muy impropio de su edad, que despedazaba mi corazón!

Una tarde en que me sentía mas mal que de costumbre, ó en que contemplaba en mis brazos á Julia, triste y sin vida, me dije á mi misma.

Es preciso tomar ya una resolucion: permanecer por mas tiempo aquí, sería darnos una muerte lenta. . . . por otra parte, Julia necesita gozos y expansion. María es una pobre jóven á quien estoy sacrificando y quitando quizás su porvenir, y esto no puede ser! . . . mi prision debe tener un término.

Hace ya un año, que me separé de mi esposo, y Arturo habrá perdido ya la esperanza de encontrarme; por otra parte tomaré mis precauciones, y creo que el momento ha llegado de dirigirme á los Estados Unidos, donde podré al fin gozar de la deseada libertad! Sí, hoy mismo. Diré al buen Juan, que envíe á la Capital á

uno de sus hijos, para que se informe de Arturo, y pregunte tambien la salida de los vapores del puerto; combinaré bien mi viaje; usaré de cuantas precauciones se requieran, y una vez á bordo, Arturo no podrá matarme!

Con este pensamiento se reanimó mi espíritu, y esperé ansiosa la hora en que el buen anciano vendría á dejarnos nuestro alimento: llegó al fin, y los pasos de Juan que se aproximaban, me hicieron á mi pesar exhalar un suspiro.

En gran parte tenía razon, porque comprendía la impresion que mis palabras iban á hacer al buen anciano, y lo doloroso que le sería mi partida. Yo además conservaba por mi protector un cariño lleno de gratitud, siendo quizás este uno de los afectos mas grandes que puedan existir, y por lo tanto me era imposible ver con indiferencia aquellas buenas y sencillas gentes.

Verdad es, sin embargo, que mi permanencia á su lado habia sido un martirio para mí, porque aunque recibía sus consuelos, no podían satisfacerme, y comprendí entonces más que nunca cuán gran don es la inteligencia, para llenar las aspiraciones del corazón!

¿Qué consuelos me podían prodigar estas sencillas criaturas? ellas tan sólo me exigían que no llorase. . . que no me afigiera. . . que no me an-

gustiase. . . pero sin añadir ninguna razon para evitar estos sufrimientos! . . . Muchas veces cuando veian que no podian calmar mi llanto, lo que hacian era llorar conmigo, conmovidas por las lágrimas que me veian derramar: y ¿podria no conservar una gratitud inmensa por estas personas? ¿esto sería imposible!

Juan entró al fin, nos traia nuestros alimentos; al verlo tan cariñoso como de costumbre, sentí que me faltaba el valor para hablarle de mi partida; pero era preciso hacerlo, Julia por momentos se marchitaba, y no podia soportar la horrible idea de que quizás pudiera yo misma por mi negligencia tener parte en su muerte! . . .

Con esto tomé valor, y pensando en Julia, me propuse romper el silencio, y acercándome al anciano le tomé de la mano y le dije, Juan, tengo que comunicaros algo que conozco no os vá á gustar mucho.

Observé que Juan fijó en mí sus ojos con asombro, y dándoles una expresion muy marcada de interrogacion me se quedó viendo: para calmar su ansiedad continué:

Disimuladme, Juan, conozco que no me comprendéis, y que mis palabras os causan admiracion y extrañeza al propio tiempo;—teneis razon—pero es preciso! . . .

Las lágrimas, arrancadas en este momento por la fuerza de la gratitud, cortaron mis palabras; pero luego reponiéndome y dándome valor continué.

Sabeis demasiado lo que os quiero tanto á vos como á vuestra familia toda; á vos mas, sin embargo, porque hablando propiamente habeis sido mi amparo, mi amigo y mi protector!

Sí Juan, no encontraria ni acciones con que poder manifestaros la inmensa gratitud y cariño que habeis exitado en mi alma; os quiero como al más fino amigo, como al mas generoso protector.

Vos me habeis servido de padre, habeis librado de la muerte á mi hija, y durante un año me habeis prodigado toda clase de consuelos y atenciones: ¡Oh! yo jamás podré olvidarlo! los beneficios que me habeis hecho, no se borrarán nunca de mi memoria!

Sin embargo, amigo mio, ha llegado el momento en que debemos separarnos, en que debo alejarme de vosotros.

Julia está cada dia mas marchita, mi salud por momentos se acaba, y el interes de una hija reclama mi presencia en otra parte: ya veis que es preciso que parta, y que no es por mi voluntad que os abandono!

Al hablar así, me acerqué mas á Juan que lloraba como un niño, y no pude contener mi llanto; al ver correr las lágrimas del pobre anciano.

Este guardó un momento silencio, y despues entre lágrimas y sollosos me, dijo!

Nó, mi buena señora, tu no te vas; ¿qué hemos hecho para que quieras dejarnos? todos te queremos mucho, y ya no podriamos vivir sin tí, no te vayas, por que el indio Juan moriria de tristeza!

Al hablar así el buen anciano, fijaba en mí sus ojos arrazados en lágrimas, Maria, al escuchar las palabras de su padre, se arrojó llorando á mi cuello, y rodeándome con sus robustos brazos me decia.

Nó, tu no te vas, no puedes dejarnos!

El corazon se me despedazaba ante el dolor de aquellas buenas gentes que tanto me querian, á quienes tanto debía, y á quienes por mi causa así veía llorar y sufrir...

Por un instante pensé quedarme á su lado, y sacrificar á la gratitud los pocos años que me quedaban de vida, mas luego pensé en Julia: ¿podria yo sacrificar á mi hija? nó, jamás; su felicidad era el único lazo que me ligaba á la tierra, y por ella debía sacrificarlo absolutamente todo.

Alentada por este pensamiento, fijé mis ojos velados por el llanto en el rostro macilento de mi hija, y á su vista sentí que renacía en mí el valor; imprimí un beso en la pura frente de Maria, enjugué yo misma las lágrimas del anciano, y dando á mi voz toda la ternura posible.

Cálmense amigos míos, les dije sentándome á su lado, vuestras lágrimas me hacen daño, vuestro dolor despedazá mi alma! ¿Creis acaso vosotros que yo no os quiero? ¿me juzgais tan ingrata, que no sintiere separarme de vosotros...? No lo creo; debéis comprender que es solo el amor de Julia el que me impulsa, su felicidad sola me guia; vos sois padre, Juan, y podéis comprender mejor los sentimientos de mi alma! ¡Oh! no veis que mas tarde quizas no sería ya tiempo para lograr la salud de esta niña...! y si luego la viese llena de sufrimientos pasar su existencia sumergida en las enfermedades mismas, que por mi causa habia contraído, y la contemplase triste y abatida. ¿Creis que un remordimiento peremne no sería el fruto de mi condescendencia? ¡Oh, Juan! Vos mismo no comprendéis el inmenso sacrificio que hago al dejaros.

Vuestro cariño era el único consuelo que tenia en esta tierra, llena de lágrimas, cubierta de es-

pinas y de abrojos, y al abandonaros de nuevo me falta todo...!

Juan no me pudo ya contestar, porque su llanto era tan copioso que le embargaba el uso de la palabra: mi angustia crecia por momentos.

¡Por Dios! Juan, exclamé dando á mi voz el acento mas tierno: ¡no lloreis ya Maria, por piedad! ¡conten tu llanto! quizás nuestra separacion no sea por toda la vida. Dios ha de permitir que nos volvamos á ver, y pueda yo entonces ya sin peligro permanecer á vuestro lado!

¡Oh! yo les queria infundir una esperanza que distaba mucho de tener; pero era preciso hacerlo así, para minorar los tormentos de aquella generosa familia!

¡No, no te vayas, por Dios! eran los continuos lamentos de aquellas pobres gentes, y yo no pudiendo mas, comensé á llorar con ellos.... media hora se pasó así, cuando Julia, que habia estado entretenida al ver mis lágrimas, corrió hácia mí exclamando: ¡Por qué lloras mamá? ¡Oh! no llores, porque viendote llorar no sé que siento!

Su samblante empalideció... sus ojos se cerraron, y abrazándome fuertemente sentí que su corazón latia con violencia...!

Como aquello no era natural, y podria ser el síntoma de alguna enfermedad, se me representó

luego al punto, con mas fijeza, como cierto la muerte de mi hija, y me parecia que dentro de una hora la iba á tener yerta entre mis brazos...!

No puedo negar que era yo algo exagerada; pero en el amor maternal la exageracion racional no puede ser un crimen.

Juan, exclamé llena de un sobresalto que iba en aumento, sacadme por Dios ahora mismo de este subterráneo! mirad como se encuentra Julia! Se va á morir, le falta el aire y con él la vida! Sí, Juan, por compasion salgamos fuera!

El pobre indígena se afligió demasiado al ver mi angustia, porque olvidó por un momento sus penas por pensar en las mias; tomó en sus brazos á Julia, y pronto nos encontramos en el campo: allí se fué animando poco á poco mi hija, y algo despues se entretenia en correr por el verde prado... mas no tenia su cuerpo aquella fleccibilidad propia de las criaturas de su edad, y esto angustió sobre manera mi corazón!

Una vez fuera del subterráneo, propuse á Juan que nos llevara otra vez á su choza, pero noté que se resistia: interrogué entonces la causa de aquella resistencia, que por cierto no comprendia y me parecia muy extraña, y me dió algunas razones que no pudieron menos de dejarme plenamente satisfecha; pues me manifestó que seria una im-

prudencia bien grande partir al pueblo despues de lo que habia acontecido; porque podria ser fácilmente descubierta por los que me perseguian; pues, como todos los habitantes de aquel lugar tenían la firme creencia de que no me hallaba allí, viendome aparecer, muy fácil sería que me vendiesen aquellos á quienes habian prometido una buena recompensa los espías, y entonces sería yo perdida sin remedio.

Medí pensando las palabras de Juan, y entonces me asaltó una idea que vino á afirmar mi resolución, ¿cuál fué esta? la siguiente:

Pensé que no solo me comprometia yendo de nuevo á la choza de Juan, sino que ademas comprometia seriamente á la pobre familia de mi protector, y sobre todo á él mismo.... y pronto me aparté de tal pensamiento; pero esta resolucion entrañaba otra igualmente fuerte, y esta era la de marcharme pronto con Julia, porque nos era imposible permanecer en aquel lugar, que estaba infiltrando una enfermedad en el interior de mi hija querida! entonces dirijiéndome al buen anciano le dije. Mirad, Juan, volved á vuestra choza, y hacedme el favor de enviar á la capital á uno de vuestros hijos, para que se informe del lugar en que se encuentra Arturo X. y que me traiga sin dilacion la respuesta.

El buen anciano, que no adivinaba mis planes, partió presuroso á cumplir mi deseo; entretanto yo en compania de Julia y de Maria nos quedamos en el bosque á la sombra de un árbol, Julia se sentia feliz sin duda al verse libre en el campo, y comenzó á correr jugando festiva por el fresco y verde cespéd: así transcurrieron cuatro horas, que fueron para mí de mortal angustia y agonía; esperaba ansiosa el regreso de Juan que debia traerme la anhelada noticia: por fin llegó; serian las seis de la tarde, el sudor corria por su frente, y en su rostro se pintaba la tristeza.

Tus deseos están cumplidos, me dijo al verme: José ha vuelto ya con la noticia de que D. Arturo hace tres meses se fué para Europa.

Esta nueva, como es de suponerse, me causó sumo contento.

¿Conque no está ya en la capital? Lo averiguaria bien José?

Sí señora, en la capital no está ya; se fué no te quepa duda, porque mi hijo José es entendido y jamás miente.

Bien, querido Juan, ahora quiero que me vayas trayendo poco á poco á tu familia para decirles adios; porque esta misma noche hijo mio partiré de aquí. El paquete americano debe salir dentro de seis dias, y es preciso que en la capital

me prepare un poco para el largo viaje que voy á emprender ; me comprendes?

Esta misma noche parto, traeme pues á tu mujer y á tus hijos, para decirles adios y daries un abrazo.

El buen indio volvió de nuevo á conmovirse, pero conociendo sin duda que todo era inútil, partió.

Una hora despues se presentó con su familia toda: entonces tuvo lugar otra escena de ruegos y de lágrimas bien tierna, que no referiré á vds. por no cansarlas.

Por fin me despedí de aquella familia, que no quiso admitir ni un solo centavo en recompensa de sus servicios. A las 8 una de las hijas con su cuñado y el resto de la familia se encaminaban al pueblo, en tanto que Juan, sus dos hijos, Julia y yo, tomábamos el camino de la ciudad; íbamos por supuesto todos á pié, ménos Julia á quien llevaba en los brazos José.

No referiré á vds. tampoco las dolorosas conversaciones, que sostuve con mis compañeros durante el trayecto; cuando llegamos á la garita que estaba cerrada tuvimos que descansar en ella: á las cinco de la mañana entramos, y entonces tuvo lugar la terrible despedida con Juan, que fué para mí tan amarga que no podré jamás olvidarla.

¡Ay! aun en este momento me impresiona mucho su recuerdo!

Si Julia no hubiera estado de por medio, al ver correr las lágrimas del pobre anciano, y al escuchar sus tristes lamentos, el valor me habria faltado, y no habria dudado sacrificarme pasando el resto de mi vida al lado de aquellas pobres gentes, tan llenas de sencillez y de bondad!

Amigas mías, no quiero detenerme refiriendo á vds. pormenores sobre esta despedida, porque es muy reciente aun su recuerdo, y me hace daño; Juan y sus hijos querian acompañarme hasta el puerto, pero yo les manifesté que no era posible, porque me podrian dar á conocer; y al ver que faltaba de su pueblo, infundiríase quizás alguna sospecha: Juan convino entonces en lo que le manifestaba, y una vez en el centro, me abandonaron prorumpiendo en gritos y lamentos que con trabajo podian contener.

Entonces tuve yo tambien que refugiarme en un zahuan, para poder dominar mi inmensa emoción.

Poco es ya, amigas queridas, lo que me resta que referir á vds. Me alojé en un hotel de los de segundo orden, donde nadie se ocupara de mí, y en los tres ó cuatro dias que permanecí en la ca-

pital, me ocupé solo en hacer varias compras, porque como dije á vds. nada tenía.

Lo que había sacado de la casa se hallaba, como recordarán vds. en el baúl, que había yo enviado á casa de mi tia. No tuve tiempo de informarme del estado que guardaban mis intereses, porque temí que fuese imprudencia, dar sobre el particular cualquier paso.

Recojí el baúl que estaba en casa de mi tia, por medio de una carta que la escribí, y en seguida sin ver á nadie, y sin ser reconocida por ninguno, tomé mi pasaje en la diligencia, y abandoné en compañía de Julia mi patria querida, el país que sirvió tambien de cuna á mis padres, y donde tan tranquilos se habian deslizado los primeros años de mi existencia!

¡Ah! todo lo abandoné quizás para no volver ya jamás! y al hablar así Marta inclinó la cabeza abatida por el dolor! despues de un momento de silencio continuó:

En la diligencia que me conducia venia un anciano, que interesándose por mí al verme sola, me ofreció su proteccion y su cuidado, lo que yo admití con mucho placer y gratitud.

Desde entonces él se encargó de conducirme hasta aquí, como lo ha hecho; despues conocí á vds. y su tierna amistad me ha proporcionado

grandes consuelos, siendo las horas que he pasado á su lado, las mas dulces que he experimentado mi alma, desde que perseguida por el infortunio, tan solo espinas y abrojos he encontrado á mi paso!

Hemos llegado ya al término de mi relato; me encuentro en los Estados Unidos, y pronto estaré al lado del bondadoso anciano que debe servirme de padre.

¿Cuál será mi suerte? lo ignoro. ¿Qué pasos habrá dado Arturo? Se hallará en su poder mi fortuna? Habrá cubierto de infamia y de oprobio mi nombre? ¡Ay! no lo sé! pero Dios, que protege siempre á la inocencia, se encarga de vindicarme!

Marta no habló más, pues parecia fatigada con el largo relato de su vida, y las distintas emociones que agitaban su espíritu; nosotras la contemplábamos en silencio, admiradas de todo lo que aquella tierna jóven habia sufrido!

La historia de sus desgracias la habia elevado á nuestros ojos, y en aquel instante la amábamos con mas fuerza aun, veíamos en ella á una pobre y querida hermana! el vínculo de la confianza habia ligado nuestros corazones, y la amistad mas sólida habia unido nuestras almas; pero un sentimiento doloroso nos amargaba,

pronto tendríamos que separarnos de Marta, y como era muy probable, para no volvernos á ver....

Esta idea torturaba nuestro corazón, porque cuando se ama, nada es tan sensible y doloroso como una ausencia quizás sin término.

Un profundo silencio se sucedió después de las últimas palabras de Marta; pero al fin lo interrumpimos preguntándole algo que deseamos saber, y era: si jamás se volvería á unir con su esposo, si alguna vez lo veía ya completamente arrepentido del pasado, y espionando sus faltas con una vida del todo nueva.

Marta nos contempló un momento en silencio, y luego contestó de esta manera nuestra pregunta.

Hay heridas tan terribles y profundas que no se cicatrizan jamás, amigas mías, y no pueden tener más término que la muerte! La que yo he recibido es de este género.... jamás; nó, nunca en la vida volvería yo á unirme con Arturo, ¿sabéis principalmente por qué? no por mí, sino por nuestros hijos. El nombre de mi esposo es un nombre de infamia:.....Su conducta pasada, demasiado criminal!....y cuando nuestros hijos supieran quien había sido su padre ¿podían estar satisfechos, aun cuando entonces fuera un hombre virtuoso?

No conservo para mi desgraciado esposo ningún rencor, continuó con asento conmovido; no odio á Arturo; pero tampoco puedo amarlo ¡esto no es posible! ¿Cómo amar al hombre que ha causado nuestro infortunio? ¿Cómo poder conservar cariño por el ser criminal, que abusando de nuestro candor y de nuestra inocencia, y refinado de hipocresía quiso engañarnos, y nos condujo así hasta el altar sin amor? ¡Ah! en vez de endulzar nuestra existencia, nos ha martirizado cruelmente pronunciando sobre nosotras el decreto de muerte!... ¿podeis imaginar siquiera que pudiera vivir de nuevo al lado de Arturo, cuando ha destrozado con su conducta las fibras más delicadas de mi corazón?

¡Ay! y ¡yo le amaba!lo amé con un fuego que me abrazaba, y le entregué virgen y puro mi corazón! Apesar del horrible desengaño que sufrido, no puedo anhelar para él ningún mal, antes por el contrario, amigas mías, yo rogaré al Señor que le ilumine con un rayo de su gracia, que se arrepienta, y que Arturo no acabe su vida en medio del crimen! Que un dolor tan grande como su culpa venga á lavar las negras manchas de que se haya cubierto y que ¡eres-to de sus días los emplee en una vida conforme al Evan-

glio, para que me reste al menos un consuelo, el de contemplarlo allá. . . . en los cielos!

¡Qué bello es vuestro corazón Martal murmuramos viendo por sus expresiones todo lo que en él pasaba. ¡Oh, no lo dudeis; Dios premiará vuestras virtudes, concediendos el cumplimiento del más noble de vuestros deseos, la conversión de Arturo!

El tiempo se nos estrechaba ya de una manera considerable, nos hallábamos casi en vísperas de partir, y este pensamiento nos contristaba, porque vivíamos muy contentas en Nueva York, y habríamos deseado permanecer allí largo tiempo.

Esto era imposible, porque no viajábamos por placer, y misiones honrosas exigían la presencia de nuestro padre en otra parte.

Teniendo pues que abandonar pronto los Estados Unidos, nos propusimos aprovechar de la mejor manera posible los pocos días que nos restaban. al efecto una mañana mandó tomar papá dos carruajes, y repartiéndonos en ellos, dió orden al cochero para que nos condujera al cementerio de Brooklyn, que se encuentra algo distante de la ciudad, es este un punto notable, que no hay un solo extranjero que no deba visitar; como lo habíamos oído ponderar mucho, teníamos positivos deseos de conocerlo.

Atravesamos varias calles de la población; la mañana estaba muy fría, y á pesar de que nos hallábamos bien cubiertas con las pieles del carruaje, había un aire cortante que no dejaba de molestarnos; repentinamente el carruaje se detuvo y entonces tuvo lugar una exena que vivamente llamó nuestra atención, impresionándonos sobre manera: se colocó un puente sobre las aguas, y rodando por él nuestros carruajes penetraron en un vapor, allí había ya otros carruajes, repentinamente el vapor comenzó á vogar por entre las olas, y esto nos impresionó más aun, pues nunca se nos había cruzado la idea de atravesar parte del mar en coche.

Quando se viaja se tiene que ver y aún hacer cosas extrañas, que vienen naturalmente á herir la imaginación, nosotras estábamos encantadas en atravesar de esa manera ese brazo de mar: pasar el mar en coche era una cosa apenas creíble! ¡una cosa nueva! y esto, ¡que sorpresa tan grata nos causó!

A pesar de que notamos que algunos bajaban de sus carruajes, nosotros no lo hicimos, por la comodidad que esto nos proporcionaba, y por que así teníamos el gusto de contemplar quanto nos rodeaba.

No fué larga nuestra permanencia en aquel si-

tio, y pronto llegamos al otro lado donde el vapor atracó en el muelle: se puso luego el puente de madera, y nuestros carruajes comenzaron á caminar!

Pronto nos encontramos de nuevo en tierra firme poseidas de alegría, y de un festivo humor, y crecía á cada momento, nuestro contento y alborozo.

El carruaje caminaba con rapidez, de modo que no tardamos en llegar al cementerio que habíamos oído ponderar tanto, y que es sin duda digno del elogio y admiración de cuantos lo han visitado.

El cementerio de Brooklyn es uno de los lugares que embellecen á los Estados Unidos, y que no puede dejarse pasar desapercibido.

Después de un breve rato de camino, nos encontramos á su entrada, compuesta de una puerta inmensa de fierro perfectamente calada, y acompañada de un magnífico enverjado del mismo metal muy bien labrado.

Un zúiso con su bastón en la mano se encontraba cuidando dicha entrada: se presentaron los billetes que la franqueaban y penetramos en seguida.

Una bellísima avenida de árboles de ciprés y llorones, según creemos, formaba la entrada tan espaciosa que al parecer no se le veía término, y

tan curiosamente atendida y limpia, que ni una sola hoja en el suelo la ensuciaba.

Al principio no vimos ningún mausoleo; pero en el fondo se notaban grupos muy hermosos, y su conjunto presentaba el más bello golpe de vista.

Caminábamos pausadamente, para poderemos fijar atentamente en todo lo que nos rodeaba y ¡cosa extraña! fué este el primer cementerio que no infundió en nuestra alma el tinte de melancolía, que comunmente respiran estos sitios.

Es tan natural la tristeza al visitar la mansión de los muertos!

¡Convida tanto á la meditación el aspecto severo de un sepulcro! la morada de la muerte...! el sitio dó reposan los que ya no existen...! que nos sorprendió no vernos agitadas por esas sensaciones serias y profundas, que se experimentan siempre al lado de una tumba!

Lejos de eso, aquel sitio en que nos hallábamos nos convidaba á la alegría, había algo de risueño en su conjunto, y tal poesía en todo él, que parecía que los tintes de la vida trataban de animar aquella ciudad sepulcra, y el bullicio de los vivos ahogar el silencio de los que reposaban en la tumba...!

¡Bello, muy bello se presentó Brooklyn ante nosotras! cada paso que avanzábamos por la fron-

dosa avenida, nos producía sensaciones dulces de placer, y pasabamos de sorpresa en sorpresa.

Ya nos deteníamos al pié de una verde colina, en cuya cima, rodeada de un elegante enverjado de fierro, había un magnífico mausoleo de blanco mármol, coronado por estatuas alegóricas formando deliciosos grupos, y en el cuerpo del mausoleo veíamos dorados caracteres, ó hermosos bajos relieves, ó algunos signos que nos trasmitian las acciones mas notables de la vida del que descansaba bajo la fria losa de ese sepulcro!

Aislados y solos para ostentar mas su grandeza veíamos sepulcros mas ricos y notables, que desde luego llamaban nuestra atencion.

Mas allá caminabamos por una calle, cubierta de uno y otro lado por hermosos mausoleos de las formas mas variadas y caprichosas, donde el bronce, el mármol, el granito, y otras piedras, ostentaban toda su hermosura, embellecida mas aún por la mano del artista.

Avanzabamos sorprendidas por aquellas avenidas del arte tan notables por la belleza de sus sepulcros: deteníamos á cada instante nuestros pasos para fijar en algo nuestra atencion: ya contemplabamos bella y de trasparente mármol la estatua del dolor! La imágen del sufrimiento, se representada en una jóven que con el cabello en

desórdén, y postrada ante una tumba, sostenia en sus manos su abatida frente, mientras sus lágrimas corrian por la losa sepulcral...!

Mas léjos, veíamos un héroe, que reclinado sobre una piedra, luchaba en los momentos de agonia entre la vida y la muerte! El sufrimiento se hallaba tan bien representado en el semblante del moribundo, que al verlo no pudimos menos de sorprendernos, admirando la mano del artista, que habia podido prestar tanta expresion á un pedazo de piedra...!

Puede decirse que en Brooklin cada sepulcro es una obra de arte, y que el conjunto de tantas bellezas forma de aquel cementerio más que la mención del llanto y de la muerte, el santuario del arte y de la hermosura.

A medida que adelantábamos, nuéstra admiracion crecia de punto en vista de la riqueza, suntuosidad y elegancia de los sepulcros. ¡Cuánto esplendor aun en la misma muerte!

Al contemplar á Brooklin recordábamos con tristeza nuestros cementerios, y deseábamos ver un dia en nuestra patria querida lo que entonces allí admirábamos. Cada nuevo monumento, que se presentaba á nuestra vista, nos hacia admirar mas y mas las poéticas figuras que en ellos se encontraban: despues de haber seguido un largo

rato nuestro paseo por la avenida principal, comprendimos que quizá nos faltaría tiempo para seguir á lo largo de ella, y que debíamos internarnos por los lados para formarnos una idea mas completa de aquel lugar, que nos tenia tan asombradas efectivamente, pusimos prouto en ejecucion nuestro proyecto, y nos internamos en uno de los lados del cementerio.

¡Qué bello sitio!

¡Todo era allí original y caprichoso!

En una parte se presentaba á la vista un grupo precioso de monumentos, donde reposaban los restos de una familia, que habiendo vivido unida en la tierra, querian tambien reposaran juntos sus cuerpos en las mansiones de los muertos.

Mas allá vimos una especie de bosquecillo donde penetramos, y tuvimos ocasion de ver multitud de capillitas, que son generalmente de órden gótico, como todas las construcciones de este género en Nueva York.

Estas capillas poco más ó menos están precedidas de una hermosa puerta de fierro perfectamente labrada, que da entrada á una pieza de tres varas en cuadro muy aseada y con el piso de mármol: en el fondo se eleva un pequeño altar con algun signo religioso; al pié de este altar se encuentran colocados con órden tres ó cuatro si-

llas sobre una alfombra de tripe, con sus respectivos reclinatorios forrados de terciopelo.

Una lámpara de plata ó de bronce se halla suspendida del techo, y alumbrá con su luz opaca aquel pequeño recinto: las llaves de estas capillas las conservan en su poder los deudos mas próximos, de manera que diariamente pueden contemplarse cuadros llenos de ternura en este lugar, porque repentinamente penetran al cementerio, ya una familia, ó bien una hermosa jóven, con traje negro que revela un dolor y duelo severos y profundos, cubierta por un velo de crespon, al travez del cual apenas puede percibirse su bellísima fisonomía, cuando negligentemente lo deja caer sobre su rostro, y entónces quizás podemos descubrir en él las hondas huellas del dolor.

Si la seguimos, vemos que con la pausa de la meditacion se dirige á una de estas capillitas, descubre una blanca y fina mano, en la que sostiene una llave, la introduce en el cerrojo de la puerta, la hace girar, y pronto se abre franqueándole la entrada.

Entónces ella penetra, entrecierra la vorja de fierro, y poco despues la vemos postrada, con el rostro entre la manos, bañada en lágrimas, y exhalando profundos suspiros, jamargos lamentos!

¡Ay! Aquella jóven desventurada es quizas

una viuda!..... Hace pocos dias ó unos cuantos meses que ha perdido á su querido esposo, y por lo mismo la contemplamos poseida por el mas justo dolor!

¡Cómo no se ha de encontrar su corazon cruelmente herido, cuando al principio de su ventura vino la mano de la muerte á arrebatár y cortar su dicha!..... ¿Es posible entónces no entregarse al mas amargo sufrimiento, á la pena mas honda?

¡Oh! no es posible!

No queremos dar á entender con esto, que la exageracion en la pena pueda ser permitida; eso, aunque es cierto que en los momentos de angustia se tolera, porque la inteligencia se oscurece repentinamente, no admitiendo ningun racionio, y escondiéndose por decirlo así entre los afectos gigantes del corazon que se conmueve extraordinariamente! Sin embargo, no debe ser durable, porque nos hace un daño inmenso.

Dios mismo ha dado al hombre el dominio de la razon sobre el corazon; porque si este nos dominara sin guía, seriamos perdidos sin remedio! La razon es la amiga íntima, la fiel compañera que nos preserva continuamente de los peligros inminentes, ella nos señala los límites de todo, nos presenta las consecuencias de cuanto empen-

demo, nos manifiesta los medios con que podemos evitar los males, y al hacernos ver todo esto, nos dá la fuerza para dominar los impulsos del corazon, que si los dejáramos libremente, nos producirian la ruina.

¡Cómo nos conmovian los cuadros tan patéticos y tiernos que contemplábamos en el recinto de algunas de esas capillas! Ya era una anciana madre la que lloraba sobre el sepulcro de su hija!.....

Ya un huérfano desdichado, que bañaba en lágrimas la losa sepulcral de sus padres!..... Todo esto conmovia nuestra sensibilidad, destrozaba nuestro corazon! y ¡cuántas veces nos obligó hasta á derramar tambien amargas lágrimas!

El dolor siempre infunde respeto; las lágrimas conmueven la desgracia, el infortunio es siempre un iman para los corazones nutridos en sentimientos nobles!

Otro bosquecillo lóbrego y sombrío, formado solo de cipreses y llorones, se presentó luego á nuestros ojos: parecia ser el punto mas solitario y abandonado del cementerio, tenia cierta severidad que infundia respeto, y todo convidaba allí al recogimiento y á la meditacion; poseidas de estos sentimientos penetramos. En el centro de un grupo de árboles brillaba la blanca lá-

pida de un s epulcro!  Era el único que estaba en aquel lugar! No se veian en él grandes est tuas, ni ricos adornos, la sencillez más severa era el distintivo de aquella tumba!..... Sobre la hermosa l pida de blanco mármol se veian trazadas en caracteres de negro esmalte, rodeado de un cordon de oro, estas pocas letras.

 Matilde! coronaba la l pida una cruz y al pié de aquel sepulcro se veian esparcidas guirnaldas de pensamientos, siempre vivas y cipreces, unas frescas, otras secas por la mano del tiempo! . . .

Nos detuvimos algunos instantes delante de aquella tumba! la profunda melancolía que se respiraba en aquel sitio nos interes  vivamente!  Matilde! exclamamos repitiendo el nombre trazado en la l pida.  Matilde! . . . , este solo nombre sobre aquel sepulcro  ra un poema de sentimiento! era toda una historia.

Profundamente interesadas   favor de la que descansaba bajo aquella loza fria, elevamos por ella al cielo una plegaria, y nos inclinamos   recoger una flor de las que la circundaban.

Al hacerlo, nuestra mano tropezó con un objeto que estaba oculto en el verde cesped; lo tomamos sorprendidas, y más aumentó nuestra admiracion cuando vimos una cartera negra, en cu-

yo cuero con dorados caracteres se lea este nombre  Genaro!.

 Cosa mas extraña! exclamamos viendo la cartera, y por un instante pensamos en calocarla otra vez en el sitio donde la habiamos encontrado; mas previendo que al hacerlo así cualquiera podria apoderarse de ella, y hacer quizás un mal  so de lo que contuviese, la guardamos resueltas   devolvérsela   su dueño, si  ra posible encontrarlo.

Aquella cartera abandonada al pié de un sepulcro. los nombres de Genaro y de Matilde. grabados en nuestro corazon, no se separaban de nuestra mente un solo instante. algo de misterioso. de raro. veiamos en todo aquello, y nuestro interes se hallaba fuertemente exitado! quizás aquella cartera podria descorder el velo del misterio   nuestra vista, internándose en el fondo de una historia desdichada! . . . quizás en ella descubririamos, si algun lazo misterioso uniria   Genaro y   Matilde, así como en la mansion de la muerte habiamos encontrado escritos sus nombres?  

Estos pensamientos nos preocupaban; deseabamos imponernos del contenido de esa cartera, pero all  no era esto posible, y despues de recoger algunas flores más del sepulcro de Matilde, aban-

donamos aquel sitio, y preocupadas por el incidente que habia pasado, continuamos recorriendo el hermoso cementerio, que á cada paso nos presentaba nuevos y magníficos panoramas.

Las más variadas flores, cuyo suave aroma embalsama el ambiente, ostentan allí su frescura y lozanía. Parece que la naturaleza se empeñaba en desplegar la vida allí donde, reinaba la muerte! . . .

A lo léjos descubrimos una especie de Lago, nos dirigimos á el, mas nuestra vista se habia engañado; era un mausoleo de vidrio hermosísimo, que en su conjunto presentaba el más hermoso golpe de vista. Se hallaba coronado por un niño que dormía profundamente abrazando una cruz; aquel sepulcro encerraba los restos de aquel hijo querido, segun pudimos descubrir por la inscripcion, y no teniendo ya sus padres ningún consuelo en la tierra, se proporcionaron el único que podia alhagarlos, dándole un sepulcro que llamase la atencion, y como se hallaba aislado fijaba aun más las miradas de todos.

Luego seguimos nuestro paseo por una angosta vereda, que concluía en un pequeño llano, en el cual vimos en conjunto algunos monumentos de mucho mérito, la mayor parte de mármol blanco ó gris, y de un finísimo trabajo; nos detu-

vimos especialmente, delante de uno que era de un general; en los cuatro lados de la tumba, se hallaban representados en bajos relieves sus hechos de armas mas gloriosos; en ellos aparecía el campo de batalla cubierto de cadáveres, y vivamente espresado el el furor del combate. Mucha destreza se necesita en un artista para animar estos grupos, y dar á cada figura la expresion correspondiente á lo que quiere representar.

El monumento estaba coronado por la estatua del héroe de tamaño, natural postrado, juntas las manos en la actitud del que ora, colocando los ángeles sobre su cabeza una corona de laureles.

De este lugar, en que recorrimos varios monumentos de mérito, nos trasladamos por otras veredas, hasta llegar á una pequeña colina cubierta de verde césped, que atravezamos, encontrándonos del lado opuesto, en medio de una multitud de sepuleros, que al momento nos hicieron comprender que los de aquel lugar no pertenecian á la aristocracia ó riqueza, sino que era en el que la clase media, dada sepultura á sus deudos.

No brillaba allí la elegancia, ni el arte ostentaba su belleza; pero aunque no eran monumentos de mármol ni de granito, no por eso dejaban de estar algunos formados con gusto: se veían

tambien grupos de familias, sepulcros aislados, pequeñas capillas, todo con cierto aspecto de pobreza, que contrastaba inmensamente con los que antes nos habian ocupado; pero que no por eso servian de borron á aquel sitio tan bello.

Allí observamos una cosa que nos llamó mucho la atencion, y fué el adorno exterior de los sepulcros.

Constumbres como esta se hallan en perfecta correspondencia con los sentimientos del corazon, y se hermanan de una manera inmensa. Se ven generalizadas en todo el mundo, porque en todos la muerte es un sentimiento de profundo pesar, y el recuerdo por los finados muy natural.

Lo que nace del corazon, todos tienen derecho á practicarlo; y si amamos á nuestros deudos, es muy justo que despues de muertos hagamos memoria de ellos con estos recuerdos exteriores, que manifiestan los que guarda el corazon. Esos tejidos, esos bordados, esas coronas con que se adornan los sepulcros, no es la voz de la vanidad, sino del sentimiento! ¡Qué bien aparece un recuerdo colocado sobre la losa fria que cubre los restos de un sér amado!

Habla tanto al sentimiento ese mudo suspiro del alma, que mil veces su vista nos ha arrancado lágrimas de ternura!

Allí el recuerdo y el amor se confunden! esos adornos nos revelan lo que existe en el corazon del padre. . . . de la madre. . . . del hijo. . . . de la esposa. . . . y esto nos conmueve! nos llena!

No sucede así con los sepulcros desnudos de todo adorno.

¡Oh! esto es muy triste! en ellos se vé el olvido completo del sér que ha abandonado la tierra! se nota el desprendimiento ó fria indiferencia de una familia, que no tiene una lágrima para regar aquel sitio!.....

Conmovidas nos deteniamos á contemplar todos esos adornos fúnebres; veiamos allí cuadros de cabellos perfectamente trabajados, y cuyas tiernas figuras hablaban al alma!

Las guirnaldas de flores, de cuentas, y tambien de pelo, estaban muy bien hechas.

No se ostentaba en esta parte del cementerio la opulencia y las obras de arte; pero sí el buen gusto en el adorno, y el fino trabajo en las labores de mano.

Hacia mas de tres horas que nos hallábamos en Brooklyn, el sol era abrasador, y aunque los árboles del cementerio nos prestaban una fresca sombra, nos sentíamos ya sofocadas y fatigadas; mucho tiempo habia transcurrido, y aunque con sentimiento nos fué preciso abandonar el hermoso

cementerio, que á tan alto grado había exitado nuestra admiracion, y del cual hemos tratado de dar una pálida idea á nuestros lectores; porque describir á Brooklyn con toda la viveza de sus colores, es cosa que no es dado hacer a la pluma del escritor, ni al pincel mismo del artista!.....

Para salir, atravezamos de nuevo aquel vasto recinto, con la idea fija en los lugares destinados á recibir los restos mortales de los que abandonan la mansion del tiempo.

Hay consideraciones que no pueden dejar de impresionar muy vivamente, y esta es una de ellas!

Además, en el mundo no hay nadie tan feliz, que no tenga que llorar la muerte de algun deudo, y la visita á un cementerio trae siempre á la memoria el recuerdo de ese sér querido, y el corazon entonces cúbrese de luto y de pesar!.....

Mas en esta visita por fortuna no nos sucedió así; la novedad... ¿quién sabe que seria! pero es el caso que en vez de haber pasado un rato de melancolia, lo pasamos de contento.

Habia además otra circunstancia que nos ocupaba enteramente, y era la cártera que teníamos en nuestras manos; aquel sepulcro tan interesante! todo pasaba por nuestra imaginacion, y entónces nos convenciamos mas, de que hay dias

en el curso de la vida que dejan impresiones que jamás podrán borrarse de nuestra memoria.

Pasamos de nuevo el mar en coche, y gozamos tambien mucho esta vez, aunque no tanto como la primera; puesto que ya entonces no existia para nosotras la sorpresa, y [bien sabido es lo que estas duplican los goces!

Cuando de nuevo nos hallamos en el hotel, se cambió nuestro humor ¿por qué? tuvimos una noticia que no nos agradó mucho: el paquete inglés partiria dentro de tres dias, y él debia conducirnos.

¡Habíamos estado tan contentas en los Estados Unidos! habíamos gozado tanto en Nueva York, que no nos era posible evitar un verdadero sentimiento al alejarnos de aquella hermosa ciudad.

Por otra parte, quedábase Marta, nuestra querida amiga, tan infortunada como interesante; y ¿podíamos no sentir mucho su separacion? ¡habia sabido ganarse tan bien nuestro afecto! ¡habia tenido con nosotras confidencias tan íntimas! nos habia repetido tantas veces el inmenso consuelo que tenia en estar en nuestra compañía, porque nos quería ya cual á unas hermanas, que sentimientos tan delicados y esquisitos, no po-

dian recibir por correspondencia, el desprendimiento y la frialdad!

Queríamos á Marta, y su infortunio duplicaba nuestro cariño! Si Marta hubiese sido feliz, la hubiéramos amado mucho ménos! pero el infortunio tiene un poder inmenso sobre los corazones sensibles, y ellos se interesan quizás demasiado por el que sufre, y tratan de minorar la desgracia aun á costa del propio bienestar.

Preocupadas por la noticia que acabábamos de recibir, olvidamos por un momento la cartera encontrada en Brooklyn y sólo pensamos en Marta.

CAPITULO XVII.

Visitas de despedida.—Última entrevista con Marta y lo que en ella pasó.—Casa en que la dejamos establecida.—Nuestra salida del Hotel, y nuestro embarque y partida.

Como estábamos ya próximas á partir de Nueva-York, nos ocupamos en hacer nuestros visitas de despedida, para dejar bien establecidas nuestras relaciones con las personas que nos habian distinguido con su amistad; á nuestra querida Marta le consagramos un día entero en vísperas de nuestra partida; eran las últimas horas que podíamos estar con ella; pues pronto nos sería preciso separarnos probablemente para siempre.

¡Cuán amargos son estos duros golpes! ¡Cuán frecuentemente vienen á herir el corazón del viajero!

dian recibir por correspondencia, el desprendimiento y la frialdad!

Queríamos á Marta, y su infortunio duplicaba nuestro cariño! Si Marta hubiese sido feliz, la hubiéramos amado mucho ménos! pero el infortunio tiene un poder inmenso sobre los corazones sensibles, y ellos se interesan quizás demasiado por el que sufre, y tratan de minorar la desgracia aun á costa del propio bienestar.

Preocupadas por la noticia que acabábamos de recibir, olvidamos por un momento la cartera encontrada en Brooklyn y sólo pensamos en Marta.

CAPITULO XVII.

Visitas de despedida.—Última entrevista con Marta y lo que en ella pasó.—Casa en que la dejamos establecida.—Nuestra salida del Hotel, y nuestro embarque y partida.

Como estábamos ya próximas á partir de Nueva-York, nos ocupamos en hacer nuestros visitas de despedida, para dejar bien establecidas nuestras relaciones con las personas que nos habian distinguido con su amistad; á nuestra querida Marta le consagramos un día entero en vísperas de nuestra partida; eran las últimas horas que podíamos estar con ella; pues pronto nos sería preciso separarnos probablemente para siempre.

¡Cuán amargos son estos duros golpes! ¡Cuán frecuentemente vienen á herir el corazón del viajero!

Nos dirigimos, pues, al «Metropolitan» muy de mañana. Marta salió á recibirnos con una carta en la mano: me habeis adivinado el pensamiento, nos dijo con aire de positiva alegría, y si no hubierais venido ya iba yo á buscaros.

¿Sí? replicamos abrazándola, pues nos es grato haberos ahorrado ese trabajo, porque hoy, Marta, os dedicamos por completo el día; mañana al declinar la tarde nos trasladamos á bordo, y hemos querido consagraros nuestros últimos momentos: ¡exijía nuestro corazón el pagar este tributo a la amistad!

El semblante de Marta se demudó al oír nuestras palabras, en sus ojos asomaron las lágrimas, y con un acento melancólico exclamó ¡cómo! ¿vais á abandonarme?

Si, querida amiga, replicamos tristemente: la hora de partir ha sonado ya para nosotras y mañana tendremos que separarnos!

Marta entonces elevó sus ojos al cielo, y con triste acento añadió: ¡por qué! Dios mío! no me es dado tener un goce completo en la tierra? ¿era preciso que en el mismo día en que se me daba un padre, se me arrebatásen unas hermanas á quienes amo con toda el alma?

¡Ah! Siempre las lágrimas han de ahogar mis sonrisas! Siempre el dolor ha de matar mis

placeres! y al hablar así la tierna jóven, nos tendió la carta que estrechaba con su blanca mano, y arrojándose en nuestros brazos prorrumpió en amargo llanto!

Nosotras llorábamos también, porque el dolor de Marta nos destrozaba el corazón, y casi nos arrepentíamos ya de haberle anunciado nuestra partida, pero era imposible ocultárselo por más tiempo, puesto que al siguiente día debía aparecer la triste realidad!

Largo tiempo permanecimos así: al fin, haciendo un esfuerzo, leímos la carta, y al imponernos de su contenido tratamos de alentar á Marta con estas palabras. ¡Día de placer y no de llanto debe ser hoy querida Marta! Mr. N. . . ha llegado y debemos ir hoy mismo á su casa, en él encontrareis un padre, y dulce nos será dejaros en sus brazos.

No, yo no quiero perder los últimos momentos que puedo pasar á vuestro lado, nos dijo entonces Marta.

Y nosotras tampoco amiga querida, podíamos partir tranquilas, mientras no os dejásemos en vuestra nueva morada. Hoy somos vuestras, y mañana vos lo sereis de nosotras, mas esta tarde nos dirigiremos á casa de Mr. N. . . para que partamos con el consuelo de haberos dejado en su

compañía. ¡Permitidnos, Marta, cumplir este deseo tan natural!

Marta nos tendió con ternura la mano, y estrechando las nuestras contestó, y bien; sea como lo quereis!

Gracias, gracias querida amiga le replicamos, y penetrando en seguida con ella en su recámara, donde seguimos conversando; en el curso de esta conversacion nos preguntó: ¿por qué tan pronto abandonábamos Nueva-York? le contestamos, que el vapor, que debía conducirnos, partía al siguiente dia, y que esta era la causa de nuestro próximo viaje.

En la conversacion que siguió, comenzamos á hacer recuerdos del pasado ¡tan recientes por cierto! del dia en que nos habiamos conocido, de los misteriosos afectos, de la simpatía que ligaba nuestros corazones, hablamos en fin de nuestra tía, á quien nos recomendó Marta que no dejásemos de escribir el fin de su historia, como lo hicimos en efecto; porque nuestra querida tía se había interesado tanto como nosotras por Marta, le continuamos refiriendo sus desgracias, como Marta nos las iba narrando.

Cuando hubieron pasado las cuatro de la tarde, propusimos á Marta llevar á cabo nuestro propósito de ir á ver á Mr. N. Se resistía ella,

por no perder los momentos de estar con nosotras, pero al fin cedió á nuestras indicaciones y se dispuso á salir.

Nos encargamos de vestir á Julia, que aquel dia se encontraba mas encantadora que nunca; le pusimos un traje de gros color de rosa adornado de gris, que le iba perfectamente, y como era tan blanca y tenia tan lleno el pecho y torneados sus pequeños brazos, se veia preciosa.

En seguida llamamos á uno de los mozos del Hotel, ordenándole fuera á traer prontamente un coche.

A las cuatro y media el carruaje rodaba ligeramente por las calles de Nueva-York, llegando a poco rato al lugar que ya conocen nuestros lectores.

Preguntamos por el Mr. N. y hallándose en la casa penetramos en ella hasta la sala; poco despues dos ancianos se presentaron á nuestra vista; Mr. N. era un señor muy simpático; tendria como unos 60 años pero apenas representaria 50. Su aspecto era agradable como en general el de todos los norte-americanos, tenia el pelo completamente blanco lo mismo que la barba, su cútis era blanco y rosado, fresquísimo y sin ninguna arruga.

Se hallaba perfectamente puesto y sumamente

aseado; apenas nos vió, nos hizo una profunda reverencia, y nos invitó á que nos sentáramos. No había reconocido aun á Marta; sería sin duda porque no la veía sola con su niña, como esperaría él encontrarla, ésta antes de tomar asiento se dirigió á Mr. N. y le dijo.

Señor, no extraño que no me reconozcais, porque no me habeis visto nunca; pero debo deciroslo, yo soy Marta de V. . . . la hija de D. Fernando vuestro antiguo amigo.

Al escuchar el buen anciano estas palabras, se transformó su semblante, en sus ojos azules brillaron las lágrimas, abrió sus brazos á Marta, y exclamó con un acento lleno de sentimiento y de cariño.

¡Ha! hija mia! perdóname no haberte conocido para haber salido á recibirte con los brazos abiertos! No te puedes figurar ¡hija querida! el ansia que tenia yo de verte! has sido mi pensamiento hace mucho tiempo! ¡Sí! te he de hablar con franqueza, hace mas de un año que tu memoria ha amargado mi existencia!

Llegaron hasta mí ciertos rumores, que tuvieron luego la mas completa publicidad, y desde entonces comencé á padecer por tí.

Te busqué en México, te busqué en otros varios lugares, y me fué imposible encontrarte; de

manera que este dia que te estrecho contra mi corazón, es un dia de regocijo para mí!

Marta se encontraba conmovida ante tanta bondad, y notamos que sus bellos ojos fueron empañados por el llanto; largo tiempo la tuvo Mr. N. . . . estrechada contra su corazón, mas luego la condujo á los brazos de su esposa diciéndole, que aquella jóven era la misma cuya historia ella sabía, y que tanto le habia interesado: la buena anciana entónces, á imitación de su esposo, abrazó afectuosamente á Marta, Mr. N. . . . exclamó en seguida: y esta niña ¿es tu hija? es Julia?

Si señor, contestó con dulzura nuestra amiga.

No me digas señor, murmuró Mr. N. . . . llámame por favor padre. Sí, Marta, yo te amo como á una hija, ¿por qué no me has de llegar á amar tú como á un padre?

¡Oh! tenemos tanto que hablar; continuó tomando en sus brazos á Julia, y colmándola de caricias; tenemos tanto que hablar, que el tiempo se nos hará corto.

Luego viéndonos con fijeza dijo, y ¿estas niñas?

Son mis mejores amigas exclamó Marta, ellas saben mis desgracias todas, y podeis hablar con entera confianza delante de ellas; pues casi po-

dria aseguraros que se interesan mas aun que yo misma por mí.

¡Que bella recomendacion! dijo entonces Mr. N. dirijiéndose á nosotras.

Señor, contestó nuestra hermana, tomando á nombre de todas la palabra, Marta es una jóven cuyas cualidades morales no se pueden ver con indiferencia, pues son notables, ellas se han conquistado los afectos de nuestro corazon, y nos la hacen tan querida como una hermana.

Vuestros sentimientos finos y delicados, amigas mias son los únicos que me han podido colocar á una altura que no merezco. No Marta, le replicamos, la virtud y la desgracia siempre han encontrado su morada en los corazones sencillos, y vos nos presentasteis desde el principio el tipo mas bello de estos dos caracteres reunidos.

Lo que yo veo, dijo con un aire gracioso Mr. N., es, que ninguna quiere manifestarse ménos afectuosa; yo por mi parte no temo asegurar, que todas poseis muy bellos sentimientos; pero hija mia, continuó dirijiéndose á Marta, aunque yo te canse y te inbleste, me vas á permitir sujetarte á un largo interrogatorio, que tendrá lugar delante de estas niñas, puesto que toman tanta parte en lo que te pertenece.

Sientate á mi lado, hagan vds. otro tanto, y

escúchame atentamente. En primer lugar quiero preguntarte ¿por qué causa al separarte de tu esposo no te dirijiste aquí para estar á mi lado?

Esto no era posible padre mio, respondió Marta, porque Arturo me buscaba solícitamente, y al dirijirse á Europa en busca mia, habria pasado por los Estados Unidos, y esto habria sido peligroso siempre para mí.

Bien, ahora dime: ¿Es cierto que tu partiste sola con tu niña, para juntarte luego con un supuesto amante?

El rostro de Marta se encendió al escuchar estas palabras y contestó inmediatamente.

Eso es muy falso! yo jamás infamé ni aun con el pensamiento el nombre de mi esposo, ni el de mis dignos padres.

Y ¿entonces hija mia, por qué tan repentinamente abandonaste tu morada?

Marta refirió entonces en breves palabras sus desgracias, y las poderosas razones que habia tenido para obrar de la manera que lo habia hecho.

Mr. N. se quedó profundamente afectado, y apenas hubo concluido Marta de bosquejar sus penas y sufrimientos, añadió.

¡Nunca me engañé! Siempre creí que la inocencia brillaria en la frente pura de la digni-

sima hija de Fernando!.....pero.....tu reputacion está perdida continuó el anciano, como agoviado por una idea, y la infamia se publicó con los mayores visos de verdad.

¿Cómo es eso señor? interrogó con marcada ansiedad Marta.

Ahora, me toca contarte á mí todo lo que pasó despues de tu repentina desaparicion.

¡Oh! sí ¡padre mio! hacedlo por piedad! mi ansiedad es creciente!...

El mismo dia que desapareciste, fingiendo tu esposo un sobresalto, tristeza, y tormento, llevado hasta el mas alto grado, se presentó por todas partes preguntando por tí y por su hijal.... El convite que debia efectuarse en tu casa, por supuesto fué deshecho, uno de los convidados encontróse con tu carta, y por fortuna, ó por desgracia no la abrió, y la entregó á Arturo.

Todos notaron que al leerla se demudó, y arrojándose en brazos de sus amigos exclamó. ¡Soy el hombre mas desgraciado! amigos míos! Marta en estas líneas se despide de mí, manifestándome que no me ama, y que su corazón pertenece á otro.

Sin duda ha partido para reunirse con él, y á estas horas ¡quién sabe donde se encontrará!.....

Ella además me pidió esta mañana la llave de

la caja, y para obligarme á salir y dejarla sola, usando de la mas refinada hipocrecía me manifestó haberla perdido, rogándome fuera en su busca, lo hice así, y no desaproveché los momentos, véamoslo si nó.

En efecto, no tardaron en hacer esfuerzos para abrir la caja, y lo lograron al fin, encontrándose con que apénas quedaban en ella unas cuantas onzas, porque lo habias llevado todo!

No sé de qué astucia se valdria; pero es el caso, que algunos de tus mismos sirvientes manifestaron que en efecto tenias un amante, etc., etc.

Se hicieron en seguida los mayores esfuerzos para encontrarte, no hubo recurso que no se pusiera en práctica por conseguirlo, y Arturo manifestó un dolor tan inmenso, que toda la sociedad lo compadecia.

Al siguiente dia de tu salida de la casa me han contado que se presentó un juez en ella, para ejecutar disposiciones tuyas; pero estuvo hablando con tu esposo toda la tarde, y pronto se convirtió en su abogado y defensor.

¡Quién duda que aquel hombre habia sido comprado por tu esposo! ¡Ah! Se habia cometido contigo un verdadero crimen!

Tus parientes hicieron reclamaciones, manifes-

tando que todo el capital era fruto del trabajo de tus padres.

El abogado alegó, que tu esposo con sus esfuerzos lo habia duplicado, y que tú en el robo de papeles te habias llevado mucho de lo que te pertenecia, que una parte de lo que existia se conservaria para tu hija, en el caso de que se encontrare algun día; pero que tú á nada tenias derecho por la conducta que habias observado, y por la cantidad que habias empleado en abusos abominables.

Marta temblaba al escuchar las palabras de Mr. N, apareciendo en su fisonomía las diversas pasiones que se sucedian en su alma! Ya se ponía pálida como un cadaver!..... Ya el rojo de la indignacion se pintaba en su semblante: repentinamente se levantó.

¡Es mucho sufrir esto! exclamó irritada; y la hora de la venganza ha llegado! Yo habia usado de clemencia con el malvado; ¡Le perdonaré que haya robado mi fortuna, y cubierto de infamia el nombre de mis padres! ¿No, lo único que pudiera perdonarle es que hubiese intentado quitarme la vida!

Ved, padre mío! añadió presentando una cartera á Mr. N. Ved si lo que hay aquí no es bas-

tante para comprobar mi inocencia, y perder al infame á quien queria salvar!.....

El anciano pasó la vista con rapidéz por las cartas que contenia; eran todas las venidas de España, en las que se hallaban descritos los crímenes de Arturo, y una que Marta habia encontrado en el escritorio, escrita por él á sus cómplices, en la cual hablaba de sus infames proyectos.

Mr. N. despues de imponerse del contenido de la cartera, dijo:

¿Es posible, hija mia, que teniendo en tu poder tales pruebas, Arturo viva todavía?

¡Ah! Padre mío! repuso conmovida nuestra buena amiga ¡yo no quiero su muerte! denunciar sus crímenes seria matarle, y el oprobio del ajusticiado recaeria sobre su inocente hija!.....

Yo no odio á Arturo, pido al cielo su arrepentimiento, y solo con mi perdon quiero pagarle todo el mal que me ha hecho!

Al hablar así, Marta inclinó la cabeza, y prorumpió en amargo llanto.

¡Ah! hija mia, tu eres un angel! exclamó el anciano estrechándola contra su pecho, y enjugando dos lágrimas que caian por sus demacradas mejillas.

Conmovidas tambien nosotras contemplabamos

aquella patética escena, mientras la pobre anciana lloraba como una niña.

Julia entretanto dormía tranquila en nuestros brazos.

No es eso todo, continuó diciendo Mr. N... Arturo despues de haber dejado convencida á la sociedad de tu horrible conducta, para distraerse en su pesar, según él mismo dijo, partió para Europa despues de haber realizado todo lo que tenias, y hoy se encuentra gozando sin duda, del fruto de las fatigas y trabajos de tus padres! y lo peor es, que se ignora su paradero, y puede quizás haber cambiado su nombre.

¡Oh! de eso no tengo la menor duda, murmuró Marta, y si mi memoria no es infiel, ereo que el que pensaba tomar era el de Antonio de P. comprando pronto un titulo que lo pusiese al abrigo de toda sospecha.

Entonces replicó el anciano, sería mas fácil adivinar el lugar de su paradero, y desde hoy procuraré indagarlo.

Gracias, mi querido protector, exclamó Marta imprimiendo un beso en la mano de Mr. N. Sí, es preciso averiguar el lugar donde se encuentra ese hombre infame; porque no puedo permitir que él disfrute de la riqueza que me legaron mis padres, mientras mi pobre Julia, á quien todo per-

tenece, se vea privada de sus bienes y de su fortuna.

Tienes razon, hija mia, es una injusticia que es preciso reparar, y yo pondré todo empeño en lograrlo.

Largo tiempo hablaron aún, la tarde declinaba ya cuando nos levantamos, recordamos á Marta que teniamos que irnos ya; la recomendamos lo mas que nos fué posible con aquellos buenos ancianos, y quedó resuelto que al siguiente dia Julia y Marta se trasladarian á casa de Mr. N. para vivir siempre á su lado: en seguida nos despedimos, recibiendo de ambos esposos las mayores pruebas de afecto y atencion, y realmente satisfechas, al ver la paternal ternura con que aquellos buenos ancianos trataban á nuestra querida amiga.

Pronto nos encontramos en el carruaje que debia conducirnos al Metropolitan, donde en la noche irian á buscarnos nuestros queridos padres.

Durante el camino no hablamos de otra cosa, que de la tierna solicitud y cariño con que Mr. N. y su esposa habian recibido á Marta.

Va vd. á ver, le deciamos, como al lado de estos respetables ancianos será vd. feliz; ellos no tienen ningun hijo, y por lo tanto en Julia trasladarán su cariño, y en vd. todo su amor.

Después hablamos de Arturo; le aconsejamos que no fuese á dar pasos que lo pudieran comprometer; querida amiga, le decíamos, sería muy triste pesase continuamente sobre vd. el remordimiento de la muerte de su esposo...! pues no hay duda que si se descubrieran, todos sus crímenes tendría que pagarlos con la última pena!

Marta, no se deje vd. jamás cegar por la desesperación ni la cólera; son muy mezquinas estas pasiones para abrigarse en ese corazón tan noble como el suyo! Tampoco infunda vd. estos sentimientos en sus buenos protectores, y mucho menos en Julia. Si fuese posible quitar á Arturo una fortuna que no le pertenece, y que está empleando mal; trabaje vd. con empeño en que se le despoje de ella; pero si como es de creerse la ha tirado ya con una vida dicipada, entonces... no lo acuse vd. Marta, déjelo en paz y ruegue á Dios por su conversión. Si es posible, ponga vd. indirectamente los medios para ello, pero no lo comprometa vd. de ninguna manera, porque moriría en la impenitencia final, maldiciendo quizás á su esposa y á su hijal.

Marta nos escuchaba con atención; cuando hubimos concluido, nos miró con ternura, y nos dijo, vuestros consejos normarán en adelante mi conducta, nó, nó piensen jamás que hubiera po-

dido desear nunca la muerte á mi esposo, si y mis pasos pueden comprometerlo, estoy resuelta á evitarlos; pero nunca seré una criminal.

Lo que me angustia de una manera inmensa es la idea de no poder conquistar de nuevo mi honra, ofendiendo así el recuerdo de mis padres...! y esto es muy difícil!

Mis palabras ¿qué mérito tienen para ser creídas? y ¿cómo comprometer á Arturo? Terrible es en este punto mi situación!

Quiero sin vacilar ni un instante, que se me devuelva una honra, que jamás he pensado en perder, que nunca he podido manchar!

Después de esta exclamación permaneció sumergida en una meditación profunda, en la cual la acompañamos, porque efectivamente era muy difícil, que su deseo, tan natural por cierto, pudiera tener cumplimiento, y era por otra parte igualmente imposible, que ella quisiese quedar señalada con una mancha tan espantosa, que ofendía la memoria de sus padres queridos, y también recaía sobre su hija idolatrada!

Solo Dios podía inspirarla y ayudarla en empresa tan árdua!

El resto de la tarde lo pasamos muy tristes: Marta consideraba que eran aquellos los últimos

momentos que estábamos juntas, y nosotras también nos encontrábamos dominadas por esta idea.

En la noche vinieron nuestros queridos padres, á los que Marta refirió brevemente su entrevista con Mr. N. y ellos le dieron entonces los mas amistosos consejos, abriéndole con ellos un vasto campo á la meditacion.

Por fin, las once marcó el relox cuando nos despedimos de Marta; le ofrecimos volver temprano para tener el gusto de acompañarla en su nueva residencia, y luego le recordamos de nuevo que aquel dia nos pertenecía, puesto que era el último.

Las lágrimas brillaron en sus ojos al escuchar nuestras palabras, y no pudieron menos que arrancar también las nuestras! Nos abrazamos y salimos profundamente conmovidas.

Al siguiente dia nos levantamos muy de madrugada; pues teníamos que arreglar nuestro equipaje para trasladarnos á bordo aquella misma tarde. ¡Que disgusto nos causaba embarcarnos de nuevo!

La mar nos tenía ya fastidiadas á pesar de su poético encanto, teníamos mas fuertes motivos en esta ocasion para que nos fuese sensible abandonar la tierra.

Largas horas empleamos en componer los equi-

pajes, en seguida nos dirigimos al Hotel Metropolitan, donde Marta hacia ya largo rato que nos esperaba.

Le manifestamos el poco tiempo que teníamos disponible, y la invitamos á que dispusiera pronto su traslacion á casa de Mr. N. para que tuvieramos el gusto de acompañarla, luego enviamos por un carruaje; pronto se dispuso todo, y nos encaminamos á casa de su protector.

Sin duda el buen anciano escuchó el ruido del coche que se paraba, porque sin tocar la puerta nos fué abierta, y Mr. N. tendia sus brazos á Marta, á quien la señora esperaba en el primer tramo de la escalera.

Pronto estuvimos arriba, entonces Mr. N. llevando á Marta de la mano, ven hija mia, le dijo, quiero conducirte directamente á tu departamento, con eso desde este momento tomas posesion de él.

Atravesamos un elegante guarda-ropa, la asistencia y un pasadizo largo, y nos encontramos en un precioso saloncito perfectamente puesto, con un hermosísimo clave y las pinturas mas simpáticas, representando bellos y risueños paisajes, en seguida entramos á una recámara, adornada también con muchísimo gusto, aunque con mucho menos elegancia que la sala: en esa pieza habia

dos camas, la una grande destinada á Marta y la otra pequeña para Julia:

De esta recámara pasamos á otra donde se encontraba la criada que le destinaban; Mr. N. dijo entónces á Marta; esta mujer, hija mia, cuidará de Julia, y estará á tu disposicion para cuanto se te ofrezca.

Pasamos despues á otra nueva piesa; aquí puedes guardar tu ropa, Marta, exclamó el anciano, esta piesa como la ves se encuentra dividida, y es que contiene un baño para que puedas hacer uso de él cuando gustes; comedor y cocina no te hemos preparado, porque suponemos que nos darás el gusto de acompañarnos á comer siempre, excepto el dia que quieras hacerlo sola, en cuyo caso te servirán en tu piesa la comida.

Terminaba el pequeño departamento con una especie de cenador lindísimo, cubierto de plantas, pájaros y flores. ¿Te parece bien, hija mia, tu nueva morada? Preguntó á Marta con mucha dulzura Mr. N.

No solo me parece preciosa, sino muy extensa y muy buena para mí, pues con sola piesa que me hubieseis destinado, padre mio, me habria considerado feliz!

No, Marta, te destinamos el departamento

aislado, que mandé construir á mi hijo querido, cuando trajo en matrimonio á su querida compañera, y nadie desde que él partió lo ha ocupado jamas.

Sí, Marta, un hijo casado y radicado hasta hoy en Washington; tiene una excelente esposa y cuatro hijos, ya lo conocerás; ¡Y si es tan bueno como vosotros, voy á quererlo mucho! exclamó Marta.

Despues de permanecer aun largo rato en el departamento de Marta, pasamos al salon, y Mr. N. entónces se dirigió á nosotras, invitándonos á comer en su compañía. Supongo nos dijo, que no abandonareis á vuestra amiga en su nueva habitacion, pasando el dia á su lado, y honrándonos con vuestra compañía.

Nuestra hermana expresó entónces á Mr. N. los motivos que nos impedian aceptar su invitacion, y Marta levantándose, y rodeando con su brazo el cuello del anciano añadió:

Yo tambien os dejo, padre mio, esta tarde tendremos que separarnos, y quiero pasar con ellas las pocas horas que nos restan de estar reunidas!.....

Muy natural es tu deseo, hija mia, dijo el anciano, y léjos de desaprobalo, yo mismo te ruego que pagues ese tributo á la amistad!

En seguida nos levantamos, nos despedimos de los buenos esposos encomendándoles á Marta, y salimos de aquella casa en compañía de nuestra buena amiga y la pequeña Julia, que estaba muy engreída con nosotras.

Tristes y silenciosas estuvimos durante todo el camino: una sola idea nos preocupaba á todas!... un mismo pensamiento oprimía nuestro corazón!...

Cuando llegamos al hotel, ya el equipage lo habian trasportado á bordo, y todo indicaba en nuestras pieas una pronta partida.

Al entrar en ellas Marta prorrumpió en amargo llanto, y nosotras lloramos tambien, porque el mismo dardo que hería su pecho, atravesaba nuestros corazones!

Así pasamos tres horas en tristes lamentaciones, en promesas y recuerdos! Nos prometimos escribirnos mutuamente, cambiarnos nuestros retratos, y despues de haber agotado todos los recursos que podian hacer ménos dura nuestra separacion, procuramos dominar nuestra emocion porque la hora de comer se aproximaba, y era preciso borrar las huellas de nuestro llanto: por la última vez nos sentábamos á la mesa del hermoso Clarendon!

Cuando hubimos concluido, nos despedimos sin sentimiento de las nuevas amigas del Hotel; nos dieron estas algunos recuerdos, y se mostraron muy sensibles á nuestra partida.

¡Sufrimos tambien nosotras al darles el último adios! ¡Ay! cuando se viaja, por do quier se dejan regadas simpatías: siempre el corazón tiene que deplorar la pérdida de algunos seres que le eran queridos, y á quienes se hallaba unido, por el dulce vínculo de la amistad!...

Cuando hubimos concluido de despedirnos de nuestras buenas y simpáticas amigas, nos fuimos en compañía de Marta, á recorrer por la última vez el hermoso y espacioso Clarendon, admirando de nuevo el orden, la limpieza y el lujo que reina en los hoteles de Norte América.

¡Triste era para nosotras todo aquello, porque siempre es doloroso abandonar los lugares donde hemos gozado, y á los que quizá no volveremos jamás!.....

Despues aun salimos á dar una última vuelta á las principales calles de la ciudad.

Eran las seis de la tarde, la hora de partir habia llegado, y los carruajes esperaban á la puerta, entónces entrando á nuestras pieas tomamos los sacos de viaje y nuestros abrigos, y poniéndonos

los sombreros, nos dispusimos á partir acompañadas por multitud de amigos y buenas amigas del hotel; bajamos la amplia escalera de blanco mármol, y cuando estuvimos abajo dimos un estrecho abrazo á nuestras amigas diciéndoles el último adios, y con los ojos humedecidos por el llanto subimos á los carruajes. Marta subió también, y varios amigos nos acompañaron subiendo en otros carruajes que siguieron á los nuestros.

Pronto perdimos de vista el hotel, y nos internamos en las populosas calles de Nueva York, siempre animadas, respirando siempre la vida y el movimiento.

Volvimos á pasar entónces por Broodway que vimos con verdadero sentimiento, lo mismo que algunos otros puntos, en que habíamos pasado ratos sumamente gratos!

El corazón forma en sí mismo un verdadero contraste, que apenas puede concebirse, tiene ratos de grandeza y de fuerza extraordinaria, que á todo se sobrepone, y no pueden ménos que llamar la atención, y otros en que algunas debilidades lo abaten y quebrantan: el nuestro experimentaba estos efectos, y era tanta nuestra sencillez al abandonar cada uno de los sitios en que habíamos pasado algunos momentos gratos, que á menudo nos conmovíamos por cosas que otros

habrían visto con suma indiferencia, ¡así es el corazón!

Caminamos largo rato pasando por diferentes lugares, y despues de algun tiempo nos volvimos á encontrar en la hermosa bahía que tanto nos había recreado.

¡Ay! Que sensaciones tan tristes se apoderaron entónces de nuestro corazón!

Abandonar otra vez la tierra para volver á entrar en la vida de la mar!

El Cuba era el vapor que debía conducirnos á Europa: íbamos á desembarcar en Liverpool, para trasladarnos en seguida á Lóndres, y luego á Paris.

Paris es el lugar que todos ansian conocer, su fama ha corrido por todas partes, el atractivo que tiene para todos los viajeros es indisputable.

Es la hermosa poblacion donde se recrean, el sitio en que se ensancha el corazón, y se mitigan las penas.

Nosotras habíamos oido hablar tanto de Paris, que participábamos de esos sentimientos, y alentábamos el deseo mas grande por encontrarlos en él, con la perspectiva de permanecer allí algunos dias ántes de proseguir nuestro camino.

ó mas bien dicho, gozando de todos los risueños panoramas que nos presentaba la imaginacion sobre esa misma ciudad.

No obstante, hay ocasiones en que la esperanza de un goze no puede acallar el tormento que a veces experimenta el corazon, y la idea de volver á embarcarnos, la vida á bordo, nos tenia fastidiadas, y aborreciamos ya la navegacion.

Caminar por tierra habria sido para nosotras un verdadero placer; pero en la mar nos desagradaba en grado sumo.

Sin embargo era preciso, en esa tarde debia partir el vapor, el muelle se encontraba cubierto de pasajeros, que como nosotras tenian que abandonar aquel dia á Nueva York, el movimiento era inmenso, la animacion extraordinaria.

Marta á nuestro lado lo contemplaba todo con un aire de marcada melancolía, y las lágrimas á su pesar se escapaban de sus ojos.

Apénas arregló papá todo lo concerniente al equipaje, se unió á nosotras que lo esperábamos por un punto inmediato, y dirigiéndonos al muelle, pasamos de este al Cuba, y pronto nos hallamos en el vapor. Marta nos acompañaba siempre, recorrimos con ella el hermoso buque, que era uno de los primeros de la línea inglesa, y muy

superior al Manhattan en que ántes habíamos hecho la travesía de Veracruz á Nueva York.

Nuestros camarotes estaban muy bien situados y en todo el buque se notaba gran lujo y comodidad.

A pesar de esto, nuestro corazon se oprimió al encontrarnos de nuevo á bordo, teniamos en perspectiva una navegacion de 10 á 12 dias, y esto no podia ménos de disgustarnos.

Cuando hubimos recorrido todo el vapor, subimos sobre cubierta, el momento de partir se aproximaba ya; era inmenso el movimiento que allí habia, por todas partes se veian grupos de pasajeros que iban y venian, sacos de viaje, provisiones, comestibles, todo invadia en aquellos instantes la cubierta del buque, centro de la vida y de la animacion.

Nos hallábamos entretenidas observando todo esto, cuando el sonido de una campana, involuntariamente nos hizo estremecer.

Era aquella la señal, para que todos los que no partian saliesen del vapor: el semblante de Marta se demudó, todas guardamos silencio.

El segundo tañido de la campana se hizo oír. El momento ha llegado, exclamó nuestra tierna amiga con apagado acento, y bañada en lágrimas

se precipitó en nuestros brazos, dándonos el postrer adiós.

Nuestra despedida fué tierna y dolorosa, nuestras lágrimas corrieron juntas, las palpitaciones de nuestro corazón se confundieron, y nuestros labios inertes para todo, solo se abrieron para articular una palabra, que se escapaba de nuestro pecho entre los sollozos y las lágrimas ¡adiós, adiós!... Aquella triste escena despedazaba el alma! Esa despedida nos hacía sufrir doblemente, porque nos traía á la memoria la que habíamos tenido en México con nuestra inolvidable familia!

El tercer tañido sonó, y á pesar nuestro tuvimos que separarnos de los brazos de nuestra tierna amiga, después de haber igualmente cubierto de besos y caricias á la tierna Julia!

¡Que momento tan doloroso fué para nosotros aquel..... jamás lo podremos olvidar!

Nos dejamos caer en los asientos del vapor, que se encontraban en la cubierta, con la vista fija en Marta, que por doquier nos seguía correspondiendo nuestras miradas.

Un fuerte cañonazo hirió repentinamente nuestro oído ¡era aquella la señal de la partida! y efectivamente, el vapor comenzó á surcar pausadamente las aguas.

Nuestros pañuelos flotaron largo tiempo por el aire dirigidos á nuestros amigos, á Marta especialmente!

Poco tiempo después todo lo fuimos perdiendo de vista; pues el vapor fué tomando toda su fuerza.

Nuestro corazón, en esos primeros momentos, se encontraba grandemente angustiado por todas esas pequeñas circunstancias, que anteceden á un viaje y siempre conmueven. Marta nos ocupaba mucho: la primera vez la teníamos en nuestra compañía durante la navegación, la cual por esta circunstancia, se nos hizo mas comfortable; ahora caminábamos sin ella, y comprendimos que el fastidio se apoderaría bien pronto de nosotras con toda su fuerza.

Repentinamente, hirió nuestra memoria un recuerdo ¡la cartera! ¡ah! ella debía contener sin duda algo interesante, que quizás podría servirnos de distracción! nos parábamos ya para ir á tomar, cuando se hizo oír el toque que llamaba á los pasajeros al té.

Efectivamente ya la oscuridad era densa, y preciso nos fué entonces dirigirnos al comedor, que se hallaba situado en la cubierta del buque; pues hay gran variedad en la distribución y forma interior de los vapores, ocupamos los prime-

ros lugares al lado del capitán en la primera mesa, y entonces dirigimos una mirada hacia los que debían ser nuestros compañeros de viaje; la mayor parte, ó mas bien todos parecían ingleses, ó norte-americanos, no se oía mas idioma que el inglés, y en toda aquella multitud de pasajeros no encontramos un semblante que nos simpatizara, por lo cual comprendimos desde luego que no estrecharíamos amistad con nadie en esa navegación.

Además, habíamos sufrido demasiado con la separación de Marta, y no queríamos formar nuevas relaciones, cuya pérdida despues nos fuese sensible y dolorosa.

Bajo tales resoluciones emprendimos la travesía, dispuestas á observar durante ella una vida de retraimiento, y á no intimarnos con ninguno de los que nos acompañaban, y á esto nos ayudó no poco el caracter retraido de las inglesas, con las cuales tan solo tuvimos durante la travesía esas frias relaciones puramente de sociedad.

En cuanto á los caballeros no sucedió así, pues en extremo galantes con nosotras, nos fué preciso tratarlos íntimamente, y tener con ellos mas estrecha amistad.

Nos propusimos además imponernos durante

la navegacion del contenido de la cartera, y esto, segun habíamos podido juzgar, haria ménos monótona nuestra vida á bordo, y nos proporcionaria horas de grato soláz.

Mas es tiempo ya de concluir este capítulo, para poder introducir á nuestros lectores en otro, en el interior de nuestra vida en el mar, durante nuestra larga y feliz travesía, por las agitadas aguas del Atlantico, en el hermoso *Cuba*, cómodo vapor en que navegávamos.

de su brazo y comenzábamos á pasear en grata conversacion á lo largo del vapor, respirando el aire fresco y benéfico del mar.

El mareo se hacia sentir con fuerza en nosotras mas que en la navegacion anterior, y durante los primeros dias fué tal nuestro malestar, que nos vimos obligadas á no salir de nuestros camarotes, y á pasar en la cama la mayor parte del tiempo.

Al fin, haciéndo un esfuerzo, nos fuimos dominando poco á poco, y algunos dias despues ya nos encontrábamos bien, cuanto es posible estarlo en el mar: entonces fué cuando pudimos distribuir nuestro tiempo, de manera que la navegacion se nos hiciera ménos larga y fastidiosa.

Entre los pasajeros que iban á bordo encontramos despues algunos españoles, con quienes particularmente estrechamos nuestra amistad. Es en extremo grato oir en el extrajero nuestro idioma, de modo que el corazon no puede reprimir ciertos movimientos de inmenso regocijo, cuando fuera de la patria se escucha el idioma natal.

También iban en nuestra compañía algunos portugueses, y aunque no sabiamos su idioma, nos era fácil entenderlo por la semejanza que tiene con el nuestro; y cuando se tiene la ventaja

CAPITULO XVIII.

Nuestra vida á bordo del vapor Cuba. —Orden que se observaba en él.
—Se refieren algunas prácticas y costumbres. La puesta del sol y crepúsculo de la tarde. Contenido de la cartera encontrada en el cementerio. Continúa la relacion del viaje á bordo del vapor.

Nuestra vida á bordo del Cuba, durante los 12 dias que duró la navegacion, fué poco mas ó ménos igual á la que habiamos observado en las travesías anteriores: jamas asistiamos al comedor, y mediante una buena gala, la comida nos era servida por la Stuart en nuestros camarotes, donde éramos asistidas con todo el esmero y cuidado posibles.

En las mañanas, á la caida de la tarde, y aun en la noche, subiamos sobre cubierta, y allí estábamos en sociedad con los compañeros de viaje, y aceptando la invitacion de algunos nos tomábamos

de hablar otros idiomas, como el italiano y el rancés, se entiende mucho mejor.

Para este viaje nos habíamos preparado mas aun que para los otros, compramos en Nueva York algunas historietas interesantes que nos entretuviesen algunas horas, íbamos igualmente provistas de sedas, estambres, dibujos, etc., etc. para pasar mas entretenidas el tiempo con algunas labores.

Nos levantábamos regularmente á las siete, subíamos luego sobre cubierta en compañía de nuestros buenos padres despues de habernos desayunado; permaneciamos arriba leyendo hasta las diez, hora en que tomábamos segun nuestra antigua construmbre algo, que quitase el disgusto que nos causaban los alimentos del buque.

A las once nos recostabamos un rato, cosa que por cierto no es muy bueno hacer en los buques, porque en vez de aliviar, no sirve sino para descomponer mas el estómago, y para producir despues mas fastidio y mal humor.

A la una nos dirijiamos al salon de conversacion con nuestra labor en la mano, pero rarísima vez nos ocupábamos de ella, porque el trabajo cansa y fastidia en una navegacion, y es muy difícil que se pueda uno entregar á él, mas bien empleábamos el resto del dia en conversar con

nuestras compañeras de viaje, y en jugar con ellas, lo que nos servia tambien de distraccion empleando algunas horas del dia; otras veces oiamos leer alguna cosa, ó bien leiamos nosotras en particular.

A las cinco tenia lugar la comida, que preferiamos nos la llevasen á nuestros camarotes, ó al salon de conversacion, por el disgusto que nos causaba el olor ó vista del comedor, y de muchos de los platos con que cubrian la mesa; pero esto no fué duradero y nos pasó pronto, como en breve sabrán nuestros lectores.

Despues de comer subiamos de nuevo á la cubierta del buque donde no era muy riguroso el frio, y permaneciamos allí hasta cerca de las nueve de la noche, hora en que se tocaba á silencio y teníamos todos que recojernos en nuestros camarotes, donde á las diez en punto vienen los sirvientes á apagar la luz; mas ántes de pasar adelante, referiremos lo que ha un momento ofrecimos á nuestros lectores.

Una noche que teniamos mejor humor que de ordinario, seria como el octavo dia de la navegacion, nos pusimos á hablar de nuestra patria querida, y entre los muchos recuerdos que de ella haciamos, fué uno el de sus canciones populares; para hacer mas vivo el recuerdo comenzamos á

cantar algunas de estas canciones, empleando en esto casi una hora: sonaron las nueve y callamos, despidiéndonos de los amigos que nos acompañaban, y entramos á recojernos.

Al siguiente día, el mozo nos sirvió nuestro desayuno; pero á las once, hora en que la stuart tenía la costumbre de traernos nuestros buenos platos de desert, no apareció, juzgando que quizás estaria muy ocupada, la esperamos un rato; las diez y media dirieron y no venia, entonces nos comenzamos á molestar, y enviamos á uno de los sirvientes que nos la llamase, así lo hizo y al aparecer la preguntamos ¿por qué no nos habia traído como de costumbre nuestro plato de desert? nos quedó contemplando con una fijeza extraña, y despues de vernos así un breve rato nos dijo, que las niñas debian subir al comedor á tomar su alimento; que como en dias pasados le habiamos dicho que estábamos enfermas, no habia tenido inconveniente en servirnos la comida en nuestras piezas, pero que la noche anterior nos habia escuchado cantar mas de una hora, y esto le habia probado claramente que no solo no estábamos enfermas, sino muy buenas, porque el malestar se opone completamente á la diversion que nos habiamos proporcionado, y que habiendo tenido la satisfaccion de ver que estábamos

ya completamente bien, tenia igualmente que advertirnos la obligacion de subir al comedor.

Mucho hicimos por convencerla de que no estábamos bien, y que en aquel momento tan solo nos habiamos sentido mejor, y por eso nos proporcionamos aquella distraccion; mas fué todo inútil, madama estaba verdaderamente furiosa; creia sin duda que para darle una cólera, ó para burlarnos de ella nos habiamos puesto á cantar la noche anterior, y no quiso ni acabar de oir nuestras excusas, sino que se alejó diciendo, "*Young ladies up stairs.*"

El caracter de los ingleses es caprichudo y poco complaciente, madama quedó seria con nosotros, no volvió por supuesto á traernos nada, y nos fué preciso el resto de la navegacion subir al comedor, si bien es cierto que, como ya nos sentíamos bien, no tuvimos la repugnancia que al principio, y comprendimos que siempre es mejor ir personalmente á la mesa, que no esperar, á ser servidas, porque así se escoje entre la multitud de platos que sirven, los que son mas del gusto, y puede uno á discrecion repetir, ó dejar los que desagradan, mientras que esperando en el camarote ó en el salon, se ve uno precisado á tomar algunas cosas frias, á privarse de algo que mas le agrada, porque es imposible que lo sirvan

todo, y con el esmero con que se hace en una mesa.

Fueron cuatro los dias que tuvimos que subir al comedor, mas dos despues de pasada la escena que ántes referimos, la stuart temerosa sin duda de perder la gratificacion, que al fin de la navegacion dan los pasajeros á los sirvientes que los han servido bien, se propuso reparar el mal que habia hecho, dándonos mil satisfacciones, y ofreciéndose para traernos de nuevo la comida á nuestros camarotes, mas nosotras, que habiamos comprendido ya la ventaja de ir al comedor, y que nos sentiamos ya bien, no aceptamos sus ofertas y seguimos como de costumbre subiendo.

Una de las cosas, que llamó nuestra atencion durante esta travesia, fué la severidad de las costumbres inglesas, allí jamás un caballero pisaba el salon de las señoras, aun cuando él fuese nuestro padre ó nuestro hermano, jamás uno de ellos fumaba ante una señora, y tan solo sobre cubierta ó en los salones de juego era donde podiamos estar todos reunidos.

El domingo, el capitan y la mayor parte de los pasajeros ocupaban el comedor, y allí el primero leia en voz alta la Biblia, y así santificaban la mayor parte del dia. Nosotras en union de los pocos católicos que allí habiamos, veíamos todo

esto, admirando la observancia de aquellas gentes en los puntos de su religion, y compadeciéndolos tambien, por no prefesar la que para nosotras tenia tanta importancia y atractivo, y sostenia toda nuestra esperanza, sirviéndonos de consuelo por ser la única verdadera, la religion sublime del crucificado.

Los domingos para los protestantes son dias enteramente dedicados al recojimiento y al retiro, y aun viajando observan en cuanto pueden esta ley para ellos tan rigurosamente guardada siempre.

Como en el Manhatan. la mayor parte de los pasajeros éramos católicos, no pudimos observar esta costumbre, que tanto llamó nuestra atencion á bordo del Cuba.

Recordando lo grato que nos habia sido contemplar en alta mar el crepúsculo de la mañana, quisimos procurarnos los únicos goces que nos proporcionaba el Océano, y nos propusimos disfrutar del crepúsculo de la tarde, mirando tambien el ocaso del sol, y no perdiendo uno solo de los encantos que esto debía proporcionarnos.

La tarde estaba deliciosa, y los mas risueños celages se ofrecian á nuestra vista, embellecidos por las alucinaciones de nuestra imaginacion.

Las vaporosas nubes, robando al iris sus colo-

res, y tomando los mas deliciosos tintes, y las mas caprichosas y seductoras formas se ostentaban en el firmamento, formando los cuadros mas sublimes y encantadores, que deleitaban la vista y hablaban al corazon.

Extaciadas ante tan bello panorama, dirijimos la mirada hácia el Norte, y prestando nuestra imaginacion vida á aquellos grupos caprichosos, nos hacia descubrir en ellos cuadros vivos, y escenas verdaderamente poéticas en ese punto; parecíanos ver airoso é imponente un volcan, de cuyo cráter en aquel instante se desprendian las mas vivas llamas, corriendo por sus faldas el fuego y la lava, que el sol iluminaba de lleno pres-tándole el mas hermoso colorido.

Si dirijamos la mirada hácia el Sur, se nos presentaba una hermosa joven recostada graciosamente sobre una vaporosa nube, debajo de un arco de bellos colores, que vagaba dulcemente en el espacio, repentinamente encontrábase con un dragon infernal, que segun parecia venia dispuesto á devorarla, se entablaba entonces una corta lucha entre ellos, pero terrible y encarnizada; pronto sin embargo vimos que el dragon lograba su fatal objeto, y la hermosa jóven y el lecho desaparecian, mas el dragon tambien perdia su

forma, y la reunion del todo se constituia en un suntuoso castillo,

Apartemos ahora nuestros ojos del Sur, para fijarlos en el Oriente que nos presenta un cuadro sombrío é imponente: vimos un bosque cubierto por espesos y elevados árboles, y alumbrado por la argentina luz de la luna, á cuya poética claridad puede distinguirse un cazador corriendo tras un ciervo, por otro lado un grupo de pastores comiendo alegremente al abrigo de un árbol secular; algo mas léjos pasia, corria y retosaba, el ganado que éstos cuidaban, de repente el velo de las tinieblas que estaba suspenso aun comenzó á recojerse por este lado, presentándonos entonces en el firmamento un cuadro tan seductor, que arrebató nuestras miradas.

Nos volvimos hácia el Occidente y permanecimos largo rato extáticas, fijas en el astro refulgente del dia, del que todos los otros astros reciben la luz; ¡el rey y soberano de todos ellos! que se inclinaba hácia las entrañas ó fondo de las aguas, y su forma era la de una bola de fuego.

Sus rayos formábanle como una aureola de oro, y al venir á confundirse con las blancas nubes, formaban los mas seductores celages; ya se veia un tranquilo lago, cuyas dulces ondulaciones eran apenas perceptibles; más léjos un buque

con sus velas desplegadas vagando suavemente por el hermoso lago; á sus lados descubríamos algunos edificios dispersos.

Al encontrarse los postreros rayos del sol con este bello cuadro, formaban como una lluvia de fuego, que uniéndose á las aguas del tranquilo lago, sumerjía al buque en su tránsito!.....

En la contemplacion de este triste naufragio, nos encontramos, cuando se estendieron las sombras de la noche, y ocultándose el sol en el seno de las aguas, solo dejó una columna de fuego como huella de su paso!.....

Cuando los agonizantes rayos del sol espiraron en el horizonte borrándose sus últimos reflejos, nuestra vista se volvió hácia el lago, mas el denso velo de las tieblas lo cubria ya todo, y nos impidió ver la suerte que les habia cabido á los desdichados náufragos!....

Pronto otro espectáculo celestial nos consoló de esta pérdida.

El esmaltado manto de la noche se estendia sobre el azul del cielo, millares de estrellas fijas y refulgentes brillaban en el firmamento; el astro de la noche, con suave y cadencioso paso comenzó á avanzar dulcemente por el espacio. La luna hallábase en llena, y ante su disco refulgente las nubes se abrian para franquearle el paso!....

Como una orgullosa reina rodeada por las estrellas, que parecian formar su corte, (á pesar de ser tan superiores á ella,) nos dejaba ver unas veces su risueño semblante radiante de luz, y otras veces permitia que las nubes la cubrieran con su trasparente velo, para hacernos gozar despues de su dulce aparicion!....

Magestuosa como una sultana, acompañada por su favorita Vénus, se paseaba en el azul del cielo, arrojando hasta nosotros su poética y argentina luz, como una ancha cinta de plata, que seguia graciosamente las dulces ondulaciones de la mar!....

¡Oh, cuan bello era este celestial panorama que se reflejaba sobre el cristal de las aguas!....

Extaciadas en la contemplacion de cuadros tan seductores y fantásticos, bendecíamos la mano Omnipotente, que habia formado en sus obras tantas maravillas, que tanto honraban á su divino Autor!....

Eran las ocho de la noche, cuando la voz de varias personas que venian á buscarnos nos arrebató de nuestra contemplacion, obligándonos á salir de nuestra profunda meditacion, y á volver á la realidad de la vida.

Habiamos pasado sin sentirlo mas de tres horas arrobadas ante las grandezas de la naturale-

za, y no sin disgusto regresamos á popa, donde la conversacion y el bullicio cortó el hilo de nuestras reflexiones.

Antes de continuar la relacion de nuestro viaje, queridos lectores, deseamos que paseis con nosotras vuestra vista por las largas páginas, que escritas con mano trémula se encierran en el misterioso objeto, que la casualidad ó el destino colocó en nuestras manos en la salida del cementerio, y al pié de la poética y solitaria tumba de Matilde.

Abramos el manuscrito, y leamos sus primeras líneas, dicen así.

¡Triste es habitar en un mundo tan lleno de injusticia, sin un nombre que presentar para ser por el colocados en el terreno que nos corresponde!

¡Por qué fatal impulso he tomado esta pluma entre mis manos, tratando de bosquejar en mis horas de soledad y de sufrimientos profundos una historia llena de episodios que tan solo para mí pueden tener interés?

¡Quién puede tomar parte en la suerte de un desdichado, que no cuenta en el mundo ni con parientes, ni con amigos?

¡Oh! no sé sin embargo que especie de consuelo siento, al trasladar en este momento las penas

de mi corazon á estas páginas: ¡ellas serán de hoy más mis mas fieles amigas, y sentiré algun alivio al derramar mis lágrimas sobre sus enlutados signos!....

¡Quizás algun dia recorrerá álguien mi triste historia!....

¡Oh! si este manuscrito llegase á tus manos madre mia, él te arrancaria lágrimas amargas, cuando vieses cuánto tu abandono ha hecho sufrir á Genaro!

¡Madre! madre he dicho! ¡Ah! ¿tengo yo acaso una madre? ¿Conzco por ventura la mujer á quien debo el sér? . . . ¡nécio de mí! nó Genaro, tú no tienes padres; ellos te han desconocido! te han abandonado! . . . ¡jamás los tiernos lábios de una madre han impreso un beso en tu frentel... solo, sin nombre.... sin familia.... sin fortuna.... ¿Qué puedo esperar sobre la tierra? ¡tan solo llanto y amargura! . . . espinas tan solo y abrojos!....

¿Qué puedo encontrar por todas partes, mas que el egoismo y la indiferencia?

¿De quién puedo esperar cariño, si los mismos que debian amarme me abandonan?

Mas ¡perdonad! ¡ah! vosotros que me disteis la vida!... ¡quizás una mano oculta me haya arrebatado de vuestro lado!... ¡tal vez vosotros como yo

llorais! ¡quizás también deplorais la pérdida de
vuestro hijo!.....

.....

.....

¿Qué objeto guía mi pluma? ¿por qué quiero
consignar en estas páginas las desgracias de mi
vida?..... ¡No lo sé! Dios me ha inspirado este
pensamiento, cúmplanse en mí sus ocultos desig-
nios!

Ignoro el país que me vió nacer y el nombre
de los seres á quienes debo mi existencia; era yo
niño, muy niño cuando un día, según recuerdo,
fui sacado de un lugar oscuro y sombrío, donde
había pasado los primeros años de mi infancia;
ignoraba hasta entonces que hubiese un mundo
lleno de encantos y atractivos, contaría yo apén-
nas diez años cuando fui sacado de aquella pri-
sion, de la que ántes jamás había salido.

No conocía yo más que á un anciano venera-
ble que me servía de carcelero, llevándome dia-
riamente el alimento, y prodigándome sus cari-
cias, ¡las únicas que he recibido durante mi exis-
tencia!.....

Yo vivía allí ignorado de los hombres, é igno-
rando también que ellos existían!... vivía en fin

en la ignorancia más completa y en la oscuridad
más profunda.

Mi vida había transcurrido sin goces y sin
placeres; mi carácter, lejos de ser el espacivo de
un niño, había adquirido cierta severidad, cierto
tinte de melancolía que me hacía en extremo sin-
gular! Jamás la sonrisa jugueteó por mis infan-
tiles labios, y las lágrimas sí muy á menudo hu-
medecieron mis ojos! entonces ¡ay! no hubo una
mano que las enjugara!.....

Vivía sin aspiraciones, nada deseaba, porque
nada conocía, y aunque tierno niño, me cansó la
vida, y pensaba con placer en que esta tendría
un término.

Una tarde ví penetrar en mi prision al bonda-
doso anciano, su aparición en aquella hora llamó
mi atención. Genaro me dijo, sentándome en sus
rodillas, tú ignoras que hay un mundo con gran-
des ciudades y habitado por muchos hombres,
hoy es preciso que lo sepas, porque pronto vas á
salir de aquí, y voy á conducirte á él.

¿Un mundo? pregunté sorprendido, y ¿qué es
eso? yo no os comprendo! el buen anciano sonrió,
y acariciando con su mano mi cabello, hijo mío,
me dijo, hasta hoy de nada te había hablado,
porque no quería infundirte deseos que no te se-
ría fácil realizar; pero hoy debo descorrer ante

tu vista el misterioso velo, que te tenia sumergido en la mas lamentable ignorancia.

Pues bien, señor, hablad ¡por piedad! le dije yo, porque mis deseos por saber lo que ignoro son inmensamente grandes!

Recuerdo que entonces aquel buen anciano, tomando la palabra, dió principio á una larguísimo conversacion, que traia su origen desde la creacion del mundo.

Yo no puedo encontrar conceptos bastantes expresivos, para demostrar toda mi admiracion, al escuchar cosas tan enteramente nuevas para mí.

Pendiente de las palabras del anciano no queria perder ni una sola, y no comprendiendo el sentido de algunas, le rogaba tuviese á bien hacerme de ellas una explicacion mas clara.

Aquel hombre no carecia de paciencia, ó tal vez le alhagaria mucho ver mi grande admiracion de cuanto nuevo me referia; pero es el caso que él me contaba con mucho placer cuantas maravillas existian en la tierra, y yo no me cansaba nunca de escucharle.

No concluyó aquella tarde de referírmelo todo, y mas bien pudiera decir que comenzó, á pesar de haber permanecido á mi lado sobre tres horas, me tuvo que abandonar, quedando de venir á verme muy temprano. Sin embargo, antes de

que partiese, mi curiosidad de niño me hizo hacerle una pregunta y fué la siguiente.

Justo, le dije: mi ansia por conocer todas las maravillas de que me hablas crece por momentos, y desearia tuvieses á bien indicarme; cuánto tiempo aun tengo que permanecer aquí?

Sonrió con cierto aire de bondad el anciano, y sin tener en suspenso mucho tiempo mi curiosidad, me contestó al fin.

Dentro de ocho dias saldrás de aquí, pasarás en seguida un mes en una casa donde me tendrás á tu lado, despues entrarás á un colegio donde permanecerás hasta que tu inteligencia haya adquirido las luces que todo hombre debe poseer; en fin hasta que hayas concluido tu educacion.

No pude disimular mi contento, me arrojé en los brazos del anciano, comencé á dar muestras de regocijo, y no cabia en mí de satisfaccion.

Aquella noche no puede dormir..... el pensamiento de un mundo que no conocia tenia despiertos mis sentidos todos, y mi ser en un anhelo creciente!.....

Al dia siguiente muy temprano, me levanté, de modo que tuve que esperar mucho para que apareciese el anciano: ¡con qué impaciencia veia pasar las horas! sentia dentro de mí cierta agitacion y movimientos bien extraños é inusitados.

Dieron las siete en mi reloj cuando oí el ruido que hacía la puerta al abrirse, mi corazón latió por la primera vez con una fuerza extraordinaria, presentia que aquel debía ser Justo que me venía á dar sus nuevas instrucciones, y á enseñarme algo que me debía llevar de sorpresa en sorpresa y de asombro en asombro!.....

No me engañaba, era D. Justo el que entraba. ¿Qué tal noche has pasado Genaro? me preguntó.

Oh Justo! le contesté, corriendo á su lado y estrechando con todas mis fuerzas sus manos, ¡nunca la había pasado semejante! diré mas bien, para mí no ha habido noche; pues no he tenido descanso, y no he dormido un solo instante.

¿Es posible? y ¿por qué eso?

Como de costumbre me acosté á dormir; pero imposible de cerrar los ojos! el caos!.... ¡Dios!.... el hombre!.... el paraíso!.... los animales!.... las flores!.... las frutas!.... el sol!.... la luna!... las estrellas!.... en fin mil imágenes deliciosas se presentaron á mi fantasía, y me quitaron por completo el sueño! Sí, Justo, no he podido dormir; pero en cambio he gozado doblemente al estar despierto, hoy me levanté mas de mañana para esperarte, y hace ya más de tres horas que estoy en pié, anhelando el instante en que tú debias presentarte: este ha llegado al fin y ¡soy

dichoso! pero ven, Justo, toma asiento y sírvete seguir de nuevo tu bellissima relacion.

Genaro, es tal tu contento, me dijo entonces el anciano, que olvidas que no has tomado ningun alimento desde anoche, cosa que por cierto es muy perniciosa, mas aun cuando se ha pasado la noche en vela como te ha sucedido: nó, ántes de seguir dándote mis instrucciones, es preciso que comas, hé aquí tu desayuno!

Recuerdo tambien que entonces por la vez primera experimenté una cosa que jamás me había sucedido: durante mi permanencia en aquella oscura prision, no tenia más que dos placeres: el mayor, recibir mi alimento, que siempre tomaba con un gusto extraordinario, y el segundo, esperar la hora en que repentinamente se iluminaba mi calabozo por la claridad del astro del dia que generalmente era á las tres de la tarde.

Naturalmente, mucho me llamó la atención, despues de la reconvenion de D. Justo, el no haber sentido ninguna necesidad de alimento, cuando como he dicho, él constituia uno de mis mayores goces.

Tomé el canastillo que el buen anciano me presentaba, y devoré cuanto contenia: en seguida corrí á sentarme á su lado. D. Justo me reconviene manifestándome lo dañoso que era comer muy

aprisa; mas luego contestando una pregunta que le hice, continuó contándome mil bellezas que no quiero consignar aquí, porque se convertiría esto en una especie de estudio que cansaría á mis lectores.

No hablaré por tanto de las entrevistas que tuve con D. Justo, y las buenas instrucciones que me daba, ni de la grande ansiedad que tenia porque llegara el momento en que concluyesen los ocho dias de término, que fueron pasando para mí con una lentitud horrible.

Faltaba solo dia y medio.....serian como las seis de la tarde, cuando D. Justo entró con mi cena, y acercándose á mí me dijo ;sabes Genaro que traigo una visita para tí?—Qué es eso? pregunté con sorpresa?—D. Justo sonrió.

Es, dijo, una persona que te quiere mucho y viene á verte.

¿Una persona que me quiere y viene á verme y no eres tú?

—Una visita. Que pase, le contesté lleno de ansiedad.

Poco despues ví penetrar un bulto.....sentí cierto temor....se hallaba embozado en un manto negro, y no se le veía el rostro, porque igualmente se lo cubria un velo negro.....

Caminaba apresuradamente hácia mí.....yo

retrocedia, y por un movimiento de atraccion me acercaba á D. Justo.

Cuando estuve cerca de él le dije muy quedo: ¡Que se vaya!.....¡Por Dios! le tengo miedo!....

El anciano me vió con extrañeza, y luego díjome tambien en voz baja.

Nada temas Genaro, que yo estoy á tu lado; esta es una buena señora que mucho te ama y ningun daño te hará; al contrario trátala con cariño, porqu tu desvio la haria sufrir!

¿Una señora que me ama? pregunté á D. Justo, y dominando mi temor quise acercarme á ella, pero no pudiendo contenerme, me arrojé en los brazos del anciano exclamando: ¡Oh! tengo miedo! que se vaya..... no quiero verla!.....

La desconocida, á quien se advertia hacian daño mis palabras, suspiró fuertemente, y acercándose á mí, me dijo con un acento tan dulce que jamás podré olvidarlo.

¿Por qué huyes de mí Genaro? ¿acaso mi presencia te inspira terror ó aversion?

Ven, déjame que imprima un beso en tu frente: ¡dame, hijo mio, el dulce nombre de madre!... y al hablarme así me tendia sus brazos.

Alentado por sus cariñosas palabras y por el eco dulce de su voz, é impulsado tambien por D. Justo, me acerqué á élla, y me recibió en sus

brazos, estrechándome fuertemente contra su corazón!.....entonces pude notar que este palpita-
ba con violencia, y que derramando abundantes
lágrimas ahogaba la fuerza de sus sollozos!

¡Ante el dolor de aquella mujer me sentí con-
movido!.....y experimenté que mi corazón se
hallaba dispuesto á amarla! ¡ay! lo que entonces
tierno niño no comprendí, hoy lo comprendo!....

¡Aquella mujer desdichada era mi madre!.....
¡Oh! madre mía! ¿por qué el destino me ha per-
seguido tan cruelmente? ¿por qué me han arre-
batado de tu lado? ¿por qué me han privado de
tu amor y de tus caricias!.....¡Ah! sería tan dul-
ce para mí tener una madre!.....

¡Tristes reflexiones, alejaos de mí, dejadme sí
consignar en estas páginas las impresiones de mi
alma!.....no vengais ¡ay! á interrumpir el hilo
de mi triste historia!.....

Mi corazón de niño se conmovió ante el dolor
de aquella mujer desconocida, y la pregunté.

¿Por qué llorais señora?

¡Señora! exclamó tristemente ¡ah Genaro! te
había suplicado me llamasen madre!

¡Madre! repetí y ¿qué quiere decir madre! no-
té entonces que su cuerpo se estremecía, y con
un acento que desgarraba el alma, dijo, elevando
sus manos al cielo.

¡Oh Dios mio, este niño me mata con sus pa-
labras!..... despues inclinando su cabeza lloró
amargamente.

Yo guardé silencio; mas viendo que no se con-
solaba acaricié con mis manos su cabeza dicién-
dole ¡enjugad el llanto!..... ya que lo quereis os
llamaré ¡madre!.....

¡Ah! gracias, gracias Genaro, hijo mio, sí, llá-
mame siempre ¡madre! suena tan dulce en tus
lábios esa palabra!..... y al hablar así, al través
de su velo me colmaba de besos y de caricias.

Yo estaba sorprendido; D. Justo conmovido
lloraba tambien; la desconocida enjugó sus lágri-
mas y con tierno acento añadió: escúchame hijo
mio, me has preguntado lo que es madre, y voy
á esplicártelo para que ames á la tuya, y pidas á
Dios todos los dias por ella.

Yo escuché atentamente á la buena señora,
creí que como D. Justo iba á contarme algo ma-
ravilloso, y me figuraba que una madre seria al-
go parecido al Sol, á la Luna, al mundo!.....
¡pobre niño! bien se conocia que habia sido cria-
do en la mas completa ignorancia!

La señora tomando entonces la palabra, me ha-
bló en estos términos: Una madre, Genaro, es el
mayor tesoro, que puede Dios dar al hombre,
porque ella ocupa en la tierra su lugar.

La madre es para los hijos el apoyo mas seguro, el lugar donde pueden con entera confianza descansar!

Una madre ama á sus hijos, mas que las plantas al Soll.... Vive por sus hijos!..... Se sacrifica con placer por ellos, y por ahorrarles el menor tormento, daria con gusto su vida!.....

Dios coloca, Genaro, en el corazon de la mujer un tesoro inmenso de ternura, que el hombre no puede nunca llegar á comprender en toda su extension; pues bien, la fuerza de todo este amor se reasume mas que en toda otra cosa en los hijos! ámalos con delirio! con toda el alma! Desde que nacen los estrecha contra su corazon, y cúbrelos con las primeras lágrimas que le arranca la ternura maternall..... Con su propio aliento calienta esos miembros delicados y frios! cubre con sus besos ese pequeño cuerpecito, que estrecha con la fuerza del amor; y enseña al niño á pronunciar las primeras palabras! Manifiéstale despues que hay un Dios incomprensible é inmenso, á quien únicamente debe mas amar que á sus propios padres! Guía sus primeros pasos, y comienza á ilustrar su inteligencia.

A su lado pasa el niño los primeros años de su existencia, lleno de felicidad, porque en su madre encuentra una amiga, una protectora, el mas

sólido consuelo! Si la pena penetra en el corazon del niño, allí está esa mujer para que en ella desahogue sus sufrimientos. Si corren sus lágrimas, las enjuga esa madre.... Si sonrie, tambien ella sabe corresponder esas sonrisas! Si tiene motivo de pena, de temor, es esa mujer admirable quien sabe calmarlos todos con sus palabras, con sus caricias, con sus consuelos, ó con sus lágrimas!.. Por complacer el menor de sus deseos, es capaz de meterse en las mayores dificultades, por evitarle un disgusto, seria capaz de mil sacrificios.

Cómo podria yo nunca, Genaro, manifestarte en pocas palabras toda la extension del amor maternall esto no es posible ¡oh hijo querido!... pero yo te prometo que, cuando estés en la edad de comprender, te enviaré algunas reflexiones que te harán conocer más claramente toda la fuerza del amor maternal.

Yo estaba admirado de la pintura que me habia hecho la señora del amor de una madre, y no pude evitar esta exclamacion.

¡Entonces todos en el mundo han tenido una madre, mientras yo no he tenido ninguna!... ¡ah!..... ¡qué mujer tan criminal debe haber sido mi madre, cuando fué capaz de abandonarme en este oscuro calabozo, cuando existe un mundo tan lleno de encantos!

Noté que aquella mujer comenzó á temblar, cuando mis palabras escuchó; pero luego me dijo: Genaro, no pronuncies jamás semejante expresion contra de tu madre!... quizá ella te ama mas que las demas madres aman á sus hijos, y algun acontecimiento desgraciado, que tú no conoces, la haya obligado á guardar respecto de tí semejante conducta, mientras su corazon, despedazado por el martirio, vive en una agonía horrible, larga y mortal.

¿Conoceis vos á mi madre? pregunté instintivamente á la misteriosa señora; ¿sois vos por ventura?—¿Yo?... tartamudeó ella vacilante: nó, ¡hijo mio! no la conozco!... pero ¡quizás algun dia la llegue á conocer!

Pues ¿dónde está? lo sabeis?...—Nó; tampoco lo sé; pero nada es imposible ¡y quizás algun dia llegue á saberlo!

¿Cuál es vuestro nombre señora? yo quiero que me lo digais, porque desearia, que si vos llegais á saber el de mi madre, me lo manifesteis al momento.

Si hijo mio, te lo diré.

¿Cómo os llamais?

Justo, te revelará mi nombre. Hoy ¡hijo querido! solo quiero pedirte que ames mucho á tu ma-

dre, que jamás la acuses de ingrata para contigo, porque ¡es mucho! lo que ella te ama!.....

Y ¿cómo lo sabeis? luego.... ¿vos conoceis á mi madre? ¡Ah! señora! conducidme á su lado!... quiero verla!... me seria tan dulce recibir sus caricias!... reposar en su seno!... tener en fin una madre!....

Vos decís que élla me ama ¿por qué pues no me tiene á su lado? decís que una madre lo sacrifica todo por un hijo ¡ah! entonces élla no me ama ¡puesto que me ha abandonado! y al hablar así dejé correr mis lágrimas en el seno de aquella mujer!.....

A esta vista la desconocida se turbó: no llores Genaro, me dijo, con una agitacion creciente, no vez que tus lágrimas.....que tus palabras.... despedazan el corazon de tu pobre madre?.....

¿De mi madre habeis dicho?..... ¡Vos sola me habeis escuchado! luego..... ¡Vos sois mi madre!..... ¡Ah madre de mi vida! ya no me abandoneis!.....

Al hablar así me arrojé de nuevo en sus brazos: la pobre mujer temblaba combulsivamente, y estrechándome contra su corazon decia: ¿tu madre yo? ¡Oh! no Genaro.... ¡te has engañado!... yo no soy tu madre.....

A estas palabras me arranqué de sus brazos

con violencia y le dije: pues bien señora, si vos no sois mi madre ¿por qué llorais? ¿á qué habeis venido?

He venido, continuó ella, ha hablarte de tu madre; he penetrado hasta aquí, para pedirte que la ames y no la acuses de ingrata para contigo, porque es muy desgraciada!

Puesto que tanto os interesais por ella señora, vos debéis conocer á mi pobre madre!... tal vez ella como yó gima en una oscura prision! yo quiero sacarla! quiero decirle, que hay un mundo! que hay algo mas bello que las oscuras paredes de su calabozol!..... Sí, buena señora, continué, llevadme á ver á mi madre! conducidme á su lado! quiero verla!...

Pero si te he dicho que no la conozco. Genaro... nó, nó, no sé quien es!...

¡Oh Dios miol exclamé entonces tristemente, ¿debo para siempre renunciar á tener una madre?.....

La desconocida se levantó bruscamente al oír estas palabras, é imprimiendo un beso en mi frente, partió, pudiendo apénas contener los sollozos que la ahogaban; D. Justo la siguió, y cerrando tras sí la puerta, pronto me quedé solo en mi oscura prision.

Entonces por la vez primera pensé en mi ma-

dre, y cayendo de rodillas elevé mis manos y mis ojos al cielo, y dirijí á Dios una ferviente plegaria!.....

Era la vez primera que pedia por la felicidad de mi madre! Despues de un breve rato me arrojé vestido en mi lecho: durante toda la noche ví en sueños á mi madre, y esta imágen vino á borrar los pensamientos que ántes me agitaban.

Cuando desperté, no pude ménos de pensar en la misteriosa señora, que la víspera habia penetrado en mi calabozo; mil veces se cruzaba en mi mente el pensamiento, de que ella pudiera ser mi madre idolatrada á quien no conocia; pero al acariciar esta imágen querida, me era imposible creer que si hubiera sido, teniendo un corazon tan ardiente, hubiese partido sin manifestármelo, y sin llevarme á su lado, despues de haberle expresado yo tan vivas ancias de conocer á mi pobre madre!

Nó, ¡ella no es mi madre! exclamé por fin; pero de lo que no me cabe duda es, de que ella conoce á la que me dió el sér!..... ¡A! sí, aunque se empeñe en negarlo, nunca podré creerlo! ella la conoce, y sabe donde se encuentra ¿por qué no me lo diria? ¡Dios poderoso al que acabo de conocer! te invoco con toda mi alma, para que pronto me lleves á los brazos de esa madre que tú mismo me distel!.....

Si al ménos hubiera yo visto su rostro exclamé luego; pero no pude aunque lo intenté: ella no se descubrió; sus lábios se imprimieron varias veces en mi frente, pero siempre cubierto el rostro ¿por qué el misterio funesto debe rodearme siempre? ¿Qué signo fatal es el mio?

Mi corazón se entristeció con este pensamiento; apoyé en ambas manos mi abatida frente, y por la vez primera corrieron mis lágrimas en abundancia.

Mas tiempo es ya de cerrar la cartera interesante, porque hay lugares en que no es uno libre para pasar el dia como le place; por nuestro gusto todo lo hubiesemos pasado leyendo aquel manuscrito, que la casualidad puso en nuestras manos; pero teniamos algunas exigencias que debian ser preferidas al placer.

Muchas veces en los momentos en que con mas interés leíamos, se presentaba ya una amiga, ya el capitán del vapor que nos habia tomado muchísimo cariño, y á menudo acercándose á nosotras nos decia.

Dejad ya vuestra lectura, vamos á dar una vuelta, hagamos un poco de ejercicio; y teniamos en efecto que dejar nuestra lectura, por complacer los deseos de nuestros compañeros de viaje.

El capitán del Cuba era un hombre muy sociable y simpático, desde los primeros dias de nuestra permanencia en el vapor, habia comenzado á marcarnos su afecto y su distincion, á medida que el tiempo fué pasando, se mostró mas fino, y hacia particularidades tan extraordinarias respecto de nosotras, que no podiamos ménos de mostrarnos siempre gratas, como era tan natural.

En las mañanas apenas nos veia sobre cubierta, se venia hácia nosotras con los brazos abiertos, (eramos unas niñas, lo saben ya nuestros lectores) despues de abrazarnos afectuosamente nos tomaba de la mano, y nos llevaba con él á recorrer el buque.

Seguíamos todos sus pasos, y por cierto que no eran pocos, sobre todo á esa hora en que se ocupaba con tanto empeño de la vigilancia general del vapor: ya se dirigia al piloto para hacer sus observaciones; ya tomaba su grande anteojo y comenzaba á contemplar el firmamento; despues tomaba sus medidas, y se dirigia á los marineros para ver si todo estaba listo, si la limpieza reinaba por todas partes, y despues de haber concluido todos estos trabajos serios, llevábanos á su camarote, donde se sentaba á conversar con nosotras. En seguida nos mostraba algunos libros con estampas para que nos entretuviésemos, ó

bien se nos ponía á leer alguna pequeña historia ó novelita.

Por nuestra parte no podíamos ménos de apreciar todo lo que el capitán hacia por nosotras.

La fineza y el afecto no pueden ménos de impresionar de una manera grata el corazón, de modo que el nuestro sentía verdaderos movimientos de simpatía por él, y los ratos que pasábamos á su lado nos eran agradables.

Un día se propuso llevarnos á conocer la máquina del vapor; aceptamos muy gustosas su invitación, y en la tarde, después que todos se hallaban en sus puestos, nos tomó el capitán de la mano, se dirigió á un punto de sobre cubierta, cerca del tubo por donde el humo salía, se hallaba una escalera de fierro, allí se detuvo y dándonos la mano nos ayudó á bajar: cuando hubimos bajado la escalera, nos encontramos en una pieza toda tapizada de fierro, era allí donde se encontraba la máquina, y al lado el fuego que ponía al vapor en movimiento: hacia un calor sofocante, y nosotras admirábamos á los pobres maquinistas, que pasaban allí la vida á pesar de aquel calor realmente insoportable!

El capitán estuvo enseñándonoslo todo con una calma admirable; nos explicó la maquinaria; nos enseñó la combinación y el mecanismo por

medio del cual se operaba el movimiento, y salimos realmente encantadas de aquel lugar, después de haberlo observado todo, y comprender con claridad el mecanismo del vapor.

El maquinista estuvo con nosotras muy fino, y el capitán gozaba al ver nuestra curiosidad y sorpresa.

Cuando estuvimos otra vez sobre cubierta, el capitán se alejó de nosotras, y entonces nos bajamos á nuestros camarotes para contar á nuestra familia lo que acabábamos de observar.

Diariamente sentíamos un verdadero placer en presenciar todas las maniobras de los marineros, y muchas veces nos levantábamos temprano solo por ver la limpia del buque que nos entretenía muchísimo: todo lo asean y lavan con gran cuidado y esmero, enrollando en seguida sobre cubierta las gruesas cuerdas que sirven para las maniobras, formando con ellas graciosas y caprichosas figuras; después desempeñaban los trabajos según se presentaba el viento, y según las órdenes que daba el capitán, tendían ó recojian las velas, con el triste canto que acompaña siempre los trabajos del marinero, y que tiene un estilo tan particular, que no puede ménos de impresionar al viajero que lo escucha con atención.

Este canto sin embargo, reanima el espíritu del

marinero, le presta fuerza para sus tareas, y al compás de él, transcurren veloces las horas, y tambien los dias, meses y años.

Nos entreteniamos tambien contemplando los botes y salvavidas colocados de un lado y otro del vapor; todos estos botes tienen regularmente su nombre particular, y uno de ellos es siempre destinado al capitán, aunque este debe ser, segun las leyes, el último en salvarse en caso de algun peligro, por inminente que sea; y mil casos se han dado de valerosos capitanes, que han perdido su vida, quizás despues de haber salvado la de todos. ¡Hay obligaciones muy duras!

En el camarote, en el mismo sitio que le sirve á uno de lecho, se encuentran dos ó tres salvavidas de hule llenos de viento y en forma redonda, para ponerlos bajo de los brazos, lo cual impide que puedan los cuerpos sumerjirse dentro del agua y facilitan tambien la natacion. Sin embargo, todos estos objetos, que la mas laudable prevencion tiene destinados para algunos momentos de contra tiempo, no se pueden ver con indiferencia, porque anuncian que el peligro nos rodea, que tenemos muy cerca la muerte, quizás la mas terrible de las muertes, y el corazon se contrista con estos lúgubres pensamientos!

No puede negarse que siempre es peligrosa

una navegacion: muchos por no atravesar el mar han dejado de conocer los portentos de la creacion. Pero el poder de Dios es tan inmenso como él mismo, y el alma cristiana se llena de una santa confianza en estos casos, encuéntrase en medio del peligro y no tiembla: Dios está con ella; arrójase en sus brazos misericordiosos, y en ellos descansa con entera confianza y ¿podría no hacerlo así? ¿quién fuera del Omnipotente podría salvarla? ¡Ay! no se dude jamás de esta verdad!

Dios nos ha favorecido siempre en todas nuestras navegaciones de una manera particular, á pesar de que, como verán nuestros lectores, nos hemos visto en inminentes peligros, pero jamás hemos dudado un solo instante de la clemencia y poder del Ser supremo, la hemos implorado con confianza, hemos descansado en Él, y siempre nos ha favorecido!

Dios nunca deja de atender las súplicas del que solicita sus gracias con una fé firme y sincera!

so, y dirigiéndose á nosotras, nos tomó de la mano diciéndonos.

Entrad amiguitas, ¿Qué milagro que sin que yo os busque venis á ver al capitán?

Sonreímos de su reconvencion, y sin contestarle penetrámos con él en su camarote, y nos sentámos en el sofá.

Después de conversar un rato, de cosas indiferentes, le manifestamos nuestro sentimiento por tener el viento en contra, y no poder por consiguiente avanzar sino muy poco, y le dijimos que justamente ese era, después de saludarlo, el motivo que nos llevaba á su lado, porque queríamos que nos manifestara él, que tan acostumbrado estaba á lo que comunmente sucedía en esos casos, ¿si duraría mucho esa contrariedad y tendríamos que perder algún día?

El capitán nos consoló manifestándonos que ese viento contrario solo duraría veinticuatro horas, pues en la altura en que nos encontrábamos así siempre sucedía, y que llegaríamos con fijeza á Liverpool el día anunciado; su pronóstico se cumplió.

Las palabras del capitán nos consolaron muchísimo.

También, como era natural, por el viento teníamos la marejada en contra, y esta comenzaba

CAPITULO XIX.

Continuacion del mismo asunto y el contenido de la cartera. Aproximacion del vapor al puerto de Liverpool. Sensaciones que experimentamos en aquellos momentos.

Era el sétimo ú octavo día de navegacion, cuando sopló un viento en contra muy fuerte; esto no pudo ménos de contrariarnos y al propio tiempo alarmarnos, porque el vapor, que estaba haciendo de 10 á 11 millas por hora, se vió obligado á no pasar de 4 á 5, lo cual hacia perder el tiempo, alargando mucho mas nuestra permanencia á bordo, y de consiguiente nuestra llegada á Liverpool.

Llenas de un impresindible disgusto nos hallá-bamos, y así nos dirijimos al cuarto del capitán: estaba sentado ó mas bien reclinado en su sofá leyendo, mas apénas nos vió, se levantó presuro-

á ser bien fuerte, el movimiento por lo tanto era mucho mas molesto.

Cuando nos separáramos del capitán, nos sentáramos en los asientos de la cubierta, á pesar de que el aire fuerte nos molestaba bastante; de repente nos pareció descubrir en lontananza un punto blanco.

¿Qué es eso? ¿qué cosa podrá ser? nos preguntábamos, cuando observáramos que el segundo capitán contemplaba con su largo anteojo lo que nuestra vista acababa de descubrir.

Nada se escapa al esperto marino, y tiene por lo regular una vista verdaderamente notable, pues no deja de percibir á inmensas distancias los mas pequeños objetos.

Eramos muy curiosas en nuestros viajes, de manera que nos fué imposible dejar de preguntar ¿qué era aquel punto blanco que se descubría en lontananza?

Es un buque, se nos contestó, que segun parece trae la direccion opuesta á la que llevamos, y favorecido por el viento y las olas, no tardará mucho en estar á nuestro lado: esta noticia produjo en nosotras grande alborozo.

¡Causa tanto placer encontrar algun buque en la inmensidad del Océano! ¡es esto tan raro! que

cuando sucede experimenta el corazon un positivo contento.

Alborozadas como decíamos, no perdimos de vista aquel punto, que cada instante se hacia mas notable, y al fin dejó percibir la forma de un vapor tan grande como el nuestro.

Apénas se avistaron los dos buques, cuando saludándose amistosamente se izaron las banderas, y casi al mismo tiempo flotaron estas por el aire: la una era francesa y la otra era inglesa.

Pronto la cubierta de ambos buques se vió llena de pasajeros, y multitud de pañuelos se elevaron por los aires saludándose mutuamente, y demostrándonos así el contento que experimentábamos al vernos.

¡Es tan dulce en la inmensidad del Océano ver semblantes amigos, encontrarnos con otros seres como nosotros, que no puede impedirse el corazon de palpar de contento, y la alegría se pinta en todos los semblantes.

Cuando los dos vapores se cruzaron el uno al lado del otro, los gritos de «Hurra» que partieron de una y otra cubierta, resonaron en la inmensidad de la mar; los pañuelos se agitaron con mas fuerza, y encontradas todas las miradas parecían ser antiguos amigos los que se veían, sien-

do sin embargo la primera vez quizás, y la última probablemente!

Como al otro buque segun hemos dicho, lo favorecia el viento y la corriente, era realmente envidiable la rapidez con que se alejaba de nosotros!

No le quitábamos la vista; pero poco á poco se fué perdiendo su forma, y tornándose pequeño á tal grado, que ya apénas lo distinguíamos, hasta que al fin lo perdimos completamente de vista muy á pesar nuestro.

¿Qué nos importaba aquel buque, ni los pasajeros que llevaba? y sin embargo sentiamos no verlo ya!

¡El corazon tiene sus debilidades raras!

Cuando lo hubimos perdido de vista, no pudimos impedirnos un sentimiento de tristeza; recorrimos entónces con la mirada el vasto horizonte que ante nosotros se presentaba, pero ya nada turbaba su monotonía, y solo cielo y agua nos rodeaba por todas partes!.....

Tiene la mar un secreto atractivo que infunde dulce melancolía! Su imponente soledad, su vasta extension cuyos límites no alcanza la vista humana! el murmullo suave de sus olas!..... el acompasado movimiento de sus aguas! ¡todo! todo convida allí al recojimiento, á la meditacion!

¡Cuántas veces sentadas sobre cubierta, nos entregábamos á los dulces recuerdos del pasado!.....pensábamos en nuestra familia; en los felices años de nuestra primera infancia; en nuestra patria; en nuestras buenas amigas. ¡Cuántas veces ¡ay! estos pensamientos tan gratos al alma arrancaban lagrimas á nuestros ojos, y suspiros á nuestro pecho!

Cuando abatidas así dejábamos correr nuestras lágrimas, experimentabamos cierta especie de consuelo, al contemplar el Océano!.....hay en él un tinte de tristeza, que se hermana muy bien con este sentimiento!

La mar es como una amiga para él que sufre; ella calma la vivacidad de nuestras penas, imprime en nuestro caracter una dulce melancolía que cicatriza nuestras heridas, tratando de darnos resignacion y fuerza para el sufrimiento!

Sin embargo, cuando estamos alegres no se opondrá ella á este sentimiento; verdad que templará la viveza de nuestra alegría, pero sin matar nuestro goce; á veces aun aumenta nuestro contento, pero siempre á un cierto grado; para nosotras sin embargo la mar mas que al contento, nos convidaba á la tristeza y á la reflexion.

Una tarde en que melancólicas y pensativas nos encontrábamos, entregadas á esos recuerdos

íntimos del alma, y forjando risueñas y gratas ilusiones para el porvenir, nuestra vista, fija en aquellos momentos en las olas, que nuestro buque surcaba dulcemente, descubrió un objeto que flotando sobre la superficie de las aguas se dirigía hácia nosotras, interesadas en descubrir lo que sería, olvidamos por un instante nuestras reflexiones, y tan solo nos fijamos en descubrir ¿qué era lo que las olas arrebatában en su corriente?

El objeto ya se elevaba en lo alto de una onda, y ya lo veíamos precipitarse con ella al abismo para salir despues; á medida que se aproximaba, pudimos notar lo que era; nuestra vista se fijó entónces con avidéz en el objeto que por tanto tiempo habíamos seguido flotando sobre las aguas y por fin descubrimos una botella cuidadosamente cerrada.

Una reflexion hirió entónces nuestra mente: ¡quizás un pobre náufrago habria encerrado en ella el último adios á su familia!... ¡quizá esperaba que esa botella condujese á la playa la noticia de su muerte!.....

A este pensamiento sentimos un positivo deseo de ampararnos de aquella botella, que navegaba á nuestro lado, y que encerraba tal vez alguna noticia desastrosa, ó quizás seria la depositaria de alguna fortuna que el dueño habia salva-

do del naufragio; por mas que hicimos para ver si percibiamos algun papel en su centro, nos fué esto imposible, y solo veíamos la botella alejarse ó aproximarse á nosotras.

Impulsadas por el deseo, y viéndola cerca por el movimiento de las aguas, la tentacion fué grande, y no pudimos por mas tiempo resistir á ella, por que no era un imposible lo que deseábamos, si hubiéramos tenido alguna red, ó algun instrumento propio para apoderarnos de ella, pero sí lo era sin nada de esto; la botella pasó á dos varas de distancia del vapor y siguió pausadamente su camino; al llegar á la proa los marineros, que igualmente la habian visto, hicieron repetidos esfuerzos por apoderarse de ella, y como tenían lo que necesitaban, lo lograron efectivamente.

Llenas de positivo interés corrimos hácia el lugar, en que por órden del capitan descubrian la botella, destapándola no habia ningun papel dentro de ella, y sí tan solo un objeto muy pequeño, era este una alianza, en el que se contenian estos dos nombres: "Leopoldo á Lucía."

No habia duda, que en los últimos momentos de alguno de estos séres enviaba al otro este postrer recuerdo, ó tal vez en medio de un peligro, al parecer inevitable, lo habia hecho; mas prote-

gido en seguida por la providente mano del Omnipotente, se habria quizás salvado!

De todos modos aquel incidente no pudo ménos de causarnos un vivo interés; pero comprendimos desde luego, que lo que era esa historia no la podriamos saber como las otras, y tuvimos que resignarnos, ¡qué remedio! Sin embargo, no por eso dejamos de pensar mucho en Leopoldo y en Lucía, y en nuestra imaginacion nos forjábamos mil argumentos diversos sobre su suerte, y concluíamos siempre por fijarnos en que la desgracia habia respetado al que por ella se habia encontrado amenazado, y que por fin volveria á brillar para aquellas almas enamoradas la mas risueña felicidad.

Es imposible que el corazón deje de interesarse siempre por los seres que se aman: siempre al amor se le concede un poder casi absoluto, su atraccion es irresistible; sus historias son generalmente conmovedoras!

En el cariño siempre ha de existir la contradiccion; para que despues el goce se duplique con la dulce union del matrimonio.

Con los demas pasajeros conversamos largamente sobre las mil circunstancias en que es preciso ejecutar lo que habiamos observado entonces; en los viajes mucho ensaña la práctica, y en

estas ocasiones cada uno de los pasajeros tiene motivo de contar algun acontecimiento lleno de interés sobre episodios semejantes en que ellos se han hallado, y como generalmente en esta pintura úsase de una viveza extraordinaria, el corazón se siente movido por una fuerza oculta: muchos de ellos comenzaron á narrarnos los sucesos mas interesantes, y permanecimos en estas conversaciones hasta la hora de comer.

Luego, como no podiamos pensar sino en lo que tanto nos habia interesado, nos propusimos tomar de nuevo la cartera para olvidar en ella los acontecimientos de aquel dia.

Efectivamente, pusimos en práctica nuestros propósitos, y un momento despues nos internábamos en su contenido, que decia éste así.

Ansiaba yo extraordinariamente porque Justo llegase; pues, tenia una secreta esperanza de poderle sacar el nombre de la señora misteriosa que me habia ido á visitar; á medida que el tiempo avanzaba, mi ansiedad crecia, hasta que por último llegó el anhelado momento.....

No bien hubo entrado Justo en mi pieza, cuando adelantándome hácia él con un paso resuelto, exclamé.

—Justo, es preciso que aun antes de saludarme me digas el nombre de la señora que me tra-

giste aquí..... ella me prometió que tú me lo dirías, debes decírmelo por tanto, ¿has oído?

Notó que Justo sonreía al escucharme, nunca me había sentido humillado por sus sonrisas, mas entonces no pude impedírmelo, y con una indignación también nueva en mí, lo tomé de la mano y le dije: Y tú, ¿por qué te ries de mí? ¿Merece por respuesta una sonrisa de burla la pregunta que te he hecho?

El semblante de Justo tomó entonces una expresión airada: púsose á contemplarme fijamente, y despues añadió con un tono lleno de severidad.

¡Cuidado Genaro! no oses repetir nunca lo que acabas de hacer conmigo; así como he sido hasta hoy tu amigo y protector, puedo tornarme en enemigo tuyo, ¿me comprendes? En tu corazón no debe brillar el orgullo, fuente y base de todos los vicios, pues solo los sentimientos nobles son dignos del aprecio y del cariño!...

¡El orgullo!... ¿En qué podías fundarlo? ¡Ah! ¡tener orgullo! y manifestarte altivo con tú único protector! con el sér único que conoces en el mundo! Entonces ví desprenderse una lágrima de los ojos de Justo, y como no quería dejarme cegar por la ignorancia, sino que comprendía en toda su fuerza las expresiones de mi protector, me sentí humillado,—incliné mi frente,—y per-

manecí un rato silencioso; mas dominando luego la verdadera contradicción que sentía en mi voluntad por lo que iba á ejecutar, adelanté unos cuantos pasos hácia Justo, y con un tono lleno de compuncion le dije:

¡Perdóname!... es tal la ansiedad que tengo por saber el nombre de esa señora, que ni aun sé lo que hago! ella me ha hablado de mi madre, y ha excitado vivamente mi interés; ¡olví, querido Justo un arranque tan involuntario! y, ten la bondad de decirme el nombre de esa señora.

—El buen anciano conmovido por mis palabras me tomó de la mano, y llegándose á mí, Genaro, me dijo, te perdono lo que has hecho, porque fué un impulso de cariño hácia tu madre el que te hizo mostrarte injusto é ingrato conmigo, pero, ¡que no te vuelva esto á acontecer jamás, hijo mio! porque no todos serán tan indulgentes contigo.

Enternecido por la bondad del buen anciano, imprimí un beso en su mano, y le supliqué de nuevo me revelara el nombre de la enlutada.

Don Justo permaneció pensativo un breve rato, y en seguida me dijo. Bien Genaro, voy á decirte el nombre que tanto deseas saber, pero ten entendido que tú no debes jamás pronunciar-

lo ante los hombres, y ménos referir que has sido visitado por ella.

Sí, ella misma lo ha querido, voy á decírtelo.

¡Oh! si por Dios! decídmelo, decídmelo y no tardeis!

Bien Genero, pero antes júrame guardar inviolable secreto.

Os lo juro ante Dios y ante los hombres, exclamé acercando á mis labios el signo de la cruz.

Pues bien, ese nombre es el de *Matilde*.

¡Matilde! qué nombre tan bello! ¡ah! ¿Matilde se llama? Pero ella.....ella sabe el nombre de mi padre y ¿vos no lo sabeis por ventura?

Lo ignoro, hijo mio.

Y ¿conoceis vos á esta señora, á Matilde?

Sí, mucho muchísimo! soy el mas fiel de sus servidores.

Contadme su historia Justo, exclamé entonces vivamente interesado por Matilde, la debeis saber.

La sé hijo mio y voy á complacerte, escúchame. Sentóse entonces á mi lado, y comenzó en estos términos su relato.

No te podré hablar de los primeros dias de mi señora porque entonces no la conocí; tendria unos veinticinco años cuando fué á pasar en casa de un tio suyo una temporada en uno de los hermo-

sos alrededores de Nápoles: yo servia allí como secretario al administrador de aquella hacienda, y entonces fué cuando tuve el gusto de conocer á la señorita Matilde: pasados los primeros dias me llamó una vez á su lado diciéndome.

Tú, Justo, que has pasado aquí toda tu vida, debes saber cuales son en estos sitios las familias mas necesitadas, quiero que me lleves á verlas, porque deseo emplear cierto dinero en hacer limosnas.

Complací á la señorita Matilde, y poco despues era ella el encanto de aquellos lugares, y el consuelo del pobre menesteroso, por lo cual la amaban todos tiernamente; tambien consolaba al aflijido y al enfermo.

Cuando partió de este sitio me propuso seguir á su servicio, á lo que accedí gustoso. Una vez me dijo: Justo, solo tú puedes servir para un caso, y es preciso que me prestes en él tus servicios yo sé, añadió, que á 8 leguas de Milan se encuentra encerrado en una torre un pobre niño, á cuya madre trato íntimamente, es ella muy desgraciada y debemos aliviar en cuanto nos sea posible su dolor!....

Anda Justo, haste cargo de ese pobre niño huérfano, porque quizás nunca deba conocer á sus padres, ni recibir las caricias de su pobre ma-

drel ameniza su vida! sírvele de padre! encárgate de la educación de Genaro, mientras yo velaré por la desventurada madre!.....

No me opuse á las órdenes de la señorita Matilde, y desde aquel día me trasladé á este sitio, en el que hace más de diez años nos encontramos, y del cual jamás me he separado.

Esto es lo que sé de la señorita Matilde, hijo mío, ¡ah! siendo tu protectora, debes comprender que ella te ama mucho, y habiendo velado siempre por tí, muy justo es que tú Genaro, también la ames y ruegues á Dios por ella!.....

Yo habia escuchado atentamente las palabras del anciano, cuando calló, exclamé.

¡Oh! sí, no lo dudeis, yo la amo mucho, especialmente porque ella se ha compadecido de mi pobre madre!.... Se ha apiadado también del huérfano desvalido y abandonado! en este momento incliné mi frente abatido, y dejé correr libremente mis lágrimas!.....

El pobre de Don Justo, aflijido por mi dolor, procuró calmarlo, y para ello me comenzó á hablar de las bellezas de un mundo para mí desconocido; estas conversaciones algo divagaron la imaginación del pobre niño!.....

Aquella misma noche debían descorrerse para mí los cerrojos de la prisión, que por tantos años

me habia guardado!.... aquella noche caería la venda de ignorancia que cubria mis ojos, y conocería al fin este mundo tan lleno de encantos, todos ignorados por mí, cuya existencia habia sido por tanto tiempo un verdadero misterio!.....

Todos estos pensamientos bullian en mi mente, causándome vivas sensaciones; pero á pesar de la diversidad de los deseos que me agitaban, y del natural contento y alborozo que experimentaba, la imagen de Matilde!.... el recuerdo de mi madre, no se apartaban un solo instante de mí.

Un día antes, salir de mi prisión, recorrer el mundo era para mí la suprema felicidad!..... entonces, no era esto bastante para satisfacer las aspiraciones de mi alma!.... habia algo que deseaba con mas fuerza! algo, que solo podria darme la felicidad! ¿era esto? ¡ah! ¡una madre!.....

¡Oh! sí, por ver á mi madre, por estar á su lado, por no separarme nunca de Matilde, habria permanecido con resignación aun en mi pobre prisión! todo lo habria sacrificado: ¡necio de mí! ignoraba entonces que hay seres destinados solo á sufrir sobre la tierra!.... que hay placeres celestiales vedados tan solo al hombre desdichado!.... al pobre niño expósito!.... al joven huérfano y abandonado!....

El llanto nubla mi vista y la pluma tiembla en mi mano..... ¡Dios mío! no puedo proseguir.....

También nosotras nos vimos obligadas á suspender en ese punto la lectura, el dolor del pobre Genaro nos partía el corazón!... sus desgracias hacían correr nuestras lágrimas que sin quererlo caían sobre aquellas páginas, mudos quejidos del alma que sufría!... vivos testigos del corazón martirizado y oprimido por el infortunio!

En fin, enjugamos nuestro llanto, abrimos la cartera, y seguimos leyendo.

«Así transcurrieron para mí las horas, en espera del instante en que debían abrirse las puertas de mi prisión; una esperanza alentaba mi espíritu, quizás en ese mundo en que iba á penetrar, y que iba á recorrer con avidez, podía yo encontrar á mi madre!... tal vez al gozar de la libertad podría buscarla, y viendo ella mi dolor, no descharía de sí al hijo desventurado, al que había tenido el valor de abandonar!....

Estos dulces pensamientos me ocupaban, y con ellos formaba risueñas ilusiones para el porvenir alentando mi espíritu con la esperanza,

Entonces sin embargo, con mas impaciencia aun esperaba el instante de mi deseada libertad.

Los días habíanse pasado con una rapidez extraordinaria, es cierto que algunos instantes se me habían hecho muy largos, pero mas bien las horas habían volado para mí.

Cuando se espera con ansia inmensa alguna cosa, siempre acontece que los días se convierten en siglos; pero desde que se me había dado la noticia de mi libertad, habían sucedido en mí impresiones tan gratas, que las horas en que Don Justo, con sus conversaciones, iluminaba mi inteligencia, se habían pasado con rapidez el resto del día me parecía demasiado corto para considerar lo que había sabido en la mañana; de modo que no había sentido esa eternidad tan dolorosa para el que espera.

El momento deseado, la esperanza por tanto tiempo acariciada, se convirtió al fin en una realidad!.....

Era de noche, la débil luz de un farol prestaba tenue claridad á mi calabozo. Sentado en un ángulo de la pieza, y entregado á una meditación profunda me hallaba, con la cabeza inclinada en mis manos; cuando la puerta de la prisión se abrió, y entrando Don Justo colocó su mano en mi hombro diciéndome: «Vamos Genaro, el momento de tu libertad ha sonado ya!... disponte á partir y sígueme.

A estas palabras mi corazón palpitó con violencia, un estremecimiento extraño conmovió todo mi sér, me parecía que era un sueño el que tal agitación me producía, y que muy léjos me hallaba de la dichosa realidad.....

No acertaba por lo tanto á seguir á D. Justo, sino que permanecía yo en pié como abstraído completamente del todo.

Don Justo me tomó entonces de la mano diciéndome. ¡Genaro! parece que no tuvieras deseos de salir de esta cárcel oscura según estás! Te anuncio que el momento feliz ha llegado, que debes partir, y sin embargo permaneces inmóvil!... ¡por fin Genaro! ¿en qué piensas?

Fijé entonces con sorpresa mi vista en Don Justo, y luego como volviendo en mí exclamé: ¡es cierto!..... vames mi querido protector! estoy dispuesto á seguirte.

Don Justo comenzó entonces á caminar, y yo en efecto le seguía; despues de dar algunos pasos subí con él por la escalera en que diariamente él bajaba, entré en un pasadizo oscuro.... y luego se abrió una puerta, y penetré en un bellissimo cuarto alumbrado por la claridad de un hermoso candill.

Mil espejos, retratos, y paisajes adornaban las

paredes; bellos y elegantes muebles se encontraban colocados con armonía en la pieza.

No puedo describir la fuerza de mi sorpresa, al ir descubriendo una por una todas aquellas cosas tan enteramente nuevas para mí; parábame ante cada uno de los cuadros; contemplaba cada uno de los espejos, y al ver reproducirse en ellos figuras tan parecidas á Don Justo y á mí, crecía mi estupor y embarazo, lo cual fué notado por mi conductor, me dió algunas explicaciones, haciéndome palpar la realidad hasta que me convenciera, de los efectos que producía la luz, reproduciendo en el espejo todas las actitudes y movimientos de los que se ponían en frente de él.

Luego me llevó Don Justo á recorrer toda la habitación, que aunque no era muy extensa, á mí sí me lo pareció, y es que solo podía compararla con la única que conocía, y era, esta ¡mi pobre calabozo!.....

¡Ah! como describir el encanto, el contento que llenaba mi corazón en los primeros momentos de mi libertad! nó, no debo ni intentarlo, porque hay cosas realmente imposibles!

Como era de noche, todo lo vi á la claridad de la luz artificial, y al momento consideré que en el dia, todo tendría doble atractivo, cuando el

astro brillante hiciera penetrar por doquier sus bellísimos rayos de luz.

Serian como las doce de la noche, cuando Don Justo me manifestó, que era tiempo ya de recogerme; yo no tenía sueño ni deseos de descansar: pero el padre de Don Justo no podía participar de mis sentimientos, de manera que me fué imposible no complacerlo.

Me llevó á una preciosa recámara, donde había una cama muy amplia con su pabellón muy cómodo, y después de dejarme en aquel sitio se alejó de mí; entonces me acosté en mi nuevo lecho, y un dulce sueño, en el que se renovaron mis fantásticas impresiones, vino á apoderarse de mí durante las horas todas de la noche.

Aquí nos vimos obligadas á cerrar la cartera, porque la luz había concluido; entonces subimos sobre cubierta, y allí al lado de nuestros nuevos amigos se deslizaron para nosotras gratas y rápidas las horas.

Pocos días después, una mañana, el capitán se acercó á nosotras, y dándonos un abrazo nos dijo: ya veis amiguitas como se ha realizado mi pronóstico, hoy llegamos á Liverpool, venid y ved, ya se descubren las costas de Inglaterra: estas palabras produjeron en nosotras una sensación inmensa de contento, verdad es que no sin sen-

timiento nos separamos de algunos compañeros de viaje, y en especial del buen capitán que nos había mostrado tanto cariño; pero estas simpatías no habían arrojado grandes raíces en nuestro corazón, y la noticia que acabábamos de recibir, mas que disgusto y tristeza, nos produjo alborozo y contento.

Nos tomamos entonces del brazo del capitán, y nos dirigimos á proa: pronto descubrimos las costas, y nuestro corazón palpitó de alegría ¡habíamos llegado al fin! ¡íbamos ya á internarnos en las grandes poblaciones de la Europa!

Desde aquel instante ya no nos movimos de sobre cubierta: algunas horas después penetrábamos en la hermosa bahía, llenas de ilusiones y de esperanzas.

Nos hallábamos dispuestas para partir, nuestros deseos se realizaban al fin; el Cuba atracó en el muelle, y nos vimos pronto en el hermoso, ó mas bien diremos, en el grandioso puerto: ¡estábamos en Inglaterra, una de las naciones mas poderosas del viejo mundo!.....

similitudines res reparatas de aliquis comparatis
de vijs et in especiali del buen estado que nos
habia mostrado tanto como para estas cosas
tias no habian sido de grado y en el



corrosion y la noticia de que se habia
mas que de gusto y en el contenido.
No tomamos en cuenta el punto de vista
y nos dirigimos a otro punto de vista
costas y nuestra comision para el estudio
damos llevado al fin de las cosas
en las grandes poblaciones de la Republica
Desde aquel momento ya no nos dirigimos
sobre cualquier punto de vista de las cosas
damos en la hermosa ciudad de Monterrey
de establecer.

Nos habiamos dispuesto para el estudio
los deseos se realizaban al fin el punto de vista
en el mundo y nos vimos frente al hermoso
y mas bien vivimos en el mundo nuevo
damos en la hermosa ciudad de Monterrey
potencias del vijs en estudio.

de establecer.

Nos habiamos dispuesto para el estudio
los deseos se realizaban al fin el punto de vista
en el mundo y nos vimos frente al hermoso
y mas bien vivimos en el mundo nuevo
damos en la hermosa ciudad de Monterrey
potencias del vijs en estudio.

potencias del vijs en estudio.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DEL TOMO PRIMERO

FE DE ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
7	13	desconocidos	conocidos.
8	11	darán	dará.
33	3	dirijimos	dimos.
39	22	no tenia fortuna	no tenia una gran fortuna.
39	22	ban	iban.
41	12	estas	estos.
41	12	velas	velos.
49	2	ans	sus.
50	17	estan	estaban.
51	23	paralilogramo	paralelógramo.
51	25	salidos	sólidos.
54	8	juventnd	juventud.
56	22	tu	su.
57	2	coosuelo	consuelo.
63	4	el corredor	la azotea.
69	11	pespertamos	despertamos.
80	17	Este	E.
80	23	seguridad	seguridad.
98	4	logrrlo	lograrlo.
99	1	plaza	playa.
104	3	una	uno.
105	11	tarcer	tercer.
106	2	proque	porque.
115	26	m	mi.

BIBLIOTECA CENTRAL

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
120	21	sueño	dueño.
129	10	entiamos	sentiamos.
129	24	siempre	siendo.
131	5	se experimenta	se goza de.
131	9	Las personas	Los que.
132	24	conevible	conceivable.
140	27	que cualquiera	que á cualquiera.
141	1	el	al.
143	11	abr	abrí.
149	10	a	la.
149	27	Dsepues	Despues.
150	18	la peste	el vómito.
150	22	y prometiendonos	prometiéndonos.
151	26	indescrible	indescrípible.
153	11	en	á.
155	19	Dios enviaba	Dios nos enviaba.
156	27	comunicarse	comunicarse.
157	5	El príncipe	El capitan del príncipe.
163	11	de colores lugubres	de color, libres y.
165	14	6,00	6,000.
167	15	portalizas	fortalezas.
170	10	hicieron	hacian.
170	11	tocamos	tocábamos.
175	8 y 9	la famosa jalea de menbrillo	el famoso Guayabate.
175	10	buená	bueno.
175	10	la	lo.
176	3	del	de.
177	5	ragularmente	regulámente
179	11	brillar	ostentar.
180	5	inminente	eminente.
184	24	¡.....	¡nada tan rápido como su per- manencia!
186	7	presentan	presenta.
191	4	peos	pero.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
196	8	vindica	bendice.
198	12	interior	anterior.
201	1	la vida	mi vida.
201	7 y 8	escribir	recibir.
203	15	serer	serenas.
203	1 y 26	inmediatamente	inmensamente.
206	7	dias	semanas.
206	14	dias	semanas.
208	2 y 3	preferencia	frecuencia.
220	11	vuelve	volvió.
221	2	recibirlo	recibirnos.
231	17	concluido	concluida.
232	13	rogar	instar.
235	19	alto	alta.
237	5	de	del.
240	13 y 14	embellecen sin contristarlo	y embellecen.
242	6	paradas	andando.
243	12	y como pasába- mos la noche, etc. hasta el fin del sumario.	Debe suprimirse por perte- necer al capítulo siguiente.
247	16	numeroso	numerosa.
250	4	suntosaa	suntuosas.
250	13	tieno	tiene.
252	19	Trasfiguracion	Transfiguracion.
255	1	luga r	lugar.
255	12	reudid asmuchas	reunidas muchas.
258	15	comedor	comedor
260	9	parlora	parloir.
261	4	parloors	parloir.
262	1	Capítulo XIII	Capítulo XIV.
262	8	Las señoras	Los señores.
262	18	impresion	impresiones.
268	10	sus emblante	su semblante.
269	25	inminente	eminente.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
277	12	servirps	serviros.
278	12	m	me.
280	3	de affigir	por affigir.
283	5	camenzó	comenzó.
283	15	regacijarse	regocijarse.
286	8	un	un.
286	9	terribles	terribles.
286		destinada	destinado.
289	24	y y	y.
290	6	expirementar	experimentar.
293	21	anabaptistas	anabartistas,
294	27	fachaba	fachada.
295	23 y 24	objeto	objeto.
297	24	comos con	ademas con.
297	26	testigos	testigas.
300	9	dei	del.
302	1	Capítulo XIV	Capítulo XV.
302	5	El Teatro	Los Teatros.
302	6	Bible Haue	Bible Hause.
303	4 y 5	Centro Stret	Central Street.
304	17	de un	del.
306	5	los fusilamientos	las ejecuciones.
308	2	acabamos	acabábamos.
308	5	Washington Markel	Washington Market.
311	3	interpoladas	intercaladas.
312	7	cordiles	cuerdas.
312	23	desarrojadas	desarrolladas.
315	17 y 8	forlma	forma.
315	26 y 27	politicos	políticos.
323	20	Aáturo	Arturo.
323	24 y 25	ópoca	época.
324	19	monifestaba	manifestaba.
326	23	tornó á hablarme	tornó á hablarme con ternura.
326	11	a!	al.
337	23	y una una	y una.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
342	16	de mí y de Julia	de mi esposa y de Julia.
343	8	telegráficos	telégrafos.
345	2 y 3	des las cuatro	desde las cuatro.
345	15	ó brazos	ó restos.
345	23	luega	luego.
346	73	conluir	concluir.
351	2	añodio	añadió.
354	1	Capítulo XV	Capítulo XVI.
354	17	clavado	elevado.
355	2	de al	de la.
355	24	se ha hecho	se han hecho.
358	27	uan	aun.
359	1	ls oparques	los parques.
559	10	arbolado	arboleda.
366	4	llegará á ser	llegarán á ser.
381	1	Capítulo XVI	Capítulo XVII.
382	14	inminente	eminente.
382	19	se cumplan	si se hubiesen cumplido.
383	19	festigo	festiga.
387	9	llevaría	llevará.
388	17	largo viaje	un largo viaje.
389	14	tres años	dos años.
394	18	apaatamentos	apartamentos.
295	19	este paseo	este paso.
395	22	esclavo	cochero.
397	11	un gran	una gran.
398	25	imprimí	imprimia.
399	9	riendo	viendo.
401	13	nna	una.
401	17	tódo todo	todo.
402	5	hãña	había.
403	9	señera	señora.
406	1	que lá	y la.
406	21 y 22	turbarsev	turbasen.
407	8	tenor	temor.
409	1	andase	callase.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.		
409	8	redablabc	redoblaba.		
411	23	de la seguridad	la seguridad.		
412	3	soltora	doncella.		
412	8	cinuenta	treinta.		
412	14	seran	seras.		
413	15	hable	hablad.		
413	23	un año	dos años.		
415	3	tuviera	temiera.		
415	25	salian al rapar el dia	saliamos al rayar el dia.		
416	16 y 17	gozos	goses.		
416	22	perdido ya	perdido.		
418	23	me se quedó	se me quedó.		
419	9	ni acciones	expresiones.		
419	24	de una hija	de mi hija.		
419	25	que e	que es.		
421	7	calmense	calmaos.		
422	7	lloreis	llores.		
422	23	samblante	semblante.		
424	10	me di pensando	me quedé pensando en.		
427	15	faltaba	faltaban.		
431	1	para	por.		
431	18	que sufrido	que he sufrido.		
431	26	que le resto	que el resto.		
436	26 y 27	representado	representaba.		
440	26	inminentes	eminentes.		
443	3	calocarla	colocarla.		
445	6	el el	en el el.		
445	23	dada	daba.		
448	10	la mansion del tiempo	la mansion de la vida		
451	1	Capítulo XVII	Capítulo XVIII.		
454	5	penetrando	penetramos.		
456	16	¡Ha!	¡Ah!		
467	1	si y	y si.		
469	26	mucho	mucha.		
482	1	Capítulo XVIII	Capítulo XIX.		

INDICE.

	Pág.
Prólogo.....	1
Capítulo I.—Partida de México. Aspecto del camino. Paso por Riofrio. Su hermoso bosque y vista que presenta en todo el tránsito; insidentes del viaje y temor con que antes se hacia el paso por esos lugares. Una jóven viajera. Nuestra llegada a Puebla.....	17
Capítulo II.—La ciudad de Puebla, su situacion geográfica, su fundacion y extension, sus productos é industria, sus calles, plazas, templos y edificios públicos y privados, sus establecimientos, paseos, fábricas y mercados. Impresion que causa su vista.....	27
Capítulo III.—Salida de Puebla. Aspecto del camino. San Agustín del Palmar. La jóven viajera desconocida. Las Cumbres de Acultzingo; magnífico golpe de vista que se descubre desde la mas alta de las montañas y durante el descenso de las Cumbres. Llegada a Orizava.....	32
Capítulo IV.—Orizava. Su situacion. Aspecto de la ciudad. Poblacion de que se compone; sus calles, edificios públicos y privados. Sus producciones. Vista del hermoso Volcan y su elevacion sobre el nivel del mar.....	45
Capítulo V.—Viaje de Orizava a Paso del Macho. Aspecto del camino. Llegada a Córdoba. Situacion de la ciudad;	

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.		
409	8	redablabc	redoblaba.		
411	23	de la seguridad	la seguridad.		
412	3	soltora	doncella.		
412	8	cinuenta	treinta.		
412	14	seran	seras.		
413	15	hable	hablad.		
413	23	un año	dos años.		
415	3	tuviera	temiera.		
415	25	salian al rapar el dia	saliamos al rayar el dia.		
416	16 y 17	gozos	goses.		
416	22	perdido ya	perdido.		
418	23	me se quedó	se me quedó.		
419	9	ni acciones	expresiones.		
419	24	de una hija	de mi hija.		
419	25	que e	que es.		
421	7	calmense	calmaos.		
422	7	lloreis	llores.		
422	23	samblante	semblante.		
424	10	me di pensando	me quedé pensando en.		
427	15	faltaba	faltaban.		
431	1	para	por.		
431	18	que sufrido	que he sufrido.		
431	26	que le resto	que el resto.		
436	26 y 27	representado	representaba.		
440	26	inminentes	eminentes.		
443	3	calocarla	colocarla.		
445	6	el el	en el el.		
445	23	dada	daba.		
448	10	la mansion del tiempo	la mansion de la vida		
451	1	Capítulo XVII	Capítulo XVIII.		
454	5	penetrando	penetramos.		
456	16	¡Ha!	¡Ah!		
467	1	si y	y si.		
469	26	mucho	mucha.		
482	1	Capítulo XVIII	Capítulo XIX.		

INDICE.

	Pág.
Prólogo.....	1
Capítulo I.—Partida de México. Aspecto del camino. Paso por Riofrio. Su hermoso bosque y vista que presenta en todo el tránsito; insidentes del viaje y temor con que antes se hacia el paso por esos lugares. Una jóven viajera. Nuestra llegada a Puebla.....	17
Capítulo II.—La ciudad de Puebla, su situacion geográfica, su fundacion y extension, sus productos é industria, sus calles, plazas, templos y edificios públicos y privados, sus establecimientos, paseos, fábricas y mercados. Impresion que causa su vista.....	27
Capítulo III.—Salida de Puebla. Aspecto del camino. San Agustín del Palmar. La jóven viajera desconocida. Las Cumbres de Acultzingo; magnífico golpe de vista que se descubre desde la mas alta de las montañas y durante el descenso de las Cumbres. Llegada a Orizava.....	32
Capítulo IV.—Orizava. Su situacion. Aspecto de la ciudad. Poblacion de que se compone; sus calles, edificios públicos y privados. Sus producciones. Vista del hermoso Volcan y su elevacion sobre el nivel del mar.....	45
Capítulo V.—Viaje de Orizava a Paso del Macho. Aspecto del camino. Llegada a Córdoba. Situacion de la ciudad;	

- su aspecto, sus calles y plazas, edificios, establecimientos públicos de instrucción y beneficencia. Su población. Comida que nos sirvieron en los Restaurant. Entrevista y conversación con Marta. Salida de Córdoba. Jornada agradable y variada. Nuestro arribo á Paso del Macho. Impresión que nos causó la posada. Se da una idea del lugar. Noticia que allí recibimos y efecto que nos produjo. Ocurrencias de viaje. Partida de Paso del Macho..... 49
- Capítulo VI.—Jornada de Paso del Macho á Veracruz. La Soledad. Cuadros y paisajes hermosos que presenta el camino. Impresiones que produce caminar en ferrocarril. Condición de la clase indígena. La vista del mar. Llegada á Veracruz..... 69
- Capítulo VII.—Algunas noticias sobre el Estado de Veracruz. Su situación geográfica. Su extensión y límites. Puntos prominentes de la Sierra Madre y vistas que desde ellos se descubren. Temperatura, y época del año mas favorable para visitarlo. Minerales que en él se encuentran y su elaboración. Producciones diversas. División territorial y número de sus habitantes. Paseo por la ciudad, vista del Golfo y reflexiones que produjo en nosotras. Continúa Marta contándonos su historia. Nuestro embarque é impresiones que sentimos al efectuarlo..... 76
- Capítulo VIII.—Se da una idea de los buques de vapor, en que por lo comun se hace la navegación. Separación de las personas que nos acompañaban á bordo, y sensaciones que experimentamos en esos momentos. El viento Norte en el Golfo y retardo que sufrimos en nuestra partida. Marta continúa el relato de su historia. Renovación de las sensaciones que experimentamos al volver á ver entre nosotras personas queridas y decirles el último adiós, y las que se experimentan al alejarse de la patria..... 101
- Capítulo IX.—Navegación de Veracruz á la Habana. El mareo, desazon y malestar que causa. La vida en el mar; entretenimientos con que procurábamos romper su monotonía y buscar alguna distracción. Saludables efectos de los

- viajes de mar. Grupos que formaban los pasajeros en sus diversos entretenimientos. Marta continúa contándonos su interesante historia. Poca práctica y conocimiento del que dirigía el vapor en que hacíamos el viaje, y rumor á que esto dió lugar; agitación y sensaciones que todo esto produjo en nosotras. Aparición favorable de otro buque que nos sacó de la situación embarazosa en que nos encontrábamos. Vista de la tierra; sensaciones que se experimentan al acercarse á ella. Defensa sufrida é incidentes que ocurrieron. Nuestro desembarque..... 127
- Capítulo X.—La Habana, descripción del puerto y de la ciudad. Sus calles, edificios y establecimientos principales. Movimiento mercantil. Como se halla gobernada la isla. Sucesos notables ocurridos en ella. Datos estadísticos que la dan á conocer. Su clima y enfermedades dominantes. Calor excesivo que se siente en la ciudad y vestidos que á causa de él se usan comunmente. Caracter de sus habitantes, sus gustos é inclinaciones. Nuestra permanencia en la ciudad y como distribuíamos el tiempo. Nuestras escursiones y paseos. Aspecto que presenta la población. Abundancia y animación que se nota en ella. El Carnaval en la Habana. El paseo nuevo de Isabel II. Nuestra vuelta al vapor, sensaciones y temor que experimentamos por la hora en que se verificó, y por la pequeña embarcación que nos conducía.....
- Capítulo XI.—Navegación de la Habana á Nueva York. Nuestras impresiones durante la travesía. La salida del Sol. Alimentos que preferíamos á todos los demás. Marta continúa el relato de su historia. Tiempo que tardó la navegación y cómo lo empleamos. Temores que tuvimos en uno de esos días con motivo del mal tiempo. Amenaza de incendio. Nuestra vida á bordo en los días subsiguientes hasta nuestro desembarco. Llegada á Nueva York, Hora en que llegamos y sensaciones que experimentamos hasta nuestra instalación en el hotel Clareudon..... 182

Capítulo XII.—La ciudad de Nueva York. Su situación geográfica. Su extensión y límites. Naturaleza del terreno en que está edificada. Distancia que ocupa la parte habitada. El puerto, su capacidad y aspecto que presenta; crecimiento asombroso de la ciudad; mejoras que han tenido su origen en ella. Plagas que la han affligido. La bahía. La ciudad; número de estaciones de ferrocarriles urbanos, de establecimientos públicos; teatros y templos. La Tesorería. La Aduana. El Banco del Parque. Redacción e imprenta del New York Herald. Astor. Palacio del Ayuntamiento. El edificio que ocupa la Compañía de Seguros. El Hotel de San Nicolás. Aspecto y movimiento de la calle Canal [Canal Street]. Establecimientos de comercio y edificios notables. La joyería de Ball Balck y C^{as}. Librería de Appleton y C^{as}. Metropolitan hotel. Establecimiento de Stewart. La iglesia de Grace. El teatro de Wallack. La plaza de la Union. Estatua de Washington. Academia de música. Fammuy Hall. Clarendou hotel. Establecimiento de Lord y Taylor. Selsey hotel, Grande hotel y Hotel de San Cloud. Regreso al hotel. 225

Capítulo XIII.—Continuación de lo mas notable que observamos en nuestros paseos en Nueva York. La iglesia de S. Jorge. La iglesia de San Márcos, Marta, conversacion con ella. La Quinta Avenida, su descripción, se indican los edificios notables que van presentándose sucesivamente. El Word Momment. La Academia de diseño. Asociacion cristiana de los jóvenes. Teatro de Booth. Gran teatro de la Opera. La iglesia de la Transfiguración. Parck Avenue. Iglesia presbiteriana de la Alianza. Depósito de Croton. Nuestro regreso y comida en el hotel. Descripción de esta y del servicio de los hoteles en los Estados Unidos. . . . 243

Capítulo XIV.—Continúa nuestra permanencia en Nueva York. Paseo que hicimos por las calles del comercio y compras que nos eran necesarias. Nuestro regreso al hotel. Nuestra visita á Marta quien nos continúa su interesante

historia. Nuevas amistades que formamos en el hotel; el carácter de las americanas. Primer domingo que pasamos en Nueva York, nuestra visita á los templos. Los señores H. su fineza para con nosotras. Nuestra asistencia á la misa en la Catedral católica. Sensaciones que experimenta el alma del creyente al verse en sus templos, en los países donde no impera el catolicismo. La ceremonia religiosa, lo que nosotras experimentamos. Aspecto que presentan los países protestantes en los dias festivos. Los templos protestantes y sus ceremonias, impresion que nos causaba el visitarlos. Templo Griego, ceremonias que en él vimos, impresiones que experimentamos. El templo de los Cuakeros, lo que pasaba en su interior, impresion que causó en nosotras. Nuestro paseo por la Quinta Avenida. Nuevos templos que visitamos, impresiones que recibimos; nuestro regreso al hotel. Estado de nuestro espíritu, deseos que abrigábamos. Nuestra visita á los museos, el de Historia Natural. La coleccion de aves; los inceptos, los cuadrúpedos, los peses. El museo de Barnum. Representacion que vimos. Las culebras. Las Circacianas. Nuestro egreso al hotel. 262

Capítulo XV.—Continuación de nuestras escursiones por la ciudad de Nueva York. Las salas de Justicia. Washington Market. Chatham Street, Borvery y otras calles de Nueva York. Los teatros. Salones de música. Cooper institut. Bible House. Visita á Marta y continuación de su historia 302

Capítulo XVI. Paseo á la bahía y lo que allí llamó nuestra atención. South Street. Ideas que ocurren á la vista de las embarcaciones que allí se ven. Central Park. Lo que era. Lo que ha llegado á ser. Lo que en él se vé. Se hace mención de lo que llamó mas nuestra atención. Caracter y costumbres de los americanos. 353

Capítulo XVII.—Ultimos dias de nuestra permanencia en Nueva York. Termina Marta la relacion de su historia. Nuestra visita al cementerio de Brouclin: impresiones y

objetos que llaman la atencion; ornato de algunos sepulcros y sencillo adorno de otros. Cartera encontrada en el cespced cerca de un cepulero..... 381

Capítulo XVIII.—Visitas de despedida. Ultima entrevista con Marta y lo que en ella pasó. Casa en que la dejamos establecida. Nuestra salida del hotel y nuestro embarque y partida..... 451

Capítulo XIX.—Nuestra vida á bordo del vapor Cuba. Orden que se observaba en él. Se refieren algunas practicas y costumbres. La puesta del Sol y el crepúsculo de la tarde. Contenido de la cartera encontrada en el cementerio. Continúa la relacion del viaje á bordo del vapor..... 482

México.—1881.



JANIL

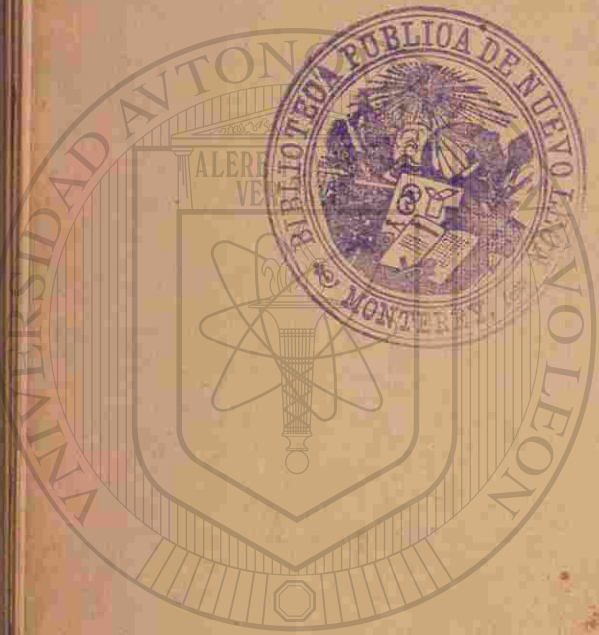
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

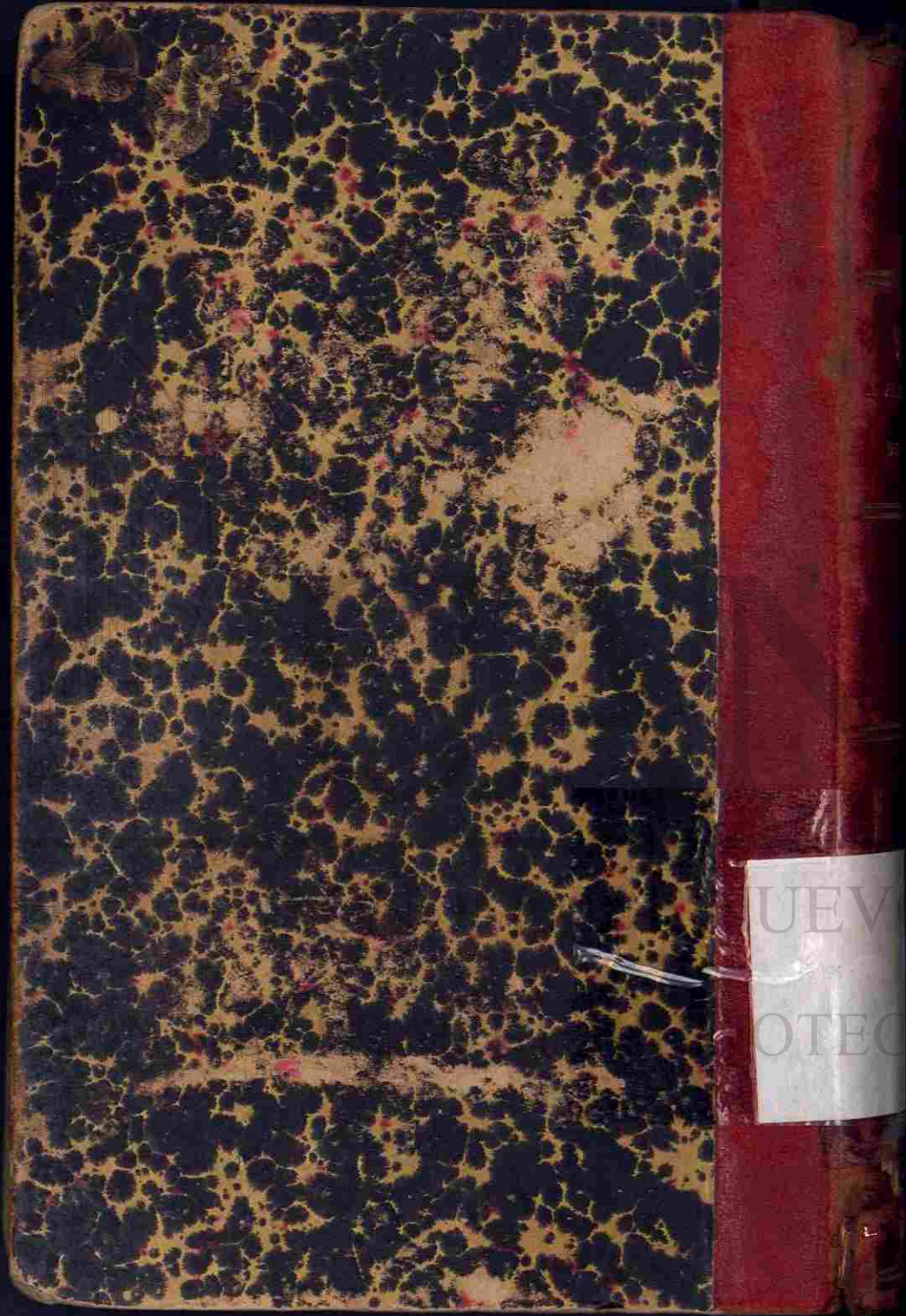


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UEV
OTEC